

01086



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

UNAM

Título de la tesis: Tomóchic y Canudos. Dos historias paralelas.

Tesis que para obtener el grado de Doctora en Letras presenta

Laura Inés Quintana Crelis

FAC. DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Asesor: Dr. Jorge Ruedas de la Serna.



DIVISION DE
ESTUDIOS DE POSGRADO

Cuernavaca, Morelos. Junio de 2004.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción general.	5
1. Nota preliminar.	5
2. La doctrina positivista.	10
3. El Positivismo en México.	12
4. El Positivismo en Brasil.	20
1. <i>Tomóchic</i> .	27
1.1. Heriberto Frías. Semblanza.	30
1.2. <i>Tomóchic</i> , de Heriberto Frías.	48
-Miguel Mercado, testigo.	48
-Miserero rebaño.	54
-Algo tenebroso y podrido.	59
-Los adversarios.	64
-Los antecedentes históricos del enfrentamiento.	69
-La poesía debe desterrarse del mundo.	76
-Comienza la batalla.	79
-El tomochiteco idealizado.	83
-Las mujeres.	90
-La toma del Cerro de la Cueva.	99

-Los perros de Tomóchic.	103
-El fuego.	107
-Se precipitan los acontecimientos.	112
-Los responsables.	118
-Los héroes de Tomóchic.	124
1.3. Hechos históricos.	129
2. <i>Os Sertões</i> .	141
2.1. Euclides da Cunha. Semblanza.	141
2.2. <i>Os Sertões</i> , de Euclides da Cunha.	150
-La nota preliminar.	151
-El sertón.	155
-El hombre de los sertones.	163
-Canudos.	168
-Antonio Conselheiro.	176
-Los primeros enfrentamientos.	182
-El último escalón al paraíso.	184
-Los protagonistas.	194
-Canudos se defiende.	204
-Visión pictórica y teatral de las caatingas.	207
-Comienza la historia.	211

-Moreira César.	220
-Canudos: un proyecto social alternativo.	234
-La cuarta expedición.	242
-La batalla del 18 de julio.	249
-El estío.	254
-La creación de la patria.	256
-El final de la batalla.	258
2.3. Ediciones de <i>Os Sertões</i> .	263
2.4. Visiones de otros escritores.	270
-Vargas Llosa. <i>La guerra del fin del mundo</i> .	270
-Sándor Márai. <i>Veredicto en Canudos</i> .	283
3. Recapitulación.	288
-Heriberto Frías y Euclides da Cunha: vidas paralelas. Breve recuento.	288
-Paralelismo entre los hechos de Tomóchic y los de Canudos.	290
Bibliografía.	299
Hemerografía.	305

Introducción general.

1. Nota preliminar

Este trabajo es un estudio comparativo entre dos obras que manifiestan asombrosas similitudes, pese a que son el resultado literario de las realidades históricas de dos países muy distintos: México y Brasil. *Tomóchic*, de Heriberto Frías (editado por primera vez en 1893), y *Os Sertões*, de Euclides da Cunha (de 1902), fueron libros escritos como resultado de dos procesos históricos semejantes, que ocurrieron en épocas contemporáneas. Es preciso insistir en el hecho de que los sucesos ocurrieron aislados el uno del otro, sin que durante mucho tiempo fuesen relacionados por los historiadores de ninguno de los países. Cuando Mario Vargas Llosa escribió la novela *La guerra del fin del mundo*, inspirándose en los hechos de Canudos, no sabía lo que había ocurrido en Tomóchic, según manifestó él posteriormente, cosa que lamentó ya que le hubiera permitido dar a su obra un nexo interesante. Casos homólogos parecen haber ocurrido en la literatura mexicana contemporánea, ya que ni Brianda Domecq, en su libro sobre la Santa de Cabora¹ ni Antonio Saborit, en *Los doblados de Tomóchic*², señalaron la relación. En su momento, el escritor brasileño Jorge Amado lamentó que el tema de Canudos, tan próximo a él (ya que ha escrito tanto sobre Bahía), se le hubiera escapado de las manos, al no darse cuenta de su potencial trascendencia: Vargas Llosa se adelantó con una novela sobre el

¹ Brianda Domecq, *La insólita historia de la Santa de Cabora*, México, Editorial Planeta, 2a. edición, 1996, 383 pp.

² Antonio Saborit, *Los doblados de Tomóchic*. México: Editorial Cal y Arena. 1994.

tema.³ El interés de aquel hecho histórico cautiva la imaginación de grandes escritores e investigadores y es doblemente fascinante cuando encuentra un fenómeno paralelo a tanta distancia. La búsqueda de similitudes y de diferencias constituye un ejercicio sumamente esclarecedor, que ayuda a conocer los dos hechos en su particularidad.

El nexo entre los dos hechos históricos, los deslumbrantes paralelismos, fueron señalados por el doctor Jorge Ruedas de la Serna y constituyeron el material de discusiones muy interesantes en su Seminario. Yo estaba a la búsqueda de un tema de tesis y no pude resistir la tentación de confrontar estas dos novelas, estos dos hechos históricos. El trabajo de investigación confirmó mis impresiones iniciales de que tanto las similitudes como las diferencias podían ser el origen de reflexiones valiosas.

Mi comparación se basó inicialmente en la búsqueda de los paralelismos que se podían encontrar entre los dos hechos históricos, entre la vida de los dos autores y entre las dos novelas. La intención era no solo buscar analogías, sino, sobre la base de esas analogías, ver más claramente las particularidades de cada uno de los textos analizados. En este sentido creo que el recurso de establecer la comparación fue muy provechoso.

Es evidente que, sin embargo, toda comparación debe partir de una base que la haga factible y productiva para el estudio de las particularidades de dos textos de geografías tan distantes. En mi caso, la comparación entre un texto mexicano y uno brasileño parte no sólo de las analogías de la historia narrada, o de la contemporaneidad de ambas narrativas, sino, sobre todo,

³ Mario Vargas Llosa, que fue admirador de Jorge Amado, escribió sobre toda la ayuda "generosa" que Amado le brindó para documentarse, ver: "Caderno de Literatura N° 3" - Marzo de 1997. reproducido en <http://www.geocities.com/Athens/Crete/1438/indice.htm>

de la doctrina política oficial que tanto en México como en Brasil justificó la represión genocida de las dos comunidades que protagonizaron ejemplarmente su lucha en contra del proyecto hegemónico nacional "positivista": Tomochic y Canudos.

El filósofo argentino Arturo Andrés Roig, después de hacer una amplia revisión de la historiografía hispanoamericana del período positivista, señala que la filosofía comtiana no se adoptó en nuestros países como método científico experimental, "tal como aparece caracterizado en las obras de Comte", como "una filosofía cuyos límites y posibilidades coinciden con los del saber científico experimental", sino que constituyó un complejo fenómeno conocido como "cientificismo", no necesariamente científico, que se divulgó en América Latina con gran fuerza y que encarnó en la ideología de las luchas entre positivistas y anti-positivistas. Los anti-positivistas eran principalmente católicos conservadores. Los científicistas, escribe Roig, heredaron las viejas banderas liberales: la lucha por una sociedad laica, el matrimonio civil, los cementerios laicos y la separación de la Iglesia y el Estado, "ideales que fueron asumidos en un proceso de ampliación que con los positivistas alcanzó con virulencia la enseñanza pública, en todos sus niveles".⁴

La influencia científicista más determinante recayó, escribe Roig, en las "ciencias humanas": la sociología, el derecho, la antropología, la historiografía, la política, la psicología, la pedagogía, y ni la literatura estuvo exenta. La gran aceptación

⁴ Arturo Andrés Roig, *Consideraciones histórico-críticas sobre el positivismo en Hispanoamérica y el problema de la Construcción identitaria nacional*. Ponencia presentada en el congreso "La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico. Ideas, lenguajes políticos e imaginarios culturales". Valencia, España. 3, 4 y 5 de marzo de 2003. Edición electrónica en vías de publicación por la Biblioteca Valenciana y el FCE. Cfr. <http://www.ifs.csic.es/ConSem/identidades/idennac.htm>

del pensamiento de Darwin, por otro lado, le dio al cientificismo latinoamericano un acentuado carácter biologicista, que Roig, de acuerdo con Ricaurte Soler, piensa que fue entre nosotros más marcante incluso que en Europa. La antropología desarrollada entonces podría considerarse, según los autores mencionados, como una antropogenética. De ahí que Roig vea en los autores más representativos del pensamiento hispanoamericano en el período positivista, que abarcaría desde las dos últimas décadas del siglo XIX hasta ya bien entrado el siglo XX, la asunción, más o menos manifiesta, de una ideología racista, particularmente en relación a los indios y a los campesinos, quienes por su resistencia a modificar sus hábitos, tradiciones, creencias y prácticas religiosas, fueron considerados como rémoras u obstáculos para el progreso de la nación.

Particularmente el filósofo argentino cita el caso, entre otros, del mexicano Francisco Bulnes, autor de *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899), del boliviano Alcides Arguedas y su *Pueblo enfermo. Psicología de los pueblos hispanoamericanos* (1909), del argentino José María Ramos Mejía y su libro *Las multitudes argentinas* (1899), y del *Estudio sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (1919) de Laureano Vallenilla Lanz, como los exponentes del más violento racismo. Autores todos ellos cuyas ideas no fueron discutidas prácticamente hasta la fecha, y que, por lo mismo gozaron de amplio prestigio intelectual en su época, a pesar de haber padecido un "europeísmo a ultranza". Respecto a sus explicaciones sociologizantes y antropo-genéticas, escribe Roig:

Nosotros hemos dicho que obras de este tipo no sirven para convencernos de la inferioridad "racial" de los campesinos indígenas, sino de la inferioridad moral de quienes los describían.

Las categorías que es posible extraer de estos autores, añade Roig, son las de "inclusión, marginación y exclusión". En otras palabras, hablan siempre del lugar, que en la estructura social sometida al orden deben ocupar los diversos sectores sociales. (Aquellos pueblos, comunidades, grupos o etnias refractarios a someterse a ese orden "superior", del cual dependería el progreso de la nación, estarían condenados a su marginación, exclusión o extinción. A esto obedeció sin duda que los gobiernos inspirados en el cientificismo de fines de siglo hubiesen cometido verdaderos genocidios en nombre del "orden y el progreso". Escribe Roig:

En la década de los 80 del siglo XIX, época de esplendor de las oligarquías en cuyo seno germinó el positivismo, se produjeron el genocidio de la población mapuche argentina, en la Patagonia, y el genocidio de la población yaqui en el Estado de Sonora, en México (A. Gilly, 1977, 11-12⁵). En fin, debemos volver a decir que el positivismo fue un movimiento complejo y hasta contradictorio. La imagen del dios Jano se repite constantemente en la historia, para descargo de conciencias o para culpabilizarlas.

Mi hipótesis se basa en la idea de que las rebeliones de Tomochic y de Canudos se explican, en principio, como reacción a la política cientificista de los gobiernos respectivos en transe a someter y reprimir toda manifestación popular que desafiara la nueva estructura social, garante del "orden y el progreso", máxime si esas manifestaciones sociales estaban movidas por mesianismos religiosos, refractarios a la "razón" y a la ciencia, considerados como patologías sociales. Por ello me parece

⁵ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, ed. El Caballito, 1977. Apus Ibidem.

oportuno hacer una breve referencia al positivismo en México y en Brasil. Esta primera base de la comparación nos permitirá establecer una primera analogía por lo que se refiere a las historias narradas en ambos textos; pero necesariamente apuntará en seguida a una diferencia fundamental en el sentido más profundo de los dos textos en cuestión. Mientras Heriberto Frías no se plantea la necesidad de explicar las causas sociales, geográficas o antropológicas que conducen al enfrentamiento entre los tomochitecos y el gobierno, lo contrario ocurre con Euclides da Cunha, quien ve la guerra de Canudos como un fenómeno que debe ser explicado con distancia crítica, desde la misma perspectiva del positivismo. En Heriberto Frías tiene más el carácter de crónica, de una lucha popular en contra de un gobierno dictatorial. Cuando menos este carácter se acentuó en las correcciones que el autor hizo posteriormente para asociar su historia a los agravios de la dictadura porfirista y, consecuentemente, a los reclamos pre-revolucionarios. La obra de Frías crece en la creación del héroe tomochiteco, que, visto desde el necesariamente restringido punto de vista de Miguel Mercado -el personaje principal-, se vuelve un poderoso gigante que hasta el día de hoy es admirado e idealizado. Euclides da Cunha logra una obra distinta, que se singulariza por la minuciosidad y el detalle con que ilustra una tierra y a un hombre. Resultará también interesante examinar y comparar las ediciones posteriores tanto de *Tomóchic* como de *Os sertões* para indentificar aquel material que los autores destacan como más importante. En las modificaciones que los escritores hicieron en las sucesivas ediciones se revelan sus intenciones más profundas.

2. La doctrina positivista.

El término *positivismo* originalmente designó el método exacto que utilizan las ciencias, y fue Saint-Simon el autor de la designación. Años después, el filósofo Augusto Comte aplicó ese nombre a la doctrina filosófica de su autoría, que se extendería por Francia y por el mundo occidental a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. El ideario comtiano exalta el valor de la ciencia y la erige como vía única para guiar la vida del hombre, tanto en cuanto al conocimiento mismo como a la moral y a la religión.

La teoría comtiana corresponde perfectamente al tipo de sociedad nacido a la luz de la Revolución Francesa que, con su exaltada modernidad, piensa que la vida social y la vida individual de los hombres se verá beneficiada por la industrialización tecnificada, porque ésta conducirá al desarrollo económico y al progreso general.

El positivismo se construye con base en un ideario que sostiene a la ciencia como único conocimiento posible y a su método como único válido. El método descriptivo de la ciencia es el mejor porque describe hechos que se relacionan constantemente, se expresan mediante leyes y pueden preverse. Por estas características, los positivistas sostienen que el método de la ciencia es aplicable a todos los campos de la investigación y de la actividad humana.⁶

Su éxito es inmediato y resonante. Dirige las actividades de la ciencia moderna y sus modos, así como las formas de vida, sociales e individuales. Se impone en Francia y, desde Francia,

⁶ Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, México, FCE, 1983, pp. 936-937.

irradia al mundo occidental, como ya se dijo, cumpliendo en América Latina un papel fundamental que se extiende desde el siglo pasado hasta nuestros días. De hecho, el logro mayor del positivismo es que cambia la mentalidad de los hombres y de las sociedades.

3. El Positivismo en México.

En cuanto al positivismo en nuestro país, dice Leopoldo Zea que es "una doctrina importada a México para servir directamente a un grupo político, o para servir de instrumento a un determinado grupo social en pugna con otros grupos"⁷ y que su filosofía fue utilizada instrumentalmente por dicho grupo político para justificar el derecho a la preeminencia social de su propia clase.

Algo semejante había ocurrido en la cuna de esta filosofía, en la Francia posterior a la Revolución Francesa: Allí Comte sería el ideólogo de una clase social, la burguesía, que después de su triunfo se vio amenazada por grupos que buscaban obtener sus privilegios mediante la instauración del desorden -al que llama "desorden metafísico"-, porque esgrime las banderas de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Comte, como dice Zea, se vio obligado a encontrar el difícil equilibrio conceptual frente a la "aparente" discrepancia entre orden y progreso, señalando que "no hay orden sin progreso ni progreso sin orden".⁸ En su momento dio valor al desorden porque, según él, éste prepararía a la sociedad para una etapa constructiva. Pero el desorden tendría que ser

⁷ Leopoldo Zea, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 1988, p. 28.

⁸ *Ibidem*, p. 41.

circunstancial y a término, una vez que se hubiera logrado tal preparación. Queda claro, no obstante, que el ideal comtiano, más allá de que pretendiera sustentar en el poder a cierta clase, la burguesía, tendía al sueño utópico que se infiere de su ideario de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

En cuanto a la aplicación en México del positivismo, hay que referirse a la cita que inicia este apartado. Este punto de partida demuestra que, además de los aspectos conceptuales que en el positivismo, como en casi todas las teorías, se orientan en sentido de utopía -se sueña con logros magníficos que guían la acción-, hay usos distintos, más prácticos y espurios que cuestionan la validez de la tentativa mexicana. En efecto, como señala Zea, "el positivismo fue traído a México para resolver una serie de problemas sociales y políticos, y no simplemente para ser discutidos teóricamente".⁹ Y más adelante señala que las manifestaciones del positivismo, en las diversas áreas en las que se produjo, no coincidían exactamente, en nuestro país, con el ideal positivista, sino que fueron expresión de las particularidades mexicanas.

La crónica que hace Zea del positivismo mexicano se inicia con la Reforma, cuando el triunfo de los liberales es el triunfo de la que, para Justo Sierra, es una burguesía constituida por la clase instruida y escolarizada de los estados. Aquella que, posteriormente, alcanzaría su momento mejor con Porfirio Díaz. Zea refiere cómo los reformistas, entre los que destacó Melchor Ocampo, combatieron los privilegios de las clases altas del México de la época, pero tuvieron que enfrentarse luego a grupos sociales que, a su vez, exigieron a los reformistas el cese de privilegios que ahora estos mismos detentaban. Como en Francia, el ideal positivista sale al paso para resolver la contradicción

⁹ *Ibidem*, p. 37.

y es utilizado para hacer entender a la sociedad la necesidad de orden para el logro del progreso. Se actualizó, entonces, el importante papel que la educación cumple para la sociedad. Fue Gabino Barreda, a instancias de Juárez, quien creó el sistema educativo que su sociedad necesitaba para el porvenir. Su instrumento ideológico fue el positivismo, con sus principios de orden para el progreso. Eligió, como asignaturas clave para la nueva formación, las ciencias positivas: matemáticas, ciencias naturales, cosmografía, física, botánica, etc. Como idiomas, francés y latín, que permitían acercarse, respectivamente, a los movimientos culturales más actuales y al conocimiento de los clásicos. En relación con la religión, ésta era considerada ciencia sobrenatural, perteneciente al orden privado, y no se enseñaba en la escuela.

El papel de Gabino Barreda fue determinante. Para el Presidente Juárez, el proyecto de Barreda significaba reordenar el caos posterior a la gesta revolucionaria de la Independencia, que había resultado en los distintos intereses de clase y sus pugnas por el dominio, una vez alejados los conquistadores. Barreda, en efecto, pensaba que las raíces del desorden social y político se encontraban en el desorden de la conciencia. Promovió, luego, la educación primaria obligatoria.

En relación con los papeles fundamentales que cumplían el clero y el ejército quienes, para mantener sus privilegios, propiciaban intervenciones extranjeras, Gabino Barreda promovió tres tipos de emancipación: la científica, la religiosa y la política, esperando que, logradas ellas, primaría en México la emancipación mental y sobrevendría un estado superior, que conduciría al progreso y convertiría a la nación en ejemplo para el mundo. Para Barreda, la emancipación religiosa era esencial. La religión católica, fuente de retroceso por su dogmatismo, era

para él incapaz de resolver los problemas humanos suscitados por la nueva realidad social, política y de conocimientos. Por ejemplo, la iglesia se había vuelto incapaz de "explicar satisfactoriamente los fenómenos de la naturaleza".¹⁰ Del mismo modo, tampoco estaba en condiciones de comprender la coyuntura política presente ni quería aceptar que su único papel era espiritual. Era incapaz de dejar de intervenir en todo, aunque nada de ello tuviera que ver con el orden espiritual. Más aún: era un hecho que el clero seguía dominando las conciencias populares y "aprovechaba su fuerza espiritual para defender intereses no espirituales".¹¹ En realidad, Juárez no pretendía disputar al clero su poder espiritual, pero quería que éste dejase de intervenir en política. Sin embargo, ello era extremadamente difícil. Era necesario luchar contra siglos de costumbre. La preocupación de Barrera llegó a tal punto que pensó en sustituir el catolicismo por el protestantismo. Fracasó en su intento, ya que el pueblo no aceptó a los pastores que habían sido encargados de modificar sus creencias religiosas. A su vez, los militares no querían dejar sus viejos privilegios ni aceptaban que, en períodos de paz, debían estar al servicio de la nación y no a la inversa: ser servidos por ella. Por eso, Barrera centró sus expectativas en el cambio educativo que dirigió a la burguesía, con la esperanza de crear generaciones mentalmente libres.

Un precursor importante del positivismo fue el Dr. José María Luis Mora. Aunque Zea aclara que Mora no fue propiamente positivista, sus ideas sí constituyeron lo que podría llamarse una introducción al positivismo. Mora interpretó la historia de México como oposición entre progreso y retroceso. Para él, la educación tradicional estaba mal planteada porque no creaba en

¹⁰ *Ibidem*, p. 59.

¹¹ *Ibidem*, p. 63.

los jóvenes el espíritu de investigación y de duda que lleva a la verdad, sino que los educaba en el dogmatismo. A su vez, criticó el modelo social del empleado público -quien cuida sus intereses individuales sin preocuparse por la responsabilidad social de su puesto- y propuso el modelo industrial como fuente de riqueza y prosperidad. Consideraba que no es papel del estado el apoyo a doctrinas, aunque creía que el positivismo representaría para México "un símbolo o cuerpo de doctrina comprensiva de todas las verdades".¹² Su ideología se expresa en unas líneas que cita Zea: "La vida y los medios de conservarla y de pasarlo de una manera agradable; he aquí todo el hombre, he aquí todo lo que pide y lo único que le interesa".¹³ Para él, el hombre vale por lo que hace y el que más haga tendrá más derechos que el que haga menos. Con ello, se afirmó la idea del derecho del más fuerte, principio positivista por definición.

Sin embargo, los conceptos de libertad de Barreda y de otros liberales -como los jacobinos, por ejemplo- no coincidieron, lo que conduciría a un rompimiento posterior entre positivistas y jacobinos. Para Barreda, la libertad era el ejercicio del curso natural de los hechos, que se rigen por un orden propio, sujeto a ciertas leyes. No se trataba de que la libertad implicara un "hacer lo que se quiera" ni invadir el mundo privado, pues ésta estaba ligada, para él, al interés social. Liberales jacobinos, como Nicolás Pizarro -encargado por Barreda de elaborar un libro de texto, tratado de moral que considerase los intereses de la sociedad, la familia y el individuo- proponían acciones directas contra la religión católica y sus miembros. El enfrentamiento entre Barreda y Pizarro fue tan fuerte que el libro de este último no fue aceptado por aquél. A su vez, Barreda, contra Pizarro, aplaudió y estimuló la propiedad privada; no se propuso

¹² *Ibidem*, p. 90.

¹³ *Ibidem*, p. 93.

reglamentar la riqueza (sólo propuso "humanizar a los ricos"); no consideró necesario tomar medidas contra la usura. En realidad, para él, la riqueza apoyaba el progreso social. Barreda se confirmó, con sus puntos de vista, como apoyo de la incipiente burguesía y, según Zea, condujo a que los hombres formados bajo sus postulados ideológicos, resultaran "egoístas, descreídos, materialistas y sin ideales".¹⁴

Otros positivistas contribuyeron a confirmar la concreción ideológica de los intereses de clase: Miguel Macedo dividió a los hombres en superiores e inferiores, siendo los superiores aquéllos que tenían "la cualidad de poseer otra cualidad en un más alto grado que otro u otros".¹⁵ Para él el rico, debido a su riqueza, no sólo era superior económicamente al pobre, sino también en sentido moral, por ello debía servir a la humanidad suministrando trabajo al pobre, y dándole retribución justa y equitativa por su trabajo. Así el pobre debía devolver los bienes recibidos con gratitud, respeto y veneración. Para Macedo, la riqueza es necesaria: el rico necesita de ella para poder tener ocio "pues el ocio permite la preocupación por los demás".¹⁶ Entre tanto el pobre, ligado a su rudo trabajo, no tiene tiempo de preocuparse por sus semejantes. Finalmente la nueva clase defendió su derecho a la propiedad privada y se opuso a todo aquel que reclamara las tierras de la que ella se había apropiado: "En el nuevo orden sólo se reconocen los derechos del más fuerte; sólo poseen los bienes aquellos individuos que se han mostrado capaces de obtenerlos; la forma no importa",¹⁷ señala Zea. Los indios que luchaban por sus tierras eran censurados, pues se consideraba que no comprendían que el beneficio de los explotadores era el beneficio de la nación. La lucha de los

¹⁴ *Ibidem*, p. 126.

¹⁵ *Ibidem*, p. 166.

¹⁶ *Ibidem*, p. 170.

¹⁷ *Ibidem*, p. 294.

indígenas pasó a considerarse violencia. Como pertenecientes a una clase inferior, de tan poca capacidad intelectual que no comprendían el sentido de la razón y de la justicia, era legítimo utilizar, contra ellos, la fuerza.

Otro positivista de ideas coexistentes fue Manuel Ramos, quien se ocupó de dar importancia a las ciencias sociales. De acuerdo con ellas, apoyadas en las leyes biológicas, en la sociedad debían sobrevivir los más fuertes física o intelectualmente.

Pese a lo anterior, según Zea, la educación propuesta por Barreda ofreció a los mexicanos, al principio, una unión que nada había logrado antes, unión marcada por los beneficios materiales obtenidos y el consecuente confort, con fuerte sustento ideológico, que los conduciría a formar el núcleo que promovería a Porfirio Díaz. Como dice Zea, finalmente se cumplió lo que temía la burguesía de entonces: a la postre llegó la dictadura personal, la de Porfirio Díaz, que estableció dictadura política y dictadura económica.

Como en Francia, en México se cometió la falacia de identificar los intereses de cierta clase social con los intereses de la nación. Como dice Zea, nació una nueva era "en la cual el orden positivo venía a sustituir al orden teológico y al desorden metafísico",¹⁸ orden teológico que, en el país, provino del clero y la milicia, y desorden metafísico que provino de grupos que, después de las gestas de Independencia, pretendieron exigir derechos contra la clase conservadora y de liberales inconformes. Ambos sectores, liberales y conservadores, terminarían por unirse posteriormente, cuando ambos coincidieron en que el positivismo había resultado contrario a los principios

¹⁸ *Ibidem*; p. 49.

de la Constitución de 1857, vigente entonces. Como dice Zea, el peligro de esta lucha de liberales y conservadores contra positivistas radicaba en que no era una lucha armada sino espiritual.

El positivismo, en México, recibió muchos ataques. Ya se ha mencionado la posición de los jacobinos y del clero (que temía perder su dominio espiritual). Mucho más tarde, el positivismo sería atacado por la generación del Ateneo de la Juventud. Vasconcelos, por ejemplo, identificó a los positivistas con la clase social que consideraba a gran parte del pueblo mexicano -en particular indios y trabajadores- "casta irredimible... incapaz de derrocar el despotismo militar y político de Porfirio Díaz",¹⁹ juicio el último que fue hartamente desmentido con la Revolución de 1910.

Otros, no obstante, indicaron que la práctica del positivismo no tuvo nada que ver con la Revolución, visto que, como dijo Ramón Pardo en 1923, "una clase afortunada, hondamente conservadora y llena de prejuicios nacidos del privilegio y de la intolerancia romana, y otra clase inferior, frustrada en su destino, oprimida y humillada, bastan para explicar esas convulsiones terribles que procuran el equilibrio y en cuyo fondo se encuentra, no una doctrina filosófica, sino un pasado histórico de incontrastable poder".²⁰ Lo que señala Zea es que ciertamente en México no pudo realizarse el programa completo del positivismo porque no se prestaba el momento histórico del país. También destaca que pese a que, en principio, el positivismo parecía servir a los intereses del porfirismo, algunos de sus postulados eran contrarios a sus intereses, por lo que fueron descartados. De este modo, pese al ideal constructivo de los

¹⁹ *Ibidem*, p. 31.

²⁰ *Ibidem*, p. 33.

positivistas mexicanos, "el positivismo ideal no pudo realizarse porque las circunstancias mexicanas no lo permitieron".²¹

4. El Positivismo en Brasil.

Pensar en el papel que jugó la ideología positivista en Brasil lleva a anotar lo que ocurrió en toda América Latina. Por ello, parece importante iniciar este apartado con una cita elocuente de Víctor Massuh, que demuestra el papel del positivismo en nuestra América y, por ende, en Brasil, y también su importancia: "...cumplió una doble hazaña espiritual. La primera, de carácter político: organizar ideológicamente las naciones democráticas nacionales sobre la base de un orden nacional y moderno, la segunda, de carácter educativo: proveer a los americanos de un sistema de ideas y costumbres que superaran las formas sociales y psicológicas del medioevo, subsistentes aún. Ideas y modos de vida nuevos que estimulasen el progreso material, los hábitos industrioses de sus habitantes.... De ahí que bajo las influencias de Spencer o de Comte, las ideas positivistas se extendieron a lo largo del continente, como las únicas partes a realizar lo que se dio en llamar la liberación mental de América."²² Luego la influencia del positivismo, enorme en Latinoamérica durante la segunda mitad del siglo XIX, llevó a nuestros países a ceder a la influencia de una doctrina que auguraba tantas bondades y que, en todos, cambió el perfil nacional. John Martz indica que:

²¹ *Ibidem*, p. 50.

²² Víctor Massuh, *En Ideas en torno de Latinoamérica*, Volumen II, UNAM, México 1986, p. 1202.

[...] nowhere in the hemisphere was the assimilation of positivism more extraordinary than in Brazil, where it was adopted with very little alteration. The Brazilians saw positivism as permitting a further development along existing lines; it did not represent for them, as it did in the Spanish America republics, a means of destroying the past in order to introduce something wholly new".²³

Se confirma lo dicho si se observa que Brasil, como ningún otro país latinoamericano, ostenta, de manera evidente y permanente para la vida nacional, el impacto que el país sufrió por el positivismo: su bandera mantiene, en su centro, el lema *Orden y Progreso*, lema que lo es también del positivismo.

Así, el positivismo se manifestó en Brasil en los órdenes más importantes de la vida social y fue esencial para la concreción de la República. Así lo señala Arturo Ardao, en su obra *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*: "El positivismo se manifestó en Brasil en lo especulativo, lo religioso y lo político".²⁴ El investigador indica también que en ello fue fundamental Benjamín Constant, quien fundó, en 1876, "con un grupo de discípulos, la Sociedad Positivista de Río".²⁵ Ardao historia los pasos posteriores del movimiento señalando que, en 1881, el mismo Constant fundó el Apostolado Positivista del Brasil, y dio "a la religión de Comte, en el Brasil, una difusión

²³John D Martz, en *Positivism in Latin America, 1850-1900*, antología de Ralph Lee Woodward Jr., D.C. Heath and Company, Lexington, Massachusetts, 1971, p. 10.

²⁴ Arturo Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, FCE, Tierra Firme, México, 1950, p. 71.

²⁵ *Ibidem.*, p. 72.

única en el mundo, que culminó en 1897"²⁶ y que fue inseparable "de la proclamación de la República en noviembre de 1889".²⁷

La situación de ese país tiene sus semejanzas pero también sus diferencias importantes con respecto a los demás países de su entorno. La diferencia fundamental radica en que la República es instaurada Brasil en 1889, a la caída del Imperio. Para entonces, casi toda América era independiente ya del poder colonial y se habían establecido nuestras repúblicas desde los primeros años del siglo XIX.

También es importante considerar que la historia de Brasil está ligada a su riqueza económica y a su producción de bienes. Como señala Cruz Costa, desde el momento de la conquista, "Jesuitas y colonos se lanzaron a la aventura, movidos por el mismo espíritu utilitario que caracteriza el espíritu portugués en la época de los descubrimientos".²⁸ La primera industria que se desarrolló, la del azúcar, nació y creció en el nordeste, con centro comercial en Pernambuco, Bahía. Durante 200 años, entre los siglos XV y XVII, esa tierra nordestina enriqueció al colonizador y se empobreció a sí misma como resultado del cultivo del producto que endulzó a gran parte de Europa durante cuatro generaciones. El agotamiento de las tierras aunado al hecho de que otros países de la región comenzaron a dedicarse al cultivo del azúcar, cambió el polo económico brasileño de Bahía a Minas Gerais y del azúcar se pasó a la actividad minera y, en particular, a la extracción del diamante. La riqueza floreció durante pocos años, unos sesenta años, hasta 1760. Es por esa época que comienza el desarrollo de la industria del algodón²⁹ y de la cafetalera, en el Valle del Paraíba, en Río de Janeiro. Al

²⁶ *Idem.*

²⁷ *Idem.*

²⁸ João Cruz Costa, *Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil*, México, FCE, Tierra Firme, 1950, p. 20.

²⁹ *Ibidem*, p. 22.

poco tiempo, São Paulo logra adueñarse de los beneficios del café y se desarrolla y crece la oligarquía paulista, al punto de que el café se convierte en el centro de las exportaciones del país y el que más riqueza atrae.

Desde el punto de vista político, la fuerza del Imperio garantizaba cierto equilibrio. Sin embargo, Pedro I tuvo que renunciar al trono en 1831 e irse a Portugal, a causa de diversos movimientos populares que se convirtieron en levantamientos. En 1834 el emperador murió, dejando el trono a su hijo, niño aún, de manera que hubo un gobierno de regencia. El período de Regencia fue también rico en levantamientos, pero éstos se diluyeron en gran medida cuando el niño se hizo hombre y comenzó a gobernar. Pedro I había gobernado de acuerdo con el interés portugués. Su renuncia significó, al menos de manera simbólica, la nacionalización del gobierno y del trono. Pedro II había nacido en Brasil. Era sereno y tenía amor por su tierra; durante su gobierno hubo progreso en lo económico y lo cultural. Ciertas medidas beneficiaron al país. Por ejemplo, promovió la inmigración europea, necesaria para poblar esas grandes extensiones, y fortaleció la exportación de productos, aunque gobernó a favor de los terratenientes. Sin duda, se vio influido por Francia: en el centro de Río, su palacio se levantaba entre estatuas y jardines y estaba prohibida la entrada de pobres y mendigos en toda el área. Su reinado fue largo y terminó en 1889, con el advenimiento de la República. Pedro II murió en el exilio.

Dentro de este contexto, hay que dar lugar a los movimientos de Canudos, que muestran la respuesta de un pueblo que comenzaba a medir sus fuerzas y a buscar mayor autodeterminación. Si bien el ejército procuró sistemáticamente imponer el orden, Canudos logró rechazarlo en cuatro ocasiones. Recién al quinto intento, cuando prácticamente todo el ejército del país se organizó contra

el pueblo, Canudos fue vencido. Por entonces, comienza el verdadero auge del positivismo en Brasil, apoyado, sobre todo, por la oligarquía cafetalera paulista. Ella es la que hace la República, la llamada Primera República, que es la república de los licenciados, dominada por los paulistas y apoyada por los intelectuales.

La historia de las ideas de Brasil que lleva a la caída del Imperio comienza a principios del siglo XIX, con el advenimiento de las doctrinas del eclecticista francés Víctor Cousin:

[...] en el eclecticismo de Victor Cousin, encontraron nuestros patricios motivo para dar plena expansión a sus dotes oratorias y a su gusto por la palabrería"³⁰

"El eclecticismo, doctrina más literaria que filosófica, más elocuente que profunda, toda ella esmaltada de citas clásicas", como dice Raymond Lenoir, parecía encajar perfectamente en la educación ornamental que se daba en las aulas y convenir al espíritu de la incipiente aristocracia de los propietarios rurales conservadores...".³¹ Esta doctrina, con tan grande influencia en el país, fue considerada, posteriormente, como vacua. El eclecticismo, con su reunión de tesis tomadas de distintos sistemas filosóficos, sirvió, entre 1840 y 1850, para que el régimen monárquico asegurara su estabilidad. Pero, en 1870, Europa provee nuevas ideas. Llegan el positivismo, el naturalismo y el evolucionismo.³² A partir de estas nuevas ideas, surge una nueva "inteligentzia", constituida por los hijos de la burguesía comercial y burocrática. Esta nueva clase se opone a la tradicional, representada por los latifundistas y los patrones dueños de esclavos e ingenios. Por otra parte, estos jóvenes

³⁰ *Idem.*

³¹ *Ibidem*, p. 24.

³² *Ibidem*, p. 29.

decidían su futuro a partir de sus estudios en la Escuela Central y en la Escuela Militar. Son ellos los que adoptaron la filosofía de Comte, y que nunca pudieron aceptar "la retórica verbosa, vacía y formalista que caracterizó el eclecticismo en el Brasil".³³ Así, desde 1874 hubo en Río de Janeiro dos grupos de positivistas: uno que aceptaba la filosofía de Comte con todas sus implicaciones sociales, políticas y religiosas, y otro que aceptaría solamente la parte científica.³⁴ En 1876 se fundó la primera sociedad positivista. Lo hizo Benjamín Constant con un grupo de discípulos suyos en Río de Janeiro y fue, según Ardao, el "episodio gemelo de la fundación en México, al año siguiente, de la Asociación Metodófila por Gabino Barreda y un grupo de los suyos".³⁵ Las ideas positivistas llevaron a sus partidarios a favorecer a los abolicionistas, que procuraban la abolición de la esclavitud y pugnaban por el trabajo libre; eran republicanos porque "consideraban que la filosofía y el método positivista eran la única expresión de la verdad"³⁶ y que el método científico y racional era el único válido para dirigir políticamente al país.

En 1881, se fundó el Apostolado Positivista del Brasil, que culminó en 1897.³⁷ La enseñanza se vuelve obligatoria y pública. La economía crece porque la oligarquía paulista tiene que aceptar una cuota de producción fija y el excedente se aplica al desarrollo industrial. Se desarrolla el ferrocarril, entre 1890 y 1895, que permite que el puerto de Santos lleve la parte más importante del comercio internacional. São Paulo, sin ser la capital del país, se convierte en una de sus ciudades más importantes. Todo es desarrollo, industria -producto de un

³³ *Ibidem*, p. 30-31.

³⁴ *Ibidem*, p. 35.

³⁵ Ardao, *op. cit.*, p. 72.

³⁶ Cruz Costa, *op. cit.*, p. 38.

³⁷ Ardao, *op. cit.*, p. 72.

cientificismo aplicado-, educación, poder de una clase: el de esa oligarquía paulista ya mencionada. Y Comte tuvo muchos adeptos, pues "Los políticos que tomaron la dirección de la nueva república fueron, todos, de formación liberal y vinieron, en buena parte, de los dos principales partidos del tiempo del parlamentarismo imperial".³⁸ Pero, por su ambiguo origen, pronto dejaron de comprender la "dictadura filosófica"³⁹ de los sectarios de Comte y surgieron aquellos que declaraban que "el interés del país no está en ser gobernado de acuerdo a la fórmula de este o aquel sistema, sino en ser bien gobernado, y los buenos gobiernos son temperados y fiscalizados por la discusión".⁴⁰ Visto que los discípulos de Comte pretendían organizar la sociedad sin Dios ni rey, hubo quien señaló (Frías Brito, por ejemplo, citado por Cruz Costa) que ello "refleja fielmente el estado actual del espíritu humano, dominado y corrompido por la impiedad moderna. Porque negar a Dios es negar el orden moral, es suprimir la razón del mundo".⁴¹

Se comprende que el positivismo no era la única ideología que trataba de imponerse. Parece claro que la propuesta religiosa se movía más por intereses políticos y económicos que por espíritu de verdadera fe. Cruz Costa señala que el catolicismo en Brasil "...siempre fue menos atento al sentido íntimo de las ceremonias que al colorido y a la pompa exterior", y aclara que el catolicismo no tuvo influencia decisiva en la clase dirigente del Imperio, pues ella era racionalista y escéptica, lo que coincidía con el espíritu nacional, aventurero y con pocos sentimientos o ideas religiosas.⁴² Sin embargo, junto con los militares, que habían promovido la revolución de 1889 y la caída

³⁸ Cruz Costa, *op. cit.*, p. 44.

³⁹ *Ibidem*, p. 45.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 44-45.

⁴¹ *Ibidem*, p. 72.

⁴² *Ibidem*, p. 27.

del Imperio, este grupo, opuesto al positivismo y de tendencia tradicional, asume su condición de privilegio económico y de poder político; apoya un progreso que había quedado señalado, como ya se dijo, en el centro de la bandera nacional, con su lema positivista sin concesiones; lo adapta a su perspectiva y es él el que conduce a Brasil hacia el siglo XX.

1. Tomóchic.

Los últimos episodios del enfrentamiento entre el gobierno federal y el pueblo de Tomóchic pertenecen enteramente a Heriberto Frías⁴³. Más allá de que, en el día de hoy, se puede hacer una reconstrucción minuciosa de aquel momento histórico a partir de algunos documentos, la novela de Frías constituye el único testimonio próximo y entrañable del suceso. Esto implica una serie de supuestos. Es un hecho que la comprensión de la suerte de los tomochitecos sólo puede intentarse desde el punto de vista conmovido de Miguel Mercado -protagonista de la novela-, porque los informes militares que pudieron haberse emitido en aquellos días siempre resultarían insuficientes y sospechosos. Es decir que es una recreación literaria la materia con la que cuenta el historiador para hacer al tomochiteco. Todos los tomoches murieron en Tomóchic, sin rendirse. Si acaso alguno hubiese sobrevivido -los hombres de Pedro Chaparro, por ejemplo-, ya no pertenecen a la fabulación y al excederla no la afectan, sólo desaparecen: Tomóchic es el mito de sus hombres heroicos y su identidad está ya tan claramente definida, que cualquier verdad que aparezca después de la novela de Frías, sirve a esa mitificación.

El libro remedia los vacíos de un acontecimiento que, en ciertos momentos de la historia de México -aquellos en que los héroes son necesarios-, gana importancia y significado. El historiador vuelve a hacer al héroe y su admiración no es sólo suya: es el producto de otra que se le anticipó y que pudo manifestarse a través de la voz de Miguel Mercado. Es decir que

⁴³ La edición que utilizo es: *Tomóchic*, de Heriberto Frías, 8ª. ed., prólogo y notas de James W. Brown, México, Editorial Porrúa (Sepan cuántos..., 92), 1993.

la novela de Frías, en principio, ha cubierto un papel que la excede -hace falta mucha cautela para usar una fabulación como documento-, pero, además, a causa de esta iniciativa, sus alcances han sido largos, hasta intervenir con autoridad en la historia moderna del país.

Me refiero a la interpretación de los sucesos ocurridos en Tomóchic -desde cualquier tiempo remoto que pueda explicar la crisis, hasta la destrucción definitiva del pueblo. La lectura tiene un criterio unánime: una justa inconformidad social (que encontró la manera de manifestarse a través del fanatismo religioso), suscitó la rebeldía de un pueblo que desconoció a la autoridad central y que se enfrentó a ella. Hasta aquí, en poca cosa interfiere Frías. Las tropas federales viajaron a la sierra para reprimir el movimiento y fueron derrotadas el 2 de septiembre de 1892. Una segunda intervención logró el objetivo. Esta vez, afortunadamente, Frías puede dejar su testimonio y, pese a que su versión de los hechos está novelada y eso disculparía imprecisiones de cualquier naturaleza, la certidumbre de que se apega a la verdad histórica y de que el protagonista ocupa el lugar que le correspondió a él, nos autoriza para usarlo como un documento, aunque pudiera ser ése un papel que no le toca. Otras circunstancias, entre las que destacan el encarcelamiento y el juicio contra el autor, también contribuyen a validar este recurso.

Lo cierto es que el suceso histórico no deja ningún otro testimonio de primera mano porque ningún tomochiteco escribió ni una palabra y que los papeles que enviaron los militares al mando de las tropas suscitan desconfianza de antemano. De este modo, *Tomóchic*, una novela escrita por un subteniente que pertenece al bando cuestionable y que opta por reprobar los actos que le corresponderían de algún modo, gana la credibilidad absoluta y

sirve de herramienta única y última para la recreación del pueblo que murió entero. En este sentido, el hecho de la historia ha pasado a pertenecerle a Frías: el tomochiteco se define desde la mirada que le dirigió este autor, que lo vislumbró como un héroe. Aunque pase el tiempo, el tomochiteco no será otra cosa que un héroe, con todos los claroscuros que el concepto supone.

El asunto de Tomóchic atrae la atención y muy diversos estudios han alumbrado las circunstancias que ocasionaron el levantamiento. En este momento la lucidez de los trabajos de personas como Antonio Saborit, Rubén Osorio, David López Peimbert y José Valadés explican el conjunto y el detalle de un estado de cosas que ocasionó una masacre injustificable. El interés de focalizar parte de mi estudio en la obra que, sobre el hecho, hizo Frías, no es por realizar un análisis histórico -cosa que la novela admitiría sólo hasta cierto punto-, sino por vislumbrar ese héroe que construyó Frías y que ha invadido la imaginación de historiadores y novelistas un siglo después. Frías creó un personaje irresistible, que sobrevivió al tiempo y que llegó a ganarse un espacio de vida que muchos otros personajes de novela envidiarían. El último tomochiteco murió en Tomóchic -es preciso insistir en ello- y ése que vive hoy mejor que nunca, es una invención que se apoya en los hombros de su creador originario. El héroe de *Tomóchic* es ciertamente carismático. Me interesa comprender el momento histórico y la circunstancia literaria, pero, sobre todo, el mecanismo por el que el autor pudo elaborar un héroe que se permite irrumpir hoy con determinación en el imaginario social del México contemporáneo.

Por otro lado, el fenómeno histórico se equipara a otro semejante y casi simultáneo, en Brasil, que permite irradiar mis interpretaciones a un marco más amplio. De algún modo

Latinoamérica a veces parece ser sólo una. El mestizaje y ciertos antecedentes construyen el parecido.

1.1. Heriberto Frías. Semblanza.

Eh, señor, una novela es un espejo que se pasea por un gran camino. Tan pronto refleja a vuestros ojos el azul de los cielos, como el fango de los arroyos del camino. ¡Y el hombre que lleva el espejo hacia su cuévano, será acusado de ser inmoral! ¡Su espejo muestra el fango, y vos acusáis al espejo! Acusad mejor al gran camino donde se halla el arroyo, y más aún al inspector de las carreteras que deja que el agua se pudra, y se forme el arroyo.⁴⁴

Heriberto Frías Alcócer nació en Querétaro, el 13 de mayo de 1870.⁴⁵ Participó en las batallas que emprendieron las fuerzas federales contra los habitantes de Tomóchic, en el Estado de Chihuahua, en 1892, cuando contaba con veintidós años. Durante aquellos meses de campaña, Frías experimentó una realidad muy distinta de la que conocía y produjo la obra más importante de su producción literaria: una novela que deja testimonio de la

⁴⁴ Stendhal, *Rojo y negro*, México, Bruguera Mexicana de Ediciones, 1977, p. 311.

⁴⁵ Según el prólogo de Brown (en *Tomóchic*, de Heriberto Frías, op. cit.). Según la tesis de López Peimbert, nació el 15 de marzo de 1870. (David López Peimbert. *Tomóchic* (Tesis). México, D.F.: UNAM. Facultad de Filosofía y Letras. 1963, 140 pp.).

masacre de Tomóchic y que hace la crónica de un episodio muy importante de la historia de México.

La figura de Heriberto Frías se asocia necesariamente a su época y a la situación social del México de finales del siglo XIX, porque su obra se involucra con la realidad política. Su inconformidad -manifiesta en su actividad contra el gobierno- lo llevó a la cárcel y a dos sentencias de muerte que se rectificaron a tiempo, con dificultades.

No se puede hablar de que Frías fuese ingenuo a pesar de que se le describe como un muchacho débil y un poco enfermizo. La primera versión de *Tomóchic* se limitaba a la narración épica de una campaña militar y a la descripción entristecida de un México que era otro México -a tal punto el aislamiento de los tomochitecos los diferenciaba-: puede ser que no haya allí la justificación suficiente para explicar la atención que le dedicó el entonces presidente del país, Porfirio Díaz. Parece difícil de entender que Díaz haya visto un peligro tal en una novela que se limitaba a contar y que hacía pocos y muy mesurados juicios de valor. Sin embargo, la descripción de la incapacidad de los soldados, el retrato de la pobreza de un pueblo, de su bravura y de una justicia dispareja hizo la alarma de un gobierno prolongado a fuerza de represión. La voz pública se silenciaba y la verdad mexicana debía adecuarse a una sola: la de las grandes ciudades donde la homogeneidad era santo y seña.

Heriberto Frías, en el pueblo de Tomóchic, es la representación viva del testigo enternecido por una realidad nueva y sorprendente. Del mundo que se desplegaba ante sus ojos no había tenido testimonio ni antecedente en el pequeño país del centro. La lejanía no era responsabilidad de la distancia sino de una cosmovisión diferente; la diversidad era obvia en un pueblo que no adoptaba la forma de pensamiento que se imponía en el país

como señal de identidad. Tomóchic estaba inmerso por obligación en una estructura social que no entendía ni lo favorecía.

Hijo de Antonio Frías y de Dolores Alcócer, Heriberto Frías quedó huérfano de padre a edad temprana. Era 1884 y la familia Frías vivía ya en la ciudad de México, donde Heriberto Frías se había inscrito en la Escuela Nacional Preparatoria. La nueva situación obligó a la familia a separarse, a que su madre y sus hermanas volvieran a Querétaro y a que él permaneciera en México, trabajando como voceador de revistas y de periódicos ilustrados de la librería Budin, para sostener sus estudios. La iniciativa de Frías le indicaba el camino más acorde con su humor tímido, introvertido y débil, pero pronto tendría que abandonar la escuela debido a su precaria situación económica y a una enfermedad de la vista.

El 28 de diciembre 1887, cuando Heriberto Frías tenía diecisiete años de edad, ingresó en el Colegio Militar respaldado por un antiguo amigo de su padre. Es paradójico que un muchacho aficionado a la lectura y al ensueño, a la reflexión y a la rebeldía, de hábitos indisciplinados y con una escasa capacidad física, haya podido integrarse a un tipo de formación tan rígida y obtener, dentro de parámetros tan extraños para él, el grado de teniente. También lo es el hecho de que haya actuado heroicamente en la campaña de Tomóchic -concretamente en la toma del Cerro de la Cueva- mientras engendraba un libro que cuestionaría toda la actividad en la que se había visto inmerso por obligación. Heriberto Frías tiene mucho de un personaje de novela. La serie de contradicciones, de actos heroicos, de debilidades y de transgresiones que hicieron su vida, son propias de una historia inventada, y su ingreso en el Colegio Militar es parte de este destino singular. Estaba optando por un oficio en el que la fortaleza debía hacerlo un defensor digno de su patria y no era

fuerte ni tampoco estaba integrado a una sociedad que le había negado el respaldo en los estudios que correspondían a sus inclinaciones naturales. Había estado en la Cárcel de Belén durante ocho meses por robar, y su constitución débil se asociaba con una mente ágil y discutidora. Ni su ánimo ni su historia correspondían a la consigna de escuchar, callar y obedecer. Es evidente que su carácter no podía hacer la labor de integrarlo en una forma de pensar y de hacer tan distinta, así que lo convirtió en un testigo. Heriberto Frías fue un testigo incómodo en Tomóchic.

En el Colegio Militar, Frías no hizo muchos amigos y después de un año de preparación, el 16 de enero de 1889, se alistó como subteniente del Noveno Batallón de Infantería, grado y asignación bajo los cuales iría a Tomóchic. Pero nunca pudo someterse a la disciplina militar. Están asentadas múltiples llamadas de atención por desaseo, por dormirse en su puesto, por faltar a filas, por no hacer bien su cama o por no asistir a las rutinas de gimnasia. Apenas cinco meses después de integrarse al Noveno, se le amonestó por desaseo, lo que le costó veintinueve días de arresto en la prisión de Santiago Tlaltelolco. En adelante, la detención de los domingos sería en él cosa frecuente y lo agobiaría el rigor militar. La que le significó un arresto de tres meses, en 1891, al parecer a causa de un duelo, fue su falta más grave.

Entretanto, la proclama del gran poder de Dios, en Tomóchic, y el proceder de la Santa de Cabora, que acusaba de herejes a quienes querían apoderarse de la tierra de la que los tomoches eran propietarios, daba el pie para que estallaran todas las inconformidades de aquel pueblo olvidado en la sierra Tarahumara. El gobierno advirtió el peligro que representaba una diversidad donde existían pueblos otros. Pueblos otros que difícilmente

podían integrarse en las corrientes de modernidad y que estorbaban las nuevas iniciativas progresistas.

El tres de octubre de 1892, el Noveno Batallón se sumó a las fuerzas federales para ir a Chihuahua a contener violentamente a los tomoches insurrectos. Heriberto Frías participó en los enfrentamientos posteriores y vio caer al pueblo de *Tomóchic* el 29 de octubre de 1892. Asistió y actuó en eventos a los que sería imposible llamar heroicos ya que se enfrentaban fuerzas profundamente desiguales. De allí salió decepcionado y esa decepción lo hizo preguntarse sobre el sentido de aquel enfrentamiento injusto. El producto de esa reflexión fue una obra corrosiva; una obra que, en cierto sentido, abre el telón de las injusticias que buscarían resolverse después, con la Revolución Mexicana.

Desde su ingreso en el Noveno Batallón, Frías publicaba cuentos y versos en *El Combate*, periódico del general Sóstenes Rocha. Sin embargo, los capítulos de *Tomóchic* los envió a un periódico de oposición al régimen llamado *El Demócrata*, dirigido por un amigo suyo, Joaquín Clausell.⁴⁶ Las veinticuatro entregas se comenzaron a publicar el 14 de marzo de 1893 y Frías fue encarcelado el 16 de abril. Había sido ascendido al grado de teniente, una vez terminada la campaña de *Tomóchic*, y vivía con una mujer llamada Concepción Montijo. En esas circunstancias, decidió escribir la novela que retrataría los acontecimientos de *Tomóchic* desde un punto de vista crítico con respecto a la actuación de las tropas federales. La novela que produjo lograba un punto de vista humano sobre las circunstancias en que un

⁴⁶ Joaquín Clausell Tronconis nació en Campeche en 1866 y murió en la ciudad de México en 1935. Fue uno de los mejores paisajistas mexicanos. Abogado de profesión, tuvo que refugiarse en Europa durante varios años debido a problemas políticos. Allí desarrolló sus dotes como pintor. Como director de *El Demócrata*, asumió la responsabilidad de la autoría de *Tomóchic* cuando Frías fue acusado y llevado a juicio. (Enciclopedia de México. Tomo III. México, 1993, pp. 1570-1571).

pueblo se había levantado en armas y sobre el sufrimiento que subyacía en aquella falseada imagen de gesta heroica. Sobre el enfrentamiento, aparentemente necesario, del gobierno y los insurrectos, se hallaban, como símbolo de unión y semejanza, los dos enamorados: Miguel Mercado y Julia son la indicación de que la lucha en Tomóchic fue entre seres semejantes, que no solamente compartían la nacionalidad, y dan una imagen humana a un enfrentamiento inhumano.

El *Demócrata* fue clausurado, y sus directores y redactores, encarcelados. El General José Ma. Rangel⁴⁷ atribuyó la autoría de los escritos anónimos a Frías, porque dijo que lo señalaba la voz pública. El gobernador mismo del Estado de Chihuahua, Miguel Ahumada, efectuó el registro de la habitación del escritor, en casa de Concepción Montijo, lo que da una idea del peso de los intereses involucrados. Frías fue encarcelado mientras se realizaba la búsqueda de los documentos que pudiesen probar su culpabilidad. Aparentemente Montijo impidió que estos papeles fueran encontrados y salvó a Frías del fusilamiento.

Frías fue sometido a juicio de un tribunal militar y vivió incomunicado los cuatro meses posteriores. El juez, en la primera parte del proceso, fue el coronel Joaquín Terrazas. En la primera comparecencia, Frías rechazó las acusaciones que se le hacían. Se declaró inocente de todos los cargos, que abarcaban un muy largo repertorio (desde la acusación de provocar murmuraciones contra sus superiores y de revelar secretos militares, hasta la de ocasionar una falsa alarma e infringir los deberes impuestos por

⁴⁷ José María Rangel nació en San Luis de la Paz, Gto., en 1836 y murió en la ciudad de México en 1896. Fue el capitán de las fuerzas republicanas durante el sitio de Querétaro (1867). Siendo ya coronel, en 1872 se le comisionó a Guaymas, Sonora, para sostener en sus puestos al administrador de la Aduana Marítima y a los empleados federales que habían sido separados por el gobernador Pesqueira. Ascendido a general, fue nombrado jefe político y comandante militar del territorio de Baja California. Pasó como jefe a la segunda zona de Chihuahua y en 1891 reprimió el levantamiento de *Tomóchic*.

la Ordenanza Militar). Negó haber mantenido correspondencia con redactores y suscriptores del periódico *El Demócrata*, a pesar de estar suscripto, e indicó que no tenía amigos en Chihuahua. Insistió varias veces en que era incapaz de divulgar detalles de campaña y afirmó que había sido fiel a la norma de sigilo; dijo que además no podría haber revelado esos secretos porque los ignoraba. De este modo comenzaba una larga lucha para probar que no había escrito el libro y así evadir una inminente condena a muerte.

La situación de Frías era difícil porque aunque su obra no descubría secretos y, en ese sentido, no infringía la Ordenanza, sí retrataba conductas militares reprobables, que daban pie a poner en cuestión los valores morales del Ejército Federal. Las circunstancias del gobierno de Díaz no eran propias para sacar a la luz tales defectos, así que debían inmiscuirse intereses muy altos en el proceso que se seguía contra el escritor. Lo natural era esperar que el juicio de Frías constituyera un escarmiento y que la aventura de delatar una cara viciada del Gobierno le trajera muy malas consecuencias.

Por otro lado, en el planteamiento del proceso había un error de base que indicaba una lectura poco atenta de la novela o un prejuicio. Frías efectivamente debía ignorar los secretos porque no tenía un rango militar elevado. De hecho, la novela no muestra nada más que las costumbres cotidianas de un ejército de forzados, que debían su presencia en Tomóchic a sistemas de reclutamiento tales como la leva. Es decir que la obra era perseguida por lo que era, por lo que representaba y por lo que podría haber sido. Con mayor razón se podía esperar un muy triste destino para Heriberto Frías.

Indica Antonio Saborit en *Los doblados de Tomóchic*, que ninguno de los argumentos de Frías tuvo importancia para su juez,

Joaquín Terrazas. También él acudía al juicio con ideas preconcebidas sobre lo que al asunto se refería y, con seguridad, su prejuicio era la urgencia de castigar conductas como la que se atribuía a Frías en el proceso. Las razones del juicio excedían, en su mayor parte, la responsabilidad de la novela y precisamente en eso radicaba su gravedad.

Compareció, como primer testigo, el teniente coronel Francisco Pintado, quien había hecho el esfuerzo de obtener de Frías una confesión cuando estaba recién llegado a la cárcel. Lo que había sacado en claro de aquella entrevista era la declaración de que el escritor había publicado una serie de poemas en periódicos como *El Combate* y *El Eco de Chihuahua* y que había escrito algunas cartas a Joaquín Clausell sobre la campaña de Tomóchic. En cierto sentido, este no del todo precavido testimonio de Frías, ponía al tanto al tribunal de que efectivamente había estado en contacto con el director de *El Demócrata*, y era factible deducir de ello una relación más amplia.

Sin embargo, fueron las conjeturas de un periodista de Chihuahua, Jesús Manuel de la Garza, las que dieron cuerpo a la acusación contra Frías. En su declaración consta:

Que cree (...) que el señor Frías es autor de los escritos que sobre la campaña de Tomóchic se han publicado en el periódico de México intitulado *El Demócrata* fundando su creencia en lo siguiente: que después de que el noveno Batallón volvió de la campaña de Tomóchic, el señor Frías habló varias veces con el declarante preguntándole por la situación topográfica de Tomóchic, al rumbo y la distancia a que se encuentra

de esta población y Ciudad Guerrero, la situación en que se encuentra el cerro de la Medrano, la cueva y algunos otros puntos de Tomóchic respecto a este pueblo; que después le habló de las relaciones que le unían a él (Frías) con el señor Joaquín Clausell, de quien decía haber sido compañero de colegio, de las cartas que con frecuencia escribía y recibía del señor Clausell, y por último que *El Demócrata* iba a publicar la historia de la campaña de Tomóchic a la que se procuraría darle la misma forma que tiene *La Débâcle*⁴⁸ del novelista francés Emilio Zola; que algún tiempo después supo que el periódico citado había empezado a publicar la historia de esa campaña precisamente en la forma que le había dicho el señor Frías (*sic*, puntuación) circunstancia que vino a confirmar la sospecha que ya tenía de que este Señor es el autor de la historia.⁴⁹

Aparentemente con la declaración de Manuel de la Garza se asentaba una estrecha relación entre Frías y Clausell, se manifestaba la certeza de que el escritor había tenido algún propósito concreto, dada la investigación en torno a la región de Tomóchic, y se suponía que este propósito era la creación del libro que al fin se había publicado en *El Demócrata*. La explicación estaba completa y en este punto era muy difícil desmentir la culpabilidad de Frías.

La declaración del teniente coronel Rodolfo de S. Palomares confirmó el hecho de que Frías había realizado publicaciones, aunque éste había apuntado que por ninguna tenía razones para

⁴⁸ En francés en el original.

⁴⁹ David López Peimbert, *op. cit.* p. 99 (Causa del proceso contra Frías).

reprocharse. Se refería, Palomares, a la conversación que había sostenido con Frías en el trayecto que separaba el Cuartel del Noveno Batallón del del Undécimo. En ella, Palomares había preguntado a Frías por qué había cometido la tontería de escribir en *El Demócrata*, siendo que se sabía que era una publicación que no apoyaba el Gobierno. La reacción de Frías y que, seguramente, corresponde a la primera intención que debía tener con respecto al juicio, fue la de aceptar que había escrito y afirmar que sus publicaciones no tenían ningún material comprometedor. Defendía su integridad y en principio es posible que defendiera también la de sus textos. La conducta posterior sería muy distinta: rechazaría la autoría, cosa que lo salvó.

El 20 de abril de 1893, se dictó auto de formal prisión contra Heriberto Frías. Las declaraciones recabadas hasta ese momento proporcionaban datos suficientes para suponer su culpabilidad. Se sometía el caso a una Corte Marcial, lo que necesariamente iba a determinar la actitud futura de Frías con respecto a su situación, porque ya estaba en juego su vida. Frías nombró como su abogado defensor al Coronel Licenciado Diego Castillo Montero.

Entra en escena Joaquín Clausell cuando la situación era ya desesperada. Él declaró que la novela era suya, construida siguiendo el modelo de *La Débâcle* (1892), de Zola y dijo que los datos que había utilizado habían procedido de personas como Pedro Ortega, Leoncio Buenfield y Agustín Páez, y de periódicos de la frontera de los Estados Unidos. Negó que efectivamente la narración hubiese sido escrita por un testigo presencial -cosa que se había señalado en las publicaciones- y afirmó que Páez había reunido mucha información sobre los sucesos de Tomóchic en un viaje a Chihuahua. Apuntó que el mismo Páez le había dicho que había conversado con Heriberto Frías. Por lo demás, no dio

crédito a las cartas que había compartido con el teniente, su viejo amigo de la preparatoria, porque todas se ocupaban de asuntos sin importancia -así lo hizo constar al describir los temas de su correspondencia- y dijo que los originales de la novela se habían tirado a la basura. Esta actitud de Clausell fue la que salvó a Frías de una condena segura porque la aparición de un autor era ciertamente la única posibilidad de rescatarlo. Cuando alguien se hizo responsable de la autoría, fue necesario probar de algún modo que esta persona mentía, y eso era cosa muy difícil de hacer.

Agustín Páez puso en peligro esta nueva defensa cuando en su declaración afirmó que los datos que él le había proporcionado a Clausell con respecto al levantamiento de Tomóchic y a su contención no eran material suficiente para realizar la narración detallada que se había publicado en *El Demócrata*. Agregaba Páez que la primera declaración de Clausell había mentido en una serie de cuestiones menores, como en el hecho de que había sido él quien le había dicho a Heriberto Frías la forma que Clausell se proponía utilizar en el relato de los sucesos de Tomóchic. Dijo que era falso que hubiese estado en contacto con él porque ni siquiera había ido a Chihuahua. Con ello dejó en una posición endeble y peligrosa la argumentación en la que se le apuntaba como la persona de la que procedía una parte fundamental de la información.

Se les sometió, pues, a un careo, en el que Clausell actuó de una forma impecable. Dijo que creía haberle dicho a Páez el modelo que se proponía utilizar en *Tomóchic*, pero que podía haberle fallado la memoria al respecto. Afirmó haber supuesto que había sido Páez quien le había dicho esto a Frías porque sabía de antemano que contaba con amigos en el Noveno Batallón. De no ser así, si es que no había sido él quien se lo había comentado, no

debía descartarse la posibilidad de que el mismo Clausell se lo hubiera dicho en alguna de sus cartas.

Aunque Clausell y su obstinado reclamo de la autoría constituyeron un recurso que debía ser al fin definitivo en el proceso contra el escritor, la serie de contradicciones en las que cayeron ambos debilitó esta argumentación: muchos datos desmentían la inocencia de Frías. En la ampliación de su declaración, Clausell insistió en que no había obtenido los datos que había utilizado en la redacción de *Tomóchic* a través de Heriberto Frías. El juez, Joaquín Terrazas, ya había sido reemplazado por Generoso Guerrero. En esta ocasión, Clausell insistió en que, en su mayor parte, la información se la había suministrado Agustín Páez después de un supuesto viaje a Chihuahua, el que ahora éste negaba haber realizado.

Se sometió Frías a un Consejo de Guerra cuyos vocales fueron los coroneles Manuel Maya, Estanislao G. Porras y Pablo de Haro, el teniente coronel Ángel Bounquet y los mayores Francisco Gudiño, Vicente Rojas y Rodolfo Pacheco. Asesoró el coronel licenciado Miguel Bolaños Cacho. El General en Jefe fue Juan T. Hernández.

La causa del proceso contra Heriberto Frías, en su mayor parte, lo señalaba a él como el autor de *Tomóchic*. Sin embargo ocurrió en un momento dado que, pese a que las contradicciones parecían probar esa autoría, las pruebas no eran suficientes y la insistencia de Clausell terminó por desarmar esos argumentos de culpabilidad, tan contundentes. El hecho es que cuando la serie de discordancias parecía alcanzar para acusarlo, el proceso se vertió a su favor y Frías fue declarado inocente. Eso ocurrió el 22 de agosto de 1893. *Inculpable* es la palabra que se utiliza en el documento de la relación del proceso. Seguramente es un término más aproximado porque aunque legalmente constó que Frías

no había sido el autor de la novela, fue expulsado del Ejército. Las reservas se debían a que había declaraciones que daban espacio a pensar que efectivamente Frías era el autor. Sólo la de De la Garza había perdido peso. En un careo con Frías dijo que ya no estaba del todo seguro de que éste hubiese escrito algo sobre la campaña de Tomóchic, Pero como el mismo Frías había afirmado al principio haber enviado algunos informes a Clausell sobre la campaña -informes que él declaró que eran absolutamente inofensivos-, es natural que hubiese reticencias para afirmar su inocencia absoluta.

Frías tenía veintitrés años cuando se le consignó en la cárcel por la presunción de haber faltado a la Ordenanza Militar. Cabía la posibilidad de que fuese condenado a muerte y de hecho sólo la actuación de Joaquín Clausell impidió que las suposiciones de su culpabilidad se confirmaran. El libro que había escrito representaba algo más que el relato de una campaña militar y del significado que podía tener para un muchacho que viajaba con la obligación de hacer la guerra. Se integraba a la situación política de un momento muy peculiar de la historia mexicana y provocaba animadversiones en círculos importantes del poder. Tal vez no cabe tanto preguntarse por qué se vio un peligro tal en un libro inofensivo, sino a qué se debió que finalmente el escarmiento no se consumara. En la novela había una forma de pensar sobre los acontecimientos de Tomóchic que no convenía al gobierno federal. Revelaba la inconsistencia de un ejército hecho de indolentes y señalaba un punto débil de la autoridad. Puntualizaba el momento y el lugar en que había sido cometida una injusticia.

Heriberto Frías permaneció en Chihuahua durante algún tiempo trabajando para un periódico llamado *El porvenir de Chihuahua*, pero finalmente volvió a la ciudad de México en 1894. Allí

escribió en el *Gil Blas*, de Francisco Montes de Oca. Su intención era dedicarse al periodismo y preparar la segunda versión de *Tomóchic*, que se publicó en la ciudad de Texas, en Estados Unidos poco tiempo después. Aunque a través de diversos medios se insinuaba que Heriberto Frías era el autor de *Tomóchic*, no se aclaró esta cuestión hasta pasados varios años. Entretanto, la situación que se había engendrado a raíz de la publicación de aquellas veinticuatro entregas, no podía motivar a su autor a revelarse. En 1899,⁵⁰ el nombre de Heriberto Frías apareció en la portada de la tercera edición de *Tomóchic*, de la Casa Gaucci.

En la segunda época de *El Demócrata*, con José Ferrel en la dirección, Heriberto Frías incorporó una novela llamada *Naufragio*, que después se titularía *El amor de las sirenas*. Llevaba una vida desordenada, que más tarde le acarrearía problemas serios. A la vez, se hallaba cómodo en un ambiente distinto, más dado a la escritura, y que lo incorporaba a un sector de la sociedad donde podía llevar adelante una manera de vivir más ajustada a su gusto. Un año después, publicó su tercera novela titulada *El último duelo*, que se inspiró en uno que efectivamente ocurrió entre el diputado y coronel Francisco Romero y el senador Verástegui. Había causado gran revuelo esta anécdota debido a que el enfrentamiento había sido por una mujer y entre dos hombres de fuerzas desiguales. Uno de ellos, Romero, era un deportista y sabía tirar; el otro no. Verástegui murió al primer tiro. Intervino Porfirio Díaz, escandalizado por aquella situación, y, luego de someter a juicio al responsable, prohibió definitivamente los duelos. La anécdota tiene por sí misma un gran interés.

⁵⁰ Según Saborit (Antonio Saborit, *op. cit.*). La tesis de López Peimbert señala como fecha de esta publicación la de 1897 (en David López Peimbert, *op. cit.*).

Pero *El Demócrata* fue pronto clausurado otra vez y Frías tuvo que buscar otro trabajo. Se proponía permanecer en la tarea para la que se sentía destinado y que, advirtiendo su capacidad para la polémica y para identificar los temas que son noticia, debía corresponderle por naturaleza. Escribió para periódicos como *El Combate* y *El Imparcial*, fiel a su intención de vivir del periodismo, y publicó cuentos y poemas en *El Mundo Ilustrado* y *La Revista Moderna*. Fue en *El Imparcial* donde aparecieron, más tarde, sus *Leyendas Épicas* y sus *Leyendas Históricas Mexicanas*. El inconveniente seguía siendo su vida desordenada y su afición a vicios de toda índole (que incluían desde el consumo de alcohol hasta el de morfina), que terminarían por provocarle una enfermedad que lo sumiría en la inactividad durante algún tiempo. En ese lapso se enamoró de Antonia Figueroa, persona que se hizo cargo de cuidarlo, y más tarde le propuso matrimonio.

En principio, este estado de cosas logró su rehabilitación y el abandono de las rutinas que le habían hecho tanto daño, pero su prestigio ya se había visto muy afectado y esta vez conseguir trabajo le resultó sumamente difícil. Debió ingresar, como reportero, en *El Imparcial*, con un sueldo muy bajo. Se prestó a hacerle loas al Presidente de la República, Porfirio Díaz, cosa que era muy extraña, dada la historia de inconformidad que acarrearba detrás. Su modo de salir adelante era usar el ingenio y la escritura para hacer cualquier tipo de actividad que le diera algo de dinero. Durante este periodo su situación fue muy difícil.

En 1897 -como ya se indicó- la Casa Maucci publicó la tercera edición de *Tomóchic* y la Casa Bouret, *Guerra de Independencia e Invasión Americana*. La labor del escritor llevaba un ritmo veloz, aunque las dificultades le cerraran el paso.

En 1903⁵¹ Frías se alistó nuevamente en el ejército, pero por un tiempo muy breve.

Permaneció en la ciudad de México hasta 1906, cuando contaba con treinta y seis años. En estas circunstancias, se le ofreció el puesto de director del periódico *El Correo de la Tarde*, de Mazatlán, por lo que se trasladó a la provincia. Allí fue sumamente activo, al punto de adquirir un gran prestigio en su carácter de escritor de la oposición y publicó la cuarta edición de *Tomóchic* y la segunda de tres de sus libros: *El amor de las sirenas*, *El triunfo de Sancho Panza*⁵² y *El Último Duelo*. Sin embargo, se vio obligado a abandonar la ciudad cuando en 1909 intervino en política como partidario del movimiento maderista, respaldando a José Ferrel. Por esos tiempos murió su mujer y Frías se vio de nuevo en México, solo. Allí ingresó a la redacción de *El Progreso Latino*.

Eran tiempos desordenados, aquellos de la ciudad de México, y ya la Revolución estaba abriéndose paso. En este panorama, volvía Frías a la capital, y sus intervenciones polémicas e irreverentes incomodaban intereses muy diversos. Paralelamente, se organizaban los festejos del centenario de la Guerra de Independencia y Frías participaba en la conmemoración con escritos recalcitrantes, que se reían de la fastuosidad y del derroche. Su voz era su auténtica voz y no aquélla que se había visto obligado a adoptar por la necesidad y que lo había llevado a hacer el elogio del dictador.

Es esta circunstancia la que lo lleva a huir de nuevo de la ciudad, cuando estalla la Revolución. Pertenece al Partido

⁵¹ Según el prólogo de James Brown (en Heriberto Frías, *op. cit.*). Saborit dice que la fecha es 1901 (Antonio Saborit, *op. cit.*).

⁵² Según la tesis de López Peimbert, publica la 2ª edición en Mazatlán (en David López Peimbert, *op. cit.*). Según el prólogo de James Brown, escribe este libro al volver a México (Heriberto Frías, *op. cit.*).

Antirreeleccionista y ha dirigido *El Constitucional de México* y *La Voz de Sonora en Hermosillo*.⁵³ Se queda en Coahuila por poco tiempo y vuelve a México, donde respalda al nuevo presidente, Francisco I. Madero, quien lo nombra miembro del Comité Central del partido. Más tarde es Subsecretario de Relaciones. Cuando Madero es asesinado, Frías se ve otra vez en una situación muy precaria y se va al norte, donde se alía a las fuerzas que se proponen derrotar a Huerta.

En Aguascalientes, durante el encuentro entre las facciones revolucionarias, Frías opta por unirse a los convencionistas, que reúnen a los villistas y a los zapatistas, y se enfrenta a los partidarios de Carranza. Son los años de 1914 y 1915. No ha interrumpido su labor literaria y publica *Los piratas del boulevard*. Carranza triunfa, lo que tiene, para el escritor, dos consecuencias. Por un lado, la novela histórica que cuenta la Revolución Mexicana con menoscabo de la figura de Carranza, no ve la luz. Su nombre es *El diluvio en México*. Por otro, se ve perseguido debido a sus preferencias políticas y es capturado en Ixmiquilpan. Lo encarcelan y otra vez lo someten a un consejo de guerra que falla a su favor. El Cuartel General decide fusilarlo pese a esta decisión favorable y es la intervención de Carranza la que lo salva en esta ocasión. Se le condena a doce años de prisión, que al final se reducen a ocho meses. Está enfermo y ya casi completamente ciego.

Abandona Frías la política y el periodismo, y se retira a vivir a Azcapotzalco, donde se dedica a la avicultura. En 1920 muere Carranza y Frías se ve favorecido durante la presidencia de Álvaro Obregón, que le ofrece el puesto de cónsul en Barcelona.

⁵³ Según la tesis de López Peimbert, Heriberto Frías es director de *La Voz de Sonora* antes de irse a Coahuila (en López Peimbert, *op. cit.*). Según el prólogo de James Brown, lo encabeza cuando se enfrenta al huertismo (Heriberto Frías, *op. cit.*).

Aunque lo rechaza, finalmente accede a asumir el de Cádiz y se va de México durante dos años. Publica su última novela *¿Águila o Sol?* al volver, en 1923, y pretende que forme parte de una trilogía sobre la Revolución Mexicana, que debía incluir las obras tituladas *El Diluvio Mexicano* y *La Noche y el Alba*. Colabora con Rafael Martínez en la producción *Álbum Histórico Popular de la Ciudad de México*, en 1925.

Heriberto Frías muere en México el 12 de noviembre del mismo año.

1.2. *Tomóchic*, de Heriberto Frías.

Si en nuestros enemigos hubiera algo de piedad, algo de conmiseración humana, algo de clemencia y humanidad, no tendría inconveniente en que se fueran y se salvaran. Pero estén seguros de que en el momento en que nuestras familias caigan en su poder, serán asesinadas sin piedad ante nuestros propios ojos. Nuestros enemigos son hombres en cuanto a la forma, pero en cuanto a sus sentimientos son peores que hienas.⁵⁴

-Miguel Mercado, testigo.

Tomóchic, de Heriberto Frías retrata las acciones que efectuó el Ejército Federal, en México, para someter a un pueblo de la Sierra Tarahumara. Señala con contornos vívidos el espacio de la masacre, la campaña que llevó a las grandes masas de soldados a través de la sierra, los actores que se vieron involucrados por ambas partes, los sentimientos de la tropa, la magnitud de la desgracia. Reconstruye la tragedia con la escrupulosidad que sólo puede adoptar un testigo y recurre al detalle para configurar el acontecimiento en todas sus dimensiones. Pero Frías está involucrado. Por eso el tono del libro no puede ser solamente el de una crónica desapasionada y puntillosa. Él se compromete y compromete sus sentimientos en la crueldad del hecho histórico.

⁵⁴ Cruz Chávez Gutiérrez, entrevista personal, *El Tascate*, Chihuahua, octubre 25, 1982. Alicia Alonso y Daniel Nugent, *Colección de historia oral*, inédito. Citado en *Tomóchic en llamas*, de Rubén Osorio, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, p. 171. Se refiere a la posibilidad de dejar salir a las mujeres y a los niños de la casa sitiada, para salvarlos.

En esa medida, la novela se vuelve íntimamente cercana y su anécdota, muy dolorosa.

El primer recuerdo que deja la novela no puede referirse a otra cosa que al contradictorio cañoncito Hotchkiss que apedrea la iglesia sin compasión y una capacidad destructiva que sólo puede tener la terrible artillería moderna; pero también vuelve a mi memoria la imagen de los miembros cercenados por las bayonetas, la triste muerte del capitán Molina, el frío de las noches de Chihuahua, la saliva oscurecida por la sangre de Julia y su extrema delgadez cuando muere delirando. Todos los recuerdos nos remiten a la suerte desolada que reunió a los mártires en Tomóchic para morir de la peor manera. Frías lo lamenta y les tiene lástima. En la vorágine que precipita los acontecimientos y en la que los demás personajes se ven enredados hasta no poder discurrir, inserta el autor a Miguel Mercado, que se conduce de la mala vida de la tropa, del absurdo del *Deber* y de la masacre. En este personaje es en el que muchos han visto caracterizarse a Heriberto Frías. Su puesto, su pasado, sus tareas, le correspondieron. Sin embargo es muy aventurado creer que el personaje agota a Frías, en la medida en que él mismo se reconstruye: eso debe dar por resultado una imagen distorsionada. Pero vale la pena rescatar de allí que esa voz que es la de Frías, llora por la realidad de la devastación y advierte el absurdo. Los acontecimientos de Tomóchic, contados por un testigo, no reproducen la gesta heroica a la manera de las guerras de novela, sino el vacío de una representación casi teatral que fue el producto de seguir las órdenes que alguien dictó desde fuera y en la que los actores se vieron limitados a cumplir con su papel sin entenderlo.

La lectura atenta del libro de Frías puede ser además de un testimonio valioso, una buena manera de conocer las sensaciones, los sentimientos que provocaba la situación.

La primera imagen de la novela es la de la plaza de Ciudad Guerrero. Las tropas han llegado hasta allí y esperan nuevas instrucciones para seguir su camino hacia Tomóchic. La historia de los acontecimientos se remonta atrás en el tiempo, pero Frías escoge esta última campaña, la definitiva, para retratar el hecho. Se sabe que los soldados siguen un ritmo de vida desenfadado, que no se hacen cargo de su destino ni del peligro de la guerra. Por la plaza cruza el subteniente Mercado. Es el personaje principal.

Desde el principio del libro, el espacio adquiere una gran importancia. Comienza sin artículo, con todo el peso depositado en un sustantivo, que se vuelve más fuerte cuando lo adjetiva. Ese sustantivo es *Sol*: "Sol deslumbrante y abrasador caía a plomo sobre la destartalada plaza, completamente solitaria y silenciosa, en honda paz de tumba, en un ambiente de horno".⁵⁵

Una característica del estilo de Frías, que se prueba muy valiosa en la creación de paisajes, es el contraste. El contraste aparece desde esta primera frase, donde el ambiente es agresivo, en la medida en que cae a plomo sobre una plaza destartalada. Sin embargo, la paz es de tumba, y una imagen como ésa sólo puede referirnos al gélido gesto del muerto y al helado escenario del mausoleo. Hay un calor sofocante asociado a un frío de muerte: el ambiente de horno parece estar anticipando el destino.

Más adelante, a través de la lectura minuciosa del libro de Euclides da Cunha, *Os Sertões*, veremos que también el panorama se manifiesta principalísimo. El caso de Tomóchic es el de una

⁵⁵ Heriberto Frías, *op. cit.*, p. 1.

novela que se sirve de adjetivos y de descripciones para hacer vivir al lector el ambiente en que se verificó la masacre del pueblo mexicano. Da Cunha, que no hace una novela sino un estudio crítico de difícil clasificación, también advirtió la enorme importancia del clima y del entorno, que iban a constituir el marco del suceso.

Enseguida aparece Miguel Mercado, subteniente del Noveno Batallón. La posición que tomará este personaje durante el resto del libro se indica desde el principio: adopta una postura contemplativa y está perplejo. Mira y a la vez se asombra. Ésta es la actitud que dará cuenta de la historia.

El inicio del libro explica el calor, sugiere una triste predestinación y ubica al testigo en el ánimo en que habrá de contar la batalla de Tomóchic. Enseguida describe el escenario. Éste se explica a través de tres representaciones. Por un lado está la iglesia, que naturalmente indica el lugar de la religión institucional; después están los paredones, que bien pueden referirse al ejército, ya que para hablar de bardas opta por usar la palabra que se asocia instintivamente con los fusilamientos, y por último, está la gente, en las claras fachadas de las casas.

Otra vez Frías utiliza el paisaje para decir algo sobre la realidad de los acontecimientos de Tomóchic. Nos proyecta hacia adelante, a sucesos que todavía no han ocurrido y a injusticias que todavía no se han manifestado cuando habla de paredones viejos, fríos y tristes, de una iglesia con una torre tosca y fea y con un atrio sucio, todo opuesto a las casas casi blancas y limpias, quizás limpias porque son inocentes.

Son los tres primeros párrafos del libro y en ellos es posible leer de antemano la postura de Frías ante los acontecimientos de Tomóchic. No acusa, pero sí indica dónde

piensa él que está la corrupción. La imagen hace pensar que la corrupción está en las instituciones.

Frías recurre a los signos de admiración para dar más peso a frases importantes. Éste es un rasgo de su estilo que está presente con profusión en el libro. La plaza por donde camina Miguel Mercado está desierta y hay pocos árboles que alargan sus ramas, tristemente. Para hablar de ellos dice: *¡el jardín!*, en la que es una irónica y triste referencia. El estado de ánimo del testigo, desde un principio, es de una honda lástima.

En lo que pasa enseguida, Frías mostrará la hostilidad con que tratan a Miguel Mercado para señalar así la simpatía que ha producido la actitud rebelde de los tomochitecos entre la gente. Lo atienden en silencio y le contestan de mala manera: las tropas federales no son recibidas con agrado.

Las partes que pelearán en el conflicto tienen, hasta aquí, una explicación suficiente: el desenfado de los soldados habla de que no están comprometidos y de que la razón que los conduce es un sometimiento ciego al *Deber* (cuestión sobre la que más tarde el autor se extenderá), por su parte la gente, que ni siquiera es de Tomóchic, se involucra y muestra toda la antipatía de la región hacia la tropa. Así vemos que los que verdaderamente van a pelear y tal vez a morir en Tomóchic actúan como si estuvieran al margen de las cosas, y mientras tanto, hasta aquellos que no están estrechamente ligados a los rebeldes, se adhieren a su causa. Esto sirve para visualizar la magnitud del absurdo que representa una batalla donde los verdugos cumplen con un papel que no entienden: sacrifican a la gente que defiende unos derechos que parecen auténticos en la medida en que los legitima la unanimidad de criterios.

Desde ciudad Guerrero y por toda Chihuahua hasta *Tomóchic*, el rasgo que describe a la gente es una *fiereza altiva*. Ya habrá tiempo después para conocer la férrea obstinación de los tomochitecos, su violencia salvaje, su indomable valentía. Por lo pronto estas dos palabras que Frías utiliza en la primera página hablan del peligro que representan los personajes rebeldes, que distan poco de ser épicos.

Enseguida vuelve Frías con los soldados, y al describir que Mercado viene de trabajar durante seis jornadas continuas y de comer nada más que tortillas, harina y carne asada, dice de las condiciones de vida de los soldados y anticipa las críticas que hará a la autoridad militar: son estas críticas las que en un futuro cercano le valdrán la acusación de haber contravenido la Ordenanza. Por lo demás, es el peso de esa mala vida militar la que hace que Mercado se enfade con la gente del poblado que lo maltrata. Hasta cierto punto enfrentados, porque ellos son al fin y al cabo aliados de Tomóchic, las causas que los enemistan son ajenas a sus responsabilidades. Unas figuras más, presentes en su ausencia durante todo el libro gracias a sucintas insinuaciones, son las que tienen la culpa del odio entre estos hombres iguales, que comparten la nacionalidad.

Mercado se encuentra con Gerardo, un teniente del Estado Mayor.

El nuevo personaje habla de la campaña y su intención es dar una zurra a los tomochitecos. Adquiere contornos el punto de vista de la parte militar, que ve a sus enemigos como niños revoltosos que necesitan un escarmiento. Aunque reconoce su bravura, y la inteligencia y determinación que indica el hecho de que disparen premeditadamente a los oficiales para provocar la desbandada de la tropa, no deja de pensar en ellos como una tarea fácil de resolver y de liquidar. Paralelamente, el recuerdo de la

anécdota (o, tal vez, de la calumnia) por la que Mercado sabe que los tomochitecos perdonaron la vida de Gerardo porque era un niño, hace el contraste entre la actitud ensoberbecida y cruel de los soldados y la valiente bondad de los tomoches. El mito del tomochiteco heroico y casi divino se comienza a construir desde el principio.

Gerardo explica el modo en que pelean los tomochitecos. De su descripción vale la pena resaltar el hecho de que cada cartucho es un muerto. Es decir que su determinación es absoluta. De esta determinación puede entresacarse la idea de que debe haber una razón valiosa que justifique su actitud. Una razón capaz de lograr el consenso.

El capítulo termina con los dos militares caminando por la plaza. Está desolada y, paradójicamente, la ilumina un cielo azul maravilloso. El libro ha comenzado a edificarse y el recurso que ha preferido el autor ha sido el de representar los contrastes que provocan el enfrentamiento a través de los panoramas significativos. Pero más que nada, se ha construido desde una certeza: los soldados están allí porque van a efectuar una segunda incursión en Tomóchic. En la primera, fueron derrotados.

-Miserero rebaño.

Tomóchic, en su versión definitiva, se divide en cuarenta y dos capítulos. El libro fue publicado en veinticuatro entregas la primera vez, pero aquella crónica es distinta de la novela de hoy debido a ciertas modificaciones y agregados que hizo el autor. Probablemente la versión de hoy le costaría bastante más cara a Frías porque, a través de ironías y de conjeturas, revela su

inconformidad con las medidas que adoptó Porfirio Díaz en relación con los hechos de Tomóchic.

Los siguientes dos párrafos pueden ejemplificar la ironía política del autor, y no fueron incluidos en la primera edición.

Después se brindó por los que iban como valientes a defender al Gobierno, que según el mayor significaba "la causa del orden, la paz, la civilización, etc."

El mayor brindó respetuosamente "por el General Porfirio Díaz, por el victorioso regenerador de la Patria, etc."⁵⁶

Las referencias a Díaz se hacen en este tono irónico a lo largo de todo el libro y fueron incorporadas en la segunda edición. En esta segunda edición, Frías sugiere, sirviéndose de la voz de Miguel Mercado, la posibilidad de que los hechos de Tomóchic fueran parte de un tinglado montado por un grupo que, desde fuera, quería beneficiarse.

Y se preguntaba: ¿habría algunos ambiciosos que explotasen la indómita bravura de los serranos, protegiéndolos, cebando odios antiguos en sus almas fieras y sencillas, azuzándolos luego contra el triste heroísmo de las bayonetas federales?⁵⁷

⁵⁶ *Ibidem*, p. 5.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 9.

En las ediciones tercera y cuarta, Frías procura precisar aún más a quién le corresponde la responsabilidad del levantamiento y de la masacre posterior.

¡(...) se mencionaban nombres!... Nombres que corrían siniestramente a la sordina, en todo el distrito de Rayón, en gran parte de Chihuahua y que hasta a la oficialidad inteligente y juvenil del Noveno Batallón llegaban, a veces.⁵⁸

De este modo, lo que puede observarse en la sucesivas ediciones del libro, es que el autor va optando por una posición cada vez más definida, en la que los tomochitecos son víctimas de un orden arbitrario e injusto, al igual que los soldados, enviados al sacrificio para beneficio de unos pocos. Sobre los soldados dice Frías, en la cuarta edición:

¿Qué culpa tenían aquellos seres que sufrían y luchaban anónimamente por cosas tan vagas, tan altas, tan incomprensibles para ellos, como la tranquilidad del país, el Orden, la Paz, la Patria, el Progreso, el Deber; qué culpa tenía aquella mísera tropa, resignada y heroica, de ceder al hambre, y de tomar o arrebatarse donde encontraban?...

¡Las rapiñas de la soldadesca! - ¡valiente frase escrita por los ahítos desde el fondo de los cómodos gabinetes!- pensaba Miguel, indignado, al comprender

⁵⁸ *Idem.*

que en nada desmerecía aquella tropa, al hacer francamente, por hambre, lo que otros en las ciudades ejecutan, de guante blanco, guardando las buenas formas, por perversa ambición.⁵⁹

Frías se extiende en la situación de los soldados en el capítulo XXX, llamado *Sotol y petróleo*, incorporado el libro hasta la segunda edición. Allí los llama *víctimas del deber* aunque se refiere al saqueo de las casas de Tomóchic.

Por otro lado, con citas muy breves, Frías sugiere en la cuarta edición que el levantamiento de Tomóchic podría no ser un hecho aislado sino parte de una inconformidad general, por la que habría inminentes explosiones en otros lugares de la República. Dice que acabar con insurrecciones de valientes sin instrucción es cosa que sabe hacer muy bien el "Presidente de la República, mientras toma su chocolate en Chapultepec".⁶⁰

El capítulo VI, *Listo para matar... o morir...*, extiende la idea de que los soldados van a morir en Tomóchic sin ningún motivo de peso. Fue agregado por el autor en la cuarta edición. Llama a los soldados *miserero rebaño*.

La cuarta edición es la que muestra un interés más claro del autor de dar al libro un contexto. Se refiere Frías a las rencillas locales que fueron el antecedente directo de la intervención del Ejército y a cómo se magnificaron y exageraron las noticias en Chihuahua hasta llegar al extremo del enfrentamiento armado. En las ediciones cuarta y quinta, Frías entiende que levantamientos como el de Tomóchic podían constituir

⁵⁹ *Ibidem*, p. 10.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 14.

un foco de contagio y que por eso Tomóchic constituía una amenaza que debía ser contenida.

En este orden de cosas, Frías agregó el capítulo XVI, llamado *Evocación. La campaña contra los apaches*, para explicar la bravura de los tomochitecos y su experiencia en la batalla. En este capítulo, al igual que en el XXXVIII, llamado *La Santa de Cabora*, pretende otra vez dar una perspectiva sobre los hechos, que no estaba en la primera edición del libro.

Lo que las sucesivas ediciones del libro muestran es la voluntad del autor de fortalecer la que primero fue una crónica de los sucesos, a través de información que sirve para contextualizar y explicar los hechos. Por otro lado, es evidente que su intención es deslindar las responsabilidades de acontecimientos que conoció en todos sus detalles y que considera moralmente injustificables. Disculpa la conducta de los soldados y justifica el levantamiento de los tomochitecos. Identifica a Porfirio Díaz como la mano oscura que ha provocado la desgracia en beneficio de una clase poderosa. De este modo, Frías se involucra profundamente en la historia y busca mostrar los hechos de Tomóchic como un indicio de lo que estaba ocurriendo en el resto de la República: el documento procura ser pre-revolucionario, es decir, que quiere entender los acontecimientos de esta región como un eco de la realidad nacional imperante en ese momento. En tanto Euclides da Cunha, en *Os Sertões*, busca distanciarse para lograr una interpretación sociológica de los hechos, Frías se acerca para contar íntimamente la desgracia de la masacre.

-Algo tenebroso y podrido.

Me referí al primer capítulo. Su nombre es "Calumnia y verdad". Este título, al igual que todos los otros, apunta a un asunto del capítulo que no necesariamente da una idea del sentido total de la parte. Por lo general la capacidad de representación de los títulos es fragmentaria. Sin embargo es elocuente porque opta por rescatar un momento valioso del capítulo. El hecho de que los tomoches perdonen a Gerardo por su edad, da la pauta para imaginar a estos personajes a partir de su íntegro comportamiento.

El segundo capítulo, llamado "¡Qué linda!", es el que da la ocasión para que Mercado conozca a Julia, la muchacha tomochiteca de la que se enamorará. Ambos representarán la triste realidad de su bando y, por el hecho de amarse, mostrarán las afinidades que, antes de llevar a la lucha, deberían reunirlos en la reconciliación. Prosperará su relación en una pausa del camino y se despedirán con la promesa de verse en *Tomóchic*: probarán a hacer de la escena de la masacre, la oportunidad de una cita.

Es otra vez el absurdo que sólo puede surgir de una situación ridícula y fuera de lugar. Los amantes esperan encontrarse entre las balas.

En la fonda donde han de conocerse, la nota es la algarabía. Los soldados están de fiesta y Castorena, el subteniente que Frías odia primero y con el que luego simpatizará, hace versos y se ríe. También aquí se relamen de antemano del triunfo que piensan llevarse sin mayores complicaciones. Atribuyen la derrota del 2 de septiembre a una traición de Santa Ana Pérez y explican que la destreza de los tomoches se debe a la experiencia que les

da el hecho de tener detrás una larga historia de peleas contra apaches y bandidos. Dicen que los tomoches luchan por librarse de la autoridad del Clero y del Gobierno. Que todo se debe a una obsesión; que la única solución es *suprimirlos*.

Hay documentos que prueban que esta alusión de la novela de Frías a la intención fraguada de eliminar al pueblo por completo, es cierta.

Órdenes terminantes habían recibido los jefes de las columnas: había que acabar con los insurrectos de Tomochic; había que arrasar al pueblo en caso necesario; de la rebeldía de aquellos osados serranos no había de quedar nada que constituyera un peligro para la estabilidad y autoridad del estado (por más que el estado creyó ignorar que quedaría la gloria de los bravos tomoches que es, generalmente, en la posteridad, más peligrosa que la existencia de los hombres).⁶¹

Mercado se hace preguntas y no acepta la interpretación apresurada que abunda por todos lados y que sólo atribuye las razones del levantamiento al fanatismo y a una sublevación contra el gobierno. Él busca la causa del alzamiento y entrevé, detrás de lo evidente, otros intereses: algo *tenebroso y podrido*. Para el personaje principal, los motivos de la guerra de Tomóchic no quedarán aclarados nunca. Él piensa que hay alguien detrás y que el conflicto ha sido provocado deliberadamente. Sin embargo el

⁶¹ José C. Valadés, *Porfirio Díaz contra el gran poder de Dios. Las rebeliones de Tomóchic y Temosachic*, México, Crónica General de México, Ediciones Leega/Jucar, 1985, pp. 45-46.

autor no se explaya en esta especulación, que será repetida con insistencia a lo largo de la novela.

Desde un principio la causa que se atribuye al levantamiento de los tomochitecos es el fanatismo. Eso lo muestra Castorena en uno de sus brindis, y quedan, en el extremo opuesto, los soldados valientes que ha enviado el Gobierno para asegurar la paz. No puede pasar inadvertida la ausencia de estos dos párrafos en la primera edición y que, probablemente, hubieran contribuido a comprometer aún más a su autor durante el proceso judicial que se siguió en su contra. Puede ser que sean las circunstancias en las que el libro vio la luz las que provocan las interpretaciones que descubren ironías donde tal vez no las hay. Lo cierto es que Frías habla, con frecuencia, de otra voluntad: una que es turbia porque sus motivos son mezquinos, y su insistencia llama a leer con atención, a descifrar cuáles podrían haber sido aquellas razones que motivaban la rebelión y su represión, y cuáles las culpas que Frías pagó con un juicio y con la cárcel.

En el libro de Frías hay una conciencia muy profunda de las circunstancias que han llevado a las tropas a enfrentarse con la gente de Tomóchic. Los soldados son figuras irreflexivas y torpes que se muestran como tales en el hecho de que no se dan cuenta del peligro ni se preguntan nada sobre el sentido de lo que hacen. Este andar a ciegas se completa con una férrea mano que dispone del destino de los personajes, y que se intuye sin que su presencia haga otra cosa que sugerirse. Por ella, los soldados son arrojados de aquí para allá.

La certeza de que Mercado no encaja se explica en el hecho de que estaba inclinado por estudios distintos, cuando la mala fortuna lo obligó a optar por la carrera militar. Allí es despreciado por sus superiores y desobedecido por sus inferiores; él mismo dice que es un pésimo militar. A su alrededor, el

bullicio de jóvenes contrasta con su ánimo introspectivo y callado, y él lucha por integrarse, en la medida de lo que puede. El paralelismo entre la biografía del autor y la de su personaje principal es un motivo para pensar que aquel testigo presencial que escribió la novela hablaba casi en primera persona y sobre una realidad que dista mucho de ser ficticia.

El segundo capítulo termina con la llegada de Julia, hija de San José. Tocan llamada de honor en el Cuartel General y los soldados tienen que irse. Entretanto Julia habla también en la cocina de que parte a Tomóchic. Haciendo caminos paralelos, los actores se encuentran, antes de que la batalla los reúna por última vez.

La historia de Frías se revela, desde el principio, en virtud de dos narraciones paralelas. Por un lado, las tropas se aproximan a Tomóchic y, a su paso, en esta incursión que es de afuera hacia adentro, las condiciones del enfrentamiento enaltecen a los rebeldes y cuestionan el comportamiento moral de la *soldadesca*. Por otro, el personaje principal, Miguel Mercado, se describe a través de una serie de rasgos que, más que identificarlo con el grupo al que pertenece, lo colocan en un papel contemplativo. Esto determinará su desenvolvimiento durante el resto de la historia.

El tercer capítulo, "*Tropa Heroica*", se refieren, primero, a Miguel Mercado y a las condiciones de vida que lo obligaron a optar por las armas, y después a las razones del levantamiento. La situación que se plantea es que una parte del batallón al que pertenece Miguel se va a Chihuahua y el viaje en tren es la ocasión para pensar en las circunstancias de la guerra. La primera condición a la que se refiere Miguel es que la sublevación se dio en un pueblo lejano. Es importante este adjetivo, porque la lejanía se refiere a la distancia, pero

también al abismo que hay en relación con el gobierno central al que los tomochitecos no se sienten ligados. Una vez más se admira la bravura de los tomoche y se marca la seña que primará durante el resto de la novela: el valor, la destreza de los rebeldes los hace heroicos; mientras tanto, los adjetivos para los soldados parten de la condición lamentable en que viven, que los transforma en rapiña que ataca y roba.

Los tomochitecos son excepcionales como adversarios, lo que es evidente en su capacidad en el manejo de las armas, en la actitud inteligente y caballeresca, en su temeridad, en la determinación que implica el hecho de disparar exclusivamente a los oficiales. Entre los rebeldes, la primera figura que destaca es la de Cruz Chávez, que se define en virtud de la extraña religión que ha adoptado: combinación libre del catolicismo con ideas de santidad. Valadés se refiere a él en los siguientes términos: "Era el cacique del pueblo Cruz Chávez (*sic*),⁶² hombre muy respetado tanto por su valor como por sus sentimientos religiosos."⁶³

Miguel Mercado identifica desde un principio las posiciones de los dos bandos. Lamenta venir a acordonar una causa que él mismo llama *simpática*, y advierte que el mal trato que se da a la tropa y sus carencias la lleva a cometer excesos. Esta posición es privilegiada en el sentido de que se guarda de juzgar y de que no adopta irreflexivamente los odios que corresponden a la parte a la que pertenece. Por el contrario, comprende, y su comprensión alcanza también a sus enemigos. Además intuye que la verdadera causa de la rebeldía está en ambiciones externas, en explotadores de la bravura de los serranos que tienen en vistas beneficios personales y, tal vez, aspiraciones políticas.

⁶² Debió decir: "Cruz Chávez era el cacique del pueblo".

⁶³ *Ibidem*, p. 38.

Las tropas que envía el Gobierno deben concentrarse en Ciudad Guerrero. Abarcan -según consta en la novela- doscientos cincuenta hombres del Noveno Batallón, el Quinto Regimiento, una compañía del Onceavo Batallón que sobrevivió la batalla del 2 de septiembre, el Cuerpo de Seguridad Pública del Estado, cien hombres del Duodécimo Batallón y un grupo de pimas -indios de la zona que conocen el terreno-. Llevan un cañón de montaña sistema Hotchkiss. Al mando, está el general Rosendo Márquez y, enseguida, el general coronel José María Rangel.

-Los adversarios.

Las jornadas para llegar a Ciudad Guerrero son duras. Entre otras cosas, Frías se refiere, tal vez con ironía, a un Noveno Batallón que es útil para lucirse en público por su aspecto marcial, pero que no tiene el hábito de hacer la guerra ni puede cumplir con sus exigencias. Las manos de los soldados cargan *espada virgen*, avanzan por territorio árido, se dirigen a una trágica *Sierra Madre* y, a su paso, sufren de los desplantes de lugareños hostiles, que no los quieren allí. Dos párrafos, que no aparecen sino hasta la cuarta edición, se preguntan sobre la culpa que podían tener estos hombres ignorantes, que se habían visto obligados a luchar por valores tan extraños que ni siquiera los comprendían. Es decir, que la reacción de la soldadesca (que comete robos y abusos) está fuera de la comprensión de los que, desde sus gabinetes, dictan lo que se debe hacer.

Figuras encantadoras y a la vez repugnantes viajan con la tropa. Frías crea un personaje muy rico en las soldaderas, que provocan admiración y repudio al mismo tiempo. Ellas cargan con

el trabajo duro de servir a sus hombres en condiciones deplorables. Por su propia decisión se someten a rutinas difíciles, y, si bien el narrador las rechaza por la vida que habrían llevado antes, en la crueldad del andar en medio de la guerra piensa que son heroicas. Ellas eligen acompañar hasta la muerte a sus parejas con una abnegación callada, y su lucha, en esta campaña, en principio es por el agua.

Por el punto de vista que escoge Heriberto Frías en la narración de la novela -y que por su situación durante el enfrentamiento no podría ser distinto-, la aproximación a la tropa es la más exacta, mientras que la que pretende la recreación de los tomoches está oscurecida por el asombro que produce el hecho de no poderlos mirar más que indirectamente. Es por esto que puede intuirse una crítica al Gobierno, que ha establecido las condiciones en que los soldados se ven obligados a viajar. Frías da voz a uno de ellos: "(...) que si a la misma máquina le daba agua para que siguiera andando, a ellos, ¿por qué se les prohibía?..."⁶⁴

La situación es miserable en este andar por la sierra, y las mujeres sucias, siniestras, feas, son la luz del peregrinaje. Apenas hay algo de agua y no hay equipo para acampar. Miguel Mercado, por su parte, es oficial y va a caballo. Ésta es otra razón para ser espectador, ya que no sufre tanto como estos pobres hombres, que son carne de cañón. Sólo para ellos es la misericordia de las soldaderas. Aunque Mercado se da cuenta de que tomar agua es transgredir, no dice nada cuando las soldaderas les alcanzan agua a sus hombres en las situaciones más difíciles. Sólo mira, asiste. Entretanto, los escucha hablar: "-Afigúrese usted, don Chema (...), afigúrese quesque Teresita mesma bendice las carabinas, y cada tiro que avientan es un muerto, y que los

⁶⁴ Heriberto Frías, *op. cit.*, p. 11.

gringos han regalao muchísima artillería... ¡muchísima! ¡Ay, mi alma!..."⁶⁵

Los soldados creen que los van a matar. Igual que los serranos, tienen esa fe fanática, que puede ser que provenga de la ignorancia, pero que termina por expresar una semejanza entre los soldados y los rebeldes. Entonces Frías muestra una realidad nacional diversa, que incluye tipos desapegados de ese centro del país, culto y ambicioso. Lo cierto es que la suerte es dispareja y que al gobierno no le interesa integrar, sino prosperar al margen de la verdad histórica que afirma la existencia de gente que hace elecciones distintas y que por eso es difícil de asimilar.

Paralelamente se configura la imagen de los rebeldes a los que, como ya dije antes, no se les conoce más que por rumores. Aunque estamos hablando de la misma gente, dividida en dos bandos que son adversarios, hay una razón que palpita a lo largo de toda la obra detrás de la conducta intachable y obstinada de los tomoches, pero que no se termina de decir. Esta conducta justifica el hecho de que sean tan admirables, tan audaces, tan arrojados a pesar de su obvia desventaja. De este modo, la novela muestra una batalla en la que se enfrentan hombres que efectivamente son parecidos, pero en la que la fuerza de voluntad y la convicción de ambos no son equiparables. Otra vez, la causa no puede ser otra que la razón que lleva a cada uno de ellos al campo de batalla. Mientras que unos vienen reclutados por obligación, otros actúan según lo que creen que es justo.

Una anécdota importante que incluye Frías es la conducta noble que lleva a los tomochitecos a liberar al coronel José M. Ramírez, prisionero desde la batalla del dos de septiembre.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 12.

Importa este rasgo bondadoso por todas las implicaciones que adquiere cuando la última batalla se define, por fin, a favor de las tropas federales. Entonces, el contraste es tremendo porque la determinación de ganar -por parte del Ejército- no tiene ningún tipo de escrúpulo ni de compasión. Quemarán edificios con gente dentro, sacrificarán a los moribundos, a los quemados. Por lo pronto, lo cierto es que no puede quedar otra impresión de los tomoches que la de su integridad a toda prueba. Frías no ahorra palabras cuando se trata de crear unos tomochitecos que desde todos sus lados son míticos. Luego procura subrayar el contraste con aquellos que los van a matar.

La noticia que trae el coronel Ramírez es de que aumentan los sublevados, de que tienen una determinación a toda prueba, de que su afán de lucha es incorruptible. La novela es de andar casi todo el tiempo. Es de camino. En el camino se va construyendo el ánimo de los soldados y, por noticias como ésta, se determina la dimensión de ambos adversarios y se intuye su perfil moral. Es verdad que entre Frías y los tomoches hay demasiada distancia y que eso, como ya señalé antes, le impide verlos con claridad, pero lo cierto es que, los altos oficiales se van ganando adjetivos terribles con su comportamiento, y que mientras tanto los oponentes crecen. En lo que se refiere a las tropas, concretamente, la falta de conciencia las convierte en un rebaño, llevado y traído por una voluntad que no es la suya.

El capítulo V se llama "*La mano del general Díaz*" y es importante en la medida en que da cuenta de algunas de las razones que pusieron a Frías en dificultades y que lo llevaron a sufrir un proceso militar. La idea que manifiesta sobre la actitud de Díaz es de total indiferencia ante las muertes que se avecinan. Basta decir que lo imagina tomando chocolate en Chapultepec, mientras se desenvuelven los terribles

acontecimientos. Es preciso recordar que Frías se ubica en el centro de una batalla donde prima el absurdo, lo que se hace evidente en el hecho de que los contendientes tienen todo en común. Entretanto, intuye razones ocultas que escapan al conocimiento de los que efectivamente se juegan la vida, y coloca a los responsables en cómodos gabinetes dando las indicaciones para que otros se vayan a morir. El problema es político, aunque se atribuya la contención violenta de la revuelta a la necesidad de detener un injustificado fanatismo religioso. Eso es lo que Frías dice y sugiere y repite para revelar la ingenuidad de un pueblo que sirve a intereses particulares y egoístas.

A veces, casi de súbito, había pausas de un silencio sombrío. Pasaban, entonces, dolorosos pensamientos por las frentes de aquellos jóvenes, que no se daban cuenta del confuso drama en que eran precipitados por el destino; por el destino y por la férrea mano del general Díaz, diestra y rápida en la acción, dura y eficaz en el castigo.

Al pronunciar el nombre marcial de quien desde México hacía sentir su pensamiento y su poder, pronto a apagar toda chispa trágica, a extinguir todo indicio de crujimiento, a evaporar toda gota filtrada fuera del cauce a que él había encarrilado el antiguo torrente revolucionario, al pronunciar el nombre de Porfirio Díaz, todos los ánimos, dominados, serenábanse, resignándose a su suerte de víctimas del Deber...⁶⁶

⁶⁶ *Ibidem*, p. 15. Estos párrafos se encuentran a partir de la cuarta edición.

El júbilo inconsciente de los oficiales prevalecerá a pesar de la conciencia del peligro y de la evidencia de la determinación de los adversarios. Están ciegos, puede ser. No saben y se someten. La situación se va bosquejando y se anticipa una desgracia. Jean Genet es preciso en la explicación de este estado: "(...) la patria: la entidad que combate en el lugar del soldado y lo sacrifica."⁶⁷

-Los antecedentes históricos del enfrentamiento.

A lo largo de la novela, los encuentros con Julia son esporádicos. Como Miguel, Julia representa la frescura de una juventud no mancillada, pese a que es mujer de su tío Bernardo. Lo mismo ocurre con Miguel Mercado, que, borracho y ensuciado por la forzada relación sexual a la que somete a Julia, guarda, sin embargo, una legitimidad otorgada por el autor que justifica todos sus actos y lo llama ingenuo. Hay cierta ambigüedad en la "irreprochabilidad" moral de los personajes que son, en apariencia, buenos. Sin embargo, lejos de quitarles autoridad, sus flaquezas los hacen más reales, y el recurso de mostrar esas flaquezas se debe a que la culpa no les corresponde. Son víctimas de una situación. Por eso adquieren una dimensión más amplia.

En una pausa del camino, Miguel y Julia se encuentran, se enamoran y hacen la cita de verse en Tomóchic. Es una casa envilecida el sitio de su encuentro. En ella vive una mujer vieja, servil, de nombre Mariana, a la que el narrador llama

⁶⁷ Jean Genet, *Diario del ladrón*, traducción de Ma. Teresa Gallego e Isabel Reverte, México, Seix Barral (Biblioteca Breve, 492), 1983, p. 158.

arpía, vieja momia; un hombre que es tío de Julia, ruin, bestial, mentiroso, traidor, y Julia misma, la inocente.

El contraste, esta vez, es entre la suciedad del ambiente y la pureza de Julia. Hay en esa pieza una imagen más dolorosa: la de esa mujer que es mugrienta porque ha envejecido sirviendo, sola porque no habla, rechazada por todos porque da asco. Frías no se detiene en ella para referirnos su valor moral, porque sólo es parte de ese paisaje sórdido y no tiene existencia fuera de él. Porque le interesa, Julia es rescatada de la mugre en la que habita y porque es bella se salva de ser sucia. No puedo dejar de mirar a esa anciana que bien puede ser inocente, y lamentar la postura de Miguel Mercado, hasta conocerlo en otra de sus caracterizaciones posibles: es cierto que Frías quiere verlo como un espectador angelical, un triste testigo, un visitante atormentado y un mártir. Sin embargo su personalidad es bastante más compleja cuando desprecia la miseria que no tiene la culpa de su propia condición, y cuando mancilla la belleza a la que decía admirar. Borracho, Miguel forzará a Julia. Después se confundirán las recriminaciones con la afirmación de que ella lo hizo por amor. Lo cierto es que su actitud también da espacio a un serio reproche moral, lo que, después de todo, no es más que otro certificado del valor de una obra que no se limita a hacer caracterizaciones de lo perfecto y de lo imperfecto, sino que reconoce que el mundo está hecho de grises, con inocentes que a la vez son culpables.

El personaje de Julia se explicará capítulos más tarde, y la justificación de su diferencia radicaré en que alguna vez conoció la vida de la ciudad. Por eso sus aspiraciones llegan más lejos. No puede conformarse con la pasividad complacida de las mujeres de su pueblo, sometidas a una vida sin expectativas. Sueña con irse porque conoció otra posibilidad. Su conocimiento, en boca de

Frías, le permite admitir, vagamente, que los tomoches están locos, pese a que se considera unos de ellos y a que eso la enorgullece. Esto implica una contradicción con las afirmaciones que el autor hace, antes y después, donde atribuye el fanatismo a la necesidad de echar mano de un recurso para sacar a la luz una inconformidad más importante. Esto podría explicarse en el hecho de que esa inconformidad no sería de los tomoches sino del interés oculto que los dirige. De cualquier manera, aunque la circunstancia justifica una reivindicación que llegue hasta el uso de las armas, no es necesariamente cierto que los tomochitecos hayan llegado a ese extremo porque se dieron cuenta de la injusticia de su situación. En realidad es posible que sigan siendo unas víctimas ingenuas y que su conciencia del estado en que viven no se haya enriquecido. Y por el camino se sacrificarán inocentes, pobres víctimas del salvajismo de la guerra. Aunque le corresponde al Gobierno la culpa más grande, el pueblo carga con la suya cuando acarrea a los mártires. Otra vez, no hay grises.

Víctima de la batalla, Julia está del otro lado. Porque le corresponde, se identifica con la causa de los tomoches en rebelión, y comparte su fanatismo. Es ella la que da pie a que Frías se remonte atrás, para dar una visión más amplia de lo que ocurre en Tomóchic y de las causas que originaron tal situación.

Tomóchic es un pueblo ignorado y oscuro. Lo caracteriza el hábito de la guerra, que debe a los constantes ataques de los apaches. No es sino hasta la cuarta edición del libro, que un capítulo dedicado expresamente a la memoria de estos enfrentamientos, aparece para dar mayor amplitud al conocimiento del lector de la historia del lugar. Es el número XVI y se titula "Evocación. Campaña contra los apaches". En realidad, su intención es reproducir los triunfos y no las batallas. Un nativo

de Chihuahua cuenta a Miguel que las incursiones de los indios bárbaros llevaron a los serranos a la lucha y que finalmente derrotaron a los ladrones que asolaban los pueblos de los alrededores. La batida era coordinada por un hombre llamado Terrazas. Pocos serranos volvieron a casa: los que lo hicieron traían, ensartadas en sus lanzas las cabelleras de los apaches muertos durante el combate, y caminando detrás, a los niños y las mujeres prisioneros.

En las misiones jesuitas se convirtió a los tomoches a un extraño cristianismo, producto de una mezcla donde se imprimía su particularidad, y que matizaba una religión pretendidamente nacional con rasgos distintos. Por otro lado el Gobierno de Chihuahua no integró a este pueblo en una vida estatal, en un proyecto general, y el pago de los impuestos siguió siendo una exigencia, pese a que el pueblo no vio que esos impuestos se aprovecharan en su beneficio. Así, se manifiestan dos realidades simultáneas: por un lado, los tomochitecos adoptaban la religión como una bandera, que enarbolaba santos directores que los iban a conducir a una vida más justa; por otra, la identidad nacional de la gente de Tomóchic era imposible: no podía establecerse un parecido en relación con el centro de la República, donde las circunstancias eran totalmente diferentes y la vida, otra. Frías habla de Tomóchic como un rincón distante, que estorba, que no es útil al proyecto nacional. Sin embargo rescata una realidad de toda esta diferencia: esos mexicanos rebeldes son iguales a los otros mexicanos que tienen el deber de contenerlos; juntos, están reunidos en una batalla que es tarea útil para otros intereses, los de un gobierno indiferente y ajeno al pueblo que dirige.

La Santa de Cabora es venerada en el norte de la República. Frías cree que ella no intervino en la revuelta, pero reconoce que, detrás de ella, está el verdadero adversario de ese poder

que dirige desde Chapultepec. En esa medida, los dos bandos se establecen, aunque ninguno de los dos esté en el campo de batalla: una ambición política hace reclamos y usa y sacrifica a los tomoches; otro poder se defiende y defiende los valores progresistas por sobre la realidad plural, utilizando a las tropas, mártires del deber.

Sin embargo, según Frías, es genuina la molestia de los tomoches, y en el octavo capítulo el autor explica las tres afrentas que aparentemente produjeron la revuelta. El gobernador Lauro Carrillo quiso llevarse los cuadros de la iglesia de Tomóchic a Chihuahua. Esto dio razón para que el pueblo identificara al gobierno y a su gente como enemigos de Dios. Además una autoridad de Guerrero agredió a una muchacha de Tomóchic. Por último, una persona referida por Frías pero no identificada, calificó a los tomoches de revoltosos y bandidos, información que llegó exagerada al centro de la República.

Paralelamente, se desarrollaba una ferviente devoción por Teresa Urrea, la llamada Santa de Cabora, y por José Carranza, santificado en vida por la fe tomochiteca. La religión constituía la condición de diferencia, que distanciaba a un pueblo inconforme del poder central. Lo cierto es que, más allá de las ostensibles discrepancias en la forma de creer en Dios y en la santidad, la inconformidad comenzaba más lejos, donde el aislamiento y el olvido habían hecho de Tomóchic un lugar perdido e inútil: debía integrarse al proyecto nacional sólo en la medida en que fuera servil y no estorbara.

En el pueblo de Tomóchic, dice Frías, había una familia importante, de mucho empuje y gran capacidad de convocatoria: los Chávez. Se refiere al suceso que ocurrió en la iglesia cuando el cura, instruido por las autoridades, quiso desacreditar a San José. Cruz Chávez, que hasta entonces les reprochaba sus

exaltaciones místicas, tomó partido por la gente de su pueblo y expulsó al cura del pueblo. A partir de entonces las informaciones se sucedieron sin medida ni verdad, hasta que la versión de una rebelión armada en el lugar trajo al Undécimo Batallón a contener el levantamiento. Las tropas federales fueron derrotadas en esta primera incursión.

Hasta aquí varios personajes han sido presentados. Entre los oficiales, Camarena es el payaso y Miguel, el sentimental; en las reuniones de descanso hemos conocido el ánimo general que hace, de todos ellos, unos ignorantes útiles, portadores de una tarea que no comprenden. Entre los soldados y las soldaderas, gente sin nombre muestra que hay semejanza con los de Tomóchic: son pobre materia sacrificable que va a malvivir y, tal vez, a morir.

Ahora nos acercamos a Tomóchic y los personajes del lugar, comienzan a configurarse. La evidencia de sus arrebatos y de su empuje hace de Cruz un líder. Un espíritu audaz y obstinado, que da la pauta, en su carácter, de la terquedad que manifestarán los tomochitecos después, pese a que van a perder y a morir. Bernardo Carranza es el hermano de San José, el ogro que sacrifica a Julia. Inútil para el trabajo, sirve ahora de traidor. Rastrero y servil, es una mala cara de Tomóchic. José, por su lado, es un tonto que se dejó convencer de que era un santo. Julia es una víctima.

Encasillar a los personajes de esta manera es posible porque la novela de Frías los configura y luego busca reafirmar los rasgos de su carácter con detalles de comportamiento y con la fatalidad que hace de su destino una consecuencia congruente con su forma de ser. Cabe, sin embargo, cierta flexibilidad, cuando la pureza se mancilla (los ejemplos de Julia, violada, y de Miguel, borracho). Entretanto la consigna es "¡Viva el Poder de

Dios y mueran los hijos de Lucifer!". Dios está por encima de todo, y también de las leyes: *no reconocerían más amo que Dios.*

Pero el fanatismo también puede tener dos caras, y una de ellas, apreciable. Víctor Hugo habla, en *Los Miserables* de que el fanático lleva su fe al extremo y que en ese sentido es grandioso.

La probidad, la sinceridad, el candor, la convicción, la idea del deber, son cosas que, al errar, pueden ser horribles, pero que, incluso horribles, siempre son grandes; su majestuosidad, propia de la conciencia humana, persiste en el horror. Son virtudes que tienen vicio, el error. La despiadada alegría honrada de un fanático en plena atrocidad, conserva no se sabe qué brillo lúgubrementemente venerable.⁶⁸

De los tomochitecos destaca la desmesura de su entrega. El fanatismo es un exceso de fe y la fe puede ser admirable. Pero a esto Frías lo llama un vértigo confuso de libertad, que es el resultado del aislamiento de la vida nacional al que los sometió el Gobierno. Por supuesto que, a la República, reivindicaciones de este tipo le parecerán peligrosas y que actuará en consecuencia. Después de todo, la medida no puede colmarse porque su ambición es desmesurada, y en nombre de ella, parece que todas las armas valen.

En la batalla del dos de septiembre, Bernardo Carranza fue espía, afiliado a las fuerzas de Santa Ana Pérez. Luchaban dos

⁶⁸ Víctor Hugo, *Los miserables*, México, Editorial Bruguera, 1977, tomo I, p. 249.

adversarios desiguales: por Tomóchic eran sesenta y ocho hombres, y los adversarios eran un total de ciento treinta. Se atribuye la derrota, entre otras cosas, a la traición de Santa Ana Pérez, que estuvo allí y no disparó. Fue una sorpresa que ganaran los hombres de Tomóchic y eso cambió la perspectiva desde la cual se pensaba en el pueblo y en su levantamiento. Desde aquel momento fue preciso actuar y extirpar el movimiento de raíz, ya que se había probado más peligroso de lo que pareció en un principio.

Curiosamente, un párrafo que apareció en las primeras tres ediciones, elogia a Díaz y su impecable carrera militar. Por lo demás, el libro manifiesta reproches mesurados en su primera edición, y censuras más serias en las posteriores, pero ninguna otra referencia que aplauda a Díaz, desde ningún punto de vista.

Hasta aquí, la visión histórica del autor sobre los tiempos anteriores a la incursión definitiva que destruyó la insurrección del pueblo de Tomóchic.

-La poesía debe desterrarse del mundo.

La víspera de la partida a Tomóchic, Frías muestra la situación de los oficiales, de los soldados, de las soldaderas, de la espera. Miguel Mercado brinda y, en esas palabras ininteligibles que ni siquiera él entiende, está la conciencia de lo que verdaderamente ocurre allí, donde no hay más que un montón de ciegos, sometidos a una trágica suerte. Son víctimas expiatorias de los extravíos sociales, mártires del deber, risueños rehenes de un interés egoísta y anónimo. En sus

Confesiones, Rousseau habla del Poder. Las instituciones muchas veces no actúan con justicia, aunque esa sea su obligación.

La justicia y la inutilidad de mis quejas, dejaron en mi alma un germen de indignación contra nuestras necias instituciones civiles, en las que el bien público y la verdadera justicia son siempre sacrificadas a no sé qué orden aparente que destruye en realidad todo orden y que no hace más que añadir la sanción de la utilidad pública a la opresión del débil y a la iniquidad del fuerte.⁶⁹

Así, el panorama es todo lo triste que puede serlo cuando el día del combate se aproxima y hay alguien que puede mirar y entender. En realidad, Frías no habla de que nadie se lamente y la escena del campo es la de un grupo de oficiales riendo y emborrachándose, un manojo de soldados cantando y la frialdad de los comandantes que preparan la estrategia. Sin embargo -como ya dije antes-, en esas canciones del interior se restablecen los lazos que hay entre los tomoches y los soldados francos, hijos de la misma tierra y de la misma tradición. A la vez, esas letras que entonan los que esperan, hablan de la resignación sombría de una raza vencida y moribunda: han sido derrotados desde el principio si se ven precisados a hacer una lucha que no les corresponde.

En esta escena, previa a la batalla, de nuevo es el contraste la nota que da cuenta de los ambientes. El campamento es sitio de fiesta y el paraje, lugar inhóspito. El festejo es

⁶⁹ Jean-Jacques Rousseau, *Confesiones*, traducción de Santiago Cunchillos, Argentina, Editorial Sopena, 1947, tomo I, p. 187.

cosa extraña, dadas las circunstancias. Pero: "¿No es acaso la civilización una cuestión de entusiasmo, de embriaguez, de sentimiento deleitoso, más que de clarividencia y de elocuencia?"⁷⁰

En estas condiciones se arma el monólogo de Miguel Mercado, que es el único lúcido, allí donde todos ríen a pesar de que la situación es muy difícil. Parafraseando lo que dice Frías, la poesía debe desterrarse del mundo porque la realidad es terrible.

Después Miguel Mercado va borracho a casa de Julia y, mientras Bernardo Carranza no está, seduce a la muchacha. El capítulo se titula "*La trampa del sátiro*". Miguel se caracteriza de una forma distinta: es un hombre lascivo que irrumpe en donde no le corresponde para actuar de una forma salvaje. El verbo que utiliza Frías para explicar lo que ocurre en la habitación es cazar. Miguel caza a Julia, persiguiéndola por el cuarto. La caza corriendo, la caza diciendo palabras falsas de amor y, por fin, la abate. El problema aquí es que no se puede hacer ojos ciegos a la situación total y no se puede pensar que la oscuridad de la pieza pueda aislarla de la realidad en la que está embebida. Mercado es el oficial de la tropa enemiga todo el tiempo y Julia es la tomochiteca. La vence en la pieza, como más tarde la vencerá en el campo de batalla: con trampas y mentiras, con abusos de fuerza y rastreras argucias, sin piedad ni lástima. De modo que lo que pasa aquí es la representación anticipada de una escena triste y definitiva que ocurrirá después. Pese a que la voz de Miguel puede ser la de Frías y a que se justifica con una serie de recriminaciones y de cargos de conciencia, el personaje ha adquirido otra dimensión y se ha convertido en un ser mucho más complejo. Sólo el hecho de que sea tan

⁷⁰ Thomas Mann, *La montaña mágica*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla (Colección Cóndor), 1945, pp. 686-687.

contradictorio y la certeza de que pueda actuar con la vileza del soldado invasor aunque vea el problema lúcidamente es un rasgo de una madurez importante en el novelista, que sabe crear los sentimientos encontrados y señalar las paradojas.⁷¹ Entre otras cosas, al utilizar Miguel a Dios en la guerra de la seducción, al jurar por el *Gran Poder de Dios*, los discursos se cruzan y confunde a la que es, no cabe duda, su enemiga. La derrota abatiendo la diferencia que los separaba, aunque esa distancia deba prevalecer entre ellos después. La guerra nunca es cosa simple.

A la mañana siguiente, las tropas parten hacia Tomóchic y también Julia, Bernardo y Mariana. Miguel mira de día lo que hizo durante la noche, y se avergüenza.

-Comienza la batalla.

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

La marcha hacia el pueblo manifiesta la vida vigorosa de la sierra, el panorama que ha tonificado el rudo carácter de los serranos y el maltrato a la tropa, que sufre de sed, hambre, calor y cansancio. Allí Miguel es el poeta y no el oficial, hechizado por la naturaleza de los parajes que recorre; después es la conciencia inteligente, que comprende la urgencia de la educación de los ejércitos.

Cuando llegan a Tomóchic, las condiciones de la tropa son lamentables. Es 19 de octubre. La batalla principiará el veinte.

⁷¹ La complejidad del personaje en la novela de Frías es un rasgo más que la separa de *Os sertões*. Sobre la relativa complejidad del personaje de novela frente al personaje de la vida real, véase el ensayo de Antonio Candido, "A personagem do romance", en Antonio Candido; Anatol Rosenfeld, Decio de Almeida Prado y Paulo Emilio Gomes Salles, *A personagem de ficção*. São Paulo. Perspectiva, 1992.

El plan está trazado y los oficiales confían en que al cabo del siguiente día habrán derrotado a los tomoches. Igual que ocurre en *Os Sertões*, de Da Cunha, los soldados se apresuran a creer que ganarán sin complicaciones. Entonces, piensan que podrán comer algo más que carne asada sin sal y beber algo más que nada.

El capitán Eduardo Molina camina por el campamento la víspera de la batalla y habla con los oficiales. Ésa es la ocasión de conocer al personaje más idealizado de la novela, tal vez por su heroica muerte. Se sabe de él porque alienta a los que se batirán al otro día y porque es ejemplo de lo que debe ser la disciplina militar, en su rectitud y escrupulosidad. Es querido y admirado por Miguel.

La batalla de Tomóchic no comienza cuando los adversarios se encuentran y pelean, ese 20 de octubre. Heriberto Frías ubica sus inicios en el terrible frío y en la oscuridad cerrada que acobarda a esos pobres invasores, que no tienen idea ni siquiera idea de dónde están. Es media hora, una inmensa media hora, de esperar el momento de la marcha. Luego es un andar a tientas, en el descenso que los empuja, como en rebaño, a cumplir con una tarea a la que los urge otra voluntad. Van con miedo, con hambre, con sueño, durante una hora y media, hasta que amanece; después es de día pero ya están cansados y entonces hace calor.

La indicación de que han llegado a Tomóchic proviene de los rumores de una batalla que ya se está efectuando entre los tomoches y una columna adelantada. El pueblo se distingue a lo lejos: "Disforme cerro jiboso, cual gigantesco dromedario, alzabase en un extremo, y frente a él, extensísimo, irregular,

salpicando de casitas grises y blancas las paderas desiguales, en torno de vieja iglesia, el pueblo de Tomochic."⁷²

En los capítulos que siguen a éstos, los que plantean las circunstancias generales en que se engendra la batalla de Tomóchic, las derrotas de las tropas se suceden, una tras otra, en la que es una consecuencia natural de la bravura que ya hemos conocido, por referencia, de los tomochitecos. A eso hay que sumar la certeza de que los soldados de la tropa, en su papel invasor, parecen estar fuera de lugar. Tienen miedo, no conocen el terreno, no los impulsa una razón poderosa que los urja a ganar, hace calor y no han comido bien.

El cañón apunta y dispara.

El sonido de la detonación presume un triunfo fácil, ya que los soldados piensan que su ventaja está garantizada y que ganarán velozmente. Gritan vivas a México y a Porfirio Díaz. Pero las maniobras equivocadas van desbaratando la fuerza de tropas y de oficiales que están a ciegas en un terreno desconocido.

El primer cañonazo del Hotchkiss y el capítulo XVIII señalan un cambio en la dirección de la novela, que de pronto sumerge al personaje principal en la vorágine de la lucha donde corre, persigue y dispara, sin que el lector pueda intuir allí algo más que una obediencia que no sabe nada de sí misma. Las cualidades de Frías como narrador y su experiencia vivida dan a los enfrentamientos entre tomochitecos y soldados contornos muy nítidos. Es importante destacar la importancia de los capítulos destinados a contar los combates porque tal vez son los más poderosos del libro de Frías, en el sentido en que construyen un universo rico, vasto y real con gran inteligencia y precisión. La guerra de pronto parece estar, para el lector, al alcance de la

⁷² Heriberto Frías, *op. cit.*, p. 55.

mano. Frías hace sentir, de manera magistral, el desconcierto de participar en una embestida, sin saber realmente de qué modo su acción está relacionada a la de los demás atacantes y en ese momento muestra claramente lo caótica que es la guerra, pese a cualquier planeación o estrategia. Sobre el modo de narrar una batalla, habla Víctor Hugo en *Los Miserables*.

¿Qué es una batalla?, una oscilación. La inmovilidad de un plan matemático expresa un minuto y no una jornada. Para pintar una batalla son precisos poderosos pintores que posean el caos en sus pinceles; Rembrandt vale más que Van der Meurlen. Van der Meulen, exacto a mediodía, miente a los tres. La geometría engaña; solamente el huracán es verdadero. Esto es lo que da Folard el derecho a contradecir a Polybe. Añadiremos que hay siempre cierto instante en que la batalla degenera en combate, se particulariza y se esparce en innumerables pormenores que, según la expresión del mismo Napoleón, 'pertenecen más bien a la biografía de los regimientos, que a la historia del ejército'. El historiador, en este caso, tiene el derecho evidente de resumen. Sólo puede apoderarse de los contornos principales de la lucha, y no le es dado a ningún narrador, por concienzudo que sea, fijar absolutamente la forma de esa nube horrible que se llama batalla.⁷³

El libro de *Tomóchic* se revela en la primera batalla porque allí adquieren figura las circunstancias que ya habían sido descritas por el autor en las páginas precedentes. Había configurado una

⁷³ Víctor Hugo, *op. cit.*, p. 270.

campaña extraña, en la medida en que se conformaba a partir de una ignorancia y no de un conocimiento: la tropa no sabía qué revuelta iba a sofocar, los oficiales no conocían las condiciones del terreno, las causas del levantamiento se mantenían ocultas, la razón de acallar la protesta con las armas no se explicaba. El capítulo XVIII es muy importante porque no revela tampoco ningún sentido para la campaña. En lugar de hacerlo, afirma otra vez esos pasos inseguros que hacen de la tropa un rebaño obediente, conducido por la fatalidad. Nunca saben a dónde van, el enemigo es ininteligible; apegados a la táctica militar, la siguen hasta el absurdo.

-El tomochiteco idealizado.

Entre sentimientos confusos, un gran miedo, una falsa entereza, una dignidad hecha a fuerza de levantar la frente pese al terror que desanda sus pasos, Miguel Mercado hace un soldado muy distinto del que se pinta tradicionalmente en las novelas de guerra. Se precipita en la batalla como si fuera un suicida despeñándose por un precipicio, porque no le queda otro remedio. Anda para adelante porque no puede andar para atrás y el panorama que se hace de la batalla se encierra en su pobre mirada, corta porque es la de uno solo, que no sabe nada del enemigo, ni de la distribución de los adversarios en el terreno, ni de quién va ganando, ni de cuáles son sus posibilidades reales de sobrevivir. Vemos sólo sus pasos y el enemigo no está porque le dispara sin ver, o está como un enorme monstruo desmesurado que ha crecido gracias a su imaginación, y que podría matarlo en un instante sin que él pudiera llegar a explicarse qué pasó.

El alboroto tiene una pausa y el tiroteo se apaga en el silencio mortal que se levanta entre los soldados que están avanzando. Todos se callan y andan con miedo. Están diseminados, atentos, pálidos y callados. Son muchos, pero en la batalla avanzan solos porque han de morir solos y de sobrevivir solos. El enfrentamiento adquiere, en el punto en que la muerte es posible, un carácter individual que desmiente la seguridad de la inmensa tropa como una unidad. Las maniobras que inician la batalla se construyen a tientas y se equivocan. Los soldados se internan en el terreno sin saber el sitio donde está el enemigo y pronto creerán que se encuentra a sus espaldas. Lo cierto es que todo el desconcierto se descubre cuando confunden a la 2a. Compañía y disparan en desorden, contra enemigos invisibles. Entretanto, la memoria del capítulo se refiere, más que a la confirmación de la astucia de los tomoches y de su férrea voluntad de ganar, al carácter verdadero de la guerra, cuando no se la idealiza. Ésta no puede ser heroica porque el soldado no se identifica con las figuras distantes y distorsionadas que van con él, y tampoco es producto de su patriotismo sino del hecho de que no le queda otro remedio.

El punto de vista que Frías escoge, como narrador, es del que avanza paulatinamente hacia la región del combate en que se enfrentarán los tomoches y el ejército. La recreación de los enemigos se realizará a partir de esta situación, que plantea circunstancias excepcionales: ya hemos visto que los soldados van inventando a los tomoches sobre la marcha, y que esta invención favorece un espejismo. Cuando se enfrentan por primera vez, tampoco hay una reconstrucción suficiente de los tomoches: son fantasmas imposibles contra los que los soldados luchan y pierden; y a eso hay que sumar que permanecen invisibles, provocando una batalla absurda, donde el enemigo no termina nunca de existir por completo.

Es posible ver a algún tomoche muerto en el avance, pero, en realidad, la verdadera dimensión del enemigo comienza a construirse hasta que se escuchan sus gritos: cuando voces de *¡Viva el gran poder de Dios!* llegan a los avanzados, que ven desgastadas sus fuerzas en los disparos sin dirección, la figura de los tomoches adquiere algún sentido verdadero. Los adjetivos que Frías escoge se refieren todavía a esa imprecisión que ha regido su relación con los rebeldes: llama a esos gritos, *sinistros y terribles*.

Es cierto que se están disparando y que se están matando, pero el enfrentamiento ubica la posición de los adversarios hasta que aparecen las palabras. Un recluta responde a estos gritos con otros de *¡Viva el Noveno Batallón!* y *¡A nosotros que nos valga nuestra Señora de Guadalupe!* La situación adquiere un perfil claro ahora que los contrincantes han levantado sus banderas, que, por lo demás, son bastante parecidas. Lo cierto es que en este primer enfrentamiento con los tomoches, las dos compañías anticipadas y la de respaldo pierden. La derrota se debe también a que la naturaleza contribuye en la causa de los tomoches y a que su conocimiento del terreno los favorece cuando deciden ocultarse. El ejército federal no ve al enemigo. La causa del *deber* no es suficiente contra una convicción como la de los tomoches y la estrategia no se da abasto para enfrentarlos. Termina el combate con el panorama de los últimos temerarios muriendo en desorden y el de los cobardes huyendo en desbandada.

La batalla en la que participa Miguel Mercado no es el primer intento de terminar con la insurrección tomochiteca. Es octubre de 1892. El antecedente es ya una larga anécdota de diferencias nunca reconciliadas, entre las que hubo un punto climático: el 2 de septiembre anterior el ejército federal fue

vencido y los cincuenta y un soldados que Cruz Chávez retiene son la mejor memoria de una derrota inexplicable.

Se dirigen (Rangel y otros oficiales) a Ciudad Guerrero, adonde llegaron sin más novedad que la muy grande de haber sufrido una tremenda derrota que pasmaba a los militares avezados en las lides de la guerra sin poder explicar la causa. ¿Cómo unos cuantos serranos pudieron derrotar y exterminar a un ejército bien pertrechado y disciplinado, bajo el mando de ameritados generales que en campañas anteriores se habían cubierto de gloria?⁷⁴

El retrato que el libro de Frías hace del levantamiento del pueblo de Tomóchic no puede ser exhaustivo, pero sí se ubica en un momento fundamental, desde el cual es posible comprender el acontecimiento en toda su magnitud. La caída de los soldados en una derrota imposible de prever se apareja al arrojito casi irresponsable de los pobladores de Tomóchic. Por supuesto que pesa, durante todo el tiempo del relato, la carga de una fatalidad que habrá de dar cuenta de todos los héroes de Tomóchic, pero también esa certeza sirve a una idealización que, finalmente, es parte muy importante de la historia. El hecho de que los tomochitecos sean figuras trazadas tan difusamente y, por lo general, sólo a través de sus acciones, los hace irreales y luego míticos.

⁷⁴ De Juan Ignacio Chávez al JPG, *Tomóchic*, octubre-noviembre de 1891, AMG, Comunicaciones Interiores, p. 84. Citado en *Tomóchic en llamas*, de Rubén Osorio, *op. cit.*, p. 146.

La circunstancia en este punto de la novela es, pues, una derrota aplastante e inesperada. Hemos seguido los pasos de Mercado a través de la sierra, con una ignorancia absoluta de la táctica del enemigo y de sus intenciones. Esta ceguera se ha construido a propósito, con la deliberación de favorecer una visión idealizada de los tomochitecos. Después de la derrota, el relato nos permite retroceder en el tiempo para completar la escena con un enemigo más claro: el hecho de que Julia sea tomochiteca y de que se vea obligada a ir a pelear a Tomóchic, es la excusa para aproximarse al pueblo desde una perspectiva distinta. De este modo, podemos acceder a los preparativos que se llevan a cabo en la víspera de la batalla.

El capítulo XXI se titula "*Tomóchic se prepara*", pero no comienza en el pueblo, sino en la habitación de Julia, donde una historia paralela ha comenzado a contarse. Aunque Frías no hizo una escena de amor sino una cacería en la seducción de Julia, a partir de éste momento las evocaciones que Miguel hace de esa experiencia la convierten en un vívido paraíso que contrasta con el infierno que los espera en Tomóchic. La noche de la seducción es la víspera de la partida de Julia, que acompaña a Bernardo a alertar a los tomoques sobre la llegada inminente de las tropas. El capítulo es un paréntesis, pero no solamente en espera de un enfrentamiento, sino también de letargo y de ensoñación, donde una juventud inocente y mártir aspira a un destino más hospitalario. Entretanto, el narrador es implacable, con el coro de los perros que ladran para presagiar una suerte adversa. Éste es un coro que ha de extenderse desde este momento hasta el final, cuando el capítulo llamado "*Los perros de Tomóchic*" -que constituyó inicialmente un cuento independiente y que luego se agregó a la novela- establezca el puente de un triste futuro presagiado y cumplido con la derrota y asesinato de todos los hombres del pueblo.

Julia es encarnación de la víctima. Espera, es burlada, confía, no duda nunca de que el triunfo final le corresponderá a los tomoches. Aquí, es el recurso para trazar el camino al pueblo, con un día de anticipación a la nueva derrota de los federales. Algo de todo lo que no se supo cuando los soldados avanzaban, ignorantes, en territorio enemigo, se revela ahora. El pueblo es una fortaleza que espera, preparado. Hay ciento trece hombres, que se distribuyen en cinco guerrillas, dispuestas tres de ellas en el Camposanto y una en el Cerro de la Cueva -porque la intuitiva inteligencia de Cruz Chávez le advierte que es por allí por donde los soldados van a intentar pasar-, y una entre la torre de la Iglesia y la casa del propio Cruz. Los jefes principales son Cruz Chávez y su hermano Manuel, Carlos y Víctor Medrano, y Pedro Chaparro, delincuente de la sierra que se solidarizó con el pueblo y le prestó ayuda. Pese a que ahora sí el narrador mira a los tomoches de cerca, tampoco es ésta la oportunidad de encarnarlos en una realidad más cierta, en una naturaleza más humana. Al referirse a Cruz, habla de su majestad imponente y salvaje y de la piedad peculiar de su fe, que lo lleva hasta el altar con el sombrero puesto, y que le permite darle la espalda al crucifijo. Su invocación será a la fortaleza de los hombres que deben derrotar a las tropas, enemigas de Dios, hijas de Lucifer. Pero también habla de la libertad y entonces dos discursos, que aparentemente estarían separados, se reúnen para dar una razón de la revuelta más acorde con el panorama que se tiene en este momento de los hechos; se asumiría, como base de la insurrección, la injusticia que produjo la inconformidad y la fe que dio el argumento para pelear contra ella. Aunque es cierto que habrían existido intereses ocultos detrás del levantamiento, la verdadera motivación debía ser el profundo olvido en que se encontraba la región y las condiciones de vida injustas que

podían impulsar a los tomochitecos a escuchar a los alborotadores.

Cruz Chávez y su gente creen que la labor que les espera está bendecida y respaldada por Dios. Es un hecho que este pueblo, igual que otros de la Sierra, no tiene puntos de contacto con el gobierno que le permitan integrarse a una realidad nacional. Entonces estos hombres asumen que les corresponde derrocarlo y confían en que la resurrección de la carne hará que sus muertes sean sólo aparentes: la lucha tiene sentidos que están por encima de la frágil humanidad de los hombres y, ya que luchan por una idea muy alta, a ella someten su suerte. En este sentido la diferencia con las tropas no podría ser más notoria, en el hecho de que avanzan únicamente porque están obligadas a hacerlo.

(...) el ejército, que no cuenta con servicio médico, sólo tiene dos heridos y llama para curarlos al doctor Robert Nichol, de nacionalidad escocesa y quien reside en Ciudad Guerrero. Al llegar a Tomóchic, Nichol preguntó a uno de los heridos tomoches si había sentido miedo durante el combate. El herido contestó sin titubear: "Con fe en el gran poder de Dios, doctor, ni las balas entran." "¿Entonces qué pasó?", le preguntó el doctor Nichol señalándole sus heridas. "Es que se me acabó la fe, doctor", le contestó.⁷⁵

⁷⁵ En Rubén Osorio, *Colección de historia oral de Chihuahua*, Chihuahua, Talleres Gráficos del Estado, 1990: Clotilde Nichol Cavantes, entrevista personal, Chihuahua, abril 18, 1981. Citado en *Tomóchic en llamas*, de Osorio, op. cit., pp. 109-110.

De este modo, la víspera del enfrentamiento del 20 de octubre, los tomochitecos depositan su suerte en el favor del cielo. Frías apunta que la revisión que hace Cruz Chávez de los escapularios de la Santa de Cabora es tan minuciosa como la que efectúa con las carabinas. La reivindicación va de la mano del derecho, un derecho indiscutible porque es divino. En este sentido, la guerra que se deriva es muy particular, y sus principios parecen remitirse a un propósito esencial de justicia, que da dignidad a todos los actos que acometen en la acción.

Llega la noche, que es la misma noche en la que los soldados avanzarán a oscuras por la sierra, y en el pueblo callado caía de las estrellas un silencio y un frío de tumba.

-Las mujeres.

Aunque los hombres y el juego de la guerra llevan un indudable papel protagonista en el libro de Frías, las mujeres cumplen un servicio semejante y un destino no menos heroico. En Tomóchic y con Julia como la representación de la mujer tomochiteca, prestan el auxilio inmediato y son el recurso práctico para que las elevadas aspiraciones de la insurrección se hagan posibles. Las mujeres soportan una carga muy pesada: cocinan, sirven, sufren y luego mueren, por acompañar un destino que no les corresponde del todo porque no lo escogieron. Veo la posibilidad de esa excepción en el hecho de que se presten a morir sólo las que tienen a alguien a quien acompañar en el desenlace trágico de la novela. Las demás, que ya son muy pocas, junto con los niños y los viejos, salen antes de que la casa de Cruz Chávez sea quemada.

En Julia, la manifestación de esta otra tragedia, la de la muerte de personas que no están involucradas más que tangencialmente porque no han tenido iniciativa, adquiere una fisonomía muy clara. Antes de la batalla del 20 de octubre, vela y llora mientras Frías insiste en presagiar la desgracia con el frío y con el silencio, con el insólito silencio de los perros. Por lo demás, su sufrimiento sólo es la introducción del capítulo XXII, titulado "La tristísima retirada", y cuya intención es mostrar la estrategia tomochiteca. En este sentido, otra vez el papel de la mujer es hacer el contraste que da magnitud y profundidad a la tragedia de Tomóchic y, desde su posición secundaria, ayudar a configurar una perspectiva amplia del acontecimiento.

Los tomochitecos saben que las tropas que se aproximan son numerosas. Quinientos hombres al mando del coronel Torres, doscientos más de Guaymas y Navojoa, indios de la Sierra Tarahumara, una sección del Duodécimo Batallón, otra del Vigésimo cuarto y un destacamento del Undécimo. Acuartelados en el pueblo, por la rigurosa intención de Cruz Chávez de actuar únicamente de forma defensiva, se verán precisados a repeler un ejército grande y organizado, que ha sufrido ya el revés de una derrota. La noticia de la captura de San José, que por aquellos días fue fusilado con el argumento del fanatismo, llega en esa víspera terrible a Tomóchic, según dice Frías.

Las disposiciones que adopta Cruz Chávez se refieren al ataque simultáneo que se ha de esperar ahora. Las guerrillas de Manuel Chávez y de Jesús Medrano se disponen a atacar por el río y queda sólo una guerrilla en el Cerro del Cordón de Lino. En adelante, Frías hace la explicación minuciosa del despliegue que realiza Cruz con su gente para protegerse de un ataque más amplio de lo que esperaba. La perplejidad de Frías ante la multitud de

oportunidades que desaprovechó Cruz (ejemplo en el conocimiento del terreno que le hubiera permitido atacar a las tropas cuando se hallaban más indefensas, hasta mermar su fuerza) tiene su excusa otra vez en la peculiar integridad de los tomoches, que no adoptan la opción ofensiva hasta que es irremediable.

Cruz Chávez nunca quiso salir a hostilizar al enemigo, porque en la sobreexcitación religiosa en que se encontraba, creyó que su deber estaba en repeler las agresiones y no en provocarlas, por lo que no hizo uso de las innumerables ventajas que los desfiladeros de la Sierra Madre le proporcionaban para batir con ventaja a sus enemigos. Por cumplir lo que considera un deber se limita con sus hombres a defender la población.⁷⁶

La pericia de Cruz y el arrojo de su gente de todas formas traen una primera victoria. La batalla comienza cuando Cruz combate la columna adelantada del coronel Torres. El tiroteo es lento porque los tomoches economizan las municiones y esperan a las fuerzas de Chihuahua, que se han retrasado. Entretanto, su primera intención es desafiar a los pimas, que son a los que identifican como el verdadero peligro: indios de Sonora, están acostumbrados como ellos a la vida feroz de la sierra.

El fuego pronto ha logrado mantener a raya a los soldados, pero los pimas se adelantan. Esta decisión, aunque audaz no es afortunada, porque los coloca en una posición desventajosa, donde son blanco fácil de los tiradores que disparan desde las altas

⁷⁶ Teresa Urrea y Lauro Aguirre, "Tomóchic", artículo en *El independiente*, El Paso, Texas, agosto 7, 1896, BPEP/ACM. Citado en *Tomóchic en llamas*, de Osorio, p. 130.

posiciones de la iglesia. De todas formas, el ejército, al asalto, se aventura con entusiasmo, y Frías los llama *heroicos*. Al fin los tomoches se repliegan en sus casas, que son eficaces fortalezas desde las que disparan; sus tiros son certeros y mortíferos.

Las fuerzas atacantes son diezmadas rápidamente. La resistencia de Tomóchic es poderosa y pronto es preciso retirarse. El capítulo se titula "La tristísima retreta" por expresar el desconcierto de los soldados, que avanzaban ciertos en un triunfo indiscutible y que encontraron la derrota. La retirada es todavía más peligrosa. Con la enumeración de los que mueren, Frías recrea de forma más vívida la crudeza del acontecimiento. El general Rancel llega tarde y ya no puede ayudar a la fracción vencida. Entretanto, en otro extremo, en los montes orientales, se reinicia la batalla.

Es importante detenerse en la derrota de la primera columna porque es hasta este momento que la guerra, asunto principal del libro, toma su papel protagonista y define el perfil de los contrincantes. Ahora es tangible la inteligencia de los tomochtecos, su sagacidad, la convicción que los hace enemigos tan feroces. El punto de vista del soldado, que es el que nos corresponde, está sujeto a muchas limitaciones al principio, y es ésta la primera posibilidad que tiene de completarse, de saber realmente cuáles son los enemigos con los que lidia. Hace falta recordar que la campaña guerrera que ha hecho avanzar a los soldados hacia el pueblo de Tomóchic, también ha sido el modo de aproximarnos a la definición de un enemigo intangible. De este modo, comenzamos por idealizarlo a través de lo que se dice de él, vamos conociéndolo con cierta realidad en la batalla que los enfrenta cuerpo a cuerpo con los soldados y, cuando podría existir la posibilidad de conocerlos y de conocer sus motivos,

son exterminados en la derrota. De ellos sólo puede quedar la visión idealizada que es producto de esa actitud heroica que han desplegado a lo largo de la novela. El pueblo de Tomóchic nunca deja de ser un espejismo inalcanzable: su integridad y su valentía fascinan sin terminar de explicarse.

Algo semejante ocurre con el capitán Eduardo Molina, cuya muerte heroica también transtorna su figura hasta hacerla idealizable, aunque el hecho de pertenecer a las tropas de asalto pudiera malencararlo. Lo cierto es que, como ya indiqué antes, Frías no acusa al ejército de la desgracia de Tomóchic, sino a voluntades que están más lejos y que dictan las órdenes. Por eso no es extraño que oponga a la heroicidad de Tomóchic, otra valentía semejante y una infinita bondad. Más adelante, cuando los ánimos estén alicaídos por la derrota, el capitán Molina reunirá a los soldados que restan de la Compañía y organizará la toma del Cerro de la Cueva, que es un punto estratégico y definitivo. En el grupo estará Miguel Mercado, de modo que el narrador podrá reflexionar sobre el sentido de la guerra mientras el personaje sigue a Molina, totalmente atónito. Miguel llega a comprender que la guerra no es como en los libros y la definirá con palabras desencantadas: *mezquina, necia, vergonzosa, increíblemente trágica*. Además insistirá en preguntarse a quién le puede corresponder la culpa de la derrota y apuntará otra vez que la tropa ha cumplido con su deber. El deber lo dictan otros. Son, pues, los otros, quienes se han equivocado.

La noche que sigue es triste. Otra vez el frío glacial. Miguel mira hacia la hondonada donde está el pueblo y el narrador encuentra una curiosa forma de llamarla: le dice *nido de águila colosal*. Dadas todas las connotaciones que esta ave supone en la tradición mexicana, la imagen remite a la audacia, al valor, a la heroicidad de Tomóchic, pero también a una idea esencial de

justicia y de apego a una ley que sería la más auténtica de la nación. Después de todo, está hablando de que en Tomóchic está el motivo del emblema nacional. Frías cree que, de algún modo, la justicia asiste a los tomochitecos y que la verdad de la nación le corresponde a ese pueblo y no al gobierno.

Sus reflexiones en torno a la derrota del 20 de octubre lo llevan a concluir que los oficiales enviados a un combate sin preparación, y la tropa, alistada con recursos como la leva y sin disciplina ni educación militar, son inocentes del fracaso. Párrafos que insinúan que la culpa le corresponde al presidente Díaz, fueron agregados en la edición de 1906. De todas formas, la novela no hace villanos en ninguno de los personajes que tienen existencia cierta en la historia y describe la acción como si estuviera dictada por una fatalidad que decide una pelea entre iguales. Esa fatalidad no es remota. Es el producto de una voluntad mezquina y de intereses egoístas, que bien pueden identificarse con el gobierno de Díaz.

Miguel Mercado piensa en la derrota, piensa en el error de los procedimientos, piensa en sí mismo, en su fragilidad y en Julia. Ella representa al mártir de Tomóchic y, aunque el amor debería lograr la reconciliación, él es su verdugo.

El día 21 de octubre, con la partida de los heridos, se plantea la nueva táctica de ataque. Las tropas de asalto se han visto seriamente mermadas, y se organizan para intentar acceder al Cerro de Medrano, que constituiría una posición mucho más ventajosa. Los pimas en la vanguardia, el Noveno y el Undécimo enseguida, el Duodécimo y el Vigésimo cuarto, y el Cuerpo de "Seguridad Pública" de Chihuahua, con el cañón, como siempre, en un sitio privilegiado, avanzan de nuevo. El enemigo no los nota o no se opone, y pronto la situación es bastante más prometedora, con el pueblo a una distancia de seiscientos metros y la

protección de una naturaleza que, en ese punto, ofrece características inexpugnables.

Desde allí, los soldados hacen fuego sobre los tomochitecos de forma intermitente durante todo el día, logrando cerrarles el paso a la calle. Frías dice que están "sitiados en sus propias casas, resueltos a convertirlas en tumbas".⁷⁷ Con esto, el narrador se refiere a la posibilidad de que los tomochitecos hayan sabido, pese a la seguridad que parecían tener respecto a una protección divina, que iban a morir en Tomóchic. De hecho, Rubén Osorio dice en el libro *Tomóchic en llamas* que, luego de ir a Cabora y de no poder ver a la Santa, volvieron a morir con sus familias. Esta declaración, aparentemente hecha por los tomoches que regresaban al pueblo, abre la posibilidad de que su conciencia sobre su propia situación haya sido más amplia de lo que el fanatismo hubiera permitido, y que hayan enfrentado a las tropas a sabiendas de que iban a morir. La causa que les movía adquiere así una importancia radical y la determinación que mostraron indica que sus motivos eran importantes. Entretanto, la intención de los tomoches es ahorrar municiones, así que estos ataques prácticamente no reciben ninguna respuesta. Su fuerza se va mermando y no pueden proveerse de nuevos recursos.

Guarecida de las balas, la tropa descansa. Frías describe la pobreza de sus alimentos y la tremenda escasez de agua. Han sido derrotados y esperan otros combates, donde todos pueden morir. Las condiciones en que están obligados a vivir son lamentables y, sin embargo, se disponen a morir con entusiasmo y resignación luego de comer tortillas y carne sin sal. Las mujeres son una gran ayuda. Van a buscar el agua al río y una de ellas se arrodilla con los brazos en la posición de la cruz para lograr la piedad de los tomoches, que podrían dispararles y matarlas sin

⁷⁷ Heriberto Frías, *op. cit.*, p. 85.

ninguna dificultad. Pero no lo hacen. Otra vez impera la bondad en el modo de proceder de los tomochitecos, cuyas acciones se ven siempre determinadas por una rectitud sin tacha.

El narrador que hace Frías en *Tomóchic* se prueba, una y otra vez, profundamente enternecido. Las tropas, las soldaderas, los mismos oficiales, los tomochitecos, actúan con entrega todos, con sumisión abnegada algunos, con gallardo heroísmo los otros. Finalmente todos constituyen personajes admirables, que se encuentran en la situación de enfrentarse por un error. Porque los puntos de contacto se despliegan a lo largo de toda la novela. Muere San José, ya se ha dicho, fusilado. Cuando la noticia llega a las tropas, ellas también creen en su santidad al punto de temer un castigo. La batalla contra los tomoches se justifica en la censura de esa fe, que la iglesia ha declarado profana. La tropa pelea a ciegas, el motivo no está a su alcance, y si lo estuviera, no sería suficiente para justificar la masacre que se avecina.

La novela de Frías muestra la lucha contra los tomochitecos desde que el pueblo vence al ejército el día veinte, hasta la destrucción definitiva de Tomóchic, tiempo más tarde. Antes de esto ocurre la derrota del ejército del dos de septiembre en que, como en el veinte de octubre, los dos bandos se han encarado en una pelea desigual pero frente a frente. Aunque siempre las tropas superan con mucho el número de los tomochitecos, estas batallas suponen una pelea semejante en el sentido de que los dos grupos que se enfrentan prueban sus fuerzas. Sin embargo, a partir de la batalla del veinte de octubre, la iniciativa de las tropas es sitiar a los tomochitecos en el pueblo y ya no se busca la lucha frontal. El día 23, la postura que adoptará el ejército se define con claridad, cuando el general Rangel decide acorralar a los tomochitecos que, según se ha visto, han abandonado sus

posiciones anteriores para concentrarse en la iglesia y en las casas próximas a la de Cruz Chávez. La decisión es terrible: han optado por vencerlos impidiéndoles comer, cerrándoles el paso para conseguir agua y, finalmente, incendiando los sitios donde se guarecen para quemarlos vivos.

Se sabe ya que los tomochitecos están quebrantados. Es cierto que ganaron una batalla, pero no tienen contacto con el mundo exterior ni posibilidad ninguna de conseguir municiones, armas, más hombres. La posición que el ejército ha conseguido en el Cerro de la Medrano les impide el movimiento y el recurso de encerrarlos para incendiarlos, además de ser letal, a corto plazo los deja indefensos. El antecedente, entretanto, es de la conducta irreprochable de los tomoches, que no aprovecharon las ventajas que suponía el conocimiento del terreno ni amedrentaron a las soldaderas que proveían de agua a las tropas.

El ejército se da al saqueo de las casas de Tomóchic, cosa que Frías llama *rapiña*. El fuego de las chozas hace *penachos sangrientos*, porque el incendio se refiere también a los asesinatos inminentes, que pueden entereverse en el procedimiento. Las tropas matan y despojan. Un prisionero del 2 de septiembre huye y pone al tanto a los oficiales y a los soldados de la decepción y de la miseria que hay entre los tomoches. Desde ese momento, el ejército se apresura a festejar un triunfo próximo, que habrá de aplazarse bastante más de lo que esperan. Los tomochitecos, pese a que ya no tendrán la oportunidad de mostrar su valor en la lucha, lo manifiestan en la terquedad de no rendirse pese a tenerlo todo perdido, hasta que los han eliminado a todos, al ritmo de uno por uno.

De este modo, a las casas donde se recluyen los tomoches, se accede a través del fuego. Éste lentamente acordona las pocas posiciones que les quedan. De sus hombres principales, sólo queda

sano Cruz Chávez y, en una posición inmejorable, todavía intacta, la guerrilla de Pedro Chaparro. Los Medrano han muerto, Manuel Chávez está gravemente herido. Desde el Cerro de la Cueva, Chaparro constituye el único peligro y, además, su posición es la última puerta de escape para los tomochitecos. En las casas sufren hambre, pero no pueden salir a buscar comida porque los soldados los cazan desde la distancia.

La situación en Tomóchic es ya desesperada. Frías dice que la fe se mantiene inquebrantable y que los tomoches confían en que los muertos resucitarán al tercer día. Los sitia el fuego y los sitia la muerte, de modo que el narrador dice que el pueblo se va transformando en un inmenso cementerio. Los ladridos de los perros hacen el telón de fondo, como un triste presagio, y el ganado vaga en el desconcierto de esa interminable pausa. Hay, todavía, muchos prisioneros retenidos en el pueblo. Con ellos, los tomochitecos guardan una conducta clemente y ni aun en la extremosa situación a la que los lleva el encierro, dejan de alimentarlos. Las mujeres lloran. Entre las mujeres, la desgracia de Tomóchic toma figura para Miguel Mercado y enseguida, para los lectores, cuando se identifica todo ese dolor con la imagen dulce e injustamente herida de Julia. Ella es la cara más real de Tomóchic porque su sufrimiento es tangible.

-La toma del Cerro de la Cueva.

El día 25, el Noveno Batallón toma el Cerro de la Cueva. El día anterior las cornetas han tocado la diana. El narrador indica la ironía de este canto de victoria, que para el ejército debería significar una vergüenza entre la desolación del pueblo

empobrecido y quemado. Continúa el saqueo, el incendio de las casas. El Cerro de la Cueva es el último punto fuerte de los tomoches y al principio se encarga de la operación el capitán Francisco Manzano, del Undécimo Batallón, con setenta hombres. Sin embargo, el general Rangel lo hace volver, cuando se le ve andar por otro camino que el prescrito. Eso ocurre en la noche del día 24.

A la mañana siguiente, el capitán Eduardo Molina reúne a los setenta y ocho hombres que constituyen el Noveno Batallón, los divide en tres pelotones y avanza. No es sino hasta que se les da la indicación de esperar a la orden de combate y una bala pasa por encima de sus cabezas, que comprenden que van a tomar el Cerro. Es una cuestión de honor, aparentemente, porque cuando el capitán Molina se refiere a la acción que les espera es para recordarles que todos los estarán mirando. De la Batalla del 20 de octubre ha quedado una mala imagen del Noveno, todos lo recuerdan. Ahora deben resarcirse y saben que pueden disparar sobre cualquiera que intente dar media vuelta. Emprenden pues, la acción más heroica del ataque del Ejército; tal vez la única heroica.

Mientras corren, alineados, los baten a dos fuegos: por un lado les dispara la guerrilla de Pedro Chaparro y, por otro, la de la torre de Tomóchic. El narrador dice que ninguno se rezaga. Su bravura se debe a las palabras del capitán.

Miguel Mercado oye las balas que silban al pasar. Lo fustigan, le embriagan de cólera y de odio, de orgullo, de ferocidad. No tiene miedo, actúa por un arrebato. Y se cansa mientras corre con el inmenso cerro enfrente de él. Al fin alcanza un ángulo donde no hay peligro y se da la orden de pecho a tierra. Pero no descansan más que un instante. Enseguida cargan los fusiles, y la guerra, como un abismo que tienta a caer, se

manifiesta cuando el narrador declara que los soldados están "ansiosos otra vez por ascender, por precipitarse".⁷⁸ El enemigo los espera y su posición es ventajosa. Las tropas se debilitan y vacilan por primera vez. El capitán y los oficiales apelan al honor, al orgullo, para mantener el valor entre los soldados. Pero es Molina el motor y el ánimo de todo el Batallón. El narrador dice que está ebrio de entusiasmo y, con la descripción de su valentía, de la bravura intrépida de la que inyecta a su gente, recrea uno de los personajes más entrañables, de cuya suerte será preciso lamentarse. Molina arrastra tras él a las tropas al heroísmo, y su personalidad, más que carismática, es querida. Pronto ya no hay fatigados y el ánimo ha vuelto. Comienzan a ver a los tomoches retirarse, lo que ocurre por primera y última vez. Es decir que éste es el único momento del combate en que el valor de los bandos ha sido equiparable. La guerra se convierte en un desorden. Miguel dispara y escucha la voz de un niño que grita vivas a los santos. Pese a que la bravura de las tropas es heroica en esta acción, el enemigo se toma forma por fin en el cuerpo de un niño y otra vez toda la injusticia salta a la vista. Pronto el fuego enemigo se extingue por completo. El chiquillo sigue gritando y matando, hasta que le disparan y lo tumban. La toma del Cerro de la Cueva en todo momento ha parecido una gesta heroica, y sin embargo termina por constituir la derrota de un niño que empuña un rosario. Otra vez el absurdo aparece para manifestar lo ridículo del ataque y toda su injusticia. La valentía de las tropas ya no tiene sentido. Han arremetido contra una enemigo que no debiera serlo y que, por su miseria, está indefenso aunque sea tenaz.

Aparentemente la toma del Cerro de la Cueva ha concluido con buena fortuna y se toca la diana, una diana que, en voz de un soldado, esta vez sí tiene valor. Sin embargo, cierra el

⁷⁸ *Ibidem*, p. 94.

acontecimiento la muerte del capitán Molina, cuando pretende proteger a un tomochiteco que cree que está desarmado. Ese tomoche, el único reprobable, es Bernardo, el tío de Julia. Es el mismo que ha dicho el narrador que no se ha arrodillado ante Cruz, es decir, que hasta Cruz lo reprueba. Es el *soplón*. No podría ser tomochiteco en toda línea quien mata al capitán Molina porque son él y los tomochitecos héroes equivalentes. Es un mal hombre el que lo hace, un mal hombre que protegía la bandera de Tomóchic.

El capítulo termina con los celos entre las diferentes compañías, que buscan adjudicarse este importante triunfo. Ocupan ahora una posición que permite dominar toda la amplia extensión del valle. Los tomochitecos disparan desde el centro del pueblo, como para recordar que todavía no ha muerto el último. Miguel descansa y sufre por la muerte del capitán Molina.

La toma del Cerro de la Cueva reivindica al Noveno Batallón y, por otro lado, coloca a los tomochitecos en un estado muy grave, ya sin posibilidad ninguna de huida, si es que la quisieran, y acorralados en la iglesia y en la casa de Cruz Chávez. Se oyen los lamentos de la gente herida y los ladridos de los perros, con su monótona e insistente presencia. Entretanto, Miguel Mercado reflexiona sobre la trágica muerte del capitán Molina, en una guerra que, dice, es contra mexicanos heroicos, buenos y leales. La batalla se ha originado en un absurdo. Ese absurdo da cuenta ahora de hombres buenos, entre los que el capitán Molina, entregado hombre de guerra, toma su sitio. Mercado recuerda las explicaciones que Molina daba sobre la heroica victoria de Napoleón en Austerlitz e, irónicamente, la relaciona con la desgracia de Tomóchic. El sol de Austerlitz al que se refería Molina no es el triste sol que despierta al pueblo

de Tomóchic. El sinsentido se manifiesta en la felicidad injusta de los soldados, alegres por la luz.

-Los perros de Tomóchic.

El capítulo XXX titulado "Sotol y Petróleo" no apareció en la primera edición. Se refiere a la llegada de un convoy de víveres, y de noticias del general Márquez, que permanecía a la expectativa en Ciudad Guerrero. La tropa se había mantenido comiendo carne y tortillas de harina hasta este momento. Ahora hay sotol, pan, queso, chorizos, sal, azúcar, café, cigarros. El acontecimiento es, pues, una fiesta.

Entretanto, continúa el saqueo y el incendio de las casas de Tomóchic, y los pimas vuelven del pueblo con objetos muy diversos, y asnos y caballos. Se refiere el narrador a un comentario dicho allí sobre los animales: "-¡Los prisioneros de Tomóchic!... Los únicos que se han dejado coger vivos."⁷⁹

Es decir que la fiesta se hace también destruyendo el pueblo y que el desgraciado encierro entre heridos y muertos y sin comida, de los tomochitecos, es motivo de risa entre los soldados. El alborozo, la alegría, el juego, se extienden entre la tropa: el humo plácido de las fogatas aderezadas para el almuerzo -no la humareda negruzca y densa de los incendios de abajo-. Dice el narrador que ya nadie se acuerda de los muertos, y así encuentra la ocasión de señalar que la fiesta es la explosión desbordada de un ejército obediente y sometido, el mismo que está dispuesto a morir cuando se lo ordenan. Por otro lado están las soldaderas, mujeres de la tropa entera, que pasan

⁷⁹ *Ibidem*, p. 100.

de las manos de un soldado a las de otro, destinadas a seguirlos y a morir con ellos. Frías las llama triste carne de cuartel.

Las ediciones de 1906 y de 1911 incorporan un nuevo capítulo que, en principio, se había escrito como cuento. Se titula "Los perros de Tomóchic". En cierto sentido cierra una intención que se anticipaba en otras referencias. Los perros aparecen varias veces a lo largo del libro, aullando un coro lastimero o presagiando con su silencio la desgracia. La escena de Tomóchic se hace del fuego negro de las casas, del alto humo que se ondula hasta el cielo, del paisaje de la sierra. Pero también es el frío glacial de las noches, el tibio anuncio del calor que se apresura a avisar que llega el amanecer. Y en otro sentido, son los sonidos de las ráfagas de viento, los sollozos de las mujeres de Tomóchic, la algarabía de la tropa y el aullido de los perros.

El capítulo XXXI recoge los elementos principales del relato y los vuelve a decir. Puesto que originalmente era un cuento, debía actuar como una unidad suficiente. El narrador nos sitúa, pues, y al hacerlo, recrea uno de los espacios más vivos de la novela, donde el escenario manifiesta una naturaleza intensa, construida de imágenes visuales y sonoras que nos llevan a la sierra. Es el crepúsculo, y el paisaje se inventa a partir de la luz que se va. Un paisaje que es imponente y que se revela en virtud de una realidad lastimosa, donde los sonidos recrean una queja infinita, desoladora. Después la ubicación espacial, el Cerro de la Medrano, el Cerro de la Cueva, el cañón Hotchkiss que declara la certeza de que la circunstancia del paisaje es servir a una guerra.

En el campamento, las tropas guardan un silencio absoluto. Corren el viento y los olores de la sierra. Y desde Tomóchic vienen los lóbregos sonidos que coronan la imagen. Tomóchic se hace de las manchas de fuego salpicadas al azar y de ciertos

rumores. "El pobre caserío ardía tristemente ya, ¡eran sus últimos instantes de agonía!".⁸⁰ Enseguida, el autor hace la descripción más importante del pueblo, de su gente y de la circunstancia.

¡Oh! Flamígera extinción de los aduare de la fanática tribu de montañeses, soberbios en su ignorancia tremenda y salvaje, hijos bravíos de las sierras, aguiluchos encaramados en sus nidos formidables, obstinados en el capricho bárbaro de su orgullo supremo; que desafiaran la muerte con un épico desdén y una colosal sonrisa trágica que llegaría a ser sublime y estupenda cuando se hiciese fúnebre. ¡Oh! ¡Tomóchic...! ¡Oh bárbaro y épico Tomóchic! ¡Oh! Fenecido pueblo de halcones serranos, de jóvenes águilas solitarias, encastilladas en los baluartes altísimos de las fragorosas montañas... ¡Tu inaudita pujanza, tu delirante y pueril ensueño de absurda libertad salvaje en el imperio inmenso de las selvas y de los montes, tu increíble cisma, tu soberbio "Papa Máximo", tu "Cruz de Tomóchic", tu sangre y la sangre generosa, hermana, que harás derramar hasta que muera el último de los tuyos, te hacen grande y extraño con una tristísima y lamentable grandeza...⁸¹

La representación de los tomochitecos como águilas es la imagen que escoge Frías en el capítulo que juega un papel sintético de los asuntos temáticos más importantes. Se refiere también al

⁸⁰ *Ibidem*, p. 110.

⁸¹ *Idem*.

fanatismo y a la ignorancia como los motivos de una revuelta que termina por ser grandiosa. Frías admira la elección heroica de los tomoches aunque, curiosamente, se refiere poco a la razón que justifica el levantamiento. En el relato prácticamente da por hecho que los motiva el fanatismo y no se cuestiona demasiado sobre la posibilidad de que otras inconformidades hayan suscitado el problema. El asunto de la novela se recorta al momento, e independientemente de que una causa como el fanatismo pudiera ser pobre, termina por censurar la violenta e innecesaria reacción del gobierno, que optó por destruirlos. En realidad el libro de Frías es más magnánimo con la conducta del ejército que otros más modernos.

"*Los perros de Tomóchic*" describe la conversación entre Mercado y un sargento, que relata lo que ha ocurrido en el curso del día. De lo referido, una escena se graba en la memoria del subteniente: los perros sufren la muerte de sus dueños, acompañan los cuerpos y no permiten que los incineren. Atacan a los soldados que se acercan a los cadáveres y mueren por los golpes de las culatas de los fusiles o a bayonetazos. Otros, corren de un lado a otro buscando a sus amos. Entretanto los cerdos intentan comerse los cuerpos por el hambre, y los perros los defienden con una fidelidad desgarradora. También los perros están muriendo de hambre. Los personajes conversan, sufren y escuchan, buscando el rumor de esas batallas terribles que se lidian a unos pasos. Se oyen tristes aullidos y, tal vez, las peleas.

-El fuego.

La historia ha condenado los hechos de Tomóchic, que de cierta forma revelaron una inconformidad social que se manifestaría más tarde, con la revolución, pero también porque señalaron los métodos extremos de represión que utilizó el gobierno de Díaz. En este sentido, el libro de Frías se construye a partir de una aproximación paulatina a la rebelión tomochiteca que nunca terminará de cumplirse, porque cuando los últimos tomoches estén ante los soldados, se les fusilará. Del mismo modo, el carácter heroico y enigmático de los tomoches, no podrá nunca decepcionarse ni conocerse, sólo idealizarse. Con el libro avanzamos siempre hacia el conocimiento de los tomoches, pero como nuestros pasos son los de los soldados, lo que hacemos destruye paulatinamente esa materia que queremos conocer, hasta el punto de que cuando podríamos comprenderla, se nos ha deshecho en las manos.

Frías es el narrador y Miguel un soldado cuyo punto de vista es el eje a partir del cual se construye el personaje idealizado y central: el tomochiteco. La novela avanza con Miguel, y Miguel sabe de los tomoches por rumores. Conforme corre la novela, Miguel se aproxima a los tomoches pero no termina de tocarlos: nunca alcanza a un tomoche vivo. Oye sus gritos, pero no puede descifrar ninguna razón porque el tomochiteco nunca se dice, muere antes. En este sentido, la tropa avanza a través de la sierra, ataca a ciegas, ve cuerpos muertos, es derrotada, derrota y luego comienza a incendiar. Entonces es el fuego el que quema las casas desde las afueras y se aproxima al centro donde los últimos tomoches se refugian: en la iglesia y en la casa de Cruz Chávez. Finalmente el fuego alcanza también estos espacios y cuando los últimos tomoches -que no se han entregado y están ya

moribundos- quedan en manos de los soldados, la imagen fabulosa de Cruz Chávez pidiendo un cigarro anticipa que el misterio nunca será revelado: mientras fuma, lo fusilan. Así, Miguel se acerca con el afán de descifrar y va experimentando la desintegración y la imposibilidad de ver al tomochiteco. Volverá sin entender, y Frías dejará para la historia un personaje enigmático e inasible.

Cuando la situación de los tomochitecos cautivos en dos espacios sitiados se reconoce insostenible, el general Rangel decide que el Undécimo Batallón tome la iglesia por asalto. El recurso, ya se dijo, es acercarse con el fuego por delante. De tal manera, se reducen las bajas posibles del ejército y se manifiesta que no existe pretensión ninguna de ahorrar vidas entre el mermado enemigo. Por otro lado, el hecho de que la construcción de la iglesia abundara en madera, los hizo pensar que los tomochitecos se iban a ver forzados a salir cuando los alcanzara el incendio. Dado el caso, los esperaban a la puerta para fusilarlos en la huida.

Dice el autor que el arrojo heroico del Undécimo es el mismo que antes manifestó el Noveno en la toma del Cerro de la Cueva. Se ponen a tiro de los fusiles tomochitecos y mueren unos cuantos. En los soldados la valentía es una cuestión de honor porque compiten con otros batallones; el heroísmo tomochiteco, por el contrario, es agónico. Dice el narrador:

Al propio tiempo todas las cornetas que tuvo a mano el general, y que se encontraban en otras casas en torno del templo tocaron ataque, como si por todas partes fuesen a arrancar columnas de asalto contra aquella

pobre y destartalada iglesia acosada, triste reducto de un montón de fieros moribundos.⁸²

La escena que retrata Heriberto Frías en el capítulo XXXII es estremecedora y dramática. Los hombres de Tomóchic están sitiados. Sabemos de su prolongado encierro, de las lamentables condiciones en que se encuentran, y oímos sus voces obstinadas dando vivas a la Santa de Cabora, a Dios, a Papa Cruz. En el extremo opuesto, la situación de los soldados es festiva y, ebrios de sotol, se disponen a dar fin a la revuelta. La guerra ha opuesto a los dos bandos de tal modo que no cabe reconocer la crueldad de los asaltantes ni la mísera condición de los rebeldes. Mientras los tomochitecos economizan las municiones, los soldados hacen por abatir sus últimas esperanzas. Están enardecidos por el triunfo y no pueden ver la ruindad de una escena donde hombres rebeldes se disponen a morir sin doblar las manos.

Los soldados se sirven del fuego para derrotar al enemigo y evitarse bajas. Arde la iglesia con gente adentro. Las voces no se callan y siguen los vivas por la Santa y por el Gran Poder de Dios; mientras, desde afuera, los gritos de los asaltantes son para el Gobierno y su ejército. En lo que resulta un ejercicio paralelo que dice en nombre de quién actúan los dos bandos, uno y otro parecen proceder de fortunas muy distintas: el triunfo hace que los gritos de los soldados parezcan innecesarios y crueles, y en el extremo opuesto, los vivas de los tomoches tienen un componente de heroica valentía, porque ya es inminente su derrota.

⁸² *Ibidem*, p. 114.

De pronto se abre la puerta y salen casi desnudos y ennegrecidos por el fuego los únicos tomochitecos que han de salvarse. Corren y disparan, y logran escapar. Los sitiadores esperan a que el fuego acabe con todo pero cuando intuyen que el incendio ha alcanzado el templo, donde están las mujeres, y ven a alguien arrojar desde la torre, ordenan el ya imposible alto al fuego: el incendio está fuera de control.

La iglesia se viene abajo. La casa de Cruz es el último reducto de los últimos rebeldes, y por supuesto que ya no hay ninguna esperanza posible para los tomochitecos. El general decide dar tiempo para que los venza la debilidad, y espera.

Las cualidades narrativas de Frías se revelan con amplitud cuando crea escenas de la guerra. Construye a un vencido que es criatura viva, lastimosa, desgarradora. El panorama sirve a la miseria de los derrotados, a los escombros. Delimita todo lo que debe lamentarse.

Se sabe que el último espacio de los tomochitecos es el Cuartelito. Allí hay mujeres, viejos y niños, pero sobre todo cadáveres, que arrojados al patio, envenenan a la gente hacinada en la habitación. La valentía de los tomochitecos podrá comprobarse de nuevo cuando les ofrezcan rendirse y ellos se rehúsen. Para realizar esta tarea de reconciliación, les sirve una anciana, ya enloquecida por los hijos y nietos que ha perdido, y que vaga sin rumbo entre los sembrados. Su imagen es la de un fantasma y se mueve en un paisaje desolador.

Por fin Cruz accede a confiar en la palabra de los soldados y deja salir a las mujeres y a los niños. El panorama de esa gente es tan desgarrador que sólo entonces las palabras de Frías revelan que los asaltantes han sentido la magnitud de la

desgracia. "Todos miraron con respeto, abriendo valla silenciosamente al desfile trágico de las víctimas".⁸³

Esas víctimas son los prisioneros de guerra.

A lo largo del relato de Frías se repiten sucesivamente rasgos que revelan la inverosimilitud de una guerra cuyos oponentes son de fuerzas tan desiguales. Aunque el ejército hace por suponer que se enfrenta con un enemigo peligroso y que debe desplegar toda su energía para defender una difusa patria identificada con el gobierno central, la verdad de las cosas es que el narrador descubre una y otra vez que el enemigo es valiente, que defiende un ideal muy semejante a ese otro que los lleva a ellos a intentar eliminarlos, y que hay cierta justicia en las reivindicaciones de un pueblo que a todas luces está sumergido en la pobreza. Es cierto que Frías no se ocupa de las circunstancias previas al levantamiento y que más bien se esfuerza por ceñirse exclusivamente a lo que vio en calidad de subteniente del ejército, sin embargo la miseria es elocuente por sí misma y es difícil pasar por alto el hecho de que los rebeldes están muriendo replegados en sus casas porque el gobierno, que de seguro no había advertido su existencia hasta ese momento, ahora ha puesto en marcha todas sus baterías para acallar sus protestas. Más allá de la justicia o la injusticia de los motivos que han conducido a los tomochitecos a un enfrentamiento que es casi suicida, la desigualdad de las fuerzas que se enfrentan en Tomóchic es notoria. Por otro lado, son familias enteras las que se sacrifican por alguna razón de la que los soldados no tienen noticia. Ante todo esto, un personaje como Miguel Mercado, frágil y sensible, debe darse cuenta. Pese a que se apega a la rutina militar y al deber, su manera de observar revela al lector otro horizonte.

⁸³ *Ibidem*, p. 119.

Queda en Tomóchic la bandera mexicana que ondea sobre los despojos de una masacre. En el Cuartelito los últimos hombres se repliegan y los federales no se atreven a ir por ellos. Están sitiados en un pueblo muerto, donde los únicos ruidos son de los cerdos que devoran cadáveres. Es de noche cuando Miguel Mercado vuelve sobre sus propias desgracias personales, para mostrar, por un lado, esa fragilidad por la que ha sentido profundamente la desgracia que presencia, y, por otro, la insignificancia de cualquier tristeza comparada con el horror de Tomóchic. Ante la desmesura de esa tragedia, cualquier otra lamentación es vana.

Después eran los ecos de las montañas los que repetían la última parte del toque, aquella diana sarcástica que iría a llevar sus acentos al fiero puñado de sublimes fanáticos que repetían en un rincón de México, en el siglo XIX, las inmortales actitudes heroicas cantadas por la poesía épica.⁸⁴

-Se precipitan los acontecimientos.

No cabe duda de que Frías se admiró ante la bravura y la valentía de los tomochitecos. Por otro lado, aunque las descripciones del pueblo y de las condiciones de vida de la zona pueden llevar a pensar que la rebelión de Tomóchic podría haber tenido otras razones más allá del fanatismo, Frías no se ocupa de evaluar una situación sobre la que ni siquiera tenía la perspectiva del tiempo transcurrido. Atribuye al fanatismo que los tomochitecos se hayan levantado contra el gobierno central, y

⁸⁴ *Ibidem*, p. 121.

a la obediencia que el ejército federal los haya atacado siendo, como eran, tan semejantes.

La historia paralela que hace Frías sobre el amor de Miguel por Julia, la tomochiteca, podría atribuirse también a una imagen referida a los sentimientos que despierta la desgracia de Tomóchic en Miguel. El desarrollo de este romance es muy particular porque aunque comienza con la violación de Julia, luego va transformándose en un amor esperanzador y desesperanzado. El punto de vista es el de Miguel, que bien puede engañarse sobre la ilusión que cree haber despertado en Julia, pero en principio la violencia que los ha unido a los dos -del mismo modo que ha reunido también a los oponentes en la batalla-, es también una fascinación mutua y otra vez el reconocimiento de la semejanza. Miguel está enamorado de Julia pero también está profundamente enternecido por el pueblo y por su gente. Lo abate la tragedia de la que es espectador.

El capítulo XXXIV comienza con un incidente nocturno: son vistas las sombras de los tomochitecos que se replegaban en la casa, se descubre que estos hombres se han aproximado al río a beber. Les disparan y cuando los soldados pueden acercarse, ven que los rebeldes han abandonado dos tinajas de agua. Un soldado se compadece.

Ocurrió antes una escena parecida, cuando las soldaderas hacían el mismo recorrido y, a la luz del día, se tendían en cruz sobre el piso para provocar la simpatía de los tomochitecos y evitar que les dispararan. Los rebeldes respetaban un código mucho más estricto que éste de los soldados, y no tiraban sobre las mujeres. Estos rasgos caballerescos y, más que caballerescos, formidables, descubrían un enemigo muy particular y heroico.

Por otro lado, cuando los pimas pueden rescatar a los soldados prisioneros que se hallan recluidos en un galerón de la casa de Cruz Chávez, las condiciones en que están son lamentables, pero no muy distintas de las que viven en ese momento los rebeldes. Les han dejado maíz, y los que no han podido sobrevivir han muerto de sed, lo que no es raro considerando que los rebeldes no pueden alcanzar el río.

En la casa siguen callados y rehusándose a rendirse los últimos hombres de Cruz Chávez. El general procura convencerlos de que se den por vencidos, porque hay todavía familias acompañando a estos últimos hombres, pero los rebeldes entienden se les va a perdonar la vida. El general envía a un hombre llamado Chabolé, que fue jefe de los indios de la sierra de Sonora y que conoce a Cruz Chávez. *¡Que no se rinden hasta que Dios les quite el alma!*, es la respuesta. Cruz, a quien el narrador llama el héroe, se ha negado a entregarse. El capítulo se cierra con la tragedia de un soldado, de un cobarde, que cambió de bando cuando fue hecho prisionero, por salvar la vida. Lo someten a un consejo de guerra y es condenado a muerte.

En el capítulo XXXVI, Frías se refiere a un convento: "Aquéllas eran las ruinas del antiguo convento edificado por los jesuitas evangelizadores de los tarahumaras durante el periodo colonial en la época en que mejor se explotaban los minerales de aquella parte de la sierra."⁸⁵

Por la circunstancia en que se verifica el levantamiento de Tomóchic, el texto anterior adquiere relevancia. Me parece importante destacar que, ya que la rebelión tiene tanto de religiosa y tanto de profana, la relación de ese edificio en ruinas da cuenta de la paradoja. Es preciso recordar que la

⁸⁵ *Ibidem*, p. 127.

evangelización en todo México, y específicamente en sitios tan aislados y, por lo general, olvidados, es más un mestizaje de creencias que una asimilación. En este sentido caben esos santos imposibles para la iglesia -como Teresa de Cabora y San José- y que tienen una influencia definitiva sobre estos pueblos evangelizados a medias. El Gran Poder de Dios se manifiesta a través de curanderos, la fe se reparte entre imágenes religiosas y singulares personajes que curan con las manos. En este panorama, la iglesia es ya un edificio sin presencia y el pueblo en realidad nunca ha sido asimilado. Otra verdad que se manifiesta en el breve texto es que hubo tiempos más prósperos en Tomóchic -cuando los minerales atraían las miradas del exterior-. La iniciativa de evangelizar al pueblo para integrarlo en una realidad nacional uniforme deja de interesar cuando ya no los mueven motivos económicos.

Se conoce que la situación geográfica de la zona la aísla y expulsa del perímetro nacional. Es preciso advertir que el inmenso país que es México tuvo que elaborar su identidad sobre la base de una gran cantidad de diferencias. Tomóchic se veía doblemente separado, si consideramos la dificultad material de llegar a la región y los rasgos de su población criolla, hecha a la lucha contra los apaches, a la vida dura de la sierra y totalmente separada de la problemática del centro del país. Aun hoy los tarahumaras son un grupo humano olvidado, que no tiene presencia en el horizonte nacional. La dificultad de abstraer a una misma identidad tantas identidades diferentes todavía no ha podido ser resuelta. De este modo, no es difícil imaginar cuál era la situación de un pueblo integrado a una patria casi por asalto y aislado después. Tal vez no es tan complicado entender el profundo abismo de la incompreensión y la trágica negativa que escogió el gobierno cuando vio que llegaba el momento de resolver las diferencias.

El último reducto de los tomochitecos, se sabe, es la casa de Cruz Chávez, llamada el Cuartelito. La circunstancia en que el ejército se decide a tomarlo es posterior a una larga jornada de lluvia, de desencanto, con el terrible espectáculo de los muertos, en cruda exposición por las callejuelas del pueblo. El narrador se refiere a la manera en que Miguel percibe un panorama, que a fuerza de ser repetitivo, ya se ha vuelto familiar. El hecho de que lo compare con una admirable montaña, con una catarata y con el monótono tumulto de las olas revela que a pesar de que lo que está ocurriendo en Tomóchic es una tragedia, llega un momento en que los espectadores dejan de ser sensibles y ya no los afecta la desgracia. La guerra se vuelve factible porque llega un momento en que los ojos humanos se habitúan a ella y la sienten ajena. Los soldados ya no se sienten involucrados en la escena que han producido y permiten que la tragedia se precipite como si no les correspondiera. La obra es muy elocuente en la revelación de una particularidad humana que explica la guerra: toda su atrocidad no tiene importancia si puede llegar a ser un espectáculo del que nadie se siente responsable.

El procedimiento que escoge el ejército para terminar con estos últimos tomochitecos no es inesperado y se anuncia en el nombre del capítulo: "El último incendio". En la casa de Cruz hay gente moribunda y sin ninguna esperanza que se ha rehusado a darse por vencida. Mientras los asaltantes los asedian con combustible, los tomochitecos disparan algo, gritando vivas al Gran Poder de Dios. Gritan ambos grupos vivas que son estandartes y por fin arde el techo de la casa. Siguen disparando los tomochitecos, aunque muy poco, y ésta es la primera vez que sus tiros no logran alcanzar a nadie. Dice el narrador que la casa ha sido tomada por fuego y hambre. Sólo entonces los soldados comprenden que los defensores estaban agonizando.

Es muy crudo este último y definitivo ataque contra el pueblo rebelde. Los pimas sacan a los tomochitecos heridos de la casa, que están negros de ceniza. El levantamiento de Tomóchic está terminado.

El general -que se negó a presenciar tan espantoso espectáculo- envió al jefe de la ambulancia a darse cuenta oficialmente, técnicamente, de la inutilidad de todo auxilio médico, porque ni lo habría, ni era necesario ya, puesto que para tomar el castillo del "Papa de Tomochic" se había esperado la agonía de sus últimos defensores...⁸⁶

Pero restan siete tomochitecos.

Entre ellos está una mujer que el narrador destaca porque le parece doblemente triste, aunque está en las mismas circunstancias que los demás. Su imagen sirve para lamentar mucho más la condición de estos últimos hombres muertos de hambre, quemados, que no han bebido agua durante días, que se batieron y han perdido, aunque creían que Dios estaba de su parte. La mujer tiene en el pecho una canana vacía y debajo un rosario. Es la fe reunida con la reivindicación de un derecho. Cruz Chávez está entre ellos, con la pierna destrozada y un brazo herido, despertando una inmensa admiración, una piedad profunda. El narrador lo llama *gladiador heroico, gran caudillo, pontífice héroe*. La mujer es su esposa y a su lado también está su hermano.

Entretanto el entusiasmo se desborda entre los soldados y oficiales del ejército. Circula el sotol y sólo Miguel está

⁸⁶ *Ibidem*, p. 130.

triste. Dice el narrador que está abstraído, contemplando con rostro idiota el horizonte. Son necesarias las detonaciones de los disparos que rematan a los últimos hombres de Tomóchic para que despierte. Estaba sumergido en un sueño prolongado y denso. Ahora, que ha despertado, pregunta qué es lo que sucede y le dicen que los han fusilado. Hasta aquí las respuestas le pertenecían, de cierto modo, porque su sabiduría era con mucho la del narrador. Esta pregunta lo vuelve hacia una nueva trayectoria: si al principio del libro era ajeno porque era ignorante, si enseguida vivió el horror y el asombro, si después se adormeció en la costumbre de la tragedia, cuando despierta es para que ésta no le corresponda porque la reprueba. Miguel se ha dado cuenta y entiende el horror. En eso está solo.

"Era verdad. Así tendidos y moribundos, sangrando, humeando todavía sus carnes y sus harapos, les acababan de fusilar."⁸⁷

Más tarde incineran los cadáveres mientras los cerdos devoran restos nauseabundos. Las soldaderas se han dado a la rapiña. Miguel Mercado se siente vivir y es dichoso porque se contagia de la extinta locura de Tomóchic. Siente una alegría feroz ante la desolación del fuego y de la muerte.

-Los responsables.

El capítulo XXXVIII, titulado *La Santa de Cabora*, pertenece a la edición de 1906. Cambia el tono de la obra porque antes se han sucedido una serie de capítulos sobre la lucha contra el pueblo y ahora encuentra a varios de los personajes reunidos jugando cartas. Al principio, con los hombres entregados al

⁸⁷ *Ibidem*, p. 132

juego, parece estar olvidada la tragedia apenas vivida en Tomóchic, pero cuando Castorena bromea aludiendo a Cruz Chávez, todos se quedan en silencio. Ocurrió antes una broma semejante, cuando Castorena brindó por la destrucción del pueblo y la reacción de los oficiales fue muy distinta. Cruz Chávez ya produce una veneración espontánea. Tomóchic despierta el respeto.

La intención del capítulo es referirse a la Santa que ha levantado pasiones fanáticas y cuya mención ha bastado para sostener en su lucha obstinada a los tomochitecos.

¡La Santa de Cabora...! ¿Era una alucinada...? (...)
¿Fue también una ilusa aquella criatura toda nervios, vibrante y dulce, dulce y tenaz, que llevaba en sus ojos una llama turbadora, ya estimulante y fiera como una ración de aguardiente y pólvora, ya benigna y plácida y adormecedora como un humo de opio...?

¡La Santa de Cabora...! ¿Habían inducido aquellos sus ojos elocuentes y fúlgidos -cuya radiación circundaba su rostro con un nimbo que encendía entusiasmos milagrosos en los pobres peregrinos que iban a ella desde lejanas serranías- habían sugestionado a los pueblos montañoses de Sonora, de Sinaloa y de Chihuahua para que centellasen aquellas rebeliones y aquellas turbulencias que sólo podían ser aplacadas ahogándolas en llamas y sangre...?

¿No era acaso un instrumento finísimo, un cristal, manejado en la sombra por ocultas manos, para que a través de sus facetas y de sus aristas los hombres incultos y fuertes, los serranos ignaros y heroicos,

perpetuasen en los baluartes inexpugnables de sus montes una guerra horrenda de mexicanos contra mexicanos en el santo nombre de Dios...?⁸⁸

Teresa Urrea había atraído a la gente de la región, con su fama de curandera milagrosa, al fanatismo religioso. En su nombre se hicieron varias rebeliones que se enfrentaron con el gobierno nacional. La mano oculta a la que se refiere el narrador podría haberse insinuado en esta multiplicación de los levantamientos, que manifestaban la inconformidad de una parte importante del país. Atribuirle la responsabilidad del levantamiento de Tomóchic a Teresa Urrea es cosa que Frías no hace, pero sí apunta a que ella también podía estar dirigida por otra voluntad. Esa otra voluntad sí sería censurable.

¿Quiénes eran aquellos indignos mexicanos, que peores que los antiguos bandidos de tantos pronunciamientos provocaban por interés personal la guerra civil, sin el valor siquiera de combatir en ella, sin tener en su crimen el atenuante de la bravura de saber morir...?⁸⁹

El Noveno Batallón ocupa la casa del antiguo presidente municipal de Tomóchic y allí trasladan a las mujeres y los niños sobrevivientes de la masacre. El narrador es magnánimo con el general Rangel, que era presa de su deber militar cuando eliminaba a los hombres de Tomóchic, pero que ahora se puede enternecer con la desgracia de las víctimas. Miguel le agradece

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 136-137.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 137.

este gesto, en nombre de su *hermana Julia*, y otra vez es notorio que no critica el comportamiento del ejército, que no lo responsabiliza.

Lo que sí es cierto, es que el párrafo indica un cambio en los sentimientos de Miguel, que insiste dos veces en llamar a *Julia hermana*. La relación con ella ha sido tortuosa, si pensamos que comenzó con un abuso manifiesto, que pasó luego a ser un romance lleno de promesas, y que ahora no es otra cosa que una filiación sin compromiso. Desde el punto de vista de Miguel, que es el mismo que el del narrador, no hay ni siquiera la referencia al que podría haber sido un mal comportamiento suyo, una reproducción en privado del maltrato público que hizo el Ejército con el pueblo, pero es difícil no pensar en el viraje de los sentimientos de Miguel, que cambian de acuerdo con su beneficio. Si acaso *Julia* viviera, no cabe pensar que Miguel esté considerando cumplir con la promesa de casarse con ella. Y aunque después el discurso de Miguel haya modificado las primeras impresiones que produjo sobre la violación de *Julia*, ésta no deja de ser un acto de violencia que sin querer es semejante al abuso y a la masacre del pueblo.

El tono, desde que la guerra ha terminado, es de las lamentaciones de Miguel por su vida desgraciada y por su soledad. Se siente abandonado porque cree que *Julia* ha muerto y luego recibe una carta de su madre, que le dice que va a dejar el país con su nuevo marido. Estos capítulos sirven para manifestar otra vez el carácter sensible del personaje principal, que por un lado se muestra muy débil e infeliz, y por otro revela las particularidades que le permitieron asumir un punto de vista distinto que sus compañeros. La voz de Miguel es la del narrador y por eso los signos de admiración que utiliza para hablar de sí mismo y de sus desgracias, son los mismos que se repitieron a lo

largo del libro para dar énfasis en los momentos en que el narrador estaba más enternecido o más enojado. Es precisamente el uso de los signos de admiración, una característica del estilo de Heriberto Frías en esta novela.

Y aquella alma débil y excitable, aquel joven nerviosísimo, aquel trozo de vibrante cuerda, arrebatado y conducido por extraña ráfaga casual entre breñales y rocas, hasta el vértice del horror trágico, sacudido por el deber, por el odio, por el vicio, por la guerra, por el amor y por el dolor, aquella alma débil de poeta y de filósofo triste sintió una sumersión tan honda en el fango de la vida, experimentó tal amargura, tal náusea de las cosas humanas, que pronunció por primera vez una antigua frase sombría: ¡Más valiera no haber nacido! Y luego agregó en lúgubre monólogo... -Nada es cierto... Ni la poesía de la guerra, ni la poesía del heroísmo, ni la poesía de la maternidad...!⁹⁰

Llega el momento en que todo el peso de los acontecimientos trágicos de la novela produce la conciencia en Miguel de la verdad profunda de las cosas, que es muy distinta de lo que él, con su alma soñadora, podía imaginar. De algún modo este hombre joven ha madurado de repente, con la carga de la experiencia. Como está decepcionado puede ver lo que otros no han visto. Tenía fe en el ejército, creía en el sentido de la guerra. En Tomóchic el absurdo se ha manifestado en todo su gran tamaño y la injusticia de los actos que se han efectuado con apego a la

⁹⁰ *Ibidem*, p. 143.

legalidad es evidente. Miguel es un poeta sumergido en la realidad por la fuerza y parece ser que la realidad misma ya le ha dicho que allí no hay poesía.

En las ediciones de 1906 y de 1911, Frías agregó algunos párrafos que explicaban un poco más las circunstancias que dieron pie al levantamiento. Pensó que la Santa de Cabora y la extraña fe habían sido la forma en que estos hombres habían manifestado su orgullo, pero que eran también el detonante frente a los abusos de las autoridades, el lúgubre caciquismo, los desmanes de la soldadesca y los misteriosos atizamientos políticos. Apunta razones más profundas que aquéllas que justificaron la dura reacción del gobierno.

El grito de guerra de Tomóchic, orgulloso y místico, sostenido por una audacia inaudita y por unas magníficas carabinas Winchester, diabólicamente manejadas en el fondo de la gran sierra, tenía que ser ahogado como le (*sic*) fue: ¡sin misericordia!

...Por un momento el subteniente intentó imaginarse lo que hubiera sido en Chihuahua, en Sonora, en la República entera, el contagio de la locura de Tomóchic por toda la Sierra Madre, a Norte y Sur... ¡cuánta sangre inútil, entonces, qué catástrofe nacional aprovechada por las ambiciones, por las sordideces, por los bandidos hipócritas, por los bandidos que habían trocado el sombrero "chilapeño" de los "pronunciamientos" en los caminos sospechosos, por el "clac" de los banquetes a los próceres!...⁹¹

⁹¹ *Ibidem*, p. 144.

Enseguida se detiene a pensar en el ejército y en sus vicios. Miguel está desencantado y esta institución, repleta de viejas dolencias, no es el lugar apropiado para consolarse. Al fin debe concluir que la tragedia que vio y en la que tuvo que participar, era *inexorablemente necesaria* porque había que detener un levantamiento que podía irradiarse. No justifica la violencia, pero parece ser que de cierto modo entiende al presidente Díaz, que respondió a movimientos políticos anónimos, de acuerdo con sus intereses. Más tarde, una observación irónica en la que se burla de la palabra de los hombres de estado, sí es una referencia directa a Díaz y a la masacre que efectuó en Tomóchic, sin ningún escrúpulo. Para retener el poder es necesario actuar con energía: así se explica el sacrificio de un pueblo. Confía en que el ejército, institución a la que se mantiene fiel aunque reconoce sus defectos, mejore con el tiempo. Miguel encuentra su identidad en el heroísmo de la leyenda azteca, en el de los niños héroes de Chapultepec, en la visión idealizada del Colegio Militar. Encuentra su patria en estos símbolos y tiene esperanza.

-Los héroes de *Tomóchic*.

El mito de los hombres heroicos de Tomóchic está arraigándose fuertemente en nuestra tradición. En los últimos tiempos muchos escritores, historiadores y estudiosos han centrado su atención en la abnegada muerte de un pueblo entero, que habría escudado con los gritos de la fe, reivindicaciones más importantes, válidas en el día de hoy en un México que está construido al margen de una profusión de pueblos otros. El

heroísmo es un rasgo de la identidad nacional porque el país se ha construido marcando límites, y esos límites se han indicado a través de las armas. La identidad se encuentra en la bandera, en el escudo, en los héroes. Los tomochitecos se están haciendo de un espacio importante de nuestra admiración y siempre desde ese primer dibujo que de ellos hizo Heriberto Frías.

Porque ya desde el principio de la novela el avance paulatino que hace el narrador está provisto de una multitud de adjetivos y describe hombres que casi no son de este mundo. Tal vez la ilusión del lector sería llegar a conocer profundamente a ese tomochiteco que será cruelmente sacrificado, y ese conocimiento forzaría a descubrir los errores y los vicios. Pero eso no ocurre nunca y conforme el libro progresa, el tomochiteco crece hasta hacerse inconmensurable. Ha de morir el último sin que el narrador haya podido descubrir ningún punto débil, ninguna flaqueza. En este sentido, es fácil entender que el mito moderno de los tomochitecos se funde en esta versión que sobre ellos hizo Frías.

En el capítulo XLI, Reyes habla sobre los tomochitecos.

Y ahora con su vocerrón, su altanería, su mirar siempre a los ojos, sin bajar nunca los suyos; y agrégueles una fuerza terrible, una agilidad de demonio, un tino para poner la bala donde ponían la intención y unas cananas repletas de cartuchos y unas carabinas Winchester de repetición, de a doce y dieciocho (...) ⁹²

Y un subteniente.

⁹² *Ibidem*, p. 145.

No, no se me olvidará nunca en mi vida cómo supieron morir los últimos tomoches (...) Ya saben ustedes... yo estuve allí, yo vi aquello... ¡oh! ¡qué cosa! ¡qué horror...!⁹³

En el último capítulo, Miguel tiene la oportunidad de entrar al lugar donde se refugian las mujeres de Tomóchic porque hace falta llevar agua para una moribunda. Mientras un oficial va por ella, Mercado penetra en el aposento. Allí, la primera visión que tiene de la mujer, que al fin será Julia, es semejante a la de una gran larva. En la voz que suplica por un poco de agua, Miguel reconoce la de Julia, pero cuando la ve no puede creer que sea ella. Tiene un balazo en el pecho y delira. Mientras muere pide una carabina para luchar en nombre del *Gran Poder de Dios*. Después parece que lo reconoce y se acerca a él para pedirle un beso. Él no la besa en la boca, sino en la frente. Su beso es casto porque como ya se anticipaba, ella ahora es como su hermana. El compromiso se ha roto. Julia muere.

La guerra ha terminado pero en el último extracto del libro las imágenes parecen decir que Miguel Mercado entra en combate. El panorama es de cadáveres en el fuego y podredumbre. Miguel lo ha perdido todo y llora por toda la violencia. Cuando se levanta está resignado y ya amanece. Está situado de tal forma que le queda debajo el valle desgraciado y hacia arriba el alba. Allí comenzaría la esperanza. Él es el que da al fin la última orden: "- ¡Corneta de guardia -toca la diana!"⁹⁴

⁹³ *Ibidem*, p. 146.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 151.

La novela de Heriberto Frías aparentemente habría sido escrita sobre el modelo de *La Débâcle*, de Zola. Es una obra que recuerda la novela balzaciana, y cuyo final, con el personaje dispuesto ante un nuevo horizonte, recuerda mucho a la novela decimonónica europea en general. En cualquier caso, ese escenario que Miguel contempla, la nueva posibilidad de empezar, es un recurso de los escritores del XIX, que después de colocar al personaje ante la experiencia enriquecedora, lo dejan en la situación de servirse de ella para vivir. Miguel Mercado, concretamente, sufre durante el desarrollo del relato una progresión de sentimientos con respecto a una realidad histórica desgarradora. Esta experiencia es la que forzaría al autor a contar, a dejar su testimonio.

Antonio Magaña resume con tino la importancia de la novela de Heriberto Frías en un artículo publicado en el periódico *El Nacional*, en 1965:

Tomóchic quizá sea más un reportaje que una novela. O es una novela, como quería Pío Baroja, permeable y porosa. O bien, es una crónica a la manera de la época, acerca de la vida y ambiente de la gente de aquel pueblo que así se llama, Tomóchic, en Chihuahua. Resulta agradable ese paso de andadura, a veces lento, que permite recrearse en el paisaje, en la naturaleza y en el medio, y por momentos rápido y nervioso, cuando aquellos tomochitecos se alzan contra sus opresores; no importa que al cabo resulten vencidos, porque al cabo la brecha que abrieron y su idea de protesta y rebeldía

contra el sistema de dictadura vinieron a ser los vencedores principios de la revolución.⁹⁵

⁹⁵ Antonio Magaña Esquivel, « Genio y figura. Tomóchic, de Heriberto Frías », *El Nacional*, Año XXVI, tomo IX, 4a época, núm. 12890. Director general: Agustín Arroyo Ch. México, D.F., jueves 4 de febrero de 1929, p. 3, la sección.

1.3. Hechos históricos.

Alrededor de 1880 comenzaron a correr los rumores de la presencia, en la Hacienda de Cabora, de una mujer que realizaba curaciones milagrosas. El impacto de esta figura en los pueblos del noroeste de México fue muy significativo. Se le llamaba la Santa de Cabora y su palabra tenía un gran impacto entre las multitudes de necesitados que iban a verla en busca de consuelo. Aunque no están comprobados los nexos que vinculan a la Santa con la rebelión de Tomóchic, hay elementos suficientes para intuir una relación que podría haber dado lugar a este levantamiento. En ese caso, la insurrección tendría connotaciones mucho más amplias de lo que se supuso en un principio, y justificadamente podría pensarse en él como uno de los antecedentes de la Revolución Mexicana.

Teresa Urrea era hija ilegítima de Tomás Urrea, quien administraba los ranchos de Cabora, de Santa María y de Equihuiquich. Su madre era Cayetana Chávez. Había nacido en el pueblo de Ocoroni, en Sinaloa, el 15 de octubre de 1872, pero vivió con su padre desde niña. Lauro Aguirre, quien más tarde tuvo una gran influencia en la actividad política de la Santa, escribió en una biografía de Teresa Urrea que a los trece años sufrió ataques epilépticos y estáticos. Éstos la mantenían postrada durante días, y le daban la apariencia de una muerta. El ataque que tuvo a los dieciséis años creó la ilusión de que efectivamente había muerto y de que luego había resucitado. El hecho de que despertó diciendo que había hablado con la Virgen y que ella la había destinado para la curación y el milagro, corrió como un rumor entre los pueblos cercanos y pronto comenzó a crearse el mito de la Santa: con el tiempo nadie dudaría de que Teresa Urrea había sido enviada para salvar al mundo de la

ignorancia y de la perdición. Por supuesto que su influencia entre los creyentes fue muy fuerte.

La insurrección de Tomóchic podría entenderse como el producto de este fanatismo. Lauro Aguirre, muy cercano a Teresa Urrea, aparentemente concebía la guerra religiosa como una movilización destinada a motivar la rebelión política, y la insurrección de Tomóchic podría vincularse a la que más tarde ocurrió en Temosáchic y a los levantamientos de Yucatán, Oaxaca, Guerrero, México y Puebla.

Cabora era una ranchería al norte de la ciudad de Álamos, en Sonora. Pertenecía a los Urrea, familia que vivía en México desde el siglo XVIII, y Tomás, el padre de Teresa, era sobrino de Miguel Urrea, político importante del lugar. Cuando Teresa Urrea comenzó a curar, creyéndose inspirada por la Virgen, las peregrinaciones a la Hacienda se hicieron frecuentes y multitudinarias. Periódicos de la época, según señala José Valadés, refieren las declaraciones de quienes asistieron a las curaciones.

Teresa Urrea alivia todas las enfermedades y algunas las sana, como la lepra, la parálisis y en general toda clase de afecciones nerviosas. (...) Como el mejor médico, sabe dónde está y cómo está el mal; qué causa lo produjo y conoce admirablemente todos sus síntomas. Se ha visto el caso, que estando ella curando entre un gran número de personas, cayó al suelo un muchacho atacado de un mal que le privó de los sentidos y a una distancia que era imposible que ella lo hubiera visto. Sin embargo, ella dejó su ocupación y fue en busca del enfermo, a quien volvió en sí en pocos instantes; tan

relacionada así estaba Teresa con las dolencias de sus semejantes.⁹⁶

En este tono son la mayor parte de las historias que se cuentan sobre la Santa, aunque el descrédito también fue frecuente. Se atribuía el aparente éxito de sus curaciones a la fe y al fanatismo, y escritos más moderados aseguran que sus logros médicos se reducían a cierta efectividad en enfermedades nerviosas. En cualquier caso, la confianza que se atrajo en la región fue tan grande, que pronto cantidades inmensas de gente comenzaron a ir en tropel a la Hacienda en busca de su auxilio. Teresa Urrea, que creía en sus facultades, aceptó la obediencia de la gente. Así se convirtió en la Santa de Cabora.

A fines de 1891, Teresa Urrea llegó a la cumbre de su popularidad. Aunque la Santa se había pronunciado en contra del gobierno (al que llamaba hereje) y había dicho que era un enemigo de la verdadera religión, el gobierno central no la consideraba un peligro. Brianda Domecq afirma, en la novela que escribió sobre Teresa Urrea, que desde niña a la Santa la animaba el rechazo por el gobierno de Porfirio Díaz y el sentimiento de la injusticia que se hacía evidente en la miseria de las poblaciones del norte de la República. Otro motivo que puede haber provocado su descontento es Lauro Aguirre, quien estuvo con ella desde el principio y que era, de algún modo, su consejero.

Los antecedentes de lo que ocurrió en Tomóchic son muchos, pero Valadés dice que el más significativo se refiere a la disposición dictada por el gobierno federal para que las tierras y los bosques de la región de Tomóchic pasaran a poder de empresas mineras y al de una compañía agrícola en Chihuahua. Katz

⁹⁶ José Valadés, *op. cit.*, p. 12.

quita importancia a esta situación y más bien atribuye el problema a la situación privilegiada de Reyes Domínguez, vecino de Tomóchic, que abusaba de su situación de poder. Las frecuentes rencillas se debían a los caciquismos locales y regionales que había provocado un ya viejo enfrentamiento entre varias familias del lugar. Se sugiere, como motivo, el profundo descontento que provocó una violación, y las nefastas consecuencias de una insinuación del gobernador del Estado, quien se quiso llevar un cuadro de la iglesia de Tomóchic. Se refiere el horror que provocaba la leva, como recurso para hacer el ejército. Hay quien habla de confusión y de desencuentro; de un error (accidental o malintencionado) en la información que, sobre los rebeldes, corrió hasta llegar a los oídos del gobierno. Las causas posibles son muchas. Es difícil distinguir qué de todo ello llevó a Tomóchic al extremo de desamparo en que al fin fue destruido.

Tomóchic está ubicado en la Sierra Madre, entre los límites de Chihuahua y Sonora. Pertenece al distrito de Guerrero. Sus pobladores vivían al margen de la vida nacional, como era frecuente en sitios tan apartados, y dependían de la agricultura para abastecerse. Aparentemente llevaban una vida de austeridad religiosa. Fueron los primeros que visitaron a Teresa Urrea y dieron por sentada su santidad, ya que se inclinaban por la fe y por el fanatismo. Como tiradores eran ejemplares porque se habían endurecido en las luchas contra los apaches.

Teresa Urrea les dijo que debían evitar que los herejes se hicieran de las tierras. Proclamaba el *Gran Poder de Dios* y, lo mismo que el *Conselheiro* en Canudos, hablaba de que el gobierno era el enemigo porque representaba el *Mal*. Detalla José Valadés en su libro *Porfirio Díaz contra el gran poder de Dios* que el gobierno federal, informado por el gobernador de Sonora, Rafael Izábal, de que las decisiones de los tomochitecos se debían a la

influencia de Teresa Urrea, decidió detenerla. El gobernador Izábal solicitó el apoyo de las tropas de la Federación, por lo que el gobierno envió al 24.º Batallón, al mando del capitán Emilio Enríquez, que se encontraba en Navojoa. Era mayo de 1892 y la hacienda estaba llena de fanáticos teresistas. Aguirre se dio cuenta de que el enfrentamiento era inevitable, por lo que recomendó a la Santa que huyera a la sierra y que desde allí diera el grito de guerra. Aguirre contaba con que el descontento social iniciara un movimiento de grandes dimensiones, pero no fue así. En los primeros días de junio, los cincuenta soldados del batallón fueron derrotados por los fanáticos que se encontraban en torno a la hacienda. Teresa Urrea fue expulsada del país. Entretanto, los tomochitecos se preparaban para la guerra.

Dice Valadés que la Hacienda de Cabora pronto se convirtió en un centro conspiratorio, donde, además, Lauro Aguirre proveía a los rebeldes de armas. La intervención de Teresa Urrea en los hechos de *Tomóchic* no es, sin embargo, un hecho probado. Sólo lo es el hecho de que la Santa reprobaba al gobierno y que declaraba todo eso públicamente. Hablaba de restaurar la religión en México y con ello aseguraba que era responsabilidad del gobierno que esa religiosidad se hubiese perdido. Fue entonces cuando el gobernador Lauro Carrillo, en una visita que originalmente pretendía devolver la tranquilidad al levantado pueblo de Tomóchic, pretendió llevarse una imagen de la iglesia, lo que significó una ofensa imperdonable en aquellas circunstancias.

El primer enfrentamiento entre el gobierno y los tomochitecos manifiesta la desigualdad que posteriormente no hará sino acentuarse. El 110.º batallón estaba compuesto por doscientos hombres, al mando del general Bandala, mientras que los hombres de Cruz Chávez no eran más de cincuenta. Bajo el mando del coronel Lorenzo Torres, detrás, iban otros ochenta. Los

tomochitecos los derrotaron a todos. Sus gritos, los que Heriberto Frías recoge en éste y en los demás hechos de armas, se refieren al *Gran Poder de Dios* y a *Teresita*, una Santa queridísima, casi entrañable.

Sólo entonces el gobierno pudo comprender la gravedad de los hechos que ocurrían en Tomóchic. La paz ya era improbable, después de toda aquella acumulación de acontecimientos, y la determinación fue enviar tropas al mando del general José Rangel, quien sería una figura importantísima en el ataque y la destrucción de Tomóchic. El 2 de septiembre, en su primera batalla, Rangel fue derrotado. Lo atribuiría a la superioridad numérica de los tomochitecos (lo que era una falsedad) y lo que consiguió fue que éstos se replegaran al pueblo de Tomóchic, donde constituyeron una pequeña fortaleza.

Fiedrich Katz, en el prólogo al libro de Rubén Osorio, *Tomóchic en llamas*, se refiere a las circunstancias que hacen, de la masacre Tomóchic, un hecho insólito en la historia del país. Primero señala que los rebeldes al principio eran sólo treinta y cinco y que al final no pasaban de cien. Las sucesivas derrotas del ejército solamente podían explicarse exagerando la cantidad de los levantados y de sus recursos, pero en realidad siempre fueron un puñado de hombres que defendían su casa, sin salir de ella. Eso lleva a Katz a hablar de otro hecho significativo: los tomochitecos desaprovecharon el beneficio que suponía el conocimiento del terreno, y en lugar de hacer una guerra de guerrillas se encerraron en el pueblo, lo que hizo posible que fueran sitiados. Eso podría entenderse prácticamente como un suicidio. Otro hecho, éste sí, notorio, es el enorme éxito militar de los tomochitecos, que en la primera batalla lograron derrotar a cuatrocientos soldados (siendo ellos treinta y cinco, según Katz) y que, en la última, resistieron durante diez días a

mil doscientos. La Santa de Cabora constituye para Katz el tercer factor: el elemento religioso habría provocado el levantamiento, lo que suscita una serie de conjeturas y de conclusiones sumamente interesantes. Por último, Katz se refiere al carácter violento del ejército, al exterminio total del pueblo de Tomóchic.

En este punto es importante destacar que los tomochitecos, replegados en Tomóchic, reivindicaban una posición que era suya y legítima. El ejército fue al pueblo a destruirlos. Desplegó una serie impresionante de recursos para eliminar aquella rebelión incómoda.

En octubre de 1892, bajo el mando del general Rangel, fueron a Tomóchic novecientos hombres con la intención de acabar con los insurrectos, y otra vez fueron derrotados. El 21 de octubre Rangel volvió a intentarlo y fue sólo entonces, después de tres derrotas apabullantes, que comenzaron los éxitos militares del ejército.

La conducta de los tomoches en estas batallas finales está asentada en el prólogo de Katz, pero también la contó Frías en la novela. Los tomochitecos optaron por no moverse ni defenderse, lo que, entre otras cosas, puede deberse al hecho de que ya no tenían municiones. Dice Frías que el ejército disparaba el cañón sobre el pueblo sólo para divertir a Rangel. Además la tropa aprovechaba cualquier circunstancia favorable para dedicarse al saqueo y al bandalismo: poco a poco iban robando las provisiones de los tomoches y luego les quemaban las casas. Como estaban replegados y prácticamente encerrados en el pueblo, Tomóchic pronto se convirtió en una ratonera donde los tomochitecos se quedaron atrapados. La única posición estratégica que los tomochitecos todavía conservaban era la del cerro de la Cueva. Habían ido perdiendo su ventajosa situación inicial, entre otras

cosas porque no habían aprovechado el conocimiento que tenían de aquella tierra arisca, y ello se debía a que no habían querido ser nunca los atacantes: prefirieron actuar a la defensiva.

Insisto en recordar lo que, según Frías, ocurre debido a la necesidad de ir a buscar agua. Los tomochitecos tienen que llegar al río para beber y, cuando intentan hacerlo, los soldados los cazan sin compasión. Cuando la situación se mostró al revés, al principio del asedio, la imagen memorable es la de las astutas soldaderas que para recoger agua para los hombres de la tropa se acuestan formando una cruz en el suelo: los tomochitecos nunca las molestaron.

La toma del cerro de la Cueva constituye el episodio que, en la novela, es el más heroico de todos. Ochenta hombres, en línea de tiradores, trepan la montaña, con la amenaza de que les dispararán si retroceden. Al fin los tomochitecos se ven forzados a abandonar la posición. Esta derrota es definitiva y pronto ondea la bandera del gobierno en lo alto.

Es entonces cuando, según Frías, la situación de Cruz Chávez se torna desesperante. Los ochenta o noventa hombres que quedan (es difícil calcular la cantidad exacta) están encerrados en la iglesia y en la casa de Cruz Chávez quedan otros sesenta o setenta, todos ellos rodeados de cadáveres y sin provisiones ni agua. Rangel, ya se sabe, ha optado por llegar hasta los tomochitecos a través del incendio y poco a poco va cerrando el fuego en torno a ellos. No puede derrotarlos de otro modo, ya que los tomochitecos no se rinden. En un momento dado, algunos hombres quemados salen huyendo de la iglesia y logran alcanzar las milpas. Aunque les disparan, no logran alcanzarlos. Ellos serán los únicos sobrevivientes del pueblo.

Luego queda la casa de Cruz Chávez. El día 29 de octubre deciden incendiarla también. Entre los últimos hombres, todos moribundos, está Cruz Chávez, lo que permite el célebre episodio donde pide un cigarro y muere fumando, baleado a quemarropa y sin haber dicho ni una palabra más. Sobre la novela de Frías el aspecto que más me interesó fue la creación de esos personajes heroicos y remotos: la imagen de Cruz Chávez velado por el humo del cigarro contribuye a crear ese mito de los tomochitecos inasibles, distantes, incomprensibles, que luego hemos heredado a través de los historiadores que se han ocupado del acontecimiento.

Años después, el 18 de octubre de 1896, Lauro Aguirre publicó un artículo en *El Independiente*, de El Paso, Texas. Allí criticaba que la prensa hubiera atribuido a fanatismo el levantamiento de Tomóchic. Katz se refiere a la crisis del catolicismo en México para explicar el impacto de la Santa de Cabora y habla de los éxitos de los misioneros protestantes y de los proselitistas mormones. La proliferación de cultos era producto de la pérdida de poder de los católicos y podía explicar el hecho de que la palabra de la Santa fuera tan fuerte. El hecho es que el contenido social de sus discursos podría haber sido significativo y que sus llamados en favor de la justicia social pueden haber influido en los tomochitecos. Lo que al respecto dice Lauro Aguirre se resume en un fragmento del artículo referido antes.

(...) con una prensa, como la mexicana, obligada a aplaudir todo lo monstruoso; forzada a ver las cosas siempre por el lado que no hiera a los intereses bastardos e ilegítimos creados a la sombra de los despotismos, todo lo ocurrido en Tomochic fue visto

como los excesos de un fanatismo estúpido y como el resultado de la barbarie, y por lo cual los héroes tomochitecos fueron considerados como bárbaros fanáticos y lo hecho en ellos y demás pueblos como un correctivo necesario y ejemplar para matar el fanatismo y la barbarie.

Mas la conciencia humana, por más esfuerzos que se hagan por corromperla y ofuscarla, siempre percibe la luz que hay en ciertos hechos, y la luz percibida tiene más poder para irradiar y hacer percibir la justicia que hay en el fondo de las cosas, que todos los sofismas y todos los horrores que se emplean para que esa justicia no se perciba.

Hemos relatado con bastante extensión los acontecimientos de Tomóchic, así como las causas determinantes que produjeron esos acontecimientos.

Hemos dicho, también, que la señorita Urrea fue la heroína inocente de Tomóchic.⁹⁷

La situación en el norte de la República fue muy difícil después de los hechos de Tomóchic. La violencia con la que se había contenido el levantamiento y la crueldad de los procedimientos, forzosamente impactaron a las poblaciones cercanas. Hubo sublevados en las regiones próximas, que sólo podían explicarse al observar el descontento y la miseria. Los hechos de Tomóchic pueden entenderse como un antecedente de la Revolución de 1910 porque los motivos que determinaron este movimiento estaban presentes desde muchísimo tiempo antes.

⁹⁷ *Ibidem*, pp. 62-63.

Valadés se detiene en el levantamiento de Temosáchic porque fue el más significativo después de lo que pasó en Tomóchic. Los motivos de su inconformidad son semejantes a los del pueblo destruido, ya que sus tierras fueron señaladas como baldías y pasaron a ser propiedad de los terratenientes de Chihuahua. La Santa de Cabora, desde Nogales, inspiró, sin duda, una serie de movimientos posteriores (aunque su filiación con lo ocurrido en Tomóchic no sea segura) y les aconsejó a los habitantes de Temosachic que emprendieran la guerra. Otra vez quedó a cargo de Rangel y de Lorenzo Torres contener la rebelión. El jefe del movimiento de Temosachic era Simón Amaya, que fue derrotado después de varios días. Las tierras, dice Valadés, al fin pasaron a poder de los terratenientes.

De este modo puede observarse que la situación en el norte de la República en aquel momento era difícil, y que los motivos del levantamiento de Tomóchic pueden haber sido muchos. Teresa Urrea, desde los Estados Unidos, siguió estimulando la rebelión y canalizando la inconformidad de la gente, pero cuando se casó perdió parte de su autoridad y llegó el momento en que tampoco se creyó más en sus facultades curativas. En Clifton, Arizona, murió el 12 de febrero de 1906. Aguirre, entretanto, había destinado todos sus esfuerzos a derrocar el gobierno porfirista y en el llamado Plan de Temosachic estableció el 12 de julio de 1896 como la fecha en que debía estallar la rebelión en todo el país. Pretendía devolver las tierras a los campesinos que habían sido despojados y establecer la libertad de cultos con el propósito de que fuera reconocido el ascendiente de Teresa Urrea, quien encabezaría una nueva religión. El levantamiento que efectivamente comenzó aquel 12 de julio no tuvo ningún eco. Aguirre salió de la escena sin haber conseguido sus propósitos y aunque procuró que la memoria de los hombres de Tomóchic condujera a un descontento lo bastante fuerte como para que se

levantase el pueblo a nivel nacional, sus tentativas no produjeron frutos.

2. Os Sertões.

2.1. Euclides da Cunha. Semblanza.

Euclides Rodrigues Pimenta da Cunha, hijo de Manoel Rodrigues Pimenta da Cunha y de Euxodia Moreira da Cunha, nació en Santa Rita de Río Negro el 20 de enero de 1866 y murió asesinado por Dilermando de Assis el 15 de agosto de 1909 en Río de Janeiro. Fue ingeniero civil, autodidacta e investigador. Sus obras más importantes, entre las que destaca como la fundamental, *Os Sertões*, son *Contrastes y confrontos*, *A margem da História* y *Perú versus Bolivia*. La intención que revela el autor en su libro principal, de dejar para la historia un testimonio de lo ocurrido en Canudos, no anticipaba la importancia que iba a ganar el libro dentro de la literatura de su país.

La infancia de da Cunha fue casi nómada. En 1869, cuando Euclides tenía 3 años de edad y su hermana Adela uno, murió su madre de tuberculosis y los dos hermanos fueron enviados a casa de su tía Rosinda Gouveia, esposa de D. Urbano Gouveia, a Teresópolis. Urbano murió en 1870. Más tarde, en 1871, vivieron en la Hacienda de São Joaquim, en São Fidélis, con su tía Laura Garcez, que estaba casada con el Coronel Magalhães Garcez, importante jefe liberal de la región.

Euclides da Cunha inició sus estudios en 1875 en el excelente Colegio Caldeira, en São Fidélis, perteneciente a

Francisco José Caldeira da Silva. Después de un período muy corto en el Colegio Carneiro Ribeiro, de Bahía, los prosiguió en Río de Janeiro, en el Colegio Anglo-Brasileiro, en el Vitorio da Costa y en el Meneses Vieiria. Allí vivió con su tío, Antonio Pimenta da Cunha. En 1884, se transfirió al Colegio Aquino, donde fue alumno de Benjamín Constant.

Constant fue una influencia muy importante de da Cunha, en aquellos primeros años de formación. Da Cunha participó en actividades escolares, entre las que se cuenta su participación como escritor en el periódico *El Demócrata*, en el que defendió, en su primer artículo, la importancia fundamental del equilibrio ecológico. Es singular que este diario escolar lleve el mismo nombre que aquel en el que Frías publicó por primera vez *Tomóchic*. Esta es una entre muchas de las coincidencias que asemejarán las vidas de estos dos personajes, que nunca se conocieron. En cualquier caso, las preocupaciones de da Cunha en sus tiempos tempranos se manifiestan también en su obra maestra. Su interés por la naturaleza prevalecerá durante toda su vida y dará lugar a una serie de artículos y de libros, entre los que se cuenta *Os Sertões*. Todavía adolescente, en 1884 en el Aquino, da Cunha escribió poemas en un cuadernito que tituló *Ondas*.

Con 19 años, da Cunha se matriculó en la Escuela Politécnica. Era 1885. Sin embargo, igual que Heriberto Frías, debido a su falta de recursos económicos, tuvo que abandonar

estos estudios y proseguir en la Escuela Militar. Obtuvo en esta escuela el título de ingeniero. Está asentado que allí, en 1888, en protesta contra el régimen monárquico y durante la visita del ministro de guerra a la escuela (Tomás Coelho), da Cunha abandonó la formación de la tropa e intentó inútilmente quebrar su bayoneta, que tiró a los pies del ministro. Este acto de indisciplina provocó su expulsión del ejército y una condena a prisión, de la que fue liberado gracias al perdón de D. Pedro II. Se marchó entonces a São Paulo y publicó allí sus primeros artículos en el periódico "Provincia de São Paulo". Utilizaba el seudónimo de Prudhon (escritor francés, 1809-1865, que fue uno de los teóricos del socialismo, que proclamó que la propiedad privada era un robo y que era la revolución el único medio de que se lograra la igualdad de los individuos).

En 1889, de regreso en Río, da Cunha presentó exámenes en la Escuela Politécnica. El 15 de noviembre se proclamó la República y da Cunha fue reintegrado al Ejército y promovido a alumno-alférez.

Entre marzo y junio de 1890, da Cunha publicó artículos en el periódico "Democracia", de orientación republicana. En ellos indicaba que el país estaba dividido por intereses personales. Atacó la posición católica y los programas de la Facultad de Derecho, defendiendo el positivismo. En el libro *Conhecendo Euclides da Cunha*, Rodolpho José Del Guerra dice que causó

espanto al apelar a la providencia divina, al recordar el rostro de Cristo y al confesar ser partidario de Comte.⁹⁸ El 14 de abril del mismo año fue promovido a teniente 2o y fue en ese día en el que escribió una carta a su padre en la que le manifestaba su desencanto con los hombres de la República, incluido Benjamin Constant. Con ello se fracturaba una fe que durante mucho tiempo había sido fundamental para da Cunha.

Sin embargo da Cunha se casó con Ana Ribeiro, hija del Mayor Solon Ribeiro, quien había tenido un papel destacado en la proclamación de la República. De ese matrimonio nacieron tres hijos: Solon, Manoel Afonso y Euclides da Cunha Hijo.

En 1891 da Cunha concluyó sus estudios en la Escuela Superior de Guerra, de donde salió con un título de Bachiller en Matemáticas, Ciencias físicas y naturales. En enero fue promovido a teniente 1o. y desde el 29 de marzo hasta el 6 de julio escribió para el periódico *O Estado de São Paulo*. En julio fue nombrado asistente de enseñanza técnica en la escuela militar de Praia Vermelha.

En 1893, el presidente Mariscal Floriano Peixoto mandó llamar a da Cunha y le ofreció cargos y posiciones. Sin embargo en septiembre, en la revuelta de la Armada, el presidente fue despojado de su cargo.

⁹⁸ Rodolpho José Del Guerra, *Conhecendo Euclides da Cunha. Ano 100 (1898-1998)*, Coleção Municipal, vol. II, 1998, São José do Rio Pardo.

En 1894 se implantó en Brasil un régimen dictatorial, en el que se suspendieron todas las garantías y la intervención de los estados. Da Cunha fue transferido a la pequeña ciudad de Campanha, para dirigir la construcción de un cuartel, por apelar en favor de un tratamiento justo a los vencidos de una revuelta armada. Allí se refugió en los libros. Entre sus lecturas de ese período destaca la *Teoría del Socialismo*, de Oliveira Martins.

En 1896, cuando comenzaba la guerra de Canudos, da Cunha abandonó definitivamente el Ejército e inició una nueva vida profesional como ingeniero civil. El 18 de septiembre fue contratado en la Superintendencia de Obras Públicas del Estado de São Paulo, como ingeniero-ayudante de 1a. clase.

El 7 de marzo de 1897, los periódicos comentaron la muerte del coronel Moreira César y el caos que habían sembrado los fanáticos del Consejero entre los 1500 soldados, luchando contra la República. Da Cunha intervino en el debate sobre la cuestión de Canudos con dos artículos publicados en *O Estado de São Paulo*. En los artículos, comparó Vendée, la región francesa de Bretaña, con los sertones de Bahía, los terrenos estériles, con las regiones áridas, el chouan con el yagunzo, resaltando que comulgaban en el mismo objetivo: luchar contra la República y restaurar la Monarquía. (Estos rasgos semejantes entre su país y Francia habían sido advertidos por Frías, quien en principio escribió *Tomóchic* inspirándose en *La Débâcle*, de Zola). A raíz de

esto, fue invitado por Júlio Mesquita a ir a Bahía como enviado especial de un periódico local para cubrir la fase final de la guerra de Canudos. Da Cunha tomó licencia en la Superintendencia el 10. de agosto y se fue a Canudos, pueblito creado en 1893, en el sertón de Bahía, que hoy está sumergido, cubierto por las aguas de la represa de Cocorobó. Vio la lucha desigual, la muerte de amigos, el valor de los yagunzos. Estuvo en el final de la guerra, el 5 de octubre. En enero de 1902, desde Lorena, escribió a Francisco de Escobar, según señala del Guerra: "...Seré un vengador y habré desempeñado un alto papel en la vida -el de abogado de los pobres sertaneros asesinados por una sociedad apática y sanguinaria".⁹⁹

El 18 de enero de 1898, *O Estado de São Paulo* publicó un artículo de da Cunha. En él, el autor reunía una serie de fragmentos de *Os Sertões*, libro todavía inédito. Sin embargo el 23 de enero de 1898, en la madrugada, se vino abajo el puente metálico de San José del Río Pardo, que había estado a cargo de la Superintendencia de Obras. Aunque da Cunha estaba de licencia, se sintió responsable y pidió a su superior que lo dejase reconstruir el puente. El 14 de marzo, la familia de da Cunha ya estaba reunida en San José. Allí da Cunha se entregó a su trabajo como ingeniero y aparentemente al principio no dedicó mucho tiempo a su libro ya que sufrió una serie de complicaciones que le impidieron trabajar (entre otras, que el barrio en el que

⁹⁹ *Ibidem*, p. 8.

vivió primero era muy escandaloso). Sin embargo fue allí donde concluyó su libro, en una pequeña cabaña, construida bajo un árbol frondoso, junto al puente que estaba reconstruyendo. El puente se terminó el 30 de mayo.

Se dice que en mayo de 1900, el libro *Os Sertões* estaba terminado y había sido copiado, en letra legible, por el comerciante, calígrafo y copista, José Augusto Pereira Pimenta. En julio de 1900, se terminaron los trabajos en el puente.

En 1902 da Cunha fijó su residencia en Lorena. Allí recibió, de la Editora Laemmert las primeras páginas impresas de *Os Sertões*. Da Cunha financió esta primera edición, que en principio fue de 1000 ejemplares (hay quien dice que fue de 2000). Los libros salieron a la luz en diciembre y se agotaron en 60 días. La respuesta de la crítica literaria fue elogiosa. Se lanzaron nuevas ediciones en 1903, 1904 (a la que Euclides considera la edición definitiva), 1911, 1914, 1923, 1924, 1925, 1927, y 1929. De la 6a. a la 11a. edición, los libros fueron impresos en París. En 1929, el libro volvió a ser impreso en Brasil, por la Librería Francisco Alves, y así hasta la 27a. edición, en 1968, revisada cuidadosamente por Fernando Nery, con títulos y subtítulos al margen. El libro pasó al dominio público y ahora es publicado por muchas casas editoras, en más de diez idiomas.

En 1903, da Cunha fue nombrado miembro de la Academia Brasileña de las Letras, y jefe de la Comissão de Reconhecimento

do Alto Purus. Partió en diciembre para la Amazonia, considerando la posibilidad de escribir un libro sobre la región. El libro, que no llegará a terminar, se titulaba *Um Paraíso Perdido*.

En 1906, da Cunha volvió a Río de Janeiro para trabajar en el Ministerio del Exterior como cartógrafo y asistente. Allí publicó *Contrastes e Confrontos y Perus versus Bolívia*, en 1907. Hizo prólogos de dos libros y revisó el suyo: *À Margem da História* (estudios sobre la Amazonia) que se publicaría después de su muerte, en septiembre de 1909.

En mayo, da Cunha se presentó al concurso de Lógica del Colegio Pedro II. Fue nombrado profesor el 14 de julio. Allí dio clases hasta el 13 de agosto, ya que el 15 fue asesinado por Dilermando de Assis. Se cerraba así, trágicamente, una historia que había comenzado en 1904: da Cunha había viajado a la Amazonia en diciembre de aquel año, al servicio del Ministerio de Relaciones Exteriores, para marcar los límites entre Brasil y Perú y durante su ausencia, de un año, su esposa Ana Emilia, de 30 años, había conocido a un muchacho de 17, Dilermando de Assis, cadete de la Escuela Militar. Dilermando era cuatro años mayor que Solon, el primogénito de la pareja da Cunha. El 10. de enero de 1906, Euclides desembarcó en Río y su esposa estaba embarazada. El niño, llamado Mauro, fue registrado como hijo de da Cunha, pero vivió sólo siete días. En 1907 Ana volvió a embarazarse y en noviembre nació Luis, a quien Euclides da Cunha

registró también como propio, pese a que sus características físicas eran evidentemente distintas a las de sus otros hijos. Durante aquellos años Dilermando viajó mucho, sin embargo en 1908 se estableció en Río. El 14 de agosto Ana Emilia abandonó a da Cunha y se fue a vivir con Dilermando. A la mañana siguiente, en un día lluvioso, Euclides da Cunha fue a casa de Dilermando. Fue recibido por el hermano, a quien da Cunha disparó e hirió. Luego disparó sobre Dilermando, que estaba en la habitación, y lo hirió en el pecho, pero aún así este pudo disparar sobre da Cunha, quien murió enseguida. El 5 de mayo de 1911 Dilermando fue absuelto. Se casó con Ana siete días después, el 12 de mayo. La abandonó en 1926, dejándola con cinco hijos.



La única fotografía de Antônio Conselheiro, hecha por Flávio de Barros en Canudos, el 6 de octubre de 1897.

2.2. *Os Sertões*, de Euclides da Cunha.

Pero la lógica de los elegidos del Buen Jesús no era la de esta tierra. La guerra que ellos libraban era sólo en apariencia la del mundo exterior, la de uniformados contra andrajosos, la del litoral contra el interior, la del nuevo Brasil contra el Brasil tradicional. Todos los yagunzos eran conscientes de ser sólo fantoches de una guerra profunda, intemporal y eterna, la del bien y del mal, que se venía librando desde el principio del tiempo.¹⁰⁰

¹⁰⁰ Mario Vargas Llosa, *La guerra del fin del mundo*, Barcelona, Editorial Seix Barral (Biblioteca Breve, 478), 1981, p. 114.

La naturaleza de la obra de da Cunha es muy ambigua, de estilo exuberante, erudito y extraño. Su estructura es poco usual. Fue considerada "la primera obra escrita por un pueblo entero", según la evaluación exclamativa de Samuel Putman, quien tradujo *Os Sertões* al inglés. En un país con poco más de 17 millones de habitantes, con el 64% de la población viviendo en el campo (Brasil era líder mundial de la producción de café) el libro tuvo un carácter aglutinador que captó la situación del país en aquel momento. Gerardo de Mello Mourão, periodista y escritor, dijo que "No es casual que el gran libro de Euclides naciera de un reportaje en que el autor se remite a sus propios conceptos y prejuicios para nombrar las cosas, los lugares, las personas y la relación entre estos tres elementos". El reportaje capturó la esencia de la problemática presente y se constituyó como un punto de partida para toda la literatura brasileña posterior.

-La nota preliminar.

Comienza con una nota preliminar del autor, en la que aclara que el primer destino de la obra era referir la campaña de Canudos. Aparentemente pretendía hacer historia, o contar lo que pasó en Canudos para la historia, pero después adquirió otro carácter sin perder por el camino este contenido profundamente detallista y cuidadoso que hace de la obra una crónica puntillosa e inteligente. El autor dice que al escribir *Os Sertões* procuró dibujar los rasgos más expresivos de la gente y de su zona. Su intención era dejar ese análisis para la historia, porque creía que esta realidad rural iba a desaparecer a merced de una civilización que se mostraba cada vez más exigente. De este modo, da Cunha se propone denunciar las atrocidades que ocurrieron en Canudos y muestra ya desde este primer fragmento las

orientaciones de Hipólito Taine: su intención es partir de un proyecto de literatura científica para mostrar lo que ha visto, con todas sus contradicciones. Dice Vivianne Milward¹⁰¹ que busca una literatura que, como el discurso científico, se propone sustituir a la experiencia. El discurso de da Cunha está inspirado en Taine y en la idea de que tanto la literatura como la ciencia buscan la verdad. Roberto Ventura¹⁰² dice que, para el historiador francés, un narrador sincero debería ser capaz de sentir como un bárbaro entre bárbaros. Da Cunha partió a Canudos con prejuicios (en sus artículos previos, titulados *A Nossa Vendéia*, se mostró como un defensor del moderno régimen liberal) y resultó conmovido por los hechos. En ese sentido cumple con lo que dice Taine. Por otro lado, señala también Ventura que en su *Historia de la Literatura Inglesa* (1863), Taine muestra una concepción naturalista de la historia, determinada a través de tres factores: el medio, la raza y el momento. Ventura dice que las tres partes en que está dividida *Os Sertões* corresponden a los factores de Taine.

Con esto el autor comienza el libro dando un lugar muy significativo a las necesidades del progreso, a sus sacrificios, al advenimiento de una corriente civilizatoria que prometía intervenir en los espacios más originales del país, donde hasta entonces se definían de alguna manera sus rasgos más propios. Así refiere una forma de vida que corre velozmente hacia su extinción o que, si no es así, está seriamente amenazada, y de eso da fe desde el principio. El autor quiere dejar un testimonio, para los futuros historiadores, de una realidad que ya es inestable. En este sentido la obra es un trabajo serio de observación y de

¹⁰¹ Milward Azebedo, Vivianne. *A viagem narrativa de Os Sertões: o desgastar de um corpo*. Doctoranda de la Facultad de Letras de UFF / Río de Janeiro.

¹⁰² Roberto Ventura. *Canudos como Cidade iletrada: Euclides da Cunha na Urbs Monstruosa*. Profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada en la Universidade de São Paulo.

<http://www.berrante.hoteldaweb.com/textos/critica/ventura.htm>

análisis de las condiciones de vida en esta región, y logra describir, hasta los detalles más insignificantes, un segundo Brasil.

Pero tal vez el que es el motivo de más peso para la obra y que se refiere en esta nota preliminar, es que el autor pretende asentar una denuncia. El exterminio de Canudos es un crimen cometido por la civilización para abrirse paso en una tierra plural, donde el retraso con respecto a otras naciones progresistas dejaba en una situación de debilidad y desamparo a un sector muy grande del Brasil. Las realidades de los países latinoamericanos, aún hoy, son de tremendas desigualdades; de contrastes, de vidas precarias y marginales frente a algunas minorías escasas y afortunadas que ejercen el papel de la modernidad. Éste era el caso de Canudos, cuando la idea de Brasil comenzaba a elaborarse con esfuerzo y, bajo los modelos de los países europeos y de nociones importadas, se pretendía construir un país moderno de un día para otro. Los sertones, como otras muchas regiones de Brasil y de Latinoamérica, llegaron a constituir una molestia, a parecer responsables del atraso que no podía no estar en un país prácticamente nuevo y que comenzaba apenas a sumergirse en una vertiginosa carrera en la que Europa llevaba ya una ventaja de varios cientos de años. La realidad latinoamericana, en muchos momentos de su historia, muestra la irreflexiva adopción de ideas, de modos de actuar y de costumbres que no le corresponden. En este sentido, lo que pasó en Canudos no es inexplicable ni inesperado.

(...) los grupos intelectuales que participaron en la independencia adoptaron las ideas del liberalismo francés, inglés y norteamericano y se propusieron establecer en nuestras tierras repúblicas democráticas. Ahora bien, esas ideas democráticas no habían sido

pensadas para la realidad hispanoamericana ni habían sido adaptadas a las necesidades y tradiciones de nuestros pueblos. Así comenzó el reinado de la inautenticidad y la mentira: fachadas democráticas modernas y, tras ellas, realidades arcaicas. La historia se volvió un baile de máscaras.¹⁰³

Esta noción del baile de máscaras de Octavio Paz, entendida como la imitación irreflexiva de opciones ajenas y poco eficientes, explicaría el atraso en nuestros países y la incompetencia de nuestros gobiernos para enfrentar problemas particulares. En este sentido habla da Cunha de los enviados a contener la revuelta de Canudos como *mercenarios inconscientes*. Como Frías, en *Tomóchic*, da Cunha indica la ausencia de un verdadero conocimiento, por parte de los soldados, de lo que van a hacer, ya que ese conocimiento es un patrimonio exclusivo de los gobernantes. El enfrentamiento se da entre compatriotas que aunque comparten la misma tierra, son casi desconocidos: es que la realidad nacional es múltiple y resulta difícil pensar en el otro como un semejante, aunque lo sea.

Los dos Brasiles son igualmente brasileños, pero varios siglos los separan... Durante el largo período de aislamiento colonial, se formó una cultura brasileña arcaica, cultura que en su aislamiento conserva la misma estabilidad que aún retienen las culturas indígenas de Asia y el Cercano Oriente: Los brasileños están divididos en dos sistemas de organización económica-social, tan diferentes en sus métodos como en su nivel de vida... no sólo en los estados del

¹⁰³ Sergio Marras, "América en plural y singular". I. El baile de los enmascarados". Entrevista a Octavio Paz, parte del libro *América Latina*. Marca registrada. En *Vuelta*, Año XVII (Núm. 194), enero de 1993, p. 12.

Nordeste..., sino también en las áreas rurales próximas (São Paulo), la estructura en sociedades cerradas las hace difícilmente penetrables por las circunstancias externas... La economía dual y la estructura social dual que la acompaña no son nuevas ni características de Brasil, pues existen en todos los países desigualmente desarrollados.¹⁰⁴

Brasil es una nación inmensa y, lejos de las ciudades, muchos pueblos perdidos para la causa del progreso no tenían nada que ver con el nuevo país que se esforzaba por nacer. En este panorama el diálogo era cosa difícil. Un discurso hacía por imponerse sobre una forma de vida, y la nación quería construirse cerrando los ojos a toda realidad incómoda que pudiese desencantar las nuevas aspiraciones. El tiempo, dice da Cunha, era la distancia que separaba a aquellos dos mundos. La carga abrumadora del tiempo, creía él, era la que llevaba inevitablemente a los países hacia adelante, hacia un horizonte que habían trazado los hombres del siglo XVIII, y el crimen - llamado así por da Cunha - iba a ser el recurso para desembarazarse de los pesos molestos y alcanzar el paraíso prometido.

Dice da Cunha que procuró ser un narrador sincero.

-El sertón.

El libro está estructurado en ocho partes entre las que las dos primeras se destinan a la descripción cuidadosa de la tierra y del hombre de los sertones. El resto de la obra describe la lucha y las expediciones sucesivas que al fin terminaron con la

¹⁰⁴ Jacques Lambert, *Os dois Brasís*, Rio de Janeiro, Ministerio de Educação e Cultura, 1961, pp. 105-110 S.F. Citado en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, de André Gunder Frank, pp. 219-220.

rebelión de Antonio Conselheiro. Cierra el libro un glosario que reúne la explicación de los brasileñismos.

Los preliminares del primer capítulo, *La Tierra*, muestran aquella razón que dificultaba la clasificación de la obra. Aunque posteriormente la aparición de los personajes y la profunda definición de las circunstancias hace de la historia una materia vívida que guarda una estrecha relación con el género novelístico, en principio el libro se presenta como un cuidadoso tratado sobre la morfogenia de la región. Su minuciosidad y la precisión con que describe el paisaje en que se desenvolverá la escena realmente logra conformar, en la imaginación del lector, el panorama en que han crecido sus héroes anónimos. La aridez, el calor, la pobreza, el desamparo, comienzan en esta tierra pobre que da de sí tan a regañadientes que lleva a los hombres a vivir de una lucha sin descanso.

Pero los adjetivos también son magníficos. El océano que ronda el Brasil es arrogante, las cumbres erizan las sierras y las corroen de angras, el paraje de campos gerais es hermosísimo y allí campea la sociedad dura de los vaqueros. El genial novelista se delata desde un principio y mientras el lector se hace del espacio, el espacio se va haciendo de él lentamente, hasta que el sertón lo domina. En el sertón crecen esos hombres fuertes y miserables que para su país serán, como los tomochitecos en México, una interrogante insalvable. Pero, dice da Cunha, para entender a esos hombres, primero hay que entender el sertón.

Llega el escritor al sertón. Está sobre una meseta del macizo occidental, entre el río San Francisco y el Itapicurú-assú, en Bahía. "*Ali reina a drenagem caótica das torrentes,*

imprimindo naquele recanto da Bahia facies excepcional e selvagem".¹⁰⁵

Dice el autor que es tierra ignota, de donde no hay noticias detalladas. Es un espacio extraño que dista menos de cuarenta leguas de la antigua metrópoli, pero que ha quedado aislado a pesar de eso. Las expediciones -llamadas *bandeiras*- que penetraban en el sertón brasileño en busca de indios, de minas de plata y de esmeraldas, no encontraron líneas de acceso a la zona. De modo que la región permaneció prácticamente inabordable.

Y allí el litoral desbordante es una ilusión que se desvanece nada más pasar Cassamary. Entonces la vegetación que es propia y característica del lugar se presenta para dar su fisonomía a la tierra de los hombres de Antonio Conselheiro. Ya no hay selva y son los arbustos tortuosos los que plagan el panorama. Da Cunha llama a los terrenos, *esterilizadores*, a las cuestas, *quebradas*, al *esqueleto despedazado de las montañas*, *pirámides deformes*. El paisaje ya no se hace de la dulzura húmeda de la planta verde y redondeada: todo se vuelve abrupto, cortante, seco, arisco, desolado; tierra que ni las expediciones ni la civilización han podido modificar, ya que el que da Cunha describe como un paisaje siniestro, no llama a ser traspasado: Es prácticamente un desierto.

Monte-Santo es el destino de la detallada descripción del autor. Allí es donde se concentrarán los hombres de Antonio Conselheiro y allí es el enfrentamiento que culminará en una masacre. Aunque hay pequeños bosques, el relato de da Cunha refiere paisajes cada vez más áridos y agrestes, donde hasta a los arbustos les es difícil arraigarse. El sertón se va dibujando

¹⁰⁵ Euclides da Cunha, *Os sertões*. Edição crítica de Walnice Nogueira Galvão. São Paulo, Ed. Brasiliense, 1985. p. 96. Me he servido de esta excelente edición crítica. Sin embargo, pensando en el lector hispanohablante, opto en lo sucesivo por citar el texto de la traducción al español de Benjamín de Garay, *Los sertones*. Madrid, Editorial Fundamentos, 1981, como en este caso: "Reina allí el drenaje caótico de los torrentes, imprimiendo a aquel rincón de Bahía un aspecto excepcional y salvaje" (p. 15).

con lentitud, como un terreno hostil y desagradable, cuyo horizonte es tristemente repetitivo y cuyos parajes son todos estériles. El viaje es penoso y, a pesar de eso, aparecen eventualmente oasis inesperados y hermosos que son apenas un resquicio dentro del inmenso desamparo.

Dice da Cunha que el viajero tiene la sensación de que no se mueve. El paisaje monótono es abrumador, pero en un momento cambia y entonces se yergue la sierra de Monte-Santo.

Monte-Santo es el producto de climas extremos que sacan al paisaje cristalinas, cuarcitas y calizas porque la flora es incapaz de resistir. Los dos adjetivos que escoge da Cunha para hablar del panorama son *impresionante* y *atormentado*. Evidentemente el poder de la adusta, de la imponente y cortante montaña, impacta a la vez que atormenta. Se vuelve un paisaje asombroso para los ojos, y que en la práctica es imposible de sobrevivir, tremendamente abrumador porque se nos escapa de las manos. Habla da Cunha del martirio de la tierra, de los ríos efímeros, del estrangulamiento de las gargantas, de la sequedad del aire. Y luego, de la lluvia. A los veranos recalcitrantes los siguen inviernos de grandes tormentas, de modo que la región oscila entre sus dos únicas estaciones.

Da Cunha habla de las aristas de la piedra, de las *ipueiras* pantanosas -que son lagunas muertas-, de los cerros fracturados. Los caminos y el paisaje se hacen de accidentes.

Y por más inexperto que sea el observador, al abandonar las perspectivas majestuosas que se desdoblaron hacia el sur, trocándolas por los panoramas emocionantes de aquella naturaleza torturada, tiene la impresión persistente de pisar el fondo recién sublevado de un extinto mar, que aún tiene estereotipado en aquellas

capas rígidas la agitación de las ondas y las vorágines...¹⁰⁶

Especula da Cunha sobre el origen de tan extraño desierto.

Una parte de América habría estado sumergida por un inmenso océano cretáceo que unía el Océano Pacífico con el Atlántico. Se habrían elevado los Andes en la época terciaria y la tierra se habría asomado hasta integrar, muy lentamente, la América. Pero la parte correspondiente a la extremidad septentrional de Bahía habría permanecido sumergida y las corrientes habrían derruido estas tierras hasta sacarlas a la luz, convertidas en un gran desierto, casi sin vida. Y sin embargo, dice da Cunha, allí también la vida lucha por abrirse paso. Una flora resistente hace por dominar el paraje y sufre el terrible azote del sol y de las aguas. Por eso el paisaje produce una *impresión dolorosa*.

Desde Monte-Santo se ven las cadenas de las sierras Grande y de Atanasio, que luego se reúnen en la de Acarú. Después se enlazan a las Caraíbas y de Lopes y más adelante se identifican Coxomongó y Calumbí. Todas ellas siguen luego una curva al sur por un cerro, el de Favela, y rodean una gran llanura donde está el pueblo de Canudos.

El río Vasa Barris, que no posee afluentes, tiene una existencia efímera que depende de la estaciones de lluvia. De este modo, la naturaleza en su conjunto se dispone en desorden y el paisaje se corresponde con el régimen de vida brutal que exige a los que lo habitan. Sólo desde un punto el mismo panorama parece aligerarse y su majestuosidad le da buena cara. Dice da Cunha que desde la Favela la perspectiva es muy distinta y puede explicarse el hecho de que los lugareños pensaran que habitaban el cielo.

¹⁰⁶ Euclides da Cunha, *Los sertones*, Trad. Benjamín de Garay, Madrid, Editorial Fundamentos, 1981, p. 21.

El clima es áspero y por ello esos parajes son hostiles. El termómetro llega a oscilar entre los 35 grados a la sombra durante el día y el frío de noches invernales. El desequilibrio aumenta conforme avanza el verano.

Cuenta da Cunha la suerte de un soldado muerto durante el asalto del 18 de julio. Expuesto al sol ardiente, se momificó sin casi trastornar sus rasgos fisonómicos. Esto indica la sequedad que hay en el aire.

Precisamente es la seca la amenaza de los lugareños. Aparece entre dos fechas fijadas: el 12 de diciembre y el 19 de marzo. La situación se torna cruel en la región y se esperan con ansiedad mejores estaciones, que llegarán por sorpresa.

Las caatingas son montes bajos, cuya vegetación se hace de arbustos de hojas caducas y espinosas. Las veredas sertaneras son agresivas, llenas de ramas secas y retorcidas que interrumpen el paso. El sol es el enemigo de la vegetación, que hace por esconderse. Ése es el caso de los cajuiles enanos, que son árboles que miden poco más de un metro en la superficie pero que por debajo de la tierra tejen infinitas raíces que luchan por aprovechar toda el agua que sea posible. El árbol, en realidad, vive sumergido. De hecho toda la vegetación lucha igual de atormentada, abrasándose durante el verano y reforzándose en las estaciones más favorables. Es la catanduva un monte rastrero, áspero, enfermo. Pero luego llega la tormenta y entonces la situación cambia. Resurge la flora y desaparece el desierto debajo del chaparrón.

El árbol sagrado del sertón es el umbuzeiro. Es el más significativo ejemplo de adaptación de la flora sertanera. Este árbol alimenta y apaga la sed de los lugareños, y sus frutos, flores y hojas son un manjar para el ganado. Y otra planta, la jurema, da un fruto que es la base para preparar una bebida cuyos efectos son semejantes a los del hachich. Provoca alucinaciones

intensas y restaura a los sertaneros de las jornadas agotadoras. De este modo en tiempos de lluvia la tierra renace y con ella revive la flora. El paisaje cambia y el adjetivo que encuentra da Cunha para describirlo es *feliz*.

Porque el sertón se convierte en un paraíso. Durante varios meses la vegetación se vuelve rica y ése es el respiro para los sertaneros. Luego el clima cambia otra vez y la sequía marchita el panorama. En esta oscilación del paisaje prima ése que es torturado y espinoso porque al paréntesis benéfico siempre lo han de suceder tiempos muy malos que son una constante amenaza. Así, el panorama benefactor se resuelve en la descripción de da Cunha en dos líneas: en realidad no tiene demasiada significación para la vida de los camperos.

Puede ocurrir que la sequía se prolongue demasiado, entonces la situación obliga el éxodo de los hombres del sertón; pero cuando está dentro de ciertos límites soportables, los camperos luchan y el combate es feroz. Eso hasta que vuelve la lluvia y con la lluvia la fertilidad. De un clima a otro, de una vida a otra, los sertaneros hacen por sobrevivir el juego de la naturaleza.

El hombre también sería responsable de que existan los desiertos. Da Cunha lo señala como otro agente geológico cuando quema las selvas para cultivar. La esterilidad también es culpa suya y, concretamente en los sertones, si no fue él quien creó el desierto, al menos lo agravó. Luego llegó el tiempo de vivirlo.

Especula da Cunha sobre la posibilidad de revertir el proceso y devolver a las tierras desérticas su fertilidad. Dice que los romanos lo consiguieron dando más agua a la tierra y que algo debe poder hacerse por esta región sertanera, tan dura de trabajar y de vivir. Allí es donde la tragedia de Antonio Conselheiro cobró sus víctimas, pero para contar una situación tan cruenta, tan desgraciada, da Cunha no escoge ni a los

personajes ni la situación política para comenzar. Primero habla de ese semidesierto donde hombres muy duros, hechos a sí mismos por la fuerza, luchan por sobrevivir entre las piedras de un paisaje anguloso y hostil. Los primeros elementos de la historia no son ni las circunstancias del ataque ni la vida de Antonio Conselheiro. Los primeros personajes son las caatingas y los capões, la catanduva y el clima.

El martirio del hombre allí, es el reflejo de una tortura mayor, más amplia, que abarca la economía general de la vida.

Nace del martirio secular de la tierra...¹⁰⁷

La descripción que realiza el autor sobre la zona sertanera es muy minuciosa y está llena de adjetivos. Probablemente aquello que de más seductor tiene el libro de da Cunha es el paisaje. El paisaje de la región parece anticipar la ferocidad y la furia de los personajes, y no sólo sirve para pintar el distanciamiento que habría necesariamente con respecto al centro de Brasil. El cajuil enano, por ejemplo, es terrible en su desesperada lucha por sobrevivir, y el encanto de la jurema proviene tal vez de esa posibilidad de narcotizar que puede sustraer a los condenados de su realidad. Roberto Ventura¹⁰⁸ se refiere a las tentativas de da Cunha de captar el sertón. Dice que el sertón, como la selva amazónica, es un objeto de mutación constante y que la naturaleza está amenazada por la civilización, que degrada el paisaje. Los críticos y lectores de *Os Sertões* se quedan deslumbrados ante la belleza del sertón. En el entorno está la sustancia poética de la historia de Canudos.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 54.

¹⁰⁸ Roberto Ventura, "Selva e sertão em Euclides da Cunha". 7 de enero de 2001. Casa de Cultura Euclides da Cunha.

<http://www.casaeuclidiana.org.br/texto/ler.asp?Id=35&Secao=111>.

Pero da Cunha quiere hablar de Brasil y para ello es preciso también hablar del mestizaje.

-El hombre de los sertones.

Tres elementos étnicos son las tres ramas originales del brasileño. Primero los que da Cunha llama *selváticos* corresponden a las razas autóctonas de la tierra, la raíz más antigua, los indoguaraníes. Enseguida el negro bantú o cafre pertenece a la rama africana. Por último está el portugués. El brasileño resulta de la compleja combinación de tres tipos humanos muy distintos, cuyas tradiciones prácticamente no tienen puntos comunes. La América toda es manifestación de estos resúmenes de diversidad.

Y dice da Cunha que en realidad los brasileños no tienen unidad de raza. La diversidad se ha resuelto en muchos tipos étnicos que probablemente se resumirán en una sola raza en el futuro. Entretanto, el destino del Brasil es la civilización, y para hablar de esa civilización necesaria o, al menos, obligada, es preciso hablar de historia. Otra vez, para da Cunha, hablar de historia exige hablar del medio físico y del clima.

Dice da Cunha que el clima explica la situación geográfica. En Brasil, el clima no se ajusta a un régimen uniforme y hay tres zonas claras: una tropical que abarca los estados del norte y cuya temperatura media es de 26 grados; una templada, de San Pablo hasta Río Grande, que oscila entre los 15 grados y los veinte, y una subtropical, desde Minas a Paraná. A ello hay que sumar la orografía brasileña, que también afecta el clima.

Los hombres que crecen en estos tres tipos de climas son distintos entre ellos. El calor húmedo de la región amazónica, dice da Cunha, consume y hace cuerpos raquíuticos que destinan su energía a la actividad irrefrenable de los sentidos. El autor llega al extremo de decir que la consecuencia de esta adaptación

es una máxima de energía orgánica y un mínimo de fortaleza moral. Cosa distinta, prosigue, es la que ocurre en las zonas del centro y del sur del Brasil. Dice por ejemplo que en los sertones septentrionales el calor seco tiene una acción estimulante más benéfica. Y el sur presenta condiciones aun superiores. La estabilidad de las lluvias favorece los cultivos, el clima es hospitalario y la vida es placentera.

El clima se reflejaría en la historia del país. En el período colonial, con el territorio repartido en feudos, la nación se separó en norte y sur. Cada una, por su lado, llevó adelante una historia aparte, de modo que mientras el sur se vigorizaba recubierto de un propósito progresista, el norte se esparcía, incoherente. Eran dos partes de una misma tierra desvinculada. Luego, en el siglo XVII, el contraste se acentúa. La energía sigue impulsando a los hombres del sur detrás de nuevos horizontes mientras el norte se retrae. La naturaleza le impone barreras que le impiden el paso, que le tapan las salidas, sepultándolo en un paraje inaccesible. Están oprimidos por el entorno y pierden el aplomo y el espíritu de rebelión.

El yagunzo es el lugareño del noroeste y, más específicamente, es el vocablo que designa a los hombres rebeldes de Canudos. Canudos es el poblado donde se refugiaron los fanáticos de Antonio Conselheiro en 1897. La palabra se refiere a los turbulentos, a los valentones. Connota de alguna manera todos los sentidos que le sobrevinieron cuando la circunstancia histórica forzó a los hombres de los sertones a cierta forma de la heroicidad. Ya está dicho que las poblaciones del norte y del sur son distintas. En el norte, concretamente, la extinción del indígena parece haberse efectuado debido a los cruzamientos y no al exterminio. La primera mestización se produjo entre el europeo y el selvático. En contacto con el aborigen, también estaba la Compañía de Jesús.

En la región del Río San Francisco surgió una nueva población. La vía de acceso de los exploradores era este río, que fungía como unificador entre las sociedades del sur y del norte. Se constituyó una gran zona ganadera que creció fuerte pero oculta, olvidada por la metrópoli que, demasiado distante de estos territorios, no tenía interés por ellos. Ni siquiera los impuestos conectaban a estos hombres con sus gobernadores y virreyes. Luego, debido a diversas migraciones, numerosas familias de São Paulo organizaron una colonia que pronto estaría casi exclusivamente habitada por ellos.

La raza de mestizos que se constituyó en torno al Río San Francisco era la misma que también ocupó el sur. Pero en el sur esa raza decaería mientras que en el norte conservaría todos sus rasgos originales. Estos rasgos eran, en los hombres, el carácter aventurero y varonil, apunta da Cunha, seguramente adelantando la capacidad de heroísmo que mostrarían después.

Pero lo cierto es que aquellos primeros sertanistas tampoco constituirían el último ni el definitivo mestizaje. Más tarde se amalgamarían en los nuevos sertaneros, la vocación aventurera del colono paulista y la impulsividad del indígena. De este modo explica el autor las raíces del carácter y de la fortaleza de los sertaneros de finales del siglo XIX.

Evidentemente da Cunha apunta la importancia que el medio ejerció sobre esta raza inicial. Las peculiaridades del carácter se definirían en virtud de aquella tierra hostil que pedía tanto esfuerzo para sobrevivirse. El aislamiento, el prevalecimiento de las antiguas costumbres, el apego a las tradiciones y a la religión, el exagerado valor del honor, todo ello contribuiría a conformar una personalidad singular, en una raza fuerte y antigua.

El sertanero resultó así de una conjunción de los hombres que venían de otras partes del país, pero que en esta región se

caracterizaron de una forma muy particular. Se expandieron por Goiás, Piauí, Maranhão, Ceará y Pernambuco, y allí conformaron un grupo uniforme y bien definido que crearía las antiguas fazendas de ganado -establecimientos rurales-. Así, dice da Cunha, se ocupaba un territorio muy poco tentador, al que hacía falta acceder pasando las sierras y luego los grandes arenales.

De este modo, los pueblos sertaneros se formaron de viejas aldeas de indios, que en 1758 les fueron arrebatadas por dictado del marqués de Pombal. En 1698 surge Geremoabo, lugar donde el elemento indígena se funde con el africano. En 1702 la primera misión franciscana intentó disciplinar estos pueblos que tan distantes quedaban de la metrópoli. Alrededor había varias misiones más y al comenzar el siglo XVIII la colonización prosiguió hacia el norte. Desde el siglo XVII avanzaron las misiones, cuya intención era incorporar a las tribus a la vida nacional.

Dado que la realidad consiste en la uniformidad del cálculo traducible en planos, es necesario que también el hombre entre en la uni-formidad si quiere permanecer en contacto con lo real. Un hombre sin uni-forma hoy da una impresión de irrealidad, cual un cuerpo extraño en nuestro mundo.¹⁰⁹

De hecho el interés era por homogeneizar al país, forzosamente muy diverso. Vidas distintas eran vidas confusas e imposibles de enfilear hacia propósitos comunes. Era natural que existiera el deseo de uniformizar una sociedad que debía avanzar en conjunto.

¹⁰⁹ Martin Heidegger, *La superación de la metafísica*. Citado por Milán Kundera en *El arte de la novela*, México, Vuelta, 1988, p. 140.

Berthold Zilly, en un artículo sobre el sertón y la formación de la nacionalidad¹¹⁰, se refiere a la misión que abordaron los intelectuales brasileños del siglo XIX: pretendían construir una nación, una civilización y un Estado. La cuestión de uniformizar la sociedad estaba relacionada con la necesidad de una base demográfica que partiera de ciertos criterios que tuvieran el poder de dotar de la nacionalidad. Querían un estado constituido por ciudadanos libres, alfabetizados, cultos, de lengua portuguesa y piel clara. La heterogeneidad étnica y el mestizaje, dice Zilly, parecían un estorbo para una nación moderna, un estigma (Zilly llama al racismo un arma ideológica de los europeos para justificar la correlación de fuerzas vigente). En el prólogo a la edición alemana, Dawid Danilo Bartelt¹¹¹ se refiere a la misma cuestión: Aunque en Alemania no se publican muchos libros brasileños, *Os Sertões* tuvo un éxito de público poco frecuente allí. La explicación que da a esta singularidad está relacionada con el reconocimiento que han hecho los europeos de que la imposición de un Estado moderno, con insistencia en estandarizar y homogeneizar leyes, identidades, comportamientos, es un fenómeno universal y peligroso. Las consecuencias de la modernidad siguen siendo debatidas y cuando se enfrentan civilización y barbarie, es la civilización la que comete los peores horrores.

¹¹⁰ Berthold Zilly. *Sertão e nacionalidade: formação étnica e civilizatória do Brasil segundo Euclides da Cunha*. (Artículo basado en las clases impartidas en CPDA de la UFRRJ en septiembre de 1998. "Simposium Cem Anos de Canudos: a visão de Euclides da Cunha e outras Visões", promovido por el Instituto Latinoamericano da Universidade Livre de Berlim junto con el Instituto Cultural Brasileiro na Alemanha.
<http://www.redcapa.org/Downloads/esal2zilly.pdf>

¹¹¹ Dawid Danilo Bartelt. *Canudos da Alemanha*. Prólogo a la edición alemana de *Os Sertões*. Artículo publicado en el periódico "A Tarde", Caderno Cultural, pp. 8-9, Salvador-BA em 10-05-1997.

-Canudos.

En torno al sertón de Canudos se estableció una gran población en la que sobresalía el aborígen y, en un segundo lugar relegado, el blanco y el negro. Los misioneros realizaban una labor perseverante para incorporar a los aborígenes en el proyecto del país. Más tarde esa población tan alejada prosiguió sola, casi sin la intromisión de elementos extraños, porque su situación geográfica la aislaba. Dice da Cunha que es por esta razón que el mestizaje prosiguió, uniforme, y a ello atribuye el hecho de que se haya formado una raza muy bien definida (da Cunha busca justificar a esta raza que llegó a admirar, dotándola de atributos que le darían homogeneidad y características claras).

Las causas que provocaron el aislamiento del autóctono fueron muchas. Los detentadores del suelo no toleraban ni siquiera la intervención de la metrópoli en sus inmensos latifundios. No era sencillo erigir parroquias o capillas ni se facilitaba la entrada de nuevos pobladores. Una raza mestiza, separada, adquiriría una fisonomía original, a causa del aislamiento forzoso. Más tarde, la Real Cédula del 7 de febrero de 1701 prohibió cualquier comunicación con aquella parte de los sertones y ni siquiera eran toleradas las relaciones comerciales. A esto hace falta sumar lo que ya se sabe de antemano: la vegetación agresiva, las sequías, el clima inclemente, eran de por sí causa suficiente para evitar viajar a aquella región del país.

De tal manera, los hombres del sertón se definieron de acuerdo con circunstancias muy particulares entre las que, la más importante, de seguro fue el hecho de desarrollarse por separado. Dice da Cunha que quedaron desterrados, desenvolviéndose en un espacio muy estrecho durante trescientos años y manteniendo al pie de la letra sus tradiciones. A ello atribuye el autor el

hecho de que los pobladores guardasen rasgos uniformes, semejanzas en las facciones, en las estaturas, en el color de la piel, en la complexión y en los caracteres morales. Dice da Cunha que los sertaneros comparten las mismas supersticiones, los mismos vicios y las mismas virtudes.

La admiración que produjeron los sertaneros en el autor es evidente en el apartado que destina para explicar el primer encuentro que tuvo con algunos, en un recodo del sertón.

Dice primero que son fuertes, pero que de aspecto son deformes y torcidos. Que su apariencia es de fatiga, pero engaña, porque la ocasión saca a la luz una imponente energía. Entonces el sertanero se transfigura y demuestra una agilidad y una gran fuerza inesperadas. La vida sertanera explica este contraste, ya que exige tanto trabajo y dedicación.

Da Cunha se explica muchos de los rasgos de los sertaneros en la conformación de una raza que era el producto del mestizaje. Dice que el mestizaje por lo general constituye la degeneración de esas razas originales que se conjugaron y que el caso de los sertaneros sería de algún modo una excepción. Dos de los apartados del libro se destinan a hablar de las razas fuertes y de las débiles, de rasgos intelectuales que se referirían a la raza y no a una formación determinada ni a una tradición. Su pensamiento pretende explicar con cierta base científica y positivista el aspecto y la personalidad de los sertaneros y luego no insiste más en hablar de razas ni discute ampliamente las consecuencias del mestizaje.

Es preciso definir con tanta minuciosidad al sertanero porque -lo mismo que el sertón- es un personaje muy importante de la escena que se desarrollará más tarde: conocerlo es el recurso para explicar su conducta, su ferocidad y la implacable voluntad que lo llevaron a ese destino que ya conocemos de antemano.

Da Cunha habla del yagunzo y del gaucho porque quiere confrontar dos tipos distintos. El gaucho del sur habita llanos interminables y se adapta a una naturaleza cordial, que lo integra sin dificultades. En su aspecto se opone a ese yagunzo encogido, que se dobla sobre sí mismo y se deforma al caminar. Es, por el contrario, arrogante y feliz en un clima que no lo atormenta y en una vida que no lo amenaza. Dice da Cunha que no conoce la devastación de las sequías ni la miseria; que vive plácidamente.

El vaquero del norte se habría criado en las condiciones opuestas. El sol no es para él esa continuidad sin contratiempos de un refugio hospitalario, sino una violencia que está al caer. Aunque el clima lo favorece por momentos, siempre es probable que cambie y le traiga la desgracia. En ese oscilar, da Cunha lo llama un condenado a la vida, porque está obligado a una lucha sin tregua a la que asola continuamente el espectro de la sequía. Su cuerpo está dispuesto para este combate sin descanso. Así se explica el autor que a las manifestaciones de fuerza y de agilidad se sucedan largos intervalos de apatía, lo que es la traducción moral de las exigencias de su tierra, que lo tiene acostumbrado a la sucesión de reveses. Está habituado a actuar de improvisado.

En *A la sombra de las muchachas en flor*, Proust se refiere a este hábito del cuerpo, que se modela en función de la circunstancia. Es nuestro modo de vida, nuestro oficio, el que construye nuestra apariencia.

Nuestras facciones no son más que gestos convertidos por el hábito en definitivos. La Naturaleza, lo mismo que la catástrofe de Pompeya o una metamorfosis de ninfa, nos ha inmovilizado en un ademán habitual. Y así, nuestra entonación de voz contiene nuestra

filosofía de la vida, aquello que la persona se dice de las cosas a cada instante.¹¹²

Y por eso el yagunzo sería más tenaz, más resistente, más peligroso. Dice da Cunha que:

Muy raras veces asume aquel aspecto romanesco y glorioso. Busca al adversario con el firme propósito de ultimarle, sea como sea. Está habituado a los combates demorados, sin arrestos de entusiasmo. Su vida es una conquista arduamente amasada, en constante faena. La conserva como un capital precioso. No desperdicia la más ligera contracción muscular, la más breve vibración nerviosa sin la seguridad del resultado del pugilato. Al esgrimir la daga no da un golpe en falso; al apuntar el rifle largo o el pesado trabuco, "se duerme en la puntería"...

Si es ineficaz la arremetida fulminante, y el adversario afirmado no tambalea, el gaucho, vencido o rechazado, es fragilísimo en las apreturas de una situación inferior o indecisa.

El yagunzo no. Recula. Pero al recular es más temible aún. Es una endemoniada persecución solapada. Su adversario tiene, de ahí en adelante, tomándole la puntería con el guión de la carabina, un odio inextinguible oculto en las sombras de las emboscadas.¹¹³

Y todo sertanero es vaquero. La cría del ganado es una tarea difícil en esta tierra árida, donde los vaqueros no son otra cosa

¹¹² Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. 2. A la sombra de las muchachas en flor, traducción de Pedro Salinas, Madrid, Alianza Editorial (El libro de bolsillo, 33), 1987, p. 548.

¹¹³ Euclides da Cunha, *op. cit.*, pp. 99-100.

que siervos sumisos. Perciben un porcentaje de los productos y trabajan los rebaños que no les pertenecen. El verdadero dueño no está, pero confía plenamente en la integridad de esta gente, que dice da Cunha que procede con completa honestidad. Para ejemplificarlo explica que si acaso un vaquero encuentra una vaca que no le pertenece y esa vaca da cría, el vaquero actuará de acuerdo con el contrato que se establece en general y que en este caso no existe: de cuatro en cuatro terneros retendrá uno, como paga, y si acaso se pudiese identificar algún día al dueño de aquella primera vaca perdida, recibiría ya un lote de ganado producto de ella.

También explica con muchos detalles la vida del vaquero. A partir de su trabajo traza ese perfil de la gente del norte que comparte un código moral, danzas, tradiciones, destino. En principio su actividad podría reducirse únicamente a la de otros ganaderos, aunque adaptados a un paisaje más anguloso y difícil, sin embargo otra vez vuelve el autor a la sequía y es precisamente la sequía la que saca a la luz los recursos excepcionales de estos hombres.

La sequía es un complemento de esa vida tormentosa que el sertanero le debe al aislamiento y al entorno. Sin embargo no le teme. Intuye que viene y no piensa en abandonar el sertón a pesar de que hay muchos episodios desgraciados en el pasado que lo podrían convencer fácilmente de hacerlo. Se empeña en resistir y da cara a la sequía todo el tiempo que puede.

Y queda aislado en el desierto. El autor habla de una *rebelión de la tierra contra el hombre*. Es el momento en que la propia casa se vuelve hostil y en que el héroe se ve forzado a salir de este otro hombre indolente. Recurre a la fe religiosa con devoción. La lluvia no vuelve y entonces, pico en mano, arremete contra la tierra en busca de agua. Su lucha se prolongará mientras el desierto se extiende y, junto con el

desierto, huyen algunos animales y se arraigan otros: los murciélagos se abaten sobre el ganado, pululan las víboras de cascabel y ataca la sussuarana -probablemente el jaguar-, que le roba a los becerros. También lo importuna una enfermedad que da Cunha llama extravagante. La hemerolopia es una falsa ceguera producida por la luz: en los días ardientes los ojos son vencidos por ella, que es demasiado radiante, y al caer la noche ya el sertanero no puede ver nada. Y luego las reses se mueren y permanecen intactas porque la carroña no se puede desgarrar por la acción del sol. La sequía se prolonga más allá de toda medida y por fin el sertanero se ve obligado a partir.

El éxodo es penoso y el sertón queda vacío. El sertanero se va cuando no tiene remedio pero está de vuelta con las primeras lluvias. Lo vence la añoranza del sertón.

Por último el autor se refiere a la religión de los sertones, otro elemento que se configura de una manera peculiar debido a esa situación excepcional que es este aislamiento poco común. Insiste el autor en que la región vive en franca lucha contra el medio y en que el temperamento de los sertaneros es rudo y nómada, lo que no combinaría bien con ese perfeccionamiento espiritual en el que da Cunha cree que se engendran las religiones más elevadas. Dice que esta gente se entrega a un monoteísmo que no comprende por completo y que su religiosidad está impregnada de una alta dosis del fetichismo del indio y del africano. Su credulidad lo dejaría, según él, a merced de toda clase de supersticiones, lo que es asunto sobre el que después reflexionará largamente ya que en la rebelión de Antonio Conselheiro en principio hubo mucho de fanatismo: sería preciso aclarar todos sus motivos.

Esta religión mestiza, indefinida, cuaja a veces en leyendas estremecedoras donde seres malignos acosan a los hombres. Las creencias de los sertaneros son singulares y se ven plagadas de

figuras endiabladas que buscan hacer el mal. Aparecen mesías espontáneamente, evangelizadores extraños que atraviesan el sertón y que hacen profecías extravagantes. Las agitaciones sertaneras se ligan estrechamente con la religión y dice da Cunha que alguna semejanza hay con el Portugal del siglo XVI. En el sertón detenido, donde no corre el tiempo, la evolución no habría llegado para terminar con las supersticiones y la atmósfera es de iluminados que han de abrir, para los demás, el camino al cielo.

Da Cunha se explica la religiosidad del sertanero en función de su profundo apego a la tierra y porque su desgraciado contacto con los elementos lo coloca en una posición de inferioridad cada vez que lo derrota. Por ello, dice, es consciente de su fragilidad y apela a lo maravilloso. Lo llama un *pupilo estúpido de la divinidad* que necesita de la tutela sobrenatural porque la región en la que vive lo violenta constantemente. Su exaltación religiosa es la consecuencia de saberse en peligro y resulta de una combinación peculiar: por un lado adopta las enseñanzas de los misioneros, pero también agrega otra parte de su tradición, donde el *candomblé* africano y los *poracês* del tupí imponen sus rituales.

Los contrastes de la religión de los sertaneros se reflejan en sorprendentes anécdotas. El autor cuenta las tradiciones que se refieren al culto a los muertos, considerados privilegiados porque han accedido por fin al cielo. Por la noche las familias les rezan ante altares y la muerte de un niño es una fiesta. La felicidad eterna es cosa que alegra, en esas vidas tan atormentadas, y los muertos, que se entierran a la vera de los caminos donde todos los viandantes se detienen para rezar o para depositar una flor, son bienaventurados.

En el extremo contrario, la religiosidad los puede llevar también a conductas terribles.

Cuenta da Cunha que en Pajehú, en Pernambuco, en 1837, un desequilibrado anunció el advenimiento del reino encantado de Don Sebastián, al que se le debía la sangre de los niños. El rey iba a castigar a los ingratos y a colmar de riquezas a quienes hubieran contribuido a desencantarlo. Las madres se apilaron al pie de la roca donde se levantaba este mesías, mientras se disputaban el privilegio del primer sacrificio para sus hijos. Ese es un extremo inverosímil del fanatismo.

Sin embargo, dice Berthold Zilly¹¹⁴ que las connotaciones religiosas del levantamiento de Antonio Conselheiro han sido exageradas. Para Zilly, Canudos fue atacado en una guerra de exterminio y los instigadores fueron los mandatarios locales que temían perder su poder en la región. En este panorama, los discursos religiosos eran una traducción del proyecto sociopolítico de Canudos: sería muy precipitado afirmar que el Conselheiro se consideraba un mesías o que así lo veían los hombres de Canudos. Zilly dice que debido a la falta de documentos es muy difícil reconstruir la autoconciencia colectiva de los canudenses.

En Monte-Santo se levanta una inmensa capilla que erigió un misionero: Apolônio de Todí. El sertón atrajo a los aventureros en el siglo XVIII, que venían en busca de las minas de plata. Se detenían en Monte-Santo porque sufrían la ilusión de adivinar por allí al tan querido Eldorado. Esta ilusión europea tenía mucho de realidad en aquella región del sertón. Eldorado de Voltaire podría ser Monte-Santo.

Los españoles tuvieron un conocimiento muy remoto de este país y lo llamaron Eldorado; un inglés, llamado caballero Raleigh, se acercó igualmente hace alrededor de cien años; pero como nosotros estamos rodeados de

¹¹⁴ *Simposium Cem Anos de Canudos...* op. cit.

rocas inabordables y de precipicios, hemos estado siempre, hasta el momento, al abrigo de la rapacidad de las naciones de Europa, que tienen un afán inconcebible por los guijarros y por el fango de nuestra tierra. Para poseerlo nos matarían a todos sin dejar ni uno.¹¹⁵

La montaña era impresionante y así se explica la semejanza que podía existir entre Monte-Santo y aquel pueblo de fantasía, donde hasta las piedras eran de oro. En Monte-Santo se construyó el gran templo que concentraría a la población sertanera y que serviría de refugio. Sin embargo la labor de los misioneros, dice da Cunha, no siempre tuvo resultados semejantes y, con frecuencia, en lugar de ofrecerles un consuelo, los atemorizó.

-Antonio Conselheiro.

Dice Ventura sobre la visión que Euclides da Cunha tuvo del Conselheiro.

Euclides da Cunha projetou sobre o Conselheiro muitas de suas obsessões pessoais, como o temor da irracionalidade, da sexualidade, do caos e da anarquia, para construir um personagem trágico, guiado por forças obscuras e ancestrais e por maldicões hereditárias, que o levaram à insanidade e ao conflito com a ordem. Viu Canudos como desvio histórico capaz de ameaçar a linha reta que ele, Euclides, se impusera desde a juventude.¹¹⁶

¹¹⁵ Voltaire, *Cuentos y novelas. Cándido o el optimismo*. Estudio preliminar y bibliografía de Ángeles Cardona de Gilbert, México, Editorial Bruguera, 1977, pp. 223-224.

¹¹⁶ Roberto Ventura. "Canudos como cidade iletrada: Euclides da Cunha na Urbs Monstruosa".

<http://www.berrante.hoteldaweb.com/textos/critica/ventura.htm>

El autor se refiere a Antonio Conselheiro después de hablar de los serenos, que eran penitentes que andaban por los caminos durante las noches, flagelándose, y que terminaron por darse al robo en gran escala cuando la caridad pública no alcanzó para todos.

De seguro cuenta precisamente esta circunstancia antes de referirse a este hombre porque es una sociedad fuera de lo común la que puede darle origen. Su altura se debe medir en relación con el entorno en que pudo engendrarse una figura así.

Aqui, ou alhures, a explosão se inicia com o íncubo, um místico quietista ou contemplativo - o asceta - que, logo após a iniciação, se torna eremita, o qual prega a resignação e a renúncia, vaticina desgraças, guerras, o fim do mundo, e o reino milenar de Jesus Cristo. Anacoretas do mato, Antônio Conselheiro, João Maria e José Maria, - os três monges -, foram recebidos como "salvadores", "enviados do céu", pela massa amorfa do campo, facilmente sugestionável e desejosa de libertar-se da vida de misérias. A penitência e a renúncia significam a preparação necessária para a luta; o falar em punição dos pecadores, recompensa aos sofrimentos, ou o Céu, era o simbolismo da condenação dos exploradores e dos desejos da implantação de uma sociedade igualitária..¹¹⁷

Antonio Conselheiro apareció en los sertones, nómada y delgado, con la ropa desecha. Caminaba de un lugar a otro y de algún modo despertaba admiración en la gente que lo veía. Predicaba y pasaba

¹¹⁷ Noel Nascimento, "Canudos, contestado e fanatismo religioso", en *ASTROVATES. REVISTA DO NOVO PERÍODO LITERÁRIO*. Sección Teses. À Luz do Humanismo Histórico.

<http://www.astrovates.com.br/index.htm>

por ser un enviado de Dios. Se le escuchaba con devoción y muchos lo seguían, haciendo penitencia.

Dice da Cunha que para el historiador, Antonio Conselheiro no es un desequilibrado, un psicótico, un neurasténico vulgar. Pese a que en otro contexto la conducta de Antonio Conselheiro no habría podido entenderse más que como una forma de la locura, en éste saca a la luz un mal social y se convierte en un asunto importante para la reflexión de los historiadores, que ven en él la integración de los rasgos que estaban dispersos en la multitud. De algún modo Antonio Conselheiro es el punto donde se concentran las características de los sertaneros de la época, de sus impulsos. Él fue el lugar en que convergieron todas las creencias y se condensaron en un misticismo excesivo. La agitación de los ánimos tiene su centro en él. Da Cunha señala que "la vida resumida del hombre es un capítulo abreviado de la vida de la sociedad".¹¹⁸

Antonio Conselheiro se creía un profeta y consideraba que su función era señalar a los extraviados el camino para salvarse. Recorría los sertones caminando penosamente y se entregaba a la ardua tarea del apostolado. Dice da Cunha que su vida era de una coherencia absoluta, muy disciplinada, y que su actitud reflejaba en la serenidad, en la resignación, su condición de emisario del cielo. A su alrededor la multitud lo aclamaba.

De su historia personal, se sabe que este hombre había nacido en una familia numerosa que vivía de la ganadería y de la cría de animales domésticos, y que se vio sumergida en una lucha con otras familias por la que parece haber sido una acusación infundada de robo. Esto ocurrió en 1833. Esta pequeña guerra sertanera tuvo muchísimas víctimas y no se sabe a ciencia cierta el papel que jugó en ella Vicente Mendes Maciel, padre de Antonio Mendes Maciel, el Conselheiro. Sin embargo se conoce que el hijo

¹¹⁸ Euclides da Cunha, op. cit., p. 123.

tuvo una educación disciplinada que debe haberlo mantenido al margen de la lucha familiar, de modo que cuando se da razón de su carácter de adolescencia, sus rasgos más importantes parecen haber sido la timidez y la pasividad. Con la muerte de su padre, en 1855, prosiguió una vida sosegada.

En 1856 deja los hábitos sedentarios y después de actuar como un jefe de familia excepcional con sus tres hermanas y de casarse con muy mala fortuna, abandona esa vida ordenada que hasta entonces lo había caracterizado y comienza a deambular de una villa a otra, cambiando varias veces de profesión. En Ipú su mujer lo abandona por un policía. Entonces lo persigue la vergüenza y comienza a internarse en los lugares desconocidos del sertón, donde no se le conoce, para esconderse de la mirada pública.

Se volvió un anacoreta sombrío, con el cabello y la barba largos, la cara enflaquecida hasta la enfermedad y la penetrante mirada de la idea fija. Vestía de azul y llevaba siempre en la mano un bordón. Da Cunha pudo conversar con alguien que lo había visto al principio de su peregrinaje y de aquellas palabras pudo deducir que el personaje había impresionado mucho la imaginación de los sertaneros con su reserva, con su aspecto, con la vida de penitencia que había escogido por su propia decisión. Para la gente era una figura fantástica, que los remitía a sus creencias más primitivas y que los llevaba al respeto. Los sorprendía el hábito, el cuerpo escuálido que se adivinaba entre las ropas y su imagen general que era próxima a la transparencia del fantasma. De este modo, aunque Antonio Conselheiro no lo hubiera querido, de ese dominio tan natural y tan inesperado que ejercía sobre la gente, nació el evangelizador, y con él las leyendas que se iban a contar a su paso. Tenía un ascendiente moral sobre los sertaneros y era el árbitro necesario de todas las discusiones. Dice da Cunha que se concentraba en los otros para no pensar en

su propia desgracia: en las angustias que el autor atribuye a una instrospección delirante, a la locura.

Aquel dominador fue un títere. Obró pasivamente, como una sombra. Pero ésta condensaba el oscurantismo de tres razas.

Y tanto creció, que se proyectó en la Historia...¹¹⁹

Antonio Conselheiro anduvo así, por los sertones, viviendo de las limosnas y aceptando de la hospitalidad de los sertaneros nada más que tablas o el piso para dormir. Era parco y se alimentaba poco y mal. Su aspecto atraía a la gente y pronto muchos comenzaron a seguirlo y a imitarlo en su vida de privaciones. Dice el autor que este grupo que lo seguía en general se constituía de vagos y de ladrones. En cualquier caso, todos ellos seguían al predicador con la devoción de creerlo un enviado del cielo que los aconsejaba, que pasaba el día rezando por ellos y que podía guiarlos entre la maraña de esa rutina hostil que era la cotidianidad del sertón.

Llegó a Itapicuru en 1876. Allí fue encarcelado ya que, entre los rumores que suscitaba su extraña vida nómada, estaba uno que le atribuía las muertes de su esposa y de su madre. Hacía ya quince años que Antonio Conselheiro había adoptado las costumbres ascetas y había experimentado hasta lo más profundo el hambre, la sed y la miseria. No se quejó, no permitió que intervinieran sus seguidores y tampoco se defendió de las acusaciones, pero pronto se supo que las denuncias eran falsas y fue puesto en libertad.

Continuó su errar por los sertones. Lo seguía siempre una multitud silenciosa que erigía imágenes y cruces. Atraía a las

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 134.

poblaciones enteras, mientras recorría los villorrios. Allí rezaban todos, entonaban letanías y oraciones, y el profeta le hablaba a los creyentes.

Predicaba con palabras estremecedoras y deshilvanadas, y hacía profecías. "Imagínese un bufón absorto ante una visión del Apocalipsis".¹²⁰ No miraba a la multitud y era parco. Introducía frases incisivas cuyo propósito era impactar, e hipnotizaba a su público completamente.

Profetizaba sobre el fin del mundo y el Anticristo. Hablaba a los creyentes sobre la vanidad, sobre la fortuna, sobre el ya muy próximo juicio final en que todas sus posesiones en la tierra no iban a pesar en lo absoluto. Los llamaba a abandonar todos esos lazos carnales que los ataban a la tierra para entregarse a un mejor destino en el cielo. La buena vida era una mancha que hacía falta borrar a fuerza de sufrir. El año de 1900 iba a ser el último y una lluvia de estrellas iba a traer el fin del mundo.

Da Cunha atribuye este mesianismo religioso a un enajenado, pero además indica la curiosa identificación que proseguía a este discurso, en que se llamaba a la insurrección contra la forma republicana porque encarnaba al demonio -las profecías aparecieron en pequeños cuadernos hallados en Canudos.

'En verdad os digo, cuando las naciones riñen con las naciones, el Brasil con el Brasil, Inglaterra con Inglaterra, Prusia con Prusia, de las ondas del mar Don Sebastián saldrá con todo su ejército.

'Desde el principio del mundo que encantó con todo su ejército y lo restituyó en guerra.

'Y cuando se encantó hundió la espada en la piedra, ella fue hasta los topes y dijo: ¡Adiós mundo!

'¡Hasta mil y tantos a dos mil no llegarás!

¹²⁰ *Ibidem*, p. 139.

'En este día cuando salga con su ejército sacará a todos en el filo de la espada, de este papel de la República. El fin de esta guerra se acabará en la Santa Casa de Roma y la sangre ha de ir hasta las verijas...'¹²¹

De este modo, se dice que Antonio Conselheiro se levantaba contra la iglesia romana, a la que llamaba satánica, y contra una forma de gobierno que era nueva en el Brasil.

Everton de Paula¹²², por el contrario, indica que el Conselheiro no quería la restauración monárquica, que fue víctima de manipulaciones políticas cuya intención era preservar el nivel de vida de las clases dominantes. Para De Paula, los yagunzos peleaban por su propia sobrevivencia, contra la secular opresión de los latifundistas.

Antonio Conselheiro anunciaba la desgracia de los poderosos, la fortuna para los desgraciados, una edad de oro. Luego ordenaba la penitencia, se daba a la tarea de reconstruir templos arruinados y de renovar los cementerios. Todo el mundo colaboraba gratuitamente en la labor de la mejor manera en que podía, y cuando ésta estaba terminada, el profeta se iba, con el séquito de sus seguidores detrás. Así recorría de un lado a otro los sertones y su figura cada vez era más conocida y más admirada.

-Los primeros enfrentamientos.

Los curas no entorpecían esta tarea, aunque en 1882 el arzobispo de Bahía llamó la atención a todos los párrocos de la

¹²¹ *Ibidem*, p. 141.

¹²² Everton de Paula. "A exclusão social do jagunço e o Loar da classe dominante: sujeitos a exterminar". Universidade de Franca. Participante en la Semana Euclidiana desde 1968.

<http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

zona sobre la necesidad de detener la influencia de un hombre que competía con la iglesia y que debilitaba su autoridad. Censuraban sus doctrinas supersticiosas y pretendían prohibir que los feligreses se reunieran a escuchar sus prédicas, pero por supuesto que esta instrucción no logró éxito alguno: la figura de Antonio Conselheiro era muy importante y debía de ser ya muy difícil de contener. En 1887 la diócesis de Bahía intervino otra vez. Decían que Antonio Conselheiro predicaba doctrinas subversivas. Tampoco en esta ocasión se tomaron medidas suficientes para resolver el problema.

Y entretanto Antonio Conselheiro crecía desorbitadamente en la imaginación popular. Se decían de él leyendas y milagros innumerables, y paralelamente a todas sus prédicas religiosas, levantaba al sertón contra la República y contra las nuevas leyes. Cuenta da Cunha una anécdota que indica el momento en que ese fervor religioso suyo se volvió combativo.

Se fijaron edictos para la percepción de los impuestos, en sustitución de la prensa. Antonio Conselheiro reunió al pueblo y mandó quemar las tablas. Luego predicó públicamente el rechazo de las leyes y tomó el camino de Monte-Santo, hacia el norte.

Aunque con frecuencia se contemplaba la monarquía en América Latina, la mayoría de las nuevas naciones eligieron las estructuras republicanas. Los conflictos internos, sin embargo, no fueron resueltos al acordarse una república.¹²³

La adopción de la forma republicana, en Brasil, fue muy atormentada. Dice da Cunha que el Conselheiro luego identificaría este nuevo gobierno con Satanás. Él pensó que las nuevas leyes

¹²³ J. Stanley y Barbara H. Stein, *La herencia colonial de América Latina*, trad. Alejandro Lipona, 9ª. edición, México, Siglo Veintiuno Editores, 1977, pp. 165-166.

iban a traer la injusticia, y que más tarde iban a desplegarse las desigualdades sociales, la esclavitud, el racismo. Vargas Llosa cuenta que para él la República significaba el fin de aquellos valores que había traído recientemente la monarquía.

El gobierno envió en busca de Antonio Conselheiro a doscientos hombres, que dieron con él y con su gente en un lugar llamado Massete. Los atacaron creyendo que enfrentaban un grupo inofensivo de penitentes agotados y, por el contrario, se encontraron con los temibles yagunzos, que los derrotaron con facilidad. Otra tropa, mucho más grande, fue enviada después, pero ésta no prosiguió, acobardada ante esa naturaleza desconocida. Hacía mucho que Antonio Conselheiro recorría los sertones y conocía aquella tierra hasta sus últimos detalles; su gente estaba constituida por hombres habituados a una vida muy dura. Enfilaron hacia el norte y llegaron a Canudos.

-El último escalón al paraíso.

Canudos será el sitio donde ocurrirá el enfrentamiento, que, entre otras cosas, es interesante porque ilustra la problemática del país en un momento histórico excepcional. El libro de da Cunha ha sido llamado *fundador de la nacionalidad brasileña* porque precisamente entonces, como en México, la identidad del país se definía aprendiendo de afuera los modos de modernizarse, importando las llaves del progreso y asimilando una variedad cultural que suponía un problema difícil para un país que no deseaba otra cosa que ser uniforme. Era una situación excepcional de elecciones, en que el gobierno central procuraba articular un proyecto de país uniforme. El ejemplo eran países europeos que, distantes geográficamente, eran también totalmente distintos en su historia, en su tradición y -tal vez lo más importante- en la cantidad de tiempo útil que habían tenido para terminar de

concebirse. En ellos la realidad nacional había llegado como el producto de un proceso natural, y alcanzar a los que llevaban la delantera en una carrera que hasta ese momento ni siquiera les había correspondido era una empresa difícil.

Canudos era una fazenda de ganado situada a la orilla del río Vasa Barris, a unos pasos de Monte-Santo. Se encontraba en el centro de un entorno accidentado, como escondida entre las montañas, que la aislaban por completo y que hacían las veces de murallas de protección. Su población vivía casi miserablemente, en casuchas venidas a menos que todavía en 1876 sugerían cierta prosperidad. Ya desde entonces un párroco que visitó el lugar refirió la presencia de gente sospechosa que vivía armada, que no trabajaba y que tenía como única ocupación la bebida. De modo que para 1893, cuando Antonio Conselheiro llegó al pueblo con sus seguidores, allí hacía ya mucho tiempo que el abandono había destechado las casas y reducido a ruinas muchas de las construcciones: paralelamente estaban sentadas las circunstancias para que habitaran allí los delincuentes más peligrosos del sertón.

Con Antonio Conselheiro llegaron aluviones de gente que creía en su santidad y que concebía a Canudos como un lugar sagrado. Su situación geográfica parecía favorecer la creencia de que conducía al cielo o es que simplemente la presencia del mesías lo convertía en un lugar de veneración religiosa. Lo cierto es que la tremenda fe de la gente desfiguraba los contornos de este pueblo miserable y lo transformaba en un lugar de adoración, donde las esperanzas de una población sertanera hasta entonces descoyunturada, encontraban puntos evidentes de comunión.

De este modo, la población comenzó a crecer vertiginosamente, abultada por fieles que creían en la palabra del Conselheiro antes que en ninguna otra cosa y que depositaban

el futuro en esta fe común, que de pronto daba sentido al presente de todos y a sus destinos. Habitaban un pueblo tristemente deshecho, que ni siquiera podía ordenarse a la vista a través de sus calles porque todas ellas eran estrechas y caóticas, casi sin forma evidente. Las casas estaban repartidas al azar.

Si las edificaciones, en sus modalidades evolutivas, materializan la personalidad humana, la casucha de techo de arcilla de los yagunzos, equiparada al wigwam de los pieles rojas, sugería un paralelo deplorable. La misma ausencia de comodidad y, sobre todo, la misma pobreza repugnante, traduciendo en cierto modo, más que la miseria del hombre, la decrepitud de la raza.¹²⁴

Habla da Cunha de las habitaciones apiñadas y sombrías, de la tosquedad de los muebles, de la grosería de los insignificantes accesorios. Y entre ellos, las imágenes rudimentarias de santos que referían a una religión mestiza donde convivían los ídolos africanos y las creencias católicas. Allí era notoria esa condición confusa de una fe ambigua y variada, que reunía creencias irreconciliables con una reveladora ingenuidad.

Se refiere después a las armas. Dagas, el facón de los cangaceiros, la aguijada, las ballestas, los rifles.

Y nada más. De nada más necesitaba aquella gente. Canudos surgía con el aspecto medio de un campamento de guerreros y el de un vasto kraal africano. La ausencia de calles, las plazas que -aparte las de las iglesias- nada más eran que el fondo común de las huertas, y las

¹²⁴ Euclides da Cunha, *op. cit.*, p. 151.

casuchas unidas, tornábanlo como vivienda única, amplísima, desdoblada por las colinas, y destinada a abrigar por poco tiempo el clan tumultuario de Antonio Conselheiro.¹²⁵

A su alrededor estaba la naturaleza hostil y seca de la serranía sertanera, angulosa en su vegetación de espinos. Al sur, el cerro de Favela; a un lado, muy cerca, el Vasa Barris; luego el cerro de Pelados.

Venían a habitar Canudos de todos los lados de los sertones. Antonio Conselheiro había vaticinado el fin próximo del mundo y Canudos, rodeado por los cerros, era el último reducto para salvarse. Las peregrinaciones trazaban en la región una movilidad poco común y la meta era ese pueblo casi oculto por las montañas donde una multitud cada vez más importante trabajaba a la par para poner en pie las casas destruidas. Actuaban como una comunidad solidaria y amiga, con una fraternidad extraña. Las construcciones se disponían de modo que sirviesen a la fortaleza que iba a tener que defender muy pronto sus fronteras. Dice da Cunha que parecían distribuirse de acuerdo con un plan de defensa. Eran innumerables y se veían rodeadas por un amplio círculo de trincheras abiertas que preparaban, casi sin querer, la emboscada.

La nueva población se había formado de una multitud de pueblos distintos que se reunían en torno a una creencia común y que, en dado caso, compartían solamente esa suerte semejante del sertanero, que sufre en toda la región el *martirio de la tierra*. De este modo, lo que los reunía era una coincidencia moral, las convicciones sobre el mal y el bien, y sobre la santidad de ese profeta que respetaban y obedecían sin dudar. El sertanero era ahora un fanático duro y temerario que había sometido sus

¹²⁵ *Ibidem*, p. 152.

recursos a la autoridad de un predicador. Con esto se volvía peligroso y adoptó el nombre de los turbulentos: yagunzo.

Vargas Llosa se detiene a definir los rasgos del sertanero en un amplio abanico de personajes que, de algún modo, realizan esa posibilidad entrevista por da Cunha. El autor de *Os Sertões* es minucioso en el estudio antropológico de la región porque quiere acusar toda la personalidad del yaguzo, observándolo a él y a su entorno y atendiendo al modo en que en él se desenvuelve. No es que esa población sin individuos sea familiar al lector, que hasta este momento sólo ha visto delimitarse los rasgos de una circunstancia que no es próxima ni entrañable. Pero realmente el paisaje y la descripción del yagunzo se vuelven diáfanos y transparentes en el horizonte de da Cunha, que se explica con claridad la situación de esta guerra sertanera y el perfil de los hombres que la provocaron.

La población de Canudos es, pues, diversa, pero al fin conforma una comunidad homogénea que responde casi automáticamente a una sola voluntad. Hay allí devotos y hay criminales, hay seres débiles en busca de una razón y salteadores de caminos. Pero todos se reúnen en torno a un discurso que curiosamente ha tocado sus fibras sensibles en un momento excepcional. Sólo en condiciones semejantes pueden llegar a un acuerdo tan absoluto tantos hombres y mujeres distintos.

Dice da Cunha que comparten un sueño religioso. Es fantasmagoría; es una ilusión que pretende sacrificar la suerte de todos en esta tierra, a la fantasía de otra, que de algún modo es una tierra prometida. El desencanto de la vida cotidiana debe de ser muy fuerte para que ésta pierda todo su valor en contacto con este futuro ininteligible. Lo cierto es que la nueva población de Canudos se somete, entera, a la autoridad de Antonio Conselheiro, y que la fraternidad también apunta al profundo aislamiento que deja a Canudos aparte de la realidad nacional.

Los sertaneros no tienen contacto con el gobierno central. Da Cunha reconoce la importancia de Canudos pero se da cuenta de que para los sertaneros tampoco este poblado es el destino final. En realidad lo que mueve esta tenacidad, esta enorme obstinación, es que los sertaneros se creen conducidos hacia el cielo y que la realidad próxima, la vida de todos los días, no promete nada parecido a una esperanza.

En Canudos, Antonio Conselheiro predica el desprendimiento. Los sertaneros viven por su propia voluntad en la miseria y despreciando cualquier forma de bienestar. Dice da Cunha que el punto extremo de ese desprendimiento es el momento en que se ven despojados de las virtudes, de las cualidades morales, y el Conselheiro los somete a sus iniciativas arbitrarias. De ningún modo acepta que procuren mejorar su vida en la tierra porque eso implica despreciar la felicidad del cielo: predica la más extremosa austeridad y llama a los sertaneros a sufrir para ganarse el paraíso.

Los sertaneros son hombres preparados por y para el dolor. La vida de la sierra se ha hecho cargo de endurecerlos y su fortaleza está ahora al servicio de otros sufrimientos. Antonio Conselheiro los induce al ayuno, y dice da Cunha que con la debilidad convierte a hombres sanos en enervados creyentes. La prédica sirve aparentemente a un propósito o es que son todas coincidencias. Lo cierto es que en Canudos, los yagunzos más terribles y más temidos están domesticados y sujetos a la dirección de otro. Pronto son los criminales quienes están más cerca del mesías.

El autor llama a aquella reunión de Canudos una secta extravagante. Efectivamente comparten una creencia tan viva que son capaces de sacrificarle a ella todo. Pero además los une la fe en un destino posterior y más feliz, capaz de resarcirlos de toda una vida de miseria. Lo primero que destaca de esta

circunstancia es la triste condición de esta gente que ya no tenía nada que esperar en la vida y se veía forzada a confiar en la otra. El motivo que ha podido reunir de este modo a los sertaneros es de peso, y de algún modo es preciso buscarlo en esa desvinculación y en ese aislamiento que anticipaba su exclusión definitiva. El destino del país no los había considerado en lo absoluto.

El poblado quedó así a cargo de Antonio Conselheiro, que le dio un carácter muy particular a su gobierno. La cárcel, ahora, se destinaba a castigar a los que faltaban a los rezos. Había cambiado toda la concepción del delito y el crimen no pesaba pero sí las pequeñas faltas. Los yagunzos cometían, fuera de Canudos, multitud de delitos que ni por asomo el Consejero censuraba porque contribuían a enriquecer el fondo común. Llegó el día en que los desórdenes por fin obligaron a que la Asamblea Estatal de Bahía interviniera. Eso ocurría en 1894.

Tiene un interés especial un comentario que hace da Cunha sobre estas incursiones de los turbulentos.

La pequeña gran guerra de Canudos, como la de Tomóchic, se atribuye generalmente a un fanatismo incomprensible e incomprometido que llevó a un conjunto de gente confundida a enfrentar a las instituciones. Posteriormente ha habido otras interpretaciones que se refieren a la miseria, a la injusticia social, a las profundas -abismales- desigualdades sociales que dejaban tan desamparada a tanta gente. También, para ambos hechos históricos, está la especulación de que ciertos intereses políticos utilizaron a estos pueblos como un recurso para favorecerse. Da Cunha hace un espacio para un posible segundo punto de vista cuando comenta que entre los turbulentos que salían de Canudos a delinquir, había algunos con inclinaciones políticas y que, además, las elecciones estaban muy cerca. Tal vez buscaban allí aquella soberanía popular que iba a respaldar

sus propias ambiciones. Por otro lado esto refleja que el aislamiento del yagunzo no era todo lo absoluto que uno podría suponerse, y que el gobierno y los problemas políticos figuraban entre las inquietudes de ese Canudos, tan alejado.

Luego da Cunha ironiza: "(...) practicaba las mazorcas periódicas que la ley prescribe denominándola "elecciones", eufemismo que es entre nosotros, el trazo más vivo de las osadías del lenguaje."¹²⁶

Evidentemente hay ciertos motivos políticos que se sugieren en este libro, o al menos una referencia directa a una situación de injusticia notoria. Da Cunha dice que, de cierto modo, la civilización de prestado regimentaba el bandolerismo sertanero. En su aseveración hay muchos puntos interesantes. Por un lado destaca esa idea de una civilización de prestado, que delata la escasísima autenticidad de este Brasil moderno que nacía imitando, y sin la sustentación de un antecedente propio, un mundo ajeno y lejano. Por otro, dice que los bandoleros estaban de algún modo autorizados por el gobierno del país.

Hace falta insistir en el hecho de que el Conselheiro admitía los delitos que se realizaban fuera del poblado y que no inquietaban el orden estricto instaurado de puertas adentro. Incluso debía beneficiarlo de algún modo el hecho de que los yagunzos se adiestraran en toda clase de desmanes para el caso de defender Canudos, cosa que pasó.

Da Cunha llama a Canudos un *tumulto disciplinado*. Allí el culto a Antonio Conselheiro era el punto de enlace entre todos aquellos sertaneros. Se habían reunido en torno a una fe. La admiración, la devoción por el predicador, se remontaba a más de diez años atrás. De este modo, Canudos, constituido por una multitud de seres miserables y en apariencia desvalidos, era una columna vigorosa y coherente, que contaba con el compromiso

¹²⁶ *Ibidem*, p. 159.

íntimo de todos y de cada uno de sus miembros. Su posibilidad de sacrificio, su entrega, no conocía límites.

En Canudos, la tarea más importante era la construcción de un inmenso templo, que da Cunha describe como la materialización *del desorden del espíritu delirante* de aquel extraño Consejero. Los yagunzos que permanecían en el poblado, los viejos, las mujeres, los niños, se entregaban al proyecto de levantar aquella inmensa edificación de estilo indescifrable. Es decir que de algún modo el Consejero también buscaba la representación simbólica de aquella devoción que había fomentado. Quería dar sentido a ese predicar errante por los sertones, que finalmente había ido a estacionarse allí, a Canudos, a edificar una construcción magnífica, imponente, que hablara de aquella fe suya. Quería acercarse a Dios, tal vez. O ganarse a Dios: su fe preveía el fin cercano del mundo.

Porque es preciso recordar que Canudos era de algún modo una antesala del cielo. Fray Juan Evangelista de Monte Marciano relata:

"Los embaucadores de la secta se ocupan en persuadir al pueblo de que todo aquel que quiere salvarse precisa ir a Canudos, porque en los otros lugares todo está contaminado y perdido por la República. Allí, sin embargo, no es preciso trabajar, es la tierra de promisión, donde corre un río de leche y son pasteles de maíz las barrancas."¹²⁷

La realidad de Canudos, dice da Cunha, era muy distinta de aquella ilusión que había puesto a andar a toda la región sertanera. El autor habla de miseria, de hambre, de trabajo sin descanso. La verdad es que las condiciones de vida de toda

¹²⁷ *Ibidem*, p. 162.

aquella gente no habían mejorado, pero ahora veían destinarse el esfuerzo a una fe y tenían una esperanza. Creían que su actividad tenía sentido y se sacrificaban porque por una vez el futuro escondía una promesa. La promesa se las había regalado el Conselheiro, que de verdad los conocía. Él era un producto natural de un dolor muy preciso y, si no era un remedio, al menos constituía la primera representación de un remedio. Hubiera hecho falta que el gobierno del Brasil, aquel que quería unificar su territorio bajo una misma identidad y enfilarse rumbo a un destino común, hubiese descubierto el dolor profundo que asolaba a aquella zona tan sacrificada, para prestarle auxilio. Pero el país estaba descoyuntado y lo que podía entender eran las necesidades precisas de una zona muy estrecha: la que podía disponerse casi enseguida a seguir las rutinas civilizatorias y los procesos de modernización. El resto de su territorio le interesaba sólo en la medida en que podía someterse: no estaba dispuesto a interesarse profundamente por su problemática.

En las sociedades (...) se asistió (...) a la transformación del Estado por las nuevas características que fue presentando la propia sociedad capitalista: extensión del capitalismo a lo largo y ancho de la sociedad (...), tecnologización del trabajo, agudización del conflicto social a causa de las crisis en su ciclo económico (...)

Es así como la sociedad civil, que aparecía principalmente en los siglos XVII y XVIII como autónoma y capaz de autorregularse y autorreproducirse ampliamente tanto en términos cuantitativos y

cualitativos, entra en crisis a partir de mediados del siglo XIX.¹²⁸

En *La guerra del fin del mundo*, Vargas Llosa se refiere ampliamente a las beatas, que rodean al Consejero. Las mujeres de Canudos, cubiertas por rebozos negros, acompañan al Consejero aunque se dice que él jamás levanta los ojos si alguna de ellas está presente. Los hombres muestran la misma miseria en sus ropas, pero hay un rasgo distinto en esta reunión: el Conselheiro se acompaña de gente armada que no se hace notar. De este modo, la escena de Canudos es de la gente devota entregada al trabajo, de las mujeres sin otro interés que la fe, de los guardianes que anticipan el peligro, y de todos al servicio de los rezos y de la construcción del templo.

-Los protagonistas.

Llega el momento en que el relato de da Cunha descubre entre la turba anónima a los individuos que jugarán un papel destacado en la guerra de Canudos. Se resuelve el inteligente modo de contar de da Cunha cuando, después de situarnos en un paisaje vívido y desolador, después de describirnos un tipo de hombre hasta sus rasgos más clarificadores, nos presenta a aquellos personajes que jugaron un papel clave en la defensa del poblado y que, de hecho, ya eran conocidos casi todos de antemano porque constituían el grupo de criminales más peligroso del sertón.

Estaban José Venancia, un asesino; Pajehú y su ayudante Lalau; Chinquinho y João da Motta; el corpulento Pedrón, guardián de Combaio; Joaquín Trancapés, Raimundo Boccatorra, Chico Emma,

¹²⁸ Juana Valenti Nigrini y Fernando Bazúa Silva, *Notas acerca de la modernidad en México*, División de Ciencias Sociales y Humanidades. Departamento de Sociología. Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. México, D.F., p. 5.

Norberto, Quinquim de Coiqui, Antonio Fogueteiro y José Gamo; Fabricio, de Cocorobó, Macambira; Joaquín Villanova, el explorador; Juan Abbade, Antonio Beato, José Félix y Manuel Cuadrado, el médico.

Los hombres de Canudos son de todos los oficios. En la escueta descripción que hace da Cunha de estos personajes históricos destaca primero la realidad notoria de que se han reunido hombres que peligrosos porque conocen el sertón y porque muchos de ellos son criminales. El médico se gana un nombramiento especial porque da Cunha lo considera el único devoto verdadero, el único que no es sospechoso: está allí porque investiga la droguería primitiva de los sertones.

Insiste da Cunha en que Antonio Conselheiro predica contra la República. Sin embargo dice que el yagunzo es completamente incapaz de entender una abstracción y que por ello es imposible que pueda saber qué es la República, del mismo modo que no puede entender la monarquía. Dice que hay fases evolutivas y que los yagunzos están en una muy primitiva, por lo que sólo alcanzan a concebir el dominio de un jefe sacerdotal o de un guerrero. Esta interpretación racista que parte de la base de que los diferentes hombres están en distintos puntos de la escala evolutiva, es peligrosa en la medida en que podría legitimar la supremacía de unos sobre otros. No percibe que probablemente el motivo de aquel fanatismo haya sido sólo la ignorancia. Víctor Hugo, en boca de Monseñor Bienvenu, habla sobre la responsabilidad de la sociedad ante tales limitaciones.

A los ignorantes, enseñadles cuanto podáis; la sociedad es culpable por no darles instrucción gratis; ella es responsable de la oscuridad que produce. Si un alma en

sombras comete un pecado, el culpable no es el que peca, sino el que no disipa las tinieblas.¹²⁹

Paralelamente, Hugo habla sobre la imaginación, que también tiene un contacto muy estrecho con la fe. "Cosa admirable, la poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilización se mide por la cantidad de imaginación."¹³⁰

Un pueblo que sueña es un pueblo civilizado y el ideal de un país se refiere a la coherencia que pueda guardar con respecto a su íntima identidad. Hugo dice además que: "El ideal no es otra cosa que el punto culminante de la lógica, así como la belleza no es más que la cima de la verdad. Los pueblos artistas son también los pueblos consecuentes. Amar la belleza es querer la luz."¹³¹

Desde este punto de vista, la falta de los yagunzos es responsabilidad de la sociedad y esa sociedad que excluye de su seno a una parte de sí misma es incoherente. Eso indica que no estamos ante un pueblo civilizado: sus sueños no los rescatan, sino que los sumergen aún más en la oscuridad. Además es preciso reconocer que la ignorancia de los sertaneros es relativa si se refiere a un conocimiento profundo y fundamental de la tierra que han vivido con intensidad. Un gobierno que no atiende los llamados más profundos de sí mismo no es consecuente y, en esa medida, tampoco sabe.

Da Cunha se explica así el poder de Antonio Conselheiro, a quien él no considera otra cosa que un loco, y también por eso entiende que se pueda haber producido un fanatismo tan exacerbado, capaz de conducir a extremos tan terribles. La guerra de Canudos culminó con gran violencia, en una masacre en la que murió una multitud que renegó muchas veces de la oportunidad de salvarse. Lo que pasó es absurdo porque un crimen de esa

¹²⁹ Victor Hugo, *op. cit.*, tomo 1, p. 23.

¹³⁰ *Ibidem*, tomo 2, p. 319.

¹³¹ *Ibidem*, tomo 2, pp. 318-319.

naturaleza es inconcebible. Vargas Llosa parece encontrar la explicación en la incomprensión que había entre hombres que pertenecían a dos mundos completamente distintos: era como si hablaran diferentes idiomas. Lo cierto es que lo inconcebible efectivamente se produjo y que el desencuentro pesó lo suficiente como para desembocar en las más terribles y ya conocidas consecuencias.

Da Cunha llama a la guerra de Canudos un reflujo de la historia del Brasil. De pronto salió a la luz, y con violencia, una multitud de gente del pasado, que pertenecía a la vieja historia y que ya no tenía nada que ver con el nuevo Brasil.

Porque estas psicosis epidémicas asoman en todos los tiempos y en todos los lugares como anacronismos palmarios, contrastes inevitables en la evolución desigual de los pueblos, manifiestos sobre todo cuando un amplio movimiento civilizado impele vigorosamente sus capas superiores.¹³²

Es cierto que una corriente civilizadora ya ocupaba el país y que se cobraba víctimas entre los sectores más atrasados, incapaces de seguirle el paso. En el siglo XIX el valor del progreso, la importancia de la civilización, no eran cuestiones que se pusiesen en duda y por ello es sencillo comprender que los países se atropellaran en la pretensión de ir al frente pese a las sensibles incongruencias que podían alojar en su seno. En este momento muchas de las ideas de la modernidad están en crisis y el costo de esas civilizaciones ya no nos parece tan natural. Ahora se revelan esas identidades múltiples de los países latinoamericanos ante las que por mucho tiempo se cerraron los ojos. Lo cierto es que esa pluralidad que ahora se manifiesta tan

¹³² Euclides da Cunha, *op. cit.*, p. 167.

valiosa, entonces era un estorbo para el progreso y una dificultad que debía superarse a cualquier precio. Por eso es que la masacre se explica, aunque de ninguna manera se justifica.

Porque la situación la describe da Cunha con acierto: Brasil, un litoral vastísimo, se encontró de improviso con la República. Con ella llegó una afluencia de ideas modernas que integraba sólo a una parte de la población. Esa civilización de prestado fundaba una nacionalidad con base en un sector. En este sentido es cierto que las nuevas ideas correspondían al imperativo de un fragmento muy importante del país. El problema es que al margen quedaba otro, que, según dice da Cunha, se separaba por una distancia infranqueable: era la distancia del tiempo, el alejamiento que significaban sus trescientos años de atraso.

Los procesos civilizatorios actúan por dos vías opuestas, en la medida en que afectan a los pueblos como agentes o como recipientes de la expansión civilizadora. Primero, la aceleración evolutiva, en el caso de las sociedades que, dominando autónomamente la nueva tecnología, progresan socialmente preservando su perfil étnico cultural y, a veces, expandiéndolo sobre otros pueblos, en forma de macroetnias. Segundo, la actualización histórica, en el caso de los pueblos que, sufriendo el impacto de sociedades más desarrolladas son subyugados por ellas perdiendo su autonomía y corriendo el riesgo de ver traumatizada su cultura y descaracterizado su perfil étnico. (...) En la primera etapa de este proceso predominan el exterminio

intencional de sectores de la población agredida y la deculturación de los contingentes avasallados.¹³³

La lectura que hace da Cunha de la situación que dio lugar a la guerra de Canudos es la interpretación de un pensador moderno, que confía plenamente en el futuro y en que ese futuro implica un progreso que es el resultado obligatorio de una línea ascendente. Asume que el criterio absoluto para desacreditar la legitimidad de Canudos y de sus reivindicaciones -o de su muy particular manera de sugerir sus reivindicaciones- es el hecho de su atraso. Si el progreso es el parámetro indiscutible para medir, no queda duda de que los hombres de Canudos representaban un lastre. Sin embargo el siglo XX decepcionó muchas de las convicciones de la modernidad y probó que el progreso puede desenvolverse en muchos sentidos, entre los que gran parte resultan al fin muy peligrosos. Tal vez por eso cabe ahora pensar en los otros puntos de vista, en las otras consideraciones que la pluralidad es capaz de sacar a la luz. De este modo, la lectura que una persona en este momento puede hacer de esos hechos históricos que aparentemente fundaron la nacionalidad de un país, ahora pone atención en los sacrificios que se efectuaron por el camino. Y eso seguramente no se hace sólo por construir nuevos héroes. En realidad el esfuerzo por devolver la legitimidad a los rebeldes de Canudos, por ejemplo, también puede deberse a la iniciativa de descubrir otros rasgos de una personalidad múltiple que, en el brasileño moderno y en los latinoamericanos en general, pudiera dar soluciones para los problemas peculiares de este siglo y de esta situación que los modos modernos no consiguen resolver. Se busca en la historia para rescatar antiguas maneras, tal vez más efectivas, de corregir los problemas de siempre y los problemas nuevos.

¹³³ Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (Cuadernos latinoamericanos), 1969, pp. 35 y 37.

El hecho es que da Cunha reconoce que las herramientas que habían adoptado los países modernos como resultado de su desenvolvimiento natural, en Brasil se implementaron de una manera irreflexiva, aunque efectivamente habría existido un sector muy grande de la población que podía integrarse. Aquellos rudos compatriotas que quedaron a la zaga son, para da Cunha, más extranjeros que los inmigrantes de Europa. Llama *imprevisión* al hecho de haber permitido que se formase un núcleo de agitados, ya que supone que la situación podría haberse anticipado y evitado. Lo cierto es que: "(...) con arrojo digno de mejor causa los batimos a carga de bayoneta, reeditando a nuestro turno el pasado, en una expedición sin gloria, reabriendo en los parajes infelices los rostros borrados de las bandeiras."¹³⁴

Dice da Cunha que el agitador sertanero pretendía acabar con las instituciones nacientes. Para ellos la República era impía y anunciaba la presencia del Anticristo. Era labor del piadoso combatirla para ganar la tierra y atraerse la bendición de Dios. La ley de la República llamaba a la gente al pecado y todos los hombres de Dios debían luchar contra ella porque era diabólica. Sin ir más lejos, el matrimonio civil mismo atentaba contra la ley de Dios y obedecía al Can (parece ser que el Mal se identificaba con un perro). El gobierno era demoníaco y debía ser combatido.¹³⁵ En este sentido, Roig se refiere a las reformas liberales que llevó a la práctica el positivismo:

¹³⁴ Euclides da Cunha, op. cit., p. 168.

¹³⁵ "Seguindo o ensinamento do Conselheiro -escribe Aleilton Fonseca- os sertanejos acreditavam na investidura divina do poder monárquico. Assim, a República é vista como uma "desordem" que deverá ser corrigida pelo poder divino. Decorre disso a oposição recorrente no texto: a Monarquia representava a lei de Deus, enquanto a República representava a lei do 'cão' (designação corrente de diabo, personificação do mal, na linguagem sertaneja). Registram-se nos versos a consciência de que os republicanos eram influenciados por idéias estrangeiras, a crítica ao cunho militarista do novo regime, a censura aos padres e doutores que o apoiavam. Há, na seqüência, uma recusa veemente à implantação do casamento civil. Uma maldição é lançada aos republicanos:

Queimados seja aquele
Que a Deus não der lovor
do Ceo não espera nada

Sabido es que el positivismo, tal como aparece caracterizado en las obras de Comte, es una filosofía cuyos límites y posibilidades coinciden con los del saber científico experimental. Esto ha llevado en ocasiones a confundir ciencia con filosofía positiva y a señalar antecedentes de la segunda, apoyándose en la existencia de desarrollos de aquel tipo de saber científico. Es necesario reconocer sin embargo, que la difusión del positivismo impulsó un mayor desarrollo de la ciencia experimental y que el crecimiento de ésta incidió, a su vez, en la constitución del saber filosófico. No cabe duda que es posible, pues, hablar de interrelaciones y de mutuas influencias. La fuerza con la que se afirmó el conocimiento científico-natural como modelo exclusivo y riguroso del saber filosófico generó una tendencia, no necesariamente científica, a la que se denominó científicismo. Esta ideología fue utilizada en las luchas entre positivistas y anti-positivistas, en particular estos últimos, militantes católicos. El científicismo vino, por otro lado, a heredar las viejas disputas liberales en favor de una sociedad laica. Antes de la aparición del positivismo ya los liberales habían luchado contra la Iglesia Católica en favor del matrimonio civil, de los cementerios laicos y de la separación de la Iglesia y el Estado, ideales que fueron asumidos en un proceso de ampliación que con los positivistas alcanzó con

no Inferno acabarão.

Cfr. Aleilton Fonseca, "Os Sertões: as prédicas de Antônio Conselheiro e a poesia de Canudos", en *Olho da História. Revista de História Contemporânea*, Salvador, Bahia, Núm. 3. Reproducido en <http://www.ufba.br/~revistao/03fonsec.html>.

virulencia la enseñanza pública, en todos sus niveles.¹³⁶

Pero siguiendo el orden de los acontecimientos, cuenta da Cunha que en 1895 un misionero capuchino fue a Canudos, lo que podría haber facilitado una reconciliación y la dispersión de los hombres armados. El enfrentamiento con el gobierno estaba asentado desde que el Conselheiro renegó de las leyes de la República y una tropa lo atacó en Massete. Desde entonces el Conselheiro y sus hombres se habían concentrado en Canudos, donde era cosa sabida que la palabra de este mesías era la única ley. Era preciso devolver al orden a este pueblo sertanero porque, ya se sabe, el crimen era cosa permitida fuera de las fronteras de Canudos y además era ciertamente peligroso permitir que un grupo armado renegara del gobierno. Sin embargo, para aligerar las relaciones con el Conselheiro hubiera sido preciso actuar con prudencia. El misionero fue muy bien recibido en Canudos, fue invitado a visitar ese inmenso templo que construían en común y cuando se dio la oportunidad criticó la doctrina del Conselheiro. Con argumentos políticos quiso explicar que Dios respaldaba a la República del mismo modo que antes había respaldado a la monarquía y que la iglesia estaba con el gobierno. El Conselheiro le permitió cumplir con su misión, pero sus palabras y, sobre todo, la insistencia con que trató los temas políticos, pronto lo enemistaron con toda aquella gente. Eran dos discursos distintos que se enfrentaban, sordos ambos, sin posibilidad ninguna de reconciliación. Chocaban, uno contra otro, los argumentos enemigos. El misionero se fue sin haber logrado tender ningún lazo de contacto. Una anécdota semejante había ocurrido en Tomóchic.

¹³⁶ Roig, Arturo Andrés, *Consideraciones histórico-críticas sobre el positivismo en Hispanoamérica y el problema de la construcción identitaria nacional*, op. cit., p. 8.

En el Brasil, la década de 1890 estuvo pletórica de insurrecciones y de agitadores. Paralelamente en México, movimientos de inconformes explotaban en el norte de la República. Las coincidencias son muchas, cosa que describo con más amplitud más adelante, y me atrevería a decir que la semejanza abarca mucho más, a gran parte de la América Latina que, forzada a adoptar sistemas políticos y objetivos determinados para estar a la altura de la competencia mundial, endurecía la presión sobre las minorías atrasadas.

Pero concretamente en Brasil, la insurrección de Canudos parecía un poco oculta entre la abundancia de levantamientos que se suscitaban en otras ciudades: el gobierno de Bahía debía hacer frente a la inconformidad y a los criminales de Lavras Diamantinas, de Brito Mendes y de Jequié. El autor atribuye esta situación a la indisciplina ancestral de los sertones. Dice que los yagunzos son herederos de otros agitadores: aquéllos que desertizaron la tierra, a la busca de minas. De este modo, el desorden de la región, más que casual, sería casi parte de una tradición, de una antigua costumbre, de una predisposición aprendida por el hábito. La región sertanera habría producido una curiosa ociosidad que era, paradójicamente, el resultado de esa misma tierra exigente que por momentos podía pedir tanto trabajo para vivirse. Los hombres de los sertones se hicieron saqueadores a la vez que furiosos luchadores, templados por su dura tierra.

(...) y de la envergadura atlética del vaquero surgió, temerario, el yagunzo. Nuestra historia, tan maltratada por indisciplinados héroes, adquiriría a uno de sus más sombríos actores. Se hizo la metamorfosis de la situación anterior: junto a la sociedad robusta y tranquila de los camperos, una y otra, que se caracterizaba por su nomadismo desenfrenado, por su

combatividad bullanguera y por una ociosidad singular surcada de tropelías.¹³⁷

Por último, en relación con el sertanero, aclara da Cunha la distinción entre el *cangaceiro* y el *yagunzo*, ambos reunidos en la campaña de Canudos:

Se diferenciarían por el arma que portan. Da Cunha los llama productos idénticos¹³⁸, igual de feroces, igual de peligrosos, que pueden distinguirse en dado caso solo porque prefieren armas diferentes (el *cangaceiro* prefiere la *paranaíba*, dice da Cunha). Los unió la insurrección de la comarca de Monte-Santo, que acogió espontáneamente a estas dos fuerzas. Antes los *yagunzos* apuntaban sus incursiones hacia el norte y los *cangaceiros* hacia el sur.

-Canudos se defiende.

La causa directa de la lucha de Canudos fue un incidente que, en principio, no hubiera tenido ninguna importancia. Era octubre de 1896 y Canudos estaba entregado a la tarea de la construcción del templo. Hacía falta madera y las *caatingas* no podían proveer a la población de una cantidad suficiente. Por ello Antonio Conselheiro se vio precisado a tratar con las autoridades de Joazeiro que, llegado el fin del plazo estipulado para entregar el material, no lo consiguieron. Ello puede haberse debido a la venganza personal de uno de los representantes del pueblo. En cualquier caso la circunstancia parecía muy menor para la medida de sus consecuencias: Antonio Conselheiro respondió amenazando con atacar Joazeiro y arrebatárles esa madera que se rehusaban a entregar. El gobernador de Bahía se dirigió al presidente de la República, que a su vez envió una tropa al mando

¹³⁷ Euclides da Cunha, *op. cit.*, p. 179.

¹³⁸ *Ibidem.*, p. 182.

del teniente Manuel da Silva Pires Ferreiro. Dice da Cunha que ésas fueron providencias cortas en relación con la importancia que había ganado en los últimos años la figura de Antonio Conselheiro.

Hacía ya veintidós años que el Consejero recorría los sertones y había construido diecisiete iglesias. Había fundado el poblado de Bom Jesús, reconstruido cementerios y represas de agua. En realidad era ya un símbolo de aquella región del interior de Bahía y de algún modo su historia había trascendido. Se conocía que se había opuesto a las leyes de la República y que en Massete había derrotado a un grupo policial muy grande. Se sabía, por el misionero fray Juan Evangelista de Monte Marciano, que en Canudos había más de mil hombres armados. Además la temeridad de los sertaneros era cosa conocida y también el hecho de que respondían al Consejero incondicionalmente. Era, pues, evidente, que un enfrentamiento debía pensarse con cautela y que el ejército de contención que se enviara debía ser grande. En cambio, mandaron una fuerza de cien soldados.

El 7 de noviembre de 1896, la tropa llegó a Joazeiro, y el doce se dirigió a Canudos. No tenían los recursos suficientes para enfrentar aquella región sertanera, de clima y terreno tan hostil. Dice da Cunha que para ellos, ignorantes del modo de tratar aquel entorno, el día *se desdobló abrasador, sin sombras*. La temperatura era elevadísima y el paraje tortuoso. La expedición llegó agotada a Uauá el 19, y no entendió que la huida clandestina de todos los habitantes del pueblo durante la noche significaba que le eran fieles al Consejero y que la noticia de su presencia iba a llegar muy pronto a Canudos. De este modo, fueron los yagunzos los que se desplazaron a Uauá y sorprendieron a la tropa, aunque eso relativamente. "Evitando las ventajas del ataque nocturno, llegaban los sertaneros con el día y se

anunciaban desde lejos. Despertaban a los soldados para la lucha."¹³⁹

Dice da Cunha que lucían como un grupo de pacíficos penitentes y que eran mil, aunque por rumores se llegó a creer que tres mil. Llegaron a Uauá mientras los soldados dormían y los tomaron totalmente por sorpresa. De todas formas había una fuerte desigualdad en las armas que portaban, y entre los yagunzos las bajas fueron enormes, pese a su ventaja numérica inicial. Se dice que murieron ciento cincuenta sertaneros y diez soldados. A pesar de que la tropa podría haber estado en condiciones de proseguir la campaña, la ferocidad de los sertaneros amedrentó al comandante, que ordenó la retirada. Aunque, en principio, ganaron, refiere da Cunha que el aspecto que presentaban los soldados al volver, heridos y con la ropa deshecha, era de derrota. De este modo, la noticia que trascendió en el país, el rumor que formó las opiniones, fue el de aquellos yagunzos temerarios, y de aquella guerra que se aproximaba sin remedio.

Porque es preciso insistir en que la separación entre los sertones y el resto del país era muy grande. Hasta aquel momento una región aislada, que prácticamente no existía para la realidad nacional, había visto crecer a hurtadillas una figura poderosa que no podía manifestar sus dimensiones más allá de la frontera de aquella zona donde regía sólo su palabra. De pronto surgía ante el país como un peligro, tal vez mucho más grande de lo que realmente era, y seguramente no se le comprendía. La absoluta incomprensión la expresa muy bien Vargas Llosa, cuando refiere la distancia que había entre las pretensiones de los sertaneros y las interpretaciones que, sobre sus acciones, podían hacerse en el exterior. El hecho es que una realidad social distinta, las diferencias en la tradición, en las formas de vida, en las aspiraciones y, en suma, el aislamiento, consiguen que las

¹³⁹ *Ibidem*, p. 189.

personas se diferencien hasta un punto tan extremo que llega el momento en que no hay ni siquiera manera de comunicarse y, con mayor razón, si falta el interés. Es evidente que, por parte del gobierno, no existía el afán de entender la peculiaridad de estos hombres nacidos casi en otro tiempo, pero si así hubiera sido, también la comunicación hubiese sido cosa muy difícil: los parámetros que regían las formas de pensar de ambos bandos eran prácticamente opuestos, no había puntos de contacto, chocaban los argumentos de los unos contra los de los otros.

-Visión pictórica y teatral de las caatingas.

La segunda expedición estuvo constituida por doscientas cuarenta y tres personas. Existía ya como antecedente la derrota del contingente que había tenido como tarea terminar con el problema de raíz. Además las exageraciones habían hecho de los yagunzos hombres muy temidos. A pesar de que la tropa iba bien armada, aún no se entendían cabalmente las dimensiones de aquel enemigo con el que se iba a combatir, y eso es notorio en el hecho de que no anticiparon los problemas del terreno, la sequedad del aire, el calor, la intrincada ruta de los sertones, la dificultad de no conocer el entorno en lo absoluto. Lo cierto es que, como ya advirtió da Cunha, el sertón resultó un combatiente más, una ayuda muy importante para los yagunzos.

La lucha es desigual. La fuerza militar decae a un plano inferior. Bátenla el hombre y la tierra. Y cuando el sertón arde en los bochornos de los estíos prolongados, no es difícil prever a quién cabe la victoria. Mientras el minotauro, imponente y pujante, inerme en su envergadura de acero y garras de bayonetas, siente su garganta researse de sed, y a los

primeros síntomas del hambre, refluye a retaguardia, huyendo ante el desierto amenazador y estéril, aquella flora agresiva abre al sertanero un seno cariñoso y amigo.¹⁴⁰

Es evidente que las *caatingas* desgastan a la tropa aun antes de que se haya enfrentado al enemigo propiamente dicho. Un hombre se hace a la tierra y entonces esa tierra, que no era ni por asomo hospitalaria, lo acoge mejor que cualquier otra. La obra de da Cunha es muy plástica: recrea magistralmente el paisaje en su desolación absoluta, en su crueldad. Escogió penetrar en la historia a través del entorno y ha descrito hasta los rasgos más específicos su tremenda hostilidad. Por eso cuando el entorno agrade a la tropa, esta derrota anticipada se explica claramente: es evidente que sin conocimientos del terreno, enfrentarlo era imposible. También era natural esperar que los yagunzos se movieran por esta tierra familiar aprovechando todos sus recovecos, todos sus escondites. Su paisaje se prestaba al juego y le regalaba la posibilidad de escurrirse y de sorprender.

Berthold Zilly se refiere al modo plástico, sugestivo y emocionante en que los hechos y el paisaje son evocados. Dice Zilly que, tanto en la composición general como en la construcción sintáctica, el libro se configura como una escena pictórica y teatral.

É um teatro encenado por um historiador poético, com postura de professor, advogado, acusador perante o tribunal da civilização e da posteridade. Em última análise, sua retórica evocadora de quadros e cenas visa emocionar o público constituído pelos letrados do

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 198.

Brasil e do mundo, sentados, por assim dizer, num vasto anfiteatro ao redor do autor que declama em voz alta a sua mensagem. Ele quer dizer que a arte está ao serviço da busca da verdade histórica e da ética política: a construção de uma nação civilizada, com direito à vida e cidadania para todos, e a condenação, ao menos moral, dos assassinos governamentais e seus cúmplices, inclusive a indústria bélica européia.¹⁴¹

Las caatingas entran en la lucha y se vuelven impenetrables para el forastero. Como en Tomóchic, la tropa siente que arremete contra un enemigo invisible que va acabando con todos sin que ni siquiera puedan saber de dónde es que proceden las balas ni dónde se esconden los yagunzos. Esta circunstancia, dice da Cunha, le devuelve a estos hombres mayores sus terrores infantiles, y reduce la tropa al descontrol y a la indisciplina. Es importante señalar el paralelismo que aquí se manifiesta con los hechos de Tomóchic porque en ambos casos el entorno ayuda a los rebeldes, que aprovechan su conocimiento para despistar y burlar a sus perseguidores (aunque en el caso de los tomochitecos esta ventaja esté desaprovechada por el empeño de Cruz Chávez de no actuar más que a la defensiva). Pero también esta fraternidad del terreno trae constancia de otra realidad, y es que las tropas invaden un territorio que no les corresponde, con imposiciones que pugnan por introducirse a la fuerza. La circunstancia misma sugiere una intromisión, sobre la que haría falta efectuar un estudio minucioso. No se sabe si la razón asiste una intervención de esta naturaleza. Lo cierto es que el intruso se revela como tal, cuando un entorno que en sí mismo no puede tener preferencias, se

¹⁴¹ Berthold Zilly. "A guerra como painel e espetáculo. A história encenada em Os Sertões". História, Ciências, Saúde-Manguinhos, vol. V (suplemento), XX-XX julho de 1998.

vuelve tan hostil con el extranjero como el que lo habita. La tropa está en un lugar que no es suyo: penetra sin permiso en una casa ajena.

Desde un principio la rebeldía sertanera se consideró insignificante. Se sucedieron una y otra vez los menosprecios, y en razón de esos menosprecios las tropas, superiores en armas, preparadas para la guerra, deudoras de la estrategia, eran derrotadas de una manera inesperada. Lo mismo que en Tomóchic, un grupo de revoltosos que enarbolaba una singular fe religiosa, que tenía la fuerza de la tenacidad y una convicción absoluta, se servía de su tierra y de sus escasos recursos para retar al poder de un gobierno y de todas sus instituciones.

La campaña emergente se organizó desde Monte-Santo. Da Cunha se refiere al antecedente histórico que representaba la agitación política de los *chouan*, en Vendée. Ambos levantamientos coinciden en el misticismo que unía a los rebeldes, en su osadía, en una naturaleza de cara doble: era dócil para sus pobladores amotinados, y angulosa y difícil para los invasores. Este paralelismo también es eficaz con los acontecimientos de Tomóchic y, de hecho, en este último caso, se sabe que Frías imitó la forma de la novela que Zola había escrito sobre el acontecimiento -titulada *La Débâcle*- para armar la suya.

Lo cierto es que el antecedente no sirvió como experiencia y que se procedió, en Canudos, como si la historia no certificara ningún otro recuerdo semejante. El gobierno bahiano subestimó la rebelión de Canudos aunque sí atajó su significación a tiempo para interpretar y difundir la versión de que se amenazaba la soberanía del Estado, de que se desprestigiaba su autoridad. En poco tiempo se hizo necesaria la intervención de la nación entera.

La guerra era noticia diaria de los principales periódicos del país, que mantenían corresponsales en el frente de batalla. Antonio Conselheiro era citado, inclusive, en periódicos de Europa y de los Estados Unidos, dada la dimensión de los conflictos, que habían trascendido el carácter regional y adquirido el de una verdadera guerra civil.¹⁴²

-Comienza la historia.

Es aquí donde da Cunha ubica el principio de la historia, propiamente dicho. Las circunstancias están planteadas para el verdadero drama, que es esa masacre sin escrúpulos del poblado de Canudos. Está sentada la base de dos derrotas, y precisamente esas dos derrotas de algún modo justifican una reacción enérgica y desmesurada, que se corresponde con la incredulidad de haberse visto vencidos. En Canudos, entretanto, se aíslan entre ruinas y se aprestan para una lucha sin cuartel.

A Monte-Santo llegan los expedicionarios el 29 de diciembre. La base de las operaciones se establece en el poblado de Fray Apolônio de Todí, que reúne unas condiciones climáticas y de ubicación privilegiadas. Son tres cuerpos de batallones, policía, una pequeña división de artillería, dos cañones Krupp y dos ametralladoras Nordenfelt. En total 543 plazas, catorce oficiales y tres médicos.

Era preciso un gran ejemplo y una lección. Los rudos impenitentes, los delincuentes retardatarios, que tenían la gravísima culpa de un apego estúpido a las más rancias tradiciones, requerían un correctivo

¹⁴² Cícero Antonio D. de Almeida, Especial para A Folha de São Paulo, 21 de setembro de 1997, p. 1.

enérgico. Era preciso que saliesen, al fin, de la barbarie con que escandalizaban nuestro tiempo, y entrasen repentinamente, civilización adentro, a planazos.¹⁴³

Pero, en realidad, otra vez se apresuraron demasiado a anticipar la victoria. Partían de la base de que con el armamento eran imbatibles y lo que iba a resultar definitivo era el ánimo de los sertaneros, resueltos a eliminar al Anticristo. Dice da Cunha que la guerra en sí misma es ilógica y que aunque la estrategia es importante, aunque la táctica y las armas participan, se impone la sustancia esencial del hombre más primitivo: su pasión. De este modo los soldados, separados porque no los unía nada más que una tarea común que no los comprometía íntimamente, en realidad iban a la lucha con desventajas, sin motor. No los impulsaba la conciencia del peligro, ni el miedo, ni la seguridad de su causa. No se movilizaron con rapidez porque se habían convencido de antemano de su triunfo obligatorio. Postergaron la marcha quince días y se sumergieron en una inactividad sin sentido que los debilitó aún más. La tropa, indica da Cunha, se desarmaba a medida que se aproximaba al enemigo.

El autor afirma que la campaña de Canudos denuncia una completa incomprensión de la guerra y que la derrota, en estos términos, era inevitable. No preveían ataques repentinos ni nada que correspondiera a la naturaleza especial del enemigo. La disposición de las fuerzas se estableció de acuerdo con viejas tácticas y sin ni siquiera considerar el terreno.

La lucha, digamos con más acierto una cacería al hombre, una batida brutal en torno de la carnada

¹⁴³ Euclides da Cunha, *op. cit.*, p. 206.

monstruosa de Canudos, iba a reducirse a ataques feroces, a esperas sagaces, a súbitas refriegas (...) ¹⁴⁴

Hubiera sido preciso un estratega revolucionario porque las situaciones que plantearían en el combate iban a ser diversas, originales, debidas al terreno y al carácter especial del adversario. En cambio los atacantes se adecuaron a un plan previo que no consideraba la circunstancia particular con la que se enfrentaban. Los hombres estaban prácticamente indefensos, aunque cargando armas muy sofisticadas, caminando en un paraje desconocido y acorralados por una naturaleza salvaje. Andaban en desorden, y la imaginación, aunada a la posición que ocupaban en el terreno y que sugería a cada paso la posibilidad de la emboscada, contribuía a llenarlos de temores.

Era el 12 de enero de 1897.

Tomaron el camino de Cambaio, que era el peor. Era preciso que se movilizaran con rapidez, y los detenía la artillería, que no podía andar en aquel accidentado terreno. Desperdiciaban las energías en afrontar los declives abruptos, los parajes pedregosos y sinuosos, los senderos repentinamente angostos. Pero además eran imprudentes. Acamparon en Ipueiras, donde hubiese sido cosa fácil emboscarlos y arrasarlo con todos en un ataque por sorpresa. Tuvieron suerte de que los yagunzos no llegaran hasta allí. Después el terreno se volvió más difícil y además se terminó el alimento. Dice da Cunha que el combate estaba perdido y todavía no habían disparado un solo tiro. Por el camino los traicionaron los cargueros y sólo gracias a Domingo Jesuino, el guía, pudieron orientarse.

Luego los sorprendió el enemigo, que se había deslizado silenciosamente entre las matas. Fue un ataque sorpresa, que además caía sobre una tropa derrotada de antemano por el calor y

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 209.

el cansancio. Como en Tomóchic, los gritos de los yagunzos eran vivas al "Buen Jesús". Enarbolaban una fe contra una tropa que defendía el prestigio de un gobierno. En apariencia, entre ambos no había puntos de contacto para explicar aquella guerra sertanera de una forma razonable.

De momento los cañones amedrentaron a los yagunzos en su primera embestida. Habían dispersado a la tropa, que se confundía ante lo imprevisto del ataque, pero pudieron reorganizarse cuando los sertaneros retrocedieron. Entonces el enfrentamiento tomó un aspecto más parejo y de algún modo las columnas recuperaron parte de su ventaja. Unos tenían la sofisticación de las armas y los otros la ayuda del terreno y su propia ferocidad. La lucha, cuando se precipita de esta manera y llega la hora en que se defiende la propia vida, se vuelve encarnizada.

Da Cunha presenta aquí al primer personaje y por el cuidado con que penetra en su actuación comienzan a manifestarse los rasgos que han aproximado a la obra al género de la novela. El libro de da Cunha es tan importante para la nacionalidad brasileña porque logra hacer un análisis antropológico y sociológico del brasileño en general, y porque, además, es minucioso en la descripción de la región y de los modos en que ésta afecta a sus hombres. En este sentido es, más que una novela, un ensayo reflexivo y total sobre un hombre y sobre una región: se sirve de todos los recursos posibles para entender a ese mestizo peculiar de la zona sertanera. Pero aparece un ingrediente humano cuando da Cunha comienza a recrear los personajes, y entonces nuevos matices dan la impresión de que la obra es imaginativa y de que, por tanto, constituye una novela de curiosa estructura. Sin embargo, en esta obra en particular, parece especialmente violento el esfuerzo de encasillarla en un género determinado. Es cierto que el autor debe de haber contribuido con su imaginación a completar la figura de los

hombres de Canudos, que pueden llegar a ser tan próximos, pero más bien parecería éste otro recurso del que se sirve para penetrar realmente en la verdad de esa guerra sertanera. Decir que esta obra es una novela, en sentido estricto y con las implicaciones que esto supone, es, tal vez, un poco apresurado. Yo diría más bien que el periodista que fue da Cunha no quiso limitarse a las exigencias de un género y decidió servirse de todos los recursos que tuviera a la mano para decir la verdad sobre el suceso que presencié. En este sentido es que pienso en la obra como una recreación total, ambiciosa, expresiva y tremendamente amplia.

En cierto sentido, la obra corresponde a la noción que, de novela, tiene Menéndez y Pelayo. "Género tan antiguo como la imaginación humana es el relato de casos fabulosos" -escribe don Marcelino Menéndez y Pelayo en sus (...) *Orígenes de la novela*-. Agrega, estableciendo un paralelo ineludible y en extremo provechoso, que la epopeya es una "narración muchas veces grandiosa, compañera de la primitiva civilización, teogónica primero y después heroica." Definiendo mejor el parentesco, añade: "la novela, el teatro mismo, todas las formas narrativas y representativas que hoy cultivamos son la antigua epopeya destronada, la poesía objetiva del mundo moderno, cada vez más ceñida a los límites de la realidad actual." "Repitamos: 'epopeya destronada' es la novela. Además, puede llamársela la poesía objetiva del mundo moderno." Luego aclarará más aún Menéndez y Pelayo: "La poesía épica, contemporánea de los primeros esfuerzos y de las primeras conquistas del trabajo humano, no domina la realidad, sino que es dominada y sobrepujada por ella." Lo cual indica, sin lugar a dudas, que cuando la novela no logra dominar a su objeto o asunto se identifica con la epopeya, "contemporánea

de los primeros esfuerzos y de las primeras conquistas del trabajo humano."¹⁴⁵

Luis Alberto Sánchez considera que la novela americana es dominada por su objeto y que, en ese sentido, está muy cerca de la epopeya. Dice que está en una etapa preadulta. Para explicar esto se refiere a que los escritores americanos no terminan de encajar en el género y a que un sentimiento de incomodidad los agobia al moverse en él. Éste de ningún modo puede ser caso de da Cunha, cuya familiaridad con la obra y su dominio son indiscutibles. Sí se adecua a la visión de la novela como una materia grandiosa, de maravillosos alcances y profundamente penetrante. Su objetividad, su capacidad de abarcar una realidad mayúscula, es notoria.

Tanto Berthold Zilly como Roberto Ventura se han referido al carácter trágico de *Os Sertões*.

Berthold Zilly, tradutor alemão da obra, obsevou que o engenheiro-escritor recria a guerra como tragedia, em que o não-herói, o sertanejo, se revela como o único herói numa transfiguração quase milagrosa de apoteose: "A História é apresentada como trágica, repleta de infelicidades, infamias e catástrofes, um imbricamento de progressos e retrocessos marcados por hecatombes." O espaço geográfico se transforma, nas palavras de Euclides, em palco de um "emocionante drama" histórico. O sertão de Canudos é um "monstruoso anfiteatro", cujo isolamento se reforça pelo majestoso círculo de montanhas, que evoca os teatros ao ar livre da antigüidades. A matança dos prisioneiros é tomada como

¹⁴⁵ Luis Alberto Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*, 3a edición, Madrid, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, 1976, p. 15. Cita a Marcelino Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, reedición, Buenos Aires, Emecé Editores, tomo 1, pp. 12 y ss.

"um drama sanguinolento da Idade das cavernas", ou uma "inversão de papéis", em que os soldados e oficiais, supostos representantes de civilização, agiam de forma bárbara.¹⁴⁶

En la rebelión de Canudos, João Grande era el jefe, un negro corpulento y ágil. Lo describe da Cunha como un hombre feroz, que se mueve de un lado a otro evadiendo las balas y atacando por todos los flancos. La lucha es desigual cuando las armas determinan el favor para la tropa, que mata desde la distancia grupos de indefensos yagunzos. Avanzan entonces sobre la artillería sin miedo, con ese arrojo suicida que también es de los tomochitecos y que no se sabe si atribuir a un poderoso motivo, a un afán íntimo de autodestrucción o a una tremenda inconciencia. Lo cierto es que en este primer enfrentamiento muere João Grande en un alarde de valor: a su lado explota una granada mientras arremete contra la artillería.

Pero es evidente que cuando los soldados han de enfrentarse con los yagunzos, sin armas de por medio, la ventaja la lleva de sobra el sertanero. Lo que define aquel primer combate es el poder de las armas, que deja un saldo de cuatro soldados muertos contra la desproporcionada cantidad de los ciento quince cadáveres sertaneros. Pese a eso, es difícil saber en qué medida se ha mermado la fuerza de los yagunzos, cuya cantidad se ha supuesto dentro de un margen amplísimo. Podrían ser quinientos o podrían ser cinco mil.

En la novela sobre los tomochitecos hay momentos entrañables que nos llaman a lamentar su suerte y que poco a poco nos devuelven una imagen muy próxima de su tragedia. Uno de ellos, el primero, es cuando se cierra el combate con la muerte de un niño. De este modo, los rebeldes nos resultan familiares y no un

¹⁴⁶ Roberto Ventura, "Euclides da Cunha: a história como tragedia".
<http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

enemigo hostil al que hay que eliminar sin remordimientos. La fiereza de los tomochitecos, como la de los yagunzos, es la primera certidumbre que llegamos a tener sobre ellos, y ciertamente lo salvaje atrae instintivamente el acto de cazar. Así nos acercamos a ese enemigo con la certeza de que es casi un animal. Pero luego, cuando en el combate este enemigo -intangible en Tomóchic y demasiado general en Canudos- se convierte en un individuo, su tragedia se aproxima a nosotros hasta que entendemos cabalmente que se está asesinando a un hombre. Creo que este momento en *Os Sertões*, que equivale de algún modo a la muerte del niño de Tomóchic, es cuando un grupo de yagunzos que ha huido se refugia en una barranca, todos agazapados e intentando protegerse. Una granada explota a su lado y vence las piedras bajo las cuales se esconden, de tal modo que se derrumban sobre ellos y los sepultan. Esta terrible muerte nos mueve a la compasión que es, ciertamente, el ánimo que nos ganará durante el resto de la historia.

La tropa se engaña, dice da Cunha, cuando cree que ha triunfado. La ilusión de que ha derrotado a los yagunzos otra vez la coloca en condiciones de ser atacada por sorpresa, cosa que la desconcertaría y que la agotaría. En general corre en contra de estos hombres la mentirosa seguridad de que han de ganar sin esfuerzo. Aunque en apariencia el combate no los ha mermado, todos los errores se han sumado para decidir su cansancio. Entretanto los yagunzos se mantienen en acecho y los cercan mientras duermen.

Al otro día los sertaneros los atacan cuando todavía no se han organizado. Los expedicionarios están a tiempo de responder con las armas, pero pronto todo se define en una lucha cuerpo a cuerpo. Es la primera vez que los expedicionarios ven a la cara a su enemigo y la pelea es feroz. En este caso particular el enfrentamiento se construye a partir de la repetición de los

mismos incidentes, una y otra vez. Los sertaneros recurren al sistema de guerrillas, con el que prolongan la acción indefinidamente, y van llevando a los expedicionarios al agotamiento. Lo cierto es que aunque las victorias favorecen indudablemente a los soldados, son sólo pequeños triunfos sin ninguna significación real. Los yagunzos mueren por montones pero siempre hay un reemplazo que eterniza la batalla, de modo que los intrusos se van extenuando y la tropa entera se desarma. Son derrotados por el cansancio, pese a que a la luz está visto que, estrictamente, llevan con mucho la ventaja. Por fin se ven forzados a retirarse.

El doctor Everard Albertazzi es quien declaró, hasta los pormenores, este segundo enfrentamiento con los yagunzos. De nuevo la forma de contar de da Cunha tiene algo de épico; es tan vívido que, más que una descripción fidedigna, parece un relato creado por una imaginación muy fértil. Tal vez a esto contribuye la riqueza del lenguaje del autor y el acierto de sus adjetivos. De algún modo da Cunha consigue dar vida a una escena, a un panorama, a un puñado de personajes, a una batalla. La manera que tiene de contar es profundamente creadora, en el sentido en que aproxima al lector a una realidad muy vívida.

Como en el primer combate, el resultado de la batalla es muy desigual y la derrota de los expedicionarios, ciertamente absurda. La tropa pierde cuatro hombres y cuenta poco más de treinta heridos. En cambio mueren más de trescientos yagunzos.

Cuenta da Cunha que por el modo en que las armas arrasan a los yagunzos, el pueblo de Canudos por un momento es presa del terror y algunos huyen, mientras el influjo del Conselheiro pierde terreno. De algún modo imaginan que hay algo de sobrenatural en esos tiroteos, que los derrotan casi sin que ni siquiera puedan ver de dónde provienen. Entonces, con la retirada de las tropas, el triunfo inesperado certifica un milagro del

Conselheiro. Los yagunzos creen que el prodigio es labor suya, y ven con incredulidad cómo las tropas se van cuando parecía que la victoria les pertenecía sin ninguna duda. Pero entre los expedicionarios la historia es otra, y si no han sido mermados en la batalla propiamente dicha, el agotamiento, el hambre, los heridos que debilitan las filas, finalmente han resultado un motivo suficiente. Se van, y cuando se van, los sertaneros, bajo las órdenes de Pahejú -un mestizo que, según da Cunha, es feroz y casi primitivo-, los rodean en las caatingas. La tropa anda en desorden y desanimada. Mientras tanto los yagunzos se sirven del terreno que conocen. A ellos los protege y a los expedicionarios los agota. Los persiguen y por momentos se reaviva la refriega. Los expedicionarios parecen derrotados, pero siempre que se enfrentan la suerte final la deciden las armas. De modo que los vencidos, en retirada, siguen socabando al conjunto de los sertaneros que los escoltan riendo, como si fueran los vencedores. La escena suena curiosamente contradictoria. Por fin los expedicionarios llegan a Monte-Santo.

-Moreira César.

El capítulo del libro que corresponde a la expedición de Moreira César se refiere, de forma general, a la sociedad brasileña de 1897. Como una consecuencia de la guerra civil, todavía el gobierno era frágil y el elemento revolucionario influía esporádicamente. La nación, propiamente dicha, no terminaba de saber de sí, y por ello no es extraño que en ese momento el cambio y la violencia estuviesen a la orden del día. Los diferentes sectores del país no terminaban de acomodarse a los nuevos modos de ser y de hacer, y se sucedían las explosiones del descontento.

El grupo de trabajo constituido por Ana Cristina da Silva, Julia Swarcz, Maíra Landulfo, Maria Cecilia Winter, Tila Corazza y Ynaê Lopes¹⁴⁷ se refiere a esta situación en un ensayo sobre *Os Sertões*. Hablan de que a partir de la Revolución Industrial, el capitalismo estructura moldes modernos con el surgimiento de las grandes industrias. Las potencias europeas se fortifican con las influencias en los países dependientes y los europeos establecen sus patrones de vida como universales. En este contexto, el Brasil del final del siglo XIX está marcado por innumerables agitaciones sociales. Influido por las ideologías europeas, el Estado Brasileño inicia un proceso de regeneración por el que, por ejemplo, se pretende "higienizar" Río de Janeiro mandando a la población pobre a la periferia (dando así origen a las favelas). La intención es construir una imagen moderna para el país.

Y, cuando más tarde, alguien se atreviese a definir, a la luz de expresivos documentos, su psicología interesante en aquella época, demostraría la inadaptabilidad del pueblo a la legislación superior del sistema político recientemente implantado, como si éste, por adelantarse demasiado al curso de una revolución lenta, tuviese, como efecto predominante, el extender sobre un país que se había debilitado en el marasmo monárquico, un intenso espíritu de desorden, precipitando a la República por una pendiente donde los desastres repuntaban, rítmicamente, delatando la marcha cíclica de una enfermedad.¹⁴⁸

¹⁴⁷ Ana Cristina Venancio da Silva, Júlia Swarcz, Maíra Landulfo, Maria Cecilia Winter, Tila Corazza T. Pinto y Ynaê Lopes dos Santos. "Euclides, *Os Sertões e Canudos*". Segundo Año - História / USP. En *Klepsidra*, revista online de História, Universidade de São Paulo, agosto-septiembre de 2000. Pág. Web: <http://www.klepsidra.net/klepsidra3/euclides.html>

¹⁴⁸ Euclides da Cunha, *op. cit.*, pp. 229-230.

De este modo la República parecía haber sido de alguna manera un acto violento que tomó por asalto a una sociedad que todavía no era capaz de asimilarla. Ella misma era víctima del desorden que, paradójicamente, había provocado. La desorganización ocupaba al gobierno civil -instaurado desde 1894- y era impotente para lograr que se aplicara la ley. Esto se debía a que, a falta de evolución, el cambio se había impuesto por sorpresa. Y si bien la República se hacía el propósito de servirse de los principios democráticos, la inestabilidad social no lo permitía y volvía imposible la aplicación de ningún tipo de programa. Dice da Cunha que la significación de estos principios democráticos se invertía, se desfiguraba. Brasil se convertía en una tierra sin leyes.

Y esto a causa, especialmente, del gobierno del mariscal Floriano Peixoto.

Peixoto quería sofocar la indisciplina, apegarse a la Constitución y devolver las cosas a su curso. Señala da Cunha que para ello se sirvió de las mismas armas que habían conducido a la inestabilidad y que luchó contra el desorden mediante el desorden. Las consecuencias no tardaron en dejarse ver y pronto fue patente que en vez de resolver el problema lo había recrudecido: era una época transitoria, pero lo cierto es que ya quedaba impresa en la memoria histórica del Brasil un período muy próximo al descontrol y que no había iniciativas razonables para embestir contra la violencia de los inconformes. En dado caso todo se reducía al uso de las armas: no había diálogo ni disposición ninguna para escuchar las razones de los agitadores.

Antônio Moreira César era un coronel de infantería, idolatrado por su carácter enérgico y que podía restablecer el equilibrio. Fue elegido como jefe de la nueva expedición, que ahora sí iba con el ánimo de derrotar a un grupo de agitadores

que ya no podía subestimarse. El antecedente de las derrotas daba la medida de un levantamiento peligroso, que atentaba contra las leyes de la República y contra toda aquella nueva fe que tenía su origen en la Constitución y en la democracia. Moreira César se correspondía con esta esperanza porque era una leyenda viva. Ahora jugaba el papel del vengador, del héroe invencible que iba a poner fin a la amenaza sertanera.

Físicamente era frágil pero también tenaz, ambicioso y hasta cruel. Da Cunha se refiere a él como un enfermo, como un hombre inestable que llegaba a odiar hasta extremos exagerados. Atribuye su desequilibrio a la epilepsia, que se le manifestaría más tarde, y habla de su temperamento áspero porque dada la tarea que se le había asignado, se podían anticipar arrebatos injustos e inexcusables. También de algún modo este carácter irregular es el que lo había elevado a la posición de héroe, después de la guerra civil.

Lo cierto es que, en palabras de da Cunha, en Canudos Moreira César desplegó una energía feroz y se equivocó.

El coronel Moreira César, al mando de su fuerza, partió de Bahía el 3 de febrero de 1897. Apenas cinco días después llegaron a Queimadas los mil trescientos combatientes. La movilización fue rápida pero, por el camino, Moreira César sufrió el primer ataque epiléptico y se le pronosticaron más. A este estado atribuye da Cunha las indicaciones erróneas que perjudicaron la expedición. El único plan cierto se reducía a una marcha forzada que al fin iba a precipitar a todos aquellos hombres cansados sobre Canudos. No había otro análisis de la situación ni ninguna otra previsión. Una tropa grande y bien armada era conducida sin estrategia ni organización, así que los resultados del asalto, que en principio parecían anticipárseles favorables, dependían en realidad del azar.

Entretanto en Canudos la población había aumentado muchísimo y seguramente eso se debía a la victoria sobre la expedición de Febrônio de Brito. En algún momento el Conselheiro había perdido popularidad, cuando los expedicionarios y sus armas amedrentaron a los sertaneros, pero a la luz de una derrota que parecía tan contundente, los hombres de Canudos habían terminado por creer que el Conselheiro era invencible. Ahora depositaban de nuevo toda su fe en él y arriesgaban su vida porque creían que en realidad estaban salvándose. Peleaban por algo más que una victoria: parece ser que consideraban cada triunfo un paso seguro hacia el cielo.

La gente que se reunía en Canudos era de todo tipo: había criminales, vaqueros, mujeres, niños, ancianos, fieles. Además llegaban provisiones que enviaban los creyentes de otros pueblos y en Canudos se vivía una feliz abundancia. Ciertamente el aspecto de aquel pueblo que se precipitaba sin remedio hacia su propia destrucción, no estaba muy lejos de la fiesta. La gente estaba reunida por una fe, que llenaba sus vidas de toda la esperanza que hasta ese momento les había faltado. La vida de la sierra sertanera de pronto había adquirido un sentido religioso y los hombres se sentían predestinados. El futuro se abría a todas sus ilusiones. El paraíso les iba a pertenecer, por derecho, cuando derrotaran al Anticristo. Su lado era el del Bien, el de Dios: no había modo de perder, ni siquiera muriendo.

Y de algún modo la vida del pueblo había vuelto a su cauce normal y a las tareas cotidianas. Tal vez esperaban que el aislamiento que había mantenido a la región tan abandonada durante tantos años volviera otra vez para restablecer las antiguas rutinas. Tal vez no todos tenían conciencia de que aquella paz se trataba necesariamente de un paréntesis momentáneo. Trabajaban por una fe y no iban en busca de la guerra, era la guerra quien venía detrás de ellos. Por el

contrario otros, los más allegados al Conselheiro y que en general conformaban un grupo mayoritariamente de criminales, custodiaban el pueblo y sabían que estaban amenazados. El Conselheiro debía de saber que Canudos atentaba contra el nuevo orden que pretendía constituirse y que, enemigo de la República, el pueblo estaba necesariamente en peligro.

Todo esto suponiendo que el nivel de conciencia del Conselheiro le permitiera reconocer que esa fe, que de seguro lo convencía tanto a él como a los otros, tenía una trascendencia política. La interpretación que sobre los sucesos de Canudos hace Vargas Llosa, lleva a pensar en un diálogo de sordos, donde los discursos y las creencias de ambos bandos no tienen ningún punto de contacto. De este modo el Conselheiro, sumergido en su fe, no habría entendido las implicaciones políticas que suponía su visión del Anticristo y, en el otro extremo, el gobierno no habría comprendido que aquel fanatismo estaba desprovisto de una segunda intención. Así, ambos bandos habrían llegado a la guerra por asuntos que ni siquiera eran opuestos porque no tenían ningún punto de encuentro posible: los motivos se referían a preocupaciones totalmente distintas y desembocaban en un conflicto que no tenía razón de ser.

En Canudos, los jefes construían trincheras. Las caatingas mismas ofrecían algunas naturales y en el enramaje de los arbustos se tejían canastas de ramas capaces de sostener tiradores invisibles. Estudiaban los cerros, la disposición de los fosos, los ríos. Se preparaban las armas, fabricaban pólvora, se servían de cualquier cosa que pudiese funcionar como bala. João Abade organizaba y mandaba. Era obedecido sin dudar y su ascendencia sobre todos era muy fuerte. El trabajo era constante y sólo se interrumpió una vez -contaron los prisioneros rescatados al fin de la campaña-, cuando llegó a oídos de los sertaneros el nombre del jefe de la nueva expedición. Moreira

César era famoso y temido, y esta noticia los amedrentó momentáneamente. Le decían el Corta-cabezas y ahora iba a representar, él solo, la figura del Anticristo. No todos permanecieron en Canudos a la luz de este nuevo hecho: huyeron algunos y permanecieron los creyentes sinceros.

La partida a Canudos estaba planeada para la mañana del 22 de febrero pero, contra toda previsión, Moreira César reunió al contingente completo y se puso en marcha la noche del 21. Era la tercera expedición, y se cometía otra vez un error muy serio: el clima sofocaba y el aire estaba seco, la travesía era penosa porque era una mala época del año. Enfrentaban la estación de sequía con una caminata extenuante, y la expectativa de encontrar agua en Serra Branca sólo se cumplió a medias: en el foso había muy poca cantidad. De este modo de nuevo la tropa hacía por vencerse de antemano, presa de las condiciones peculiares de la región sertanera, que ya a estas alturas debían conocerse y anticiparse. Pero las expediciones repetían una y otra vez los errores más elementales y la planeación dejaba mucho que desear. Cuando los expedicionarios entraron por fin en territorio enemigo, iban agotados, torturados por la sed y vencidos por el peso de sus propias armas.

Da Cunha se detiene para reflejar el carácter del soldado que, a unos pasos de enfrentarse con los yagunzos, gana ahora un papel protágónico. El autor se interesa por la circunstancia histórica que originó la masacre de Canudos, pero con una minuciosidad que pretende alcanzar expectativas muy amplias: el hecho histórico, desde todos sus puntos de vista, sirve para hablar de la peculiaridad de Brasil. Un país es el producto de la incidencia de muchas corrientes, de muchos hombres, de muchas circunstancias. La lectura y la interpretación de lo que en su momento pudo haber sido un hecho eventual, da una visión mucho más amplia de los modos de un país que se ha forjado a

consecuencia de esos sucesos. La idea moderna de la historia supone una dirección y en este sentido las cosas no ocurrirían de forma casual. Aunque esto no fuese así, lo cierto es que ese evento que podemos imaginar totalmente libre de todo condicionamiento, genera sus consecuencias en la historia y, entendido en todos sus rasgos, habla de un país y de los procesos que han dado origen a su actual condición. En este sentido la minuciosidad de da Cunha logra expresar un Brasil que llega a estar casi fuera del tiempo porque está hecho de sus rasgos esenciales. El soldado, en este caso, es la caracterización de cierto tipo de hombre y de cierta circunstancia. Al hablar de él dilucida la masacre posterior y también se ayuda en la interpretación del hecho histórico.

El soldado federal que enfrentó a los tomochitecos en México manifestó unos rasgos peculiares. Era casi tan supersticioso como aquellos fanáticos que iba a eliminar y, esencialmente, él mismo era otro tomochiteco porque los reunía la misma tradición, el mismo origen. En el caso de Canudos, una amalgama de razas también hacía un hombre que, como el sertanero, tenía una procedencia ambigua. Dice da Cunha que la tropa se hace de hombres de todos los colores que veían preponderar en su ánimo: "(...) los instintos guerreros, la imprevisión de los salvajes, la inconsciencia del peligro, el despego a la vida y el arrojo fatalista hacia la muerte."¹⁴⁹

Soportan las privaciones con un ánimo estoico y no protestan. Como los sertaneros, son desordenados y revoltosos, y están sujetos a la obligación de comportarse de acuerdo con la norma militar, cosa que no corresponde en absoluto con su naturaleza. No son hombres que puedan someterse dócilmente a la estrategia, pero saben ser bravos y arrojarse temerariamente a la muerte sin más razón que la orden dictada por un jefe. Porque

¹⁴⁹ *Ibidem*, p. 254.

indica da Cunha que el jefe es un factor definitivo. Si él vacila, toda la convicción, toda la seguridad que los conducía a la obediencia inconsciente e incluso al suicidio ciego, se desploma a sus pies y los deja inútiles y desconcertados, incapaces de actuar en ningún sentido. Esto es porque el motivo que los impulsa es la obediencia y nada más que la obediencia. Entre los hombres que han de sacrificarse no circula la motivación política que ha originado el conflicto. A lo más está presente la consigna vacía de defender la República a como dé lugar. Pero no existe una motivación íntima que se corresponda con el acto que deben efectuar. Aunque la guerra toda podría someterse a esta descripción, una guerra que se da dentro de las propias fronteras -como es el caso de la de Tomóchic y de la de Canudos- es todavía más ininteligible que cualquier otra ya que las excusas del nacionalismo y de la patria no funcionan con integridad. El nacionalismo se manifiesta con tino cuando hay una patria enemiga que atenta contra la propia. Pero cuando es la propia tierra la que lucha contra sí misma, la argumentación se tambalea y es frágil. Por eso no puede haber una argumentación poderosa a la que los soldados puedan acudir para fortalecer su convicción. Están obligados a actuar automáticamente y a no preguntarse demasiado sobre la validez de la empresa. Les toca, pues, como a los tomochitecos, solamente obedecer.

En la expedición que nos ocupa la tropa no podía flaquear porque el jefe era la imagen del invencible. Confiaban en su buena fortuna y no había ningún motivo para temer la derrota. Las terribles condiciones en que los expedicionarios se veían obligados a vivir eran, a lo más, circunstancias momentáneas y poco importantes. Como el jefe era fuerte, las privaciones podían afectar muy poco el ánimo de la tropa. Querían la victoria y el prestigio de esa victoria. De este modo, el único temor posible

era que el poblado de Canudos estuviese vacío y que el enfrentamiento de alguna manera no se efectuara.

En el primer choque el despliegue de las armas, la demostración del poder de aquella tropa enorme y bien armada fue impresionante. Detrás traían la seguridad de un jefe como Moreira César y una fama que había corrido como un anticipo por todo el Brasil, seguro de que el triunfo era cosa indudable. Así es fácil suponer que la euforia corría entre la tropa, que el enfrentamiento se esperaba con alegría. Toda esta circunstancia la cierra da Cunha con una sola frase: "Era casi de lamentar tanto aparato bélico, tan lujosa exhibición en una campaña destinada a ser liquidada con media docena de tiros."¹⁵⁰

Porque la nueva derrota de los expedicionarios se precipita como una fatalidad. Los soldados, fuertes porque se creen victoriosos de antemano y libres de todo escrúpulo porque tienen licencia para actuar sin ninguna medida, caen en manos de unos yagunzos que se sirven, según dice da Cunha, de armas ridículas. El ejército es una multitud, señala, y en una multitud - necesariamente constituida por individuos y que por ello es heterogénea-, un fenómeno cualquiera, aunque sea de tan pequeño, irrisorio, puede provocar una súbita metamorfosis que homogeneiza al grupo de tal manera que su movimiento hacia un único objetivo es automático. Un mismo impulso conduce la labor de todos y es como un vértigo, como una ansiedad que se manifiesta en un vigor idéntico. Las emociones violentas corren entre todos y son inestables, de tal modo que lo mismo pueden fortalecer una marcha impetuosa hacia el enemigo que la huida vergonzosa. Basar una victoria en sentimientos semejantes es ocupar una posición muy vulnerable y de seguro la agitación amenaza sensiblemente los buenos resultados de cualquier empresa. Lo cierto es que los expedicionarios que se disponían a tomar Canudos caían allí como

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 256.

resultando de la agonía del hambre y del cansancio que los atenazaba desde hacía días. Se precipitaban sobre su objetivo porque su urgencia era arrasar y comer. No tenían la precaución ni la planeación del que mide sus pasos. Querían zanjar la cuestión en minutos y descansar.

La tercera expedición llega a Canudos, cosa que las anteriores no han conseguido. La tropa se ubica en la cumbre de una montaña y desde allí alcanza a ver el poblado, repleto de casas viejas y destruidas, entre una intrincada red de callejas. A un lado corre el Vasa Barris. Despuntan dos iglesias y la que está en construcción.

Los expedicionarios abren fuego contra el poblado y los primeros pelotones empiezan a disparar. Luego la tropa baja al pueblo con la intención de tomarlo. Asumen que será muy sencillo.

La derrota de esta expedición puede deberse a la imprevisión y a las órdenes erróneas, pero contribuyó también, en gran medida, aquel pueblo en ruinas que de pronto se reveló como una inmensa ratonera. Los expedicionarios llegaron a Canudos abrazando sus bayonetas y con la convicción injustificable de que los sertaneros se iban a rendir sin luchar. Allí comenzaron a fraccionarse para abarcar la infinidad de callejuelas que se bifurcaban hasta hacer un intrincado laberinto. Se iban quedando solos y atrapados y el villorrio miserable se mostraba de pronto como una ciudadela, casi imposible de abandonar. El sertanero atraía a los asaltantes y en Canudos quedaban capturados.

La cuestión es que la persecución desordenada que efectuaban los expedicionarios y que lograba apenas dar con yagunzos aislados, verificaba la disolución de los pelotones, y que los expedicionarios se encontraban de pronto solos y perdidos en un pueblo que no conocían. Disparaban al azar y caían en el desconcierto. En realidad estaban emboscados de una forma absurda e inesperada. El carácter de ejército asaltante se perdía en este

fraccionamiento progresivo. Tomaban casas de las que sus habitantes huían sin que el sentido del asalto se hubiese probado en progreso ninguno. No se hacía notorio, como era de esperarse, que los sertaneros se hubieran debilitado, porque en realidad los asaltantes solitarios estaban tomando casas vacías. Entonces se detenían a saquear y a comer, porque venían con hambre y con sed. Ocurría entonces que los yagunzos los tomaban por sorpresa. De este modo se realizaba un combate confuso, imposible de equiparar con ningún otro. Un ejército dislocado se lanzaba a vagar entre las callejuelas de una trampa y, más que cazar sertaneros, pensaban en comer. Los yagunzos por su lado, casi desarmados, vencían a sus asaltantes de armas sofisticadas con instrumentos tan absurdos como una hoz o cualquier trasto.

Da Cunha es muy expresivo cuando habla de las mujeres que, en las casas de Canudos, se acurrucan en los rincones, sollozando y gritando. Los asaltantes mueren ante sus ojos, a manos de los sertaneros. La escena no es la que tradicionalmente se espera ver en una guerra en donde dos motivos, con frecuencia relacionados con el patriotismo, se enfrentan en igualdad de condiciones. En este caso la guerra es cruda, lo mismo que en Tomóchic. El absurdo de ver a los soldados perdidos entre callejones, las diferencias en las armas, el juego de huir, de matar por sorpresa, de engañar. Ambos bandos son tremendamente frágiles y esto se debe a la situación. Los sertaneros están en sus casas y los expedicionarios están solos y perdidos. Pareciera que cuando la característica de una guerra es su singularidad se vuelve, si eso cabe, aún más lamentable.

La situación de los expedicionarios es desafortunada y eso pronto queda a la luz. Moreira César decide acercarse a Canudos para dar ánimos a sus hombres y no ha andado mucho cuando cae de su montura con un balazo en el vientre. Lo sustituye el coronel Nunes Tamarindo pero ya no queda mucho que hacer. En Canudos, la

ofensiva es desordenada y toda la acción se ha reducido al incendio de las casas.

Aquello no era un asalto. Era un combatir temerario contra una barricada monstruosa, que se tornaba cada vez más impenetrable a medida que la arruinaban y carbonizaban, porque bajo los escombros, que obstruían las calles, bajo los techos desplomados y entre los puntales humeantes, se ponían mejor a salvo, o tenían más inviolables escondrijos, los sertaneros emboscados.¹⁵¹

La tropa se ve forzada a retirarse. La expedición a la que más confianza se tenía, la que todo el Brasil daba por definitiva, aun cuando no ha perdido muchos hombres, se da por derrotada. Moreira César está muriendo pero se opone a esta decisión de sus oficiales, que va a ensombrecer tanto su carrera militar. Pero la decisión ha sido tomada por unanimidad y las dos terceras partes de los expedicionarios, bien armados todavía, deciden marcharse. Dice da Cunha que éste es el momento en que la lucha sertanera toma el *aspecto misterioso* que no abandonará posteriormente. Aquí se plantea otra similitud con la guerra de Tomóchic: la tropa que ataca Canudos, como la que años antes agredió el pueblo de Chihuahua, en México, está constituida por mestizos que guardan tal vez más semejanzas con la gente de los poblados que va a matar que con ese estrato social privilegiado que ha planificado la forma de gobierno del país y que les ha ordenado la masacre. De este modo, también a ellos les afecta la presencia de lo maravilloso que, en su caso, los desfavorece, como una manifestación de que hay fuerzas ocultas que defienden a los sertaneros. Son tan supersticiosos como esos yagunzos crédulos

¹⁵¹ *Ibidem*, p. 270.

que han caído a los pies del Conselheiro, y no les cuesta demasiado creer que el sertanero, como un duende intangible, se mueve entre ellos y los derrota sin que puedan hacer nada para evitarlo. De hecho muchos soldados ni siquiera han podido ver a los yagunzos contra los que han peleado y perdido. El enemigo les ha parecido poderoso e invisible y los mueve el terror. En la misma tropa hay gente del norte que cree la leyenda del Conselheiro y que siente la sugestión de su derrota inevitable.

Estas mismas circunstancias se plantearon en Tomóchic. Allí también el territorio era extraño para los soldados, que se movían entre lo desconocido, frágiles y con miedo. La situación era de un desconocimiento total de lo que les deparaba el destino porque el intruso, por su condición, no puede anticipar lo que va a ocurrir. También los soldados de Tomóchic creían que una fuerza sobrenatural respaldaba la causa de su enemigo y esto, tal vez, por la precariedad intrínseca de la situación de un hombre que ataca sin motivo. Sus razones eran pobres y vacías en contraste con la determinación de los tomochitecos, a la vista dispuestos a morir allí.

La muerte de Moreira César, totalmente inesperada, contribuye al desaliento. Dice da Cunha que la tropa no se retira, que huye. Los escoltan los sertaneros, y se suceden ataques fulminantes. Muere el coronel Tamarindo, entre otros oficiales, y se desbandan los soldados ante la fiereza inesperada de los yagunzos en estos nuevos ataques. Se rompe el orden y cada uno mira por su vida, sin orden ni planeación ninguna. Lo más absurdo es que en todo momento los enfrentamientos han mermado mucho más a los yagunzos que a la tropa. El miedo, la superstición, la falta de fe en sus propios motivos, derrotaron a la tropa de antemano.

Esta tercera expedición se dispersó y por el camino todos abandonaron sus armas, sus municiones y hasta su ropa. Da Cunha

dice que parecía que todo el objetivo de la expedición de Moreira César había sido abastecer a los sertaneros. Los yagunzos vieron robustecerse su fe tras la certeza de lo que había parecido sin duda un milagro, y los soldados perdieron para ellos todo su prestigio porque no podían recordarlos de otro modo que huyendo. Tardó tres meses en organizarse una nueva expedición.

-Canudos: un proyecto social alternativo.

Naturalmente la derrota de la expedición de Moreira César tuvo un gran impacto en el país. El acontecimiento fue inesperado y la interpretación que sobre él se hizo caía en la misma desmesura, en la misma confusión. Todos los sucesos históricos se conocen de acuerdo con la lectura que se ha hecho de ellos. La verdad es que la rebeldía de un poblado pequeño -Canudos o Tomóchic- no puede ser tan significativa en el conjunto de un país, pero el tamaño de la amenaza se exagera cuando puede servir a fines políticos determinados. En este caso, en Brasil, se sabe que la República quería afirmarse y muchas veces la fortaleza de una idea depende de las dimensiones de su enemigo: un enemigo ante el que una mayoría se une, es muy útil cuando hace falta ennoblecer una tarea, una concepción del país, una forma de gobierno. La República se hacía de adeptos cuando se veía amenazada por una fuerza contraria inesperada. A la vez el Brasil entero debía sentirse unido por el temor a ese enemigo distante y terrible que prometía crecer hasta hacerse del país para sus propios propósitos.

La guerra tiene muchas connotaciones. En *La Montaña Mágica* la interpretación de Thomas Mann sugiere que un conflicto como la 1ª. Guerra Mundial, en sus tremendas dimensiones, sobrevino cuando el aburrimiento de una Europa desencantada buscaba el escape por medio de ese tipo de agitación. También es verdad que

la nación se funda en el enfrentamiento ideal con otros países: que la noción de patria sólo es posible cuando un país se comprende a sí mismo como un inmenso individuo que tiene en sus fronteras una piel diferenciatoria que separa el yo de todo lo otro. De este modo la guerra muchas veces afirma la idea de patria, otras veces crea el imperio y tal vez en menos ocasiones se engendra dentro de ese individuo mismo, dentro de esa nación unida, para ayudarla a concebir con claridad sus propias instituciones o el carácter de su yo nacional.

Las luchas internas, como ésta sertanera, pareciese que se introducen en esta última categoría. El Brasil era una gran nación mestiza, donde la nacionalidad era ambivalente y confusa. Quería cerrar aquella historia ligada a la monarquía para concebirse como una nación democrática y bien delimitada. Para definirse recurría a la imitación de las naciones europeas y adoptaba para sí una tradición de una vieja Europa que en la América ambigua podía resultar muy violenta: después de todo, la población, en su mayor parte era mestiza. Lo cierto es que para definirse hacía falta un acuerdo vital que no podía involucrar, eso ya está visto, las ideas de los hombres de fuera con la concepción de la vida de muchos mestizos. De este modo, en el enfrentamiento, el gobierno debía ver el modo de anular una tentativa de dispersión que revelaba el carácter diverso del Brasil. Un Brasil se enfrentaba a otro Brasil para imponer su propia idea de la nación. La guerra servía para que el país se uniese con la excusa del enemigo común y de este modo la nación, como cosa unívoca, se volvía falsamente posible: se sabe que la unicidad de Brasil era sólo un espejismo y además un espejismo momentáneamente muy útil.

La cuarta expedición se gestó en medio de la situación de pánico que provocó la noticia de la derrota de Moreira César. Era inconcebible para todos que un puñado de rebeldes hubiese vencido

a un hombre del prestigio de Moreira César y a su gente. La explicación de los disturbios sertaneros pronto se atribuyó a una conspiración de alcances mucho más amplios, que quería acabar con las instituciones recientes y con la nueva República. De modo que los nuevos expedicionarios ahora se abanderaban con la causa de todos aquellos que veían al nuevo gobierno amenazado y con él a todas las nuevas esperanzas en peligro. Cada vez más el problema de Canudos atraía hacia sí la atención general y el gobierno se ganaba muchas nuevas simpatías. Canudos se aislaba en la reivindicación de su fe mientras las interpretaciones de su conducta y de sus motivos la convertían en la amenaza fantasmal de una creencia muy distinta, con la que ni siquiera se sabe a ciencia cierta si tenía algún tipo de contacto. El Conselheiro se había revelado contra las nuevas leyes, había renegado de la República y había amenazado a un pueblo que le negó la madera para una iglesia, pero en estas circunstancias no están las razones suficientes para creer que combatía a la República activamente y que agitaba a los sertaneros para otra cosa que defenderse y hacer iglesias. No hay motivos suficientes para afirmar que aquella amenaza sertanera tan temida fuese efectivamente destinada a exceder aquellos límites de su región y a armarse para atentar contra la República. Parece más bien que se limitaban a exigir el espacio para proseguir en una labor que los ocupaba desde hacía muchos años y que de seguro concebía el Consejero como de gran envergadura: la reconstrucción de los templos, el cuidado de los cementerios y de las iglesias.

La interpretación del fenómeno que hace da Cunha, diciendo que fue ocasionado por un hombre que no era otra cosa que un loco, no puede dejar legitimidad ninguna al Conselheiro. Sin embargo es posible especular sobre el sentido que podrían haber tenido las prédicas de aquel hombre y las consecuencias concretas que hubiesen podido provocar en las sociedades sertaneras.

Se sabe que, en principio, el Conselheiro llamaba a los sertaneros a una vida frugal, casi miserable. Sobre aquella base de privaciones se hacía de hombres llenos de fe y de confianza que, evidentemente en pugna con las sociedades cada vez más consumistas y concentradas en la producción, dedicaban sus esfuerzos a construir iglesias y a restaurar cementerios. Nada de esto es extraño si recordamos que la región sertanera estaba ya sujeta de antemano a una vida muy dura y que el esfuerzo cotidiano de comer debía de ser muy angustioso. Cabe comprender entonces que cambiar fuese cosa urgente entre todos aquellos hombres agotados y que trocar una abundancia improbable por una fe fuera un cambio justo y ventajoso. Me parece que debía ser inconcebible para aquellos hombres, además de imposible, la sociedad que, en imitación de Europa, comenzaba a reproducirse en el Brasil. Ellos no estaban en condiciones -además de que nadie los había considerado- de entrar en la vertiginosa rutina del desarrollo que buscaba como única recompensa la abundancia. Por el contrario, querían renunciar de antemano a la posible abundancia para optar a una fe, que era cierta forma de la esperanza: en el ánimo general, en la noticia de lo que ocurrió, es cosa fácil leer que necesitaban urgentemente algo en qué creer.

De este modo, la sociedad a la que aquella dirección hubiera dado lugar era, primero que nada, a una fundada en una fe común, que despertaba dentro de los márgenes de sus dos instituciones restauradas: por un lado la iglesia estaba en pie para dar cobijo a su fe y por otro lado el hogar, el arraigo, se confirmaban con la presencia del cementerio, ese testigo inmóvil que funda la pertenencia de todos sus hombres. Tal vez es desorbitado pensarlo así, pero cabe considerar que en el Brasil se esbozaban dos esfuerzos paralelos: uno, de imitación, no pretendía siquiera penetrar en la peculiaridad de los brasileños, ni en su fe, ni en

su esperanza. Por el contrario, procuraba instituir esa forma de vida que aun hoy asemeja todas las grandes ciudades y que no intenta ni siquiera fundarse en quienes han de vivirla porque le son completamente indiferentes. Por otro lado los sertaneros eran capaces de morir por una sociedad entregada a una fe -la suya- y a la privación. Aunque para los hombres modernos, que confían en el progreso, una sociedad así no tiene lugar, hoy, que las sociedades de la abundancia y del desperdicio han dado origen al problema ecológico y a la confusión moral, probablemente aquella tentativa de los sertaneros -semejante en su fe, a la de los tomochitecos- parecería más interesante.

Berthold Zilly ha dicho que Canudos puede ser considerado un experimento sociopolítico medianamente exitoso. Considera que el poblado era una parcela marginada, menospreciada, calumniada como retardataria, bárbara y fanática, que tomó su destino en sus propias manos para crear un proyecto social alternativo. En este sentido dice que puede ser considerado una iniciativa de autoayuda relativamente afortunada de las víctimas de la civilización y de la modernización; un movimiento que consiguió satisfacer las necesidades básicas de sus moradores creando instituciones, aspiraciones y concepciones que aparecían en rituales y en discursos religiosos que tenían una nota exaltada y mesiánica. Señala que apenas tres años después de su fundación, no obstante su carácter predominantemente defensivo, comenzó a ser atacado por los gobiernos estatal y federal, en una verdadera guerra de exterminio. El modelo de Canudos era, según Zilly, económica y espiritualmente viable, libre de prejuicios raciales, y capaz de lograr la conversión del sertanero (hasta entonces mero objeto) en sujeto histórico en la escena política nacional. Por otro lado, dice Zilly que Euclides da Cunha tenía conciencia de que Canudos era la expresión más alta de las fuerzas

comunitarias de la región y que constituía un rico manantial de posibilidades sociales y políticas.

Antonio Conselheiro e seus seguidores tinham, de fato, algo dos heróis antigos: eram durante poucos anos fundadores bem-sucedidos de uma cidade autônoma, a maior das redondezas, um mini-Estado alternativo, onde os humildes gozavam de mais respeito e dignidade do que em outras partes da hinterlândia brasileira. Foram as elites menos arrogantes, menos bárbaras, mais respeituosas de legalidades, mais dispostas ao diálogo, os canudenses poderiam ter sido cofundadores de um Estado diferente, menos injusto, menos excludente, mais moralizado, mais civilizado, cuja configuração exata, porém, é impossível imaginar, não se podendo descartar o perigo de aberrações fundamentalistas. Obviamente uma Canudos como seara de um Brasil mais popular é uma perspectiva ilusória diante da correlação real das forças no interior, caracterizada pelo clientelismo a serviço das oligarquias municipais, estaduais e nacionais, que não admitiam zonas fora do seu controle.¹⁵²

Al respecto, Everton de Paula¹⁵³ dice que, en Canudos, el Conselheiro creó un régimen económico-social igualitario, con la abolición de la propiedad privada, del casamiento civil, de la moneda republicana y de otras instituciones consideradas civilizadas por la sociedad brasileña de la época. Las clases

¹⁵² *Simposium Cem Anos de Canudos... op. cit.*

¹⁵³ Everton de Paula. "A exclusão social do jagunço e o Loar da classe dominante: sujeitos a exterminar". Universidade de Franca. Participante en la Semana Euclidiana desde 1968.

<http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

pobres del campo vivían en un estado de marginación y dice De Paula que en ese contexto debe verse el levantamiento de Canudos.

En cualquier caso la rebelión de Canudos fue entendida en las ciudades del Brasil como un atentado contra la que era su institución más valiosa, tal vez porque ser la más nueva, la República. Creían que un Ejército Imperialista buscaba la Restauración. Entretanto la insurrección sertanera no veía sus límites en Canudos y dice da Cunha que se extendía hasta las capitales del litoral. Sin embargo él mismo señala que: "(...) atribuir a una conjuración política cualquier crisis sertanera, expresaba un desconocimiento palmario de las condiciones naturales de nuestra raza."¹⁵⁴

Porque el autor atribuye a la naturaleza del brasileño esta impetuosa afirmación de la fe, esta rebeldía contra la civilización, esta falta de docilidad. Más allá de esas otras connotaciones que pueden atribuirse al hecho de que, a principios de siglo, la civilización y el hombre civilizado indicaban superioridad, está visto que el autor no veía en la rebelión una conjura contra la República y que más bien era efectivo aquel diálogo de sordos que tan bien ilustró Vargas Llosa. Los motivos de unos y de otros no tenían ningún punto posible de contacto, de modo que las interpretaciones que pudiesen hacer unos sobre la conducta de los otros no tenían ninguna posibilidad de acertar. Todo era tejer sobre equívocos, para tramar la actuación que más les convenía.

El desencuentro lo atribuye da Cunha a una total incompreensión. Para el autor los yagunzos son *compatriotas retardatarios* y el gobierno se pondrá a su altura con el comportamiento con el que, al fin, zanja la cuestión. Dice da Cunha que el yagunzo combatía la nacionalidad que lo había repudiado durante tres siglos y que lo que hicieron los

¹⁵⁴ Euclides da Cunha, *op. cit.*, p. 287.

civilizadores fue mostrar el brillo de la civilización dentro de una claridad de descargas. Canudos era un poblado excluido de antemano. Roberto Ventura dice que da Cunha pensaba que eventualmente el sertanero iba a ser asimilado por la civilización.

Euclides julgava inexorable a marcha do progresso e da civilização, que traria a absorção do indígena e do sertanejo pelas raças e culturas tidas como superiores. Os sertões quer nordestinos, quer amazônicos, São vistos como desertos, espaços fora da escrita. Ao explorar a caatinga e a floresta e resgatar o sertanejo esquecimento, o narrador-viajante procurava inseri-los na história. O escritor defendia a integração dos sertões à escrita e à história, cujos limites e fronteiras estariam em contínua expansão. Povoar, colonizar e escriturar São os instrumentos de tal transplante da civilização para os territórios bárbaros. Fora da escrita e da história, não há salvação: só existe o deserto.¹⁵⁵

En las sociedades en las que los modelos de modernización han sido impuestos por los gobiernos, los resultados no han sido los que se esperaban. Esto puede deberse a la incoherencia que hay cuando una forma de pensar el mundo se introduce por la fuerza en una sociedad que no la entiende y que no ve en sus exigencias identidad con lo que le corresponde hacer y creer por naturaleza. En realidad parece ser que a una sociedad le beneficia aquello que es coherente con su propia tendencia, que prosigue lo que esencialmente estaba allí, lo que era su

¹⁵⁵ Roberto Ventura. "Selva e sertão em Euclides da Cunha". 7 de enero de 2001. Casa de Cultura Euclides da Cunha.
<http://www.casaeuclidiana.org.br/texto/ler.asp?Id=35&Secao=111>

sustancia. Por eso es posible pensar que tal vez la dirección que Antonio Consejero quería imprimir en la sociedad de su tiempo no era tan ilógica, y que la exclusión y el aislamiento eran sólo aparentes, en la medida en que aquella fe que los unía encontraba una situación paralela en el lejano Chihuahua. Podría ser que lo que realmente unía a aquellos mestizos fuese aquella fe fetichista, dada a la idolatría, distinta en definitiva de la doctrina que les habían enseñado los evangelizadores. Pero en cambio era una fe que se fincaba con firmeza en lo más íntimo de esa alma mestiza y que realmente lograba reunirlos en una sociedad "identitaria" y con aspiraciones. Si así era, el esfuerzo del Conselheiro, que con la construcción de iglesias y cementerios hacía el marco de aquella fe, estaba conformando la sociedad que naturalmente le correspondía a aquel país mestizo. La iglesia, insisto, acogía a la fe, el cementerio arraigaba y la educación para la privación los hacía más fuertes para soportar la inevitable miseria de los sertones. Todo esto se corresponde con sus necesidades más reales. Nada, por tanto, más natural, más propio, más suyo. Puede ser que la dirección, en este sentido, fuese la correcta.

-La cuarta expedición.

Los batallones que iban a realizar la cuarta expedición se reunieron en Bahía, venidos de todos los puntos del país y con la firme decisión de salvar la República. El plan de ataque esta vez consideraba dos frentes, pero repetía los mismos errores que se habían cometido en las expediciones anteriores. De nuevo se organizaba la ofensiva con base en una masa compacta que iba a precipitarse sobre Canudos y que así iba a caer irremediabilmente en todas las trampas de los sertaneros. Un estudio topográfico previo advirtió de las condiciones que iban a ser necesarias para

el éxito de la campaña. El paraje estéril requería de fuerzas bien abastecidas y era preciso moverse con agilidad y rapidez para superar las asperezas del terreno. Pero estas consideraciones no se valoraron cuando por fin se hicieron las puntualizaciones específicas de la campaña. Habían dejado pasar muchos días y los soldados se sumergían en la ociosidad. Ahora su posibilidad de reacción veloz había quedado diluida por el desconcierto y se anticipaban más problemas cuando tuviese que llevarse a efecto la compleja red jerárquica que habían establecido los jefes. Por otro lado, a la aspereza de los camiones y a la dificultad de paso, las tropas oponían ahora una cañón Withwor de 1700 kilos de peso, que iba a agobiar a los soldados en la marcha y a retrasarlos notablemente. Cuando en efecto la campaña se inició, la tropa ni siquiera vestía adecuadamente e iba a dejar la ropa, trozo a trozo, en los arbustos espinosos de las ariscas caatingas.

Da Cunha insiste mucho en los errores absurdos y repetidos que una vez tras otra debilitaron las expediciones. El conocimiento de las circunstancias no les servía de experiencia y se caía en las mismas equivocaciones que antes los habían vencido. Las tropas se reforzaban con hombres y con armamento, pero no se modificaba la estrategia, que era lo que verdaderamente les había fallado. La cuarta expedición por fortuna cuenta con un ingeniero, el teniente coronel Sequeira Meneses, que proviene de una familia sertanera del norte y que logra conducir a las tropas por caminos más seguros.

La marcha hacia Canudos es otra vez muy penosa y por el camino se suceden encuentros esporádicos con los yagunzos. Un asalto lo dirige Pajehú, el famoso salteador de caminos, que en el ataque veloz y por sorpresa, intenta debilitar a la tropa antes de que llegue a Canudos. Asalta también un convoy rezagado, aprovechando que las brigadas lo han desguarnecido, pero la

fuerza logra defenderse. Al llegar a la Favela se desencadena una lucha feroz. Los yagunzos se han escondido en las Cuevas y baten a la tropa por todos los flancos. La expedición se ve atacada allí donde se detiene y como las distintas brigadas marchan distantes unas de las otras, la fuerza está dividida y mermada. Además otra vez el desconocimiento del terreno perjudica a las tropas cuando una sección de los expedicionarios persigue a Pajehú hasta una emboscada donde queda totalmente indefensa. El resultado es un fusilamiento en masa.

Las tropas son atacadas así durante la marcha. Acampan en la Favela. La posición es muy frágil y los yagunzos atacan el convoy de municiones de guerra y de boca, de modo que las fuerzas adelantadas que han de arremeter contra el poblado se quedan desabastecidas. Así, a la imprevisión completa de los expedicionarios, se opone el proceder inteligente de los sertaneros, que aprovechan cualquier ventaja que les dejan a la mano las circunstancias.

La norma de los ataques que describe da Cunha es la falta de táctica y de pericia, el arrojado imprudente, el desperdicio de municiones. Los sertaneros apuntan a los oficiales, de modo que el mando se transfiere de uno a otro sin que prácticamente tengan tiempo para proseguir en lo que ha dictado el anterior ni para dar nuevas indicaciones, porque caen heridos o muertos enseguida. Entretanto otras fuerzas se unen al contingente de la nueva expedición. El general Savaget, con 2350 hombres es el primero que procede de una forma distinta ante esta rebelión de Canudos y no se constriñe a instrucciones previas. Entiende que la guerra aquí se ajusta a leyes muy distintas y que la táctica debe adecuarse a ellas. Subdivide a sus hombres en brigadas autónomas para darles movilidad y así impide que se dispersen. De esta forma las prepara para lo inesperado.

En esta nueva perspectiva destaca la labor del coronel Carlos Teles que, dice da Cunha, tenía la intuición guerrera de los gauchos. Él escoge a sesenta jinetes y constituye un escuadrón de lanceros con los que organiza reconocimientos muy amplios. De este modo la tropa avanza con conocimiento de lo que la espera y puede anticipar y prever, cosa que ocurre por primera vez.

Los lanceros descubren al enemigo, agazapado y escondido, y dispuesto a emboscar a estas nuevas fuerzas, utilizando el mismo sistema que ya los identifica. Esta vez los expedicionarios están advertidos y la lucha no es todo lo misteriosa que parecía hasta entonces, cuando la absoluta ingenuidad de las tropas las disponía al asombro cada vez que los atacaban los yagunzos. Ahora ese enemigo, que sin duda es fiero, se vuelve más humano cuando ahorra municiones y delata la forma en que se ha distribuido para emboscar. Por primera vez los expedicionarios se adecuan a una estrategia que corresponde a la realidad de la campaña y entonces la táctica de los yagunzos comienza a ser inteligible.

Las incursiones han revelado las futuras condiciones de la batalla gracias a exploraciones minuciosas y con ello han reducido mucho el misterio que rodeaba todos los ataques de los yagunzos, pero aun así los expedicionarios se ven rápidamente amedrentados por la fiereza con que los sertaneros combaten. Uno de los dos Krupp bombardea entonces la montaña mientras la artillería ataca directamente a las posiciones enemigas, pero lo que es parte de un nuevo esfuerzo por mermar a los yagunzos, los estimula a una réplica aún más violenta. Los atacantes han combatido durante tres horas y aún no han conseguido avanzar y ni siquiera terminan nunca de saber cuántos son los yagunzos que integran esa fuerza imbatible: lo mismo podrían ser doscientos que dos mil, dice da Cunha.

Cuando me refiero al misterio que aún hoy rodea a la campaña de Canudos, puede ser que el número desconocido de yagunzos que combatían fuese el dato que representaba el enigma más interesante. Es cierto que este enigma tiene dimensiones mucho más amplias. En realidad el hecho de que la región sertanera se haya mantenido tan al margen de todos los gobiernos y que ni siquiera los evangelizadores hayan llegado a concentrar allí su atención, hace de la zona un lugar donde prima lo inesperado. Además los sertaneros eran herméticos o, por lo menos, aislados, y su carácter, visto a la luz de estos acontecimientos casi épicos, debía revestirse de rasgos que llamaban a la curiosidad y al asombro. Luego su comportamiento en la guerra, su heroísmo, su fe. Todo contribuía a figurar una historia interesante, que llamaba a ser revelada y que sin embargo se mantenía oscura. Pero el hecho de que el número de yagunzos con los que los soldados combatían fuese un misterio es el rasgo más importante porque muestra aquella capacidad de desdoblarse que sólo se podía deber a que los yagunzos peleaban con toda su fuerza y con todas sus armas.

Sirviéndose del terreno y de su astucia, los yagunzos atacan de forma intermitente, se mueven con velocidad y desaparecen con rapidez. Golpean y se repliegan. Podrían ser pocos, o muchos, no se sabe. De hecho el número exacto de los yagunzos que combatieron en Canudos no llegó a conocerse ni siquiera después.

Cuando la situación se vuelve insostenible para los expedicionarios, el coronel Teles propone una medida temeraria para evadir a los yagunzos, que los hostigan peligrosamente: arremeter contra ellos por las colinas, pese a la penosa ascensión durante la cual quedarán desprotegidos frente a las balas enemigas. La semejanza entre esta medida y la que toma el 9o. Batallón en Tomóchic es evidente e igual de heroica, en el sentido de que los soldados que participan en esta acción buscan

ocupar posiciones enemigas importantes aunque se ven sometidos a muchos riesgos. Se arrojan sobre las trincheras de los sertaneros, que huyen y que con esto los obligan a perseguirlos infructuosamente y a cansarse. La escalada es desordenada y la confusión se resuelve cuando ven huir a los yagunzos de su posición de las colinas. Este combate, que se inició vacilante y lento, por fin favorece a los expedicionarios, cuando cambia la situación gracias a una sola acción audaz.

En adelante la marcha es ya un combate ininterrumpido. Están a la altura de Macambira, que queda a pocos kilómetros de Canudos. Está previsto que todas las brigadas han de converger en el poblado y cuando por fin quedan a la vista las casas, se establece una lucha muy dura. El campo de batalla es muy vasto y las casuchas son reductos peligrosísimos donde los sertaneros se reúnen y disparan. En las colinas también se atrincheran los yagunzos, de tal modo que los ataques son desde todos los flancos posibles. La táctica de los fanáticos es la misma de siempre y a ataques fulminantes los suceden huidas que al fin no son más que simulacros de huidas porque los yagunzos sólo se retiran para reforzarse y atacar de nuevo. Entre tanto, los soldados persiguen a los sertaneros en estas retiradas momentáneas y se van agotando sus fuerzas sin que propiamente haya comenzado lo peor de la batalla: ese enfrentamiento con el poblado, al que todavía no terminan de llegar. Otra vez el terreno desconocido conspira contra los expedicionarios, que se agotan en persecuciones infructuosas.

Las pérdidas, entre los expedicionarios, ya alcanzan trescientas veintisiete bajas, aunque se ha cumplido al pie de la letra con el itinerario preestablecido. El día 28 de junio de 1897, a una distancia de dos kilómetros, comienza el bombardeo del pueblo. Pese a que todas las referencias del ejército señalan que aquella primera embestida directa contra el poblado es

afortunada y que culmina con una victoria evidente, en realidad la noticia que da da Cunha sobre la situación de los expedicionarios, al cabo del día, es muy desangelada: dice el autor que los atacantes lucen como una aglomeración de fugitivos y que no pueden dar un paso fuera de la posición conquistada porque están cercados. Los ha vencido el cansancio y la confusión de todos los enfrentamientos, donde sus victorias son frágiles y discutibles. Ahora se ven obligados a actuar como héroes y perseverar en la embestida porque no tienen por dónde huir.

De hecho quedan atrapados en un espacio muy estrecho. Los expedicionarios se ven rodeados por las trincheras de los yagunzos y la tropa -que ahora es de cerca de cinco mil soldados- está completamente desorganizada. En realidad de esos cinco mil hombres alrededor de mil están heridos y el resto es una multitud desmoralizada que no puede entender su situación. La expedición parece sitiada y en el momento de evaluar su estado, destaca la importante baja del convoy, que mientras que a ellos los ha dejado desabastecidos, ha mejorado la situación de los yagunzos, con una nueva reserva de municiones. La expedición anterior ya los había abastecido de fusiles.

La batalla del día 28 es la primera de una serie ininterrumpida de asaltos que han de culminar con la toma definitiva de Canudos y que entretanto someten a la tropa a una alarma permanente. La situación ya está vista, con la posición frágil que, sin embargo, los ha puesto en condiciones de disparar directamente los cañones sobre el poblado. La desmoralización de las tropas es por intuir la fuerza de los yagunzos ocultos y porque ya faltan los alimentos. Pronto las carencias de toda clase empujarán a los soldados a hacerse ellos mismos de cualquier tipo de comida -talando los escasos sembrados de maíz o de mandioca, y cazando- y desde el día 2 de julio ya sólo la

habrá para los enfermos. En este estado de cosas es natural que el ejército se debilite.

-La batalla del 18 de julio.

El libro de da Cunha es un estudio muy diverso que se sirve de análisis geológicos, antropológicos y sociológicos para dar cabida a toda la realidad del fenómeno de Canudos. Dice Ventura¹⁵⁶ que *Os Sertões*, por sus características, se inserta en un género que ha tenido una gran importancia en la cultura brasileña de los últimos cien años: el ensayo de interpretación de Brasil, en el que se combinan múltiples conocimientos para trazar amplios panoramas de la sociedad y la cultura brasileñas. Berthold Zilly¹⁵⁷ dice que el libro trata sobre el destino de la nación brasileña. Pero más allá de los rasgos indudables que hacen del libro un estudio profundo y visionario, están los que lo hacen enormemente poético. Se sabe que contra los expedicionarios no solamente conspiran los yagunzos rebeldes, sino también el entorno desconocido. Pero cuando los alimentos empiezan a escasear, el autor se refiere a las formas peculiares que adopta ese entorno para agredir y para desarmar la ofensiva de los expedicionarios: el hombre hambriento se ve obligado a sumergirse entre las malezas donde acecha el enemigo y, aunque va de cacería, se expone también a que lo cacen. La descripción viva de la situación de los expedicionarios, aunque puede no ser precisa en el sentido de que no aporta datos definitivos sobre el comportamiento de los soldados, sí pinta con trazos conmovedores la situación que se está planteando en la campaña y que desfavorece a unos tanto como a los otros.

¹⁵⁶ Roberto Ventura. "Do mar se fez o sertão: Euclides da Cunha e Canudos". <http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

¹⁵⁷ Berthold Zilly. "A guerra como painel e espetáculo. A história encenada em *Os Sertões*". História, Ciências, Saúde-Manguinhos, vol. V (suplemento), XX-XX julho de 1998.

Porque a veces el soldado se expone y vuelve al campamento con las manos vacías. Se sabe que las caatingas son yermas y que los bosques tampoco dan mucho de sí. Los riesgos son muchísimos y la recompensa muy pobre. Los yagunzos preparan emboscadas, ponen trampas. Como en Tomóchic, poca carne y sin sal, es el único remedio para un hambre terrible. Si acaso se atreven a probar la flora de la región, algunos mueren envenenados por las raíces que no conocen. Dice da Cunha que desde el día 7 ya ni siquiera se distribuye comida entre los enfermos, que entonces sólo sobreviven por las limosnas de sus compañeros.

Las consecuencias de estas circunstancias se manifiestan pronto a través de la indisciplina y del desorden. Por supuesto que el ejército no estaba preparado y que los oficiales no habían tenido la cautela de prever las contingencias que iban a presentarse en la campaña. El yagunzo, subestimado, soporta un hambre semejante o aun peor, pero ha templado su carácter de tal modo que encara el ayuno mientras guarda sus fuerzas. Otra vez su fortaleza se debe a que tiene un motivo. Aparentemente lo sostiene la solidez de su fe.

Los enfrentamientos entre los expedicionarios y los yagunzos se suceden de forma intermitente. Los sertaneros realizan ataques furiosos e inesperados y, la mayor parte de las veces, con muy poca fortuna, pero su tenacidad y su fiereza hacen mella en unos adversarios que, pese a que cuentan con toda la sofisticación de las armas modernas y de la artillería, ven prolongarse esta guerra más allá de todas las previsiones iniciales.

A ello hay que sumar que en el grueso de esta tropa que ataca Canudos, como años antes ocurrió en Tomóchic, domina la misma vena supersticiosa que, entre los yagunzos, ha devenido en la fe en el Conselheiro. Aunque pueda ser que el carácter de Brasil, de México y de otros países americanos sea diverso por sus múltiples orígenes, la unidad muchas veces se manifiesta en

creencias que distan mucho de la modernidad que entraba a Brasil con la forma de una República y de sus ideas progresistas. El estoicismo de los yagunzos fascina a los soldados, que llegan a atribuirles extraordinarios recursos y poderes sobrehumanos. Se refiere da Cunha a la leyenda de los proyectiles de los yagunzos, que se suponían provistos de cualidades imposibles y de una capacidad de destrucción ilimitada.

Por supuesto que éste es otro detalle que contribuye al desaliento entre los soldados. Muchos desertan, lo que constituye casi un peligro peor, dada la situación de aislamiento en que se han quedado las tropas.

Pero hacia el día 18 de julio, el comandante en jefe decide terminar con aquella inercia en que las tropas se entorpecen, detenidas, y arremeter contra Canudos en un ataque definitivo. Las expectativas son optimistas y osadas. En la orden del día del 17 de julio consta: "(...) si tuvieseis constancia, si una vez más fueseis los bravos de todos los tiempos Canudos estaría en vuestro poder mañana. Iremos a descansar y la Patria sabrá agradecer vuestros sacrificios."¹⁵⁸

El balance que efectúa el autor sobre el enfrentamiento del 18 de julio otra vez indica la hostilidad del suelo que presenta dificultades desde los inicios del asalto. Aunque los atacantes han dispuesto ir sobre Canudos, los yagunzos se les adelantan y los asaltan por el camino. Es un *laberinto de zanjas tortuosas* el que desorienta a los soldados, en un territorio que es todo él enemigo. Avanzan penosamente en la que es una conquista del terreno de palmo a palmo, muy atormentada. Luego los yagunzos los emboscan y los tiros los baten de frente. Toda la situación manifiesta que el arrojo de los soldados no es otra cosa que una heroicidad inconsciente donde brilla por su ausencia todo plan, toda anticipación, toda previsión de las dificultades posibles.

¹⁵⁸ Euclides da Cunha, *op.cit.*, p. 359.

El extranjero se define cuando lo acusa este desconocimiento del entorno. Los recursos del yagunzo son muy pobres, y eso es evidente cada vez que los soldados descubren alguno de sus escondites, pero es precisamente lo limitado de sus armas lo que muestra que está en su casa y que se sirve de los pocos instrumentos que le ofrece ésta, su modesta casa. De este modo se oponen cada vez, junto con el expedicionario y el yagunzo, el extranjero y el nativo.

Los lugareños poco a poco se van concentrando en Canudos. Los soldados se han dispersado y ya todos luchan por cuenta propia, en la definición de una batalla fiera. El avance de los expedicionarios tampoco ahora es resolutivo y las posiciones que toman se pierden o, en caso contrario, son frágiles porque de algún modo se han quedado sitiados: el retroceso sería tan difícil como la avanzada, si se diera el caso. Dice da Cunha que la República, amenazada por *imaginarios enemigos*, era un motivo poderoso para exaltar los ánimos de los soldados, como si fuese una Cruzada. Semejante razón era útil en una posición tan difícil: daba valor y heroicidad cuando la circunstancia los había colocado en Canudos casi dueños de un corto espacio, pero rodeados por un enemigo terrible, que no parecía tener miedo.

Dice el autor que es este entusiasmo febril el que salva la expedición, ese 18 de julio. Aunque para los soldados llega el momento en que les toca avanzar y toman el poblado, ese ambiguo carácter que ha señalado todos los combates contra los yagunzos, se manifiesta ahora en un estado de cosas que apareja un triunfo con la certidumbre de que están sitiados. Los vencidos acechan dentro de las casas, que se revelan impenetrables.

El lugareño defendía el hogar invadido, nada más. Mientras los que le amenazaban permanecían distantes, cercábanlos de celadas que les obstaban el paso. Pero

cuando ellos, al cabo, llamaron a sus puertas y las derribaron a culatazos, aventóseles como único expediente, la resistencia a pie firme, afrontándolos cara a cara, obligando a la preocupación digna de la defensa y al noble compromiso de la revancha. Canudos sólo sería conquistada casa por casa. Toda la expedición iba a gastar tres meses en la travesía de cien metros que la separaban del ábside de la iglesia nueva. Y en el último día de su resistencia inconcebible, como muy pocas idénticas en la historia, sus últimos defensores, tres o cuatro anónimos, tres o cuatro magros titanes hambrientos y andrajosos, quemarían los últimos cartuchos sobre seis mil hombres.¹⁵⁹

La batalla del 18 de julio fue el inicio de la penosísima avanzada definitiva. *Los asaltantes eran los asaltados.* Los enfrentamientos surgían de improviso y era manifiesto que las casas tomadas eran ínfimas en relación con el tamaño total de Canudos. Día tras día se sucedían las embestidas por sorpresa y las trampas. Entretanto la noticia que había trascendido al país, fuera de la escena real del acontecimiento, era de triunfos fáciles que presagiaban un muy pronto fin para el suceso. Éste se atrasó fuera de toda medida y por ello la ansiedad era general. Dice da Cunha que contra todas las previsiones que se habían apresurado a cantar victorias, *los sertaneros aparecían como los chouans, después de Fontenay.*

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 374.

-El estío.

Entretanto, el clima que avanza en aquel momento sobre los sertones es ese estío tan bien descrito por el autor en las primeras páginas del estudio y que, en una circunstancia como la guerra, debe ser aún más agresivo. El desierto prospera sobre la tierra, sobre las plantas, sobre los árboles. El calor insoportable del día precede a la noche helada y la luz implacable del sol quemante de un cielo sin nubes tortura a los perseguidores y vence aún más a los heridos que se vieron forzados a retroceder. Los ataques de los yagunzos aquí son implacables. La insolación fulminante ha vencido de antemano a unos hombres que no están habituados a lidiar con tal clima. De este modo, la escena de los escasísimos soldados que después de ser heridos en combate pueden superar las *caatingas* y llegar a las zonas pobladas, de ningún modo se asemeja a la noticia de llana victoria que se les anticipó. Cuando el ferrocarril los deja en Bahía, son carretadas de hombres harapientos y vencidos que se despliegan ante una población asombrada y compadecida.

Hacia el 10 de agosto la expedición ha sufrido 2049 bajas. En las ciudades se especula sobre esta guerra sertanera y se sobrestiman los recursos de los yagunzos muy por encima de la realidad. El yagunzo mismo ha cobrado dimensiones exageradas.

El yagunzo comenzó a aparecer como un ente aparte, teratológico, medio hombre y medio duende, violando las leyes biológicas, al alardear resistencias inconcebibles, arrojándose, nunca visto, intangible, sobre el adversario; deslizándose, hecho una víbora; resbalando o cayendo por los despeñaderos profundos, como un espectro; más leve que el arma que arrastraba; y flaco y enjuto y fantástico, diluyéndose en duende,

pesando menos que un niño, teniendo la piel bronceada pegada a los huesos, áspera como epidermis de momias...¹⁶⁰

Aunque el coronel Carlos Teles envió a la prensa una carta donde afirmaba que el número de los insurrectos no superaba los doscientos y que contaban con pocas armas y precarias, la imaginación popular, fomentada por las imágenes de los soldados retornados, no admitía esta increíble fragilidad de los yagunzos. El gobierno envió una brigada auxiliar compuesta por 1042 soldados y 68 oficiales, que partió con pompa y llegó a Canudos prácticamente desecha. La verdad es que a la hostilidad del desierto había que agregar el miedo que producían la escena misma y el aire de supersticiosa fatalidad. La guerra sertanera tenía un carácter espinoso, como su paisaje, y se desenvolvía por cursos inesperados y terribles. Las reacciones del enemigo eran siempre imposibles de prever. Los yagunzos eran temibles pese a sus pobres recursos.

Siguieron llegando refuerzos. A lo largo del mes de agosto arribaron a Canudos cerca de tres mil soldados más.

La acumulación de hombres en Canudos evidentemente no era el recurso para derrotar a los yagunzos, pero las particularidades de la guerra sertanera y sus sutilezas no estaban al alcance de los oficiales, que actuaban de acuerdo con estrategias cuya efectividad era nula en este caso concreto. Pero entonces llegó el mariscal Carlos Machado de Bittencourt, que supo leer en la situación y descubrir su verdadera necesidad. A la luz de sus disposiciones fue ya posible presagiar el desenlace de la contienda, que sólo había necesitado de una base de operaciones y de una mejor administración de los recursos para resolverse en favor del gobierno. El mariscal descubrió que el verdadero

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 393.

enemigo era el desierto y que acumular más y más hombres en aquella región aislada donde escaseaban los alimentos, era conspirar contra sí mismo. Agilizó la organización de convoyes para rodear Canudos, en la que era una empresa ya urgente porque los peores tiempos de sequía ya se avecinaban y con ellos, la derrota irremediable.

-La creación de la patria.

El campamento se organizó en Queimadas. Da Cunha se detiene para observar el contraste que para los soldados, provenientes de las ciudades, constituía llegar a aquel pueblo derruido.

Discordancia absoluta y radical entre las ciudades de la costa y los ranchos de paja y teja del interior, que tanto desequilibra el ritmo de nuestro desenvolvimiento evolutivo y perturba deplorablemente la unidad nacional. Se veían en tierra extraña. Otros hábitos, otros cuadros, otra gente. Hasta otra lengua, articulada en un caló original y pintoresco. Les invadía el sentimiento exacto de partir hacia una guerra externa. Se sentían fuera del Brasil. La separación social completa dilatava la distancia geográfica; creaba la sensación amarga de un largo alejamiento de la patria.¹⁶¹

El autor concibe que las sociedades, y el hombre mismo, están sujetos a una evolución y que en distintos grados de esa evolución se encuentran los hombres de las ciudades y estos otros, aislados por la circunstancia geográfica y forzados, por su situación, al atraso. Desde este punto de vista, incorporarlos

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 413.

al desarrollo es difícil y se comprende que constituyan un problema para la unidad de la nación. Lo que es importante destacar es la realidad de esos dos Brasiles, que se caracterizan a través de dos circunstancias y de dos tipos de hombres entre los que se interponen diferencias irreconciliables. La identidad del país se ve forzada a determinarse a partir de una realidad plural y complicada, en la que es difícil soslayar los rasgos comunes y los factores uniformes que reúnen al país y lo hacen uno. Por otro lado, da Cunha advierte que "era terriblemente paradójico una patria cuyos hijos buscaban su seno, armados hasta los dientes, en son de guerra, despedazando sus entrañas a tiros de Krupp, desconociéndola del todo"¹⁶².

Porque la guerra contra los sertaneros pretende afirmar una identidad nacional contra los extraños que atentan contra ella. El problema es que esos extraños pertenecen al Brasil y que al luchar contra ellos, Brasil se busca destruyéndose. La terrible paradoja que da Cunha descubre y que es la que equipara esta situación con la de Tomóchic, casi simultánea, es que el país ha llegado a la encrucijada en que se plantea su propia realidad, en que se pregunta sobre sus rasgos definitorios, en que intenta saber quién es. El hecho es que para responderse a esta pregunta crucial y definitiva, penetra dentro de sí misma y se destruye. No intenta saber realmente quién es, cuáles son sus necesidades, cuál es la verdad a la que hay que responder sin demora. Lo que hace es despedazarse él mismo para excluir de su seno aquello que lo diferencia y que no se corresponde con las poderosas naciones civilizadas de Europa. De este modo Brasil hace por escindirse y comienza a construir su problemática identidad, llena de contradicciones. La salud de una nación, como la de un hombre, está en hacerse inteligible para sí misma para soslayar su propia necesidad: desde ella puede plantearse el futuro y lo que espera

¹⁶² *Idem.*

de ese futuro, en lo que es una esperanza legítima y auténtica. Cuando, por el contrario, se entrega a imitar y busca las respuestas a su propia problemática en el dogma y en las soluciones ajenas, anula su propia posibilidad de ser y se convierte en un pobre imitador que, sin energía, hace por llegar a ser lo que, en su fuero interno, no necesariamente quisiera llegar a ser.

La guerra contra Canudos es absurda y conforme el final se acerca, pierde aún más su sentido. Da Cunha advierte ese absurdo y espera que al menos adquiriera alguna razón de ser cuando la nación haga un esfuerzo por introducir a estos hombres retardatarios en el curso del país. Naturalmente el recurso de eliminar a una población que no se integra no promete un mejor proyecto de nación para el futuro. Pero hace falta recordar que la postura del autor ante el suceso es de que la actitud del gobierno fue la única posible. Para da Cunha la civilización es el objetivo más valioso y los obstáculos que se interponen mientras el país se esfuerza por desarrollarse, deben removerse. Él atribuye todo el problema a que el fanatismo ha corrompido a estos hombres del norte.

-El final de la batalla.

Septiembre comienza con la evidencia de la desventaja de los yagunzos y la batalla, para los soldados, pierde su aspecto heroico. Las iniciativas se suceden rápidamente y la frágil posición de los sertaneros es obvia cuando ya no encuentran el modo de defenderse. Pero dice el autor que esta lucha sertanera conservará, hasta el fin, su trazo misterioso. Hasta el último momento los sobresaltos sorprenden a la tropa cuando más confía, cuando da por hecho que no hay ningún peligro. Los yagunzos los sorprenden con su energía y con sus artimañas aun cuando están a

las puertas de la derrota. El poblado mismo es misterioso -enorme en sus cinco mil casuchas-, sumergido en un silencio absoluto y con un aspecto casi fantasmal, que sólo se interrumpe cuando, entre los ruidos de la artillería, se levantan los llantos de las mujeres y de los niños que están en Canudos. La situación parece insostenible.

En Canudos escasean los alimentos, han muerto ya los principales combatientes y hay muchos heridos y enfermos. Fue posible reconstruir estos últimos días del poblado a través de los testimonios posteriores y se reveló un estoicismo casi inhumano. Antonio Consejero había muerto el 22 de agosto, debido a la herida de una esquirla de granada. Después de sufrir una visión en la que el Buen Jesús era despedazado por la artillería enemiga, había dejado de comer. La muerte del Consejero avivó la insurrección. Los yagunzos creían que:

Antônio Conselheiro había emprendido viaje hacia el cielo. Al ver abatidos a sus principales ayudantes y aumentado el número de soldados, resolvió dirigirse, directamente, a la Providencia. El fantástico embajador estaba a aquellas horas junto a Dios. Todo lo había dejado prevenido. Así es que los soldados, aun cuando cayesen en las mayores apreturas, no podían salir del lugar en que estaban. Ni aun para irse, como las otras veces. Estaban clavados a las trincheras. Era menester que allí permanecieran para la expiación suprema, en el mismo lugar de los crímenes perpetrados. Porque el profeta volvería en breve, descendiendo entre millones de arcángeles -espadas flamígeras brillando en las alturas- en un revuelo olímpico, cayendo sobre los

sitiadores, fulminándolos e iniciando el día del Juicio.¹⁶³

Hacia el día 24 de septiembre Canudos está bloqueado. Aunque ya la insurrección sin lugar a dudas estaba terminada, el vigor que desplegaron en Canudos los yagunzos en los últimos días, dice da Cunha que fue sorprendente. Aún los prisioneros fueron heroicos y morían a manos de los soldados sin proferir ninguna queja. Los degollaban con el facón porque sabían que, según sus creencias, así no podían salvar el alma.

La crueldad de los soldados en estos últimos episodios es tremenda. La situación ha llegado a un punto de tensión extrema en que las tropas ya no tienen ninguna conducta civilizada que nos recuerde su procedencia. Da Cunha llama al sertón un *escondrijo* donde todos los excesos son admisibles, donde nadie lleva la cuenta de los crímenes ni se puede delinquir. *La Historia no iría hasta allí*. El futuro no enjuiciaría y todos los delitos permanecerían impunes porque no había culpa posible.

Canudos tenía, muy apropiadamente, en derredor, un cinto de montañas. Era un paréntesis, era una hendidura, era un vacío. No existía.

Traspuesto aquel cordón de sierras nadie pecaba ya.¹⁶⁴

El autor pretende dejar un testimonio de aquella caída en la barbarie y de aquella crueldad; pretende dar un grito de protesta que se imponga en el *remoto futuro*.

Se suceden los enfrentamientos. El estado lamentable de los yagunzos empieza a hacerse notorio hasta que conmueven a sus

¹⁶³ *Ibidem*, p. 437-438.

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 452.

mismos adversarios. El 28 de septiembre los sertaneros ya prácticamente no responden a los cañonazos. La miseria es patente en todas partes, el olor acusa el estado de putrefacción en que se hunde el pueblo entero y los perros -cosa semejante a la que ocurrió en Tomóchic- dan idea del estado de cosas cuando, famélicos, atacan los cuerpos de los muertos. El asalto final comenzó el 1 de octubre.

Tomar el pueblo no resultó más sencillo de lo que había sido antes. Las brigadas otra vez se descubrieron incapaces de actuar de acuerdo con las previsiones cuando se encontraron ante aquel pueblo laberíntico donde el yagunzo atacaba por sorpresa, casi en sus últimos estertores. Sin embargo, como siempre, se apresuraban a darse por victoriosos y luego sufrían las amarguras del desencanto. Ninguno de sus tremendos recursos bastaba. Los yagunzos eran una sombra fugitiva que nunca terminaba de atraparse y cuando los daban por vencidos, surgía alguna desagradable sorpresa. Dice da Cunha que *los sertaneros invertían toda la psicología de la guerra; endurecían los los reverses, robustecíanlos el hambre, empederníanlos la derrota.*

Deciden utilizar dinamita, lo que el autor describe, con ironía, como un recurso muy adecuado, como una consagración. *Atacábase a fondo la roca viva de nuestra raza, dice.* Era la afirmación categórica de la nacionalidad, la seguridad más obtusa de que aquella insurrección y sus convicciones de ningún modo iban a prosperar en el nuevo Brasil civilizado. Después de la explosión, en medio de los llantos de los niños y de las mujeres que huían, surgieron los yagunzos, que no se rendían.

El combate fue estéril. Las bajas en el ejército fueron muy altas -577 personas- considerando lo favorable de su situación. Las condiciones de los sertaneros empeoraban, pero muy lentamente. Ocurrió algo insólito cuando un yagunzo se acercó a hablar y se entregó, pero al fin esto no resultó más que otra

celada porque gracias a su intervención fue posible sacar a las mujeres, a los niños y a los ancianos, que, encerrados con los sertaneros, constituían un peso durante el combate. Mediante este recurso se desahogaron de una multitud inútil y encontraron una manera más para proseguir con la batalla y no rendirse.

Una escena semejante describió Heriberto Frías sobre los últimos sobrevivientes de Tomóchic. La gente que sale del poblado es miserable, casi muerta de hambre, herida, sucia, marchita. La victoria se confirma en virtud de un derrotado que llama a la compasión. Cuando los yagunzos se sintieron desahogados renovaron otra vez el tiroteo.

El final de la guerra sertanera confirma la irreversible trayectoria que había llevado a los sitiadores de la inútil estrategia militar al desorden más absoluto. La lucha degeneró progresivamente y se terminó con todo formulismo. Llegaron a un punto en que ya ni siquiera existía la jerarquía. Los yagunzos, por su lado, no se daban por vencidos, dispuestos a un suicidio colectivo, y asesinaban a cualquiera que se acercara a su último reducto.

Termina su libro da Cunha con una afirmación categórica y sorprendente. *Canudos no se rindió*. Cayó el día 5 de octubre de 1897 cuando murió el último de los yagunzos.

"Eran cuatro apenas: ¡un viejo, dos hombres y un niño, frente a los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados!"¹⁶⁵

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 483.

2.3. Ediciones de *Os Sertões*.

A Glória e atualidade de *Os Sertões* nem tanto se devem às informações e às reflexões sobre a guerra e o sertão, que se encontram quase todas também em numerosos outros escritos da época, mas principalmente à sua arte ensinatória, sugestiva e plástica, à sua força imagética, à sua teatralização do meio e dos eventos. Com seu carácter de epopéia nacional e sua teologia política poetizada, *Os Sertões* é um livro fundador, uma súpula da nacionalidade, uma obra que constitui o Brasil. Narra a gênese da terra e do homem do sertão, a gênese de um herói a través da guerra, uma luta ao mesmo tempo parteira e assassina de um possível Brasil mais autêntico, um crime fundacional que ajudou a consolidar a criticada República de 1889. O carácter sagrado do sertão passou para a obra, o assunto santifica o texto. As aporias éticas, políticas, intelectuais da recente história nacional e as incoerências analíticas do próprio autor encontram uma solução duradoura, exemplar e satisfatória no plano estético-metafísico. Raramente na história da literatura a identificação entre uma realidade e a sua representação é tão intensa quanto aqui, pois quase todos os leitores reconhecem uma isomorfia total entre a obra, a região e o evento. *Os Sertões* "São" os sertões, a *Campanha de Canudos* "é" a campanha de Canudos. Além disso, como *Canudos* é a quintessência do sertão, e o sertão a quintessência do país, o livro "é"

o país, ele reinventa o Brasil, contribuindo para a idéia que a nação tem de si mesma.¹⁶⁶

Es legendaria la molestia que padeció Euclides da Cunha por la cantidad de errores gráficos que tuvo la 1ª edición de *Os Sertões*, financiada por el autor y publicada por la editorial Laemmert, de Río de Janeiro, en octubre de 1902. Franciso Venâncio Filho, en su obra sobre Euclides da Cunha,¹⁶⁷ citada por Walnice Nogueira Galvão en su edición crítica de *Os Sertões* (obra que me ha servido de base fundamental, como antes dije), recupera parte de una carta que da Cunha escribió a su amigo Francisco Escobar, a propósito de la mencionada primera edición de *Os Sertões*. En ella se lee:

Tenho passado mal. Chamaste-me a atenção para vários descuidos dos meus "Sertões"; fui lê-lo com mais cuidado – e fiquei apavorado! Já não tenho coragem de o abrir mais. Em cada página o meu olhar fisga um erro, um acento importuno, uma vírgula vagabunda, um (;) impertinente... Um horror! Quem sabe se isto não irá destruir todo o valor daquele pobre e estremecido livro?

Y más adelante:

Quer isto dizer que estou a mercê de quanto meninote erudito brune as esquinas; e passível da férula brutal

¹⁶⁶ Berthold Zilly. "A reinvenção do Brasil a partir dos sertões: viagem e literatura em Euclides da Cunha. Universidade Livre de Berlim. <http://victorian.fortunecity.com/statue/44/zareinvencaobrasilpartirdossertoes.htm>

¹⁶⁷ Franciso Venâncio Filho, *Euclides da Cunha a seus amigos*. São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1938, pp. 78-79.

dos terríveis gramatiqueros que passam por aí os dias a remascar preposições e a disciplinar pronomes! / Felizmente disseram também que o Victor Hugo não sabia francês. / Vou escrever ao Laemmert para reduzir quanto possível, a 1ª edição se houver tempo.¹⁶⁸

Estas palabras demuestran la honda preocupación, casi angustia, del escritor (angustia infundada, por otra parte, ya que la 1ª edición de *Os Sertões* tuvo enorme éxito y se había ya agotado para febrero de 1903) por la falta de respeto a su texto de parte de sus editores y justifica su reacción, también legendaria, ante estos hechos: Walnice Nogueira Galvão cita una nota de Fernando Nery a la carta que Euclides dirigió a Francisco Escobar y que aparece en el libro citado de Francisco Venâncio Filho. En ella se lee:

Euclides, apavorado com a crítica gramatiquera que lhe poderiam fazer por alguns descuidos de revisão, corrigiu, depois de impressos *Os Sertões*, vários erros tipográficos (os mais graves), a nanquim e ponta de canivete, em cerca de mil exemplares (1ª. edição).¹⁶⁹

En su *História e interpretação de Os Sertões*,¹⁷⁰ Olimpio Sousa Andrade expresa sus dudas sobre esta versión, pues la edición total fue de 1000 ejemplares y da Cunha conoció los errores cuando ya el libro estaba en el mercado, por lo que no pudo haberlos corregido todos. Fueron alrededor de ochenta los ejemplares que todavía estaban en manos del editor y que pudo

¹⁶⁸ Walnice Nogueira Galvão, "Introdução" a Euclides da Cunha, *Os Sertões*. Edição crítica, op. cit., p. 18.

¹⁶⁹ Apud Walnice Nogueira Galvão, *Ibidem*, p. 14.

¹⁷⁰ *História e interpretação de Os Sertões*. São Paulo, EDART, , 3ª. ed., 1966, p. 299. Citado por Nogueira Galvão, *Idem*.

haber corregido a mano. Walnice Nogueira Galvão opina, asimismo, que la afirmación de Francisco Escobar es exagerada, aunque dice que da Cunha estaba "dotado de um extraordinário *animus corrigendi*, patente nas exaustivas emendas que efetuou em todas as edições de sua obra".¹⁷¹

Pese a la desmoralización sufrida por el autor ante los errores de la edición y a su febril actividad para corregirlos manualmente, la necesidad de preparar muy pronto otra edición, ésta sí ya muy cuidada, fue un factor estimulante. En efecto, ello se reflejó en una carta a su padre, del 19 de febrero de 1903:

...recebi uma carta de Laemmert, declarando-me que é obrigado a apresiar a 2ª edição, já em andamento, dos *Sertões*, para atender a pedidos que lhe chegam até de Mato Grosso -e aos quais não pode satisfazer por estar esgotada a 1ª. Isto em dois meses! (...) Estimo a 2ª edição, principalmente porque sairá correta, destruídos os muitos erros de revisão da 1ª.¹⁷²

A su vez, el 25 del mismo mes, también a su padre, escribe: "É possível que seja mais feliz na 2ª edição. Os homens,, apesar do que dizem (e nesta terra São fáceis os juízos temerários) me parecem sérios".¹⁷³

En 1903 salió dicha 2ª edición de la obra. Apareció con el registro de 2ª edición corregida y con extensas "Notas a la 2ª edición" que ocuparon, en tipo menor, seis páginas. Las notas, que defendían las posiciones de da Cunha, fueron incorporadas, desde entonces y hasta la fecha, a todas las siguientes ediciones. Para esta edición, da Cunha corrigió no sólo múltiples

¹⁷¹ Walnice Nogueira Galvão, *Ibidem*, p. 18.

¹⁷² *Ibidem*, p. 21.

¹⁷³ *Idem*.

errores ortográficos, sino, incluso, muchos no demasiado graves en lo que atañe a estilo y a algunas fallas de información.

Cuando se habla de las primeras ediciones de la obra, la referencia corresponde a las primeras tres ediciones y al ejemplar de la tercera que se encuentra depositado en la Academia Brasileña de las Letras -que se nombrará AP. Todas ellas tuvieron gran cantidad de correcciones ortográficas, pero fue la segunda la más corregida en todo sentido aunque la tercera tuvo muchas correcciones tipográficas. Según señala Nogueira Galvão, "A grande figura da emendatio é a substituição. O maior número de emendas substitui uma palavra por outra, por sinonímia, em uma exibição de riqueza léxica. As substituições extensas São, como os acréscimos e supressões, pouco freqüentes."¹⁷⁴ La investigadora indica, paralelamente, que no hay correcciones de gran magnitud: no se elimina ni se acrecienta el capítulo o el párrafo. Tampoco hay desplazamientos internos de fragmentos de texto.

Solamente se encuentra un par de supresiones de frases, en realidad cortas, señaladas por Walnice Nogueira Galvão, como ésta: En la 1ª edición, el fragmento "...que não lhes replicavam. / Porque não havia como replicarem. A noite descera..." (p. 444) pasa a "...que não lhes replicavam. A noite descera..." (p. 428) en la 2ª edición, variante que se mantendrá en las siguientes ediciones.

En número de palabras, ocurre una supresión ligeramente mayor que ésa. El fragmento: "No dia 1º de Março, porque a alta se prolongou até a manhã de 2, precisamente na hora em que..." (p. 329 da 1ª. edição, , p. 318 das 2ª. e 3ª.) pasa a: "No dia 1º. de Março, precisamente na hora em que..." en el ejemplar que se conserva en la Academia Brasileña de Letras con las enmiendas atribuidas a Euclides, citado como AP (p. 328).¹⁷⁵

¹⁷⁴ *Ibidem*, p. 13.

¹⁷⁵ *Cfr. Ibidem*, p. 12.

La investigadora concluye en que éstas son las supresiones mayores que hay en las dos primeras ediciones y que, en total, no hay en ellas más de una decena. En cuanto a la tercera edición, de 1905, que tiene tantas correcciones como las anteriores, dedica aquéllas a la uniformización gráfica y es la que contiene mayor número de errores de ese tipo. En todas, hay cambio de puntuación en cuanto a la posición de la coma, y se modifican también los párrafos. Nogueira Galvão dice al respecto:

A colação de quatro textos de *Os Sertões* - 1ª. 2ª., 2ª. edições e AP- teve como resultado 180 páginas datilografadas de variantes. Havendo em média 33 variantes por página datilografada, o cálculo fornece o total de quase 6000 variantes entre os quatro textos, não entrando no cômputo as correções gráficas e ortográficas, o que faria aquele total ultrapassar os 10 000.¹⁷⁶

No se conoce exactamente el número total de ejemplares de las tres primeras ediciones, pero parecería que llegan a completar los seis mil. En 1909 murió Euclides da Cunha. En 1911, Francisco Alves y Cía., en Río de Janeiro, publicó la "4ª edición corregida". Bajo este sello editorial permanece hasta ahora y se han editado treinta y dos ediciones. La cuarta edición no presentó grandes cambios, pese a su aclaración de "corregida", pero, ya para la quinta, se había encontrado un ejemplar de la tercera cuidadosamente corregido por da Cunha. Por ello ésta apareció con una leyenda que correspondía a la verdad: "Edición definitiva de acuerdo con las enmiendas dejadas por el autor"¹⁷⁷ De tal modo que, desde la quinta a la veintisieteava edición, la obra reprodujo, en forma facsimilar, una nota autógrafa del autor

¹⁷⁶ *Ibidem*, p. 11.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 22.

en la que se lee: "Livro que deve servir para a edição definitiva".¹⁷⁸

La doceava edición, preparada por Fernando Nery a partir de una cuidadosísima lectura del texto de la tercera edición corregido por da Cunha antes de su muerte, incorporó subtítulos muy convenientes para el lector, ya que redujeron los largos capítulos originales. Además, Nery incorporó 181 notas a pie de página que se repitieron hasta la edición veintiséis. Un incendio destruyó esta edición, por lo que la veintisieteava tuvo una nueva composición, ésta a cargo de Francisco Alves. La edición número veintiocho volvió sobre una tercera a la que Fernando Rey había transcrito, en 1934, todas las correcciones del autor, ya que, para entonces, se había perdido aquel ejemplar con correcciones autógrafas de da Cunha. La edición a la que se alude, permanece hoy en la Academia Brasileña de las Letras, en Río de Janeiro, y como dije es abreviada como AP por Walnice Nogueira Galvão.¹⁷⁹

Me he detenido en mencionar estas particularidades de las ediciones de *Os Sertões*, porque como veremos radica aquí una importante diferencia entre el carácter de esta obra y el de *Tomóchic*. Se puede decir, en términos generales, que la mayor preocupación, y hasta obsesión, de Euclides era, en primer término, mantener la precisión y la objetividad de la historia, en ese sentido en su carácter de crónica de los acontecimientos que había presenciado o de los testimonios de que se había servido. En segundo lugar, se preocupaba por la corrección de su escritura. Para Euclides, como para Zola, la observación minuciosa de los hechos y su precisa representación era un valor científico fundamental.

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 23.

¹⁷⁹ *Idem*.

2.4. Visiones de otros escritores.

-Mario Vargas Llosa. *La guerra del fin del mundo*.

Al final de la guerra ya no habría ricos, o, mejor, dicho, no se notaría, pues todos serían ricos. Estas piedras se volverían ríos, esos cerros sombríos fértiles y el arenal que era Algodones un jardín de orquídeas como las que crecían en las alturas de Monte Santo. La cobra, la tarántula, la suñarana serían amigas del hombre, como hubiera sido si éste no se hubiera hecho expulsar del Paraíso. Para recordar estas verdades estaba en el mundo el Consejero.¹⁸⁰

La novela de Euclides da Cunha fue fundamental en la formación de la identidad del Brasil. Más tarde, a la luz de la realidad contemporánea, se volvió emblemática.

Vargas Llosa descubrió la importancia de la obra y escribió una novela que intenta explicarse los distintos puntos de vista que convivieron en aquel hecho histórico, desde la distancia y la objetividad que da el paso del tiempo. La personificación de los actores históricos y la creación del espacio, en este caso estuvieron al servicio de una interpretación muy inteligente de lo que había ocurrido. Canudos era un paraíso accesible y los sertaneros aspiraban al cielo levantándose contra la República. La República era la manifestación de que el demonio convivía entre los hombres y de que el fin del mundo había comenzado. La guerra era contra el Anticristo, contra el Mal. La devoción religiosa de los yagunzos era algo incomprensible tanto para los

¹⁸⁰ Mario Vargas Llosa, *op. cit.*, pp. 220-221.

republicanos como para los monárquicos, y eso a pesar de que los sertaneros pretendían estar defendiendo la Monarquía.

La guerra del fin del mundo muestra la incomprensión definitiva que existió entre los dos bandos que se enfrentaron en Canudos. No hay ningún punto de contacto que explique el choque, ni oposición entre los argumentos de las dos partes. Los propósitos de los yagunzos atentaban contra el orden constituido, pero no en el sentido en que se pensaba: los reproches que tenían contra la República se debían a una confusión.

Pero el gobierno, por su lado, sí tenía en Canudos y en ciertas regiones de Brasil, un obstáculo para su proyecto de crecimiento.

Vargas Llosa utiliza personajes históricos y personajes creados. Estructura su novela a través de tres discursos distintos, que se desenvuelven a través de la circunstancia histórica del caso. Los poderosos, todos semejantes, se agrupan en torno a dos identidades: por un lado están los monárquicos, que quieren retener un Brasil conservador, y por otro están los republicanos, que tienen como objetivo el progreso.

En Canudos se desarrolla el segundo discurso, donde los sertaneros llegan a extremos exagerados de la fe, probablemente debido a las condiciones desesperadas en las que viven.

Un tercer discurso se unifica a partir de los personajes que se mantienen al margen de la cuestión porque no comprenden lo que ocurre o porque han decidido no integrarse. Rufino, Galileo Gall y Jurema viven sus problemas individuales, pero al fin son arrastrados por la corriente de las circunstancias.

Hay un cuarto punto de vista, que corresponde al observador. Vargas Llosa crea un personaje que aparentemente es Euclides da Cunha: un miope que tiene la oportunidad de presenciar los dos puntos de vista que se enfrentan en la guerra. Es curioso que cuando vive en Canudos ha perdido los lentes, de modo que su

percepción de los yagunzos es imprecisa, ambigua, muy confusa. Tal vez la ceguera del miope se debe a que nunca puede ver claramente: no entiende la devoción que hay en Canudos. Antes Heriberto Frías optó por hacer borrosos a los tomochitecos, todos heroicos. Ahora Vargas Llosa tampoco les permite ser más que sombras. El que los contará, no los ha visto.

Galileo Gall juega un papel muy curioso. Es un personaje que ha sido atraído por el fantasma de Canudos, y que ha interpretado equivocadamente lo que están haciendo los yagunzos. A Brasil llega sólo para morir, y del mismo modo que nunca entiende el pensamiento de los alzados, avanza hacia ellos sin esperanza de alcanzarlos jamás. Perderá por un motivo que dista mucho de ser el que soñaba: ha luchado por una Idea y al fin muere en manos de un hombre celoso, al que deshonró; su incomprensión de los yagunzos se manifiesta cuando insulta a Rufino, sin ni siquiera darse cuenta. Se mueve en un mundo donde los valores son muy distintos de los que conoce.

Porque Galileo Gall dice querer salvar a los pobres y luego no respeta su casa. Vive apoyado en una ideología y pretende que la realidad exterior se ajuste a lo que concibió previamente. Se considera un defensor de la libertad, un revolucionario. Lucha contra la propiedad, contra la explotación y contra el oscurantismo. Pretende destruir un orden injusto y escoge Canudos como un pretexto: cree que allí se está gestando la revolución que planeó en sus sueños.

El Barón de Cañabrava se da cuenta de que tanto Moreira César como Galileo Gall se equivocan en su interpretación de lo que ocurre en Canudos. Comprende el papel que juega el Consejero entre los yagunzos porque conoce a aquella gente y supone el tipo de vínculo que ha creado con ellos. No es un idealista y se fascina por esa posibilidad de simplificación que tienen los idealistas, por la que creen entender un conflicto atribuyéndole

una serie de connotaciones que no tiene: sabe que Gall es un hombre perdido sin remedio y que se equivoca; el problema es, a la vez que más sencillo de lo que han entendido los de afuera, mucho más complejo porque se sirve de sus propios antecedentes: no puede entenderse a partir de otros modelos que se creen, equivocadamente, semejantes.

Tal vez la figura más elocuente que crea Vargas Llosa en esta novela es la del Consejero. El Consejero luce una imperturbable tranquilidad, tiene costumbres frugales y es serio. Atrae a la gente y le habla sobre el pecado, sobre las vilezas del Can, sobre la bondad de la Virgen, sobre la Salvación. Enseña verdades elementales. Su voz es persuasiva y logra que el pecador se arrepienta. Predice, en sus sermones, que las fuerzas del Perro vendrán a prenderlo y que habrá cuatro incendios, de los que apagará tres. El cuarto quedará en manos de Jesús. La lucha es contra el Mal y, en este sentido, es legítima.

Acompañan al Consejero varios personajes, algunos de ellos históricos. João Abade, antes llamado João Satán, es fiero y está prendido a la leyenda de Roberto el Diablo: a lo largo de la novela, parece condenado a reproducir su tragedia. Antonio y Honorio caen en una desgracia tras otra hasta que creen oír la voz de Dios a través del Consejero y se van con él. João Grande es brutal y cree que tiene al Perro en el cuerpo; encuentra al Consejero y quiere salvarse; a él le da la vida aunque sueña que al final ganará el Diablo. María Quadrado y su corte hacen una curiosa legión que circunda al Consejero todo el tiempo, y que se entrega de una manera absoluta. El León de Natuba se da al Consejero porque es el único que lo ha querido a pesar de su deformidad y que lo trata con afecto. Él es inteligente y no cree en Dios. Aunque se lo confiesa al Consejero, éste lo perdona porque dice que su vida entera es una expiación. Si no huye es por sabe que no hay adónde. Él es el que dice que todos ellos ya

huyeron antes y que Canudos es el lugar al que llegaron. Es inteligente y ha leído. El Beatito, por último, es un devoto de Dios y del Consejero, que no ha podido ser sacerdote porque es hijo natural, y que prueba su fervor por el Consejero llevando un alambre ceñido al cuerpo durante meses. Teme al Can, y por ello a los perros -porque son la representación del diablo-.

El círculo que crean estos personajes tiene como centro al Consejero y a él le tienen, todos, una obediencia absoluta. Se creen designados para salvar al mundo y su convicción los lleva al sacrificio. Hay detrás de cada uno un motivo personal que lo ha llevado a Canudos, pero todos se vuelven semejantes en su abnegación y en su fe. Vargas Llosa muestra que sus condiciones de vida no tienen que ver con el levantamiento, porque no saben que exista nada mejor, y todas las razones se refieren a un gran desaliento, a una gran necesidad de creer y al consuelo que ha significado escuchar las palabras del Consejero.

El coronel Moreira César representa otra forma de la fe: cree fielmente en la República y va a Canudos con el prejuicio de suponer que la revuelta atenta contra principios fundamentales del nuevo gobierno. Él tampoco conoce las dimensiones del levantamiento y se equivoca cuando quiere contenerlo. Morirá de una forma inesperada y, debido a su fama, ello impactará profundamente al país, y magnificará el levantamiento a los ojos del público, que sabe de Canudos desde fuera.

La novela presenta seres ávidos de poder y crueles, fidelidades asombrosas, traiciones inesperadas, grandes pasiones. Un personaje como Rufino, que persigue implacablemente a Galileo Gall para vengar su honor, o como Pajeú, que se enamora sin esperanza de Jurema, hacen del libro una crónica apasionante de los sucesos de Canudos, además de convertir esta circunstancia histórica en un suceso próximo. Vargas Llosa escoge los nombres de algunos de los personajes entre la flora fundamental de la

región, y de este modo Jurema, que en el libro de da Cunha es la flor del consuelo, en Vargas Llosa se transforma en una mujer incapaz de engendrar, que consigue un hijo y un amor en el Miope. El libro está lleno de vida, pero lo más importante en él sigue siendo esa interpretación de Vargas Llosa que da luz sobre unos acontecimientos históricos que, aún hoy, son enigmáticos.

Porque la novela se traslada al pasado y reflexiona. Constata los hechos de la historia sirviéndose de un libro anterior, que fue testigo del acontecimiento. Reconstruye los eventos porque pretende usar el pasado para entender el presente. La interpretación de Vargas Llosa es que la guerra de Canudos fue un diálogo de sordos, en el que el gobierno creyó ver una conspiración de la monarquía inglesa contra la República de Brasil donde no había otra cosa que una lucha contra el Anticristo. Fueron enviadas cuatro expediciones para acabar con la rebelión del Consejero, que se había levantado porque entendía que el nuevo gobierno era impío. Los sertaneros, apartados de la realidad nacional, creían que el censo intentaba identificar a los negros para volver a la esclavitud, que el nuevo gobierno pretendía limitar la libertad religiosa, que el matrimonio civil iba a sustituir la sagrada unión que sólo podía quedar en manos de Dios. El libro de Vargas Llosa se sirve de varios puntos de vista para mostrar que todo fue una confusión, pero esa confusión sólo podía ser posible si coexistían en una misma sociedad realidades incompatibles.

Y los grupos están muy bien definidos. Los sertaneros levantados no dudan y tienen una conciencia clara del lugar donde radica el Bien y el Mal. Tienen la seguridad de que luchan por su Salvación e identifican al Can con sus enemigos. Por otro lado están los republicanos y, entre ellos Epaminondas, que luego muestra una gran bajeza moral. Ellos inventan que se ha inmiscuido la monarquía inglesa en la rebelión de Canudos porque

pretenden generar inestabilidad para asegurarse en el poder. Hasta que Moreira César es derrotado, ellos parecen tener la ventaja, pero después se ven obligados a pactar con los monárquicos. Entre ellos, todo es una lucha por el poder.

Hay un momento en que el regimiento de Moreira César se pregunta si no anda tras las huellas de un espejismo. Cosa parecida ocurre en Tomóchic, donde los tomoches parecen invisibles y certeros. En este caso, el espejismo existe, pero para personajes que, como Galileo Gall, van a intentar crear en Canudos ese horizonte que les es necesario. Canudos, visto como un Eldorado, es un sitio de promisión y genera ilusiones falsas, expectativas incumplidas, grandes mentiras. En este sentido es que la tragedia del Canudos se viste de una multitud de caras, que se refieren a todas las invenciones que hizo cada uno con su necesidad: es la posibilidad de redención para João Satán, es el amor para el León de Natuba, es el ideal revolucionario para Galileo Gall, es la posibilidad de la maternidad para Jurema, es el obstáculo de la libertad para Moreira César, es tierra de necios y a la vez de la fraternidad para el Barón de Cañabrava, es la posibilidad de la salvación para casi todos.

El Miope aquí es el personaje que ve todo, aunque nunca claramente ya que no entiende la devoción de los yagunzos. Llega a Canudos para conocer sus limitaciones y descubrir que es un cobarde. Sabe que lo que ocurre allí es un terrible desencuentro y que en virtud de ese desencuentro va a producirse una desgracia. Sin embargo es incapaz de comprometerse y los libros que ha leído y todo aquello que sabe, se erigen como un obstáculo que lo distancia de la verdad de Canudos. De algún modo es la ignorancia la que les permite a los yagunzos acceder a la devoción religiosa que el Miope, letrado, no puede terminar de entender. También el Barón de Cañabrava, a su modo, es lúcido y

puede advertir que Galileo Gall se engaña. Ellos dos son los únicos que hasta cierto punto entienden lo que ocurre en Canudos.

La novela comienza con la descripción del Consejero.

El hombre era alto y tan flaco que parecía siempre de perfil. Su piel era oscura, sus huesos prominentes y sus ojos ardían con fuego perpetuo. Calzaba sandalias de pastor y la túnica morada que le caía sobre el cuerpo recordaba el hábito de esos misioneros que, de cuando en cuando, visitaban los pueblos del sertón bautizando muchedumbres de niños y casando a las parejas amancebadas.¹⁸¹

Temporalmente se ubica cuando comienza la República y el Imperio está llegando a su fin. La pugna entre estos dos poderes se manifiesta a través de dos periódicos enfrentados: el *Jornal de notícias* y el *Diário de Bahía*.

Se sabe que desde 1877 el Consejero ya peregrinaba acompañado. Era respetado por las cuadrillas de bandoleros a pesar de que el hambre y la sequía avasallaban la región. Todas las ciudades quedaban muy lejos y, en los sertones, la gente se enteraba de las noticias con retraso. Con retraso llegó la novedad de que la monarquía había abolido la esclavitud y, también con retraso, la conversión del Imperio en República. La presencia de la República implicaba que la Iglesia se separaba del Estado, que se secularizaban los cementerios, que iba a existir la libertad de cultos, que se instauraba el matrimonio civil. Todo ello, según Vargas Llosa, constituía, para el Consejero, una impiedad inadmisibles. El hecho de que se realizara un mapa estadístico y de que se efectuaran censos fue interpretado por aquella gente tan alejada de una manera errónea,

¹⁸¹ *Ibidem*, pp. 15-16.

y atribuyeron todo eso a que se pretendía perseguir a católicos y a los negros. Luego vinieron los impuestos. El Consejero terminó por proclamar que el anticristo estaba en el mundo y que se llamaba República.

El gobierno mandó a una fuerza de la Policía Bahiana cuando los revoltosos rompieron el edicto. Aquí se sitúa el principio del enfrentamiento que culminará en Canudos, sitio de promisión.

La novela discurre entre los conspiradores, que pretenden utilizar el conflicto en su provecho, y los yagunzos, que luchan la batalla del fin del mundo. El panorama es de la terrible aridez de los sertones y, en contraste, abundan los hombres dispuestos a sacrificarse, que llegan a Canudos para convivir sin violencia, en una solidaria fraternidad. Las muchas historias, todas en torno a la batalla de Canudos, se desarrollan magistralmente, y aproximan la tragedia con una multitud de caras humanas.

Probablemente la conversación más interesante de la obra ocurre entre el Barón de Cañabrava y el Miope. El Miope sobrevivió, pero no vio nada. Aun así puede recrear una guerra grotesca, absurda, que se desarrolló al margen de toda regla y de las convenciones. Ellos dos entienden más que el resto la situación de Canudos y curiosamente en su comprensión están ausentes las explicaciones. Todos aquellos que no entendieron Canudos supieron atribuirle descripciones suficientes. Los que realmente saben, no pueden explicarse lo que pasó.

Porque si la burguesía ha reaccionado fieramente en defensa de la propiedad privada y de sus valores (aparentemente en peligro), los desheredados, que viven el hambre, tienen como única preocupación la religión. Dice Vargas Llosa que en la historia no hay accidentes ni azar: todo ocurriría por un motivo. Es decir que la tragedia de Canudos se debe explicar como una confusión que tiene su origen en diferencias muy profundas que no

habrían podido hallar formas de reconciliarse y que estaban en grave pugna. Aunque es inexplicable que se enfrentaran tan trágicamente dos oponentes que no se entendían, el desencuentro que ocurre entre ellos es una explicación superficial del conflicto. En el fondo yace el verdadero motivo que exigía la exterminación de los levantados de Canudos. El hecho de que en Tomóchic hubiese ocurrido una tragedia tan similar a tan pocos años de distancia contribuye a creerlo.

A la vista está que para los de fuera los primeros rasgos notorios de Canudos manifestaban un atentado contra el orden constituido. Había un desacuerdo imperdonable en el hecho de que los yagunzos hubiesen abolido la propiedad, el matrimonio civil, las jerarquías sociales, la autoridad de la Iglesia y del Estado y la función del dinero. Germinaba, en el centro mismo del Estado y casi de forma virulenta, una organización aparte, que se servía de sus propias reglas. Para el gobierno debía ser urgente imponer la unidad nacional, consolidar un país moderno, imponer los modos del progreso que discurrían en los países-modelo. En este sentido, las razones de los yagunzos no eran importantes, y el hecho de que pese a la miseria, en Canudos funcionase un orden afortunado -como lo señalaría el Padre Joaquim- no era interesante para quienes veían que se atentaba contra su forma de vida y sus proyectos.

Porque los yagunzos se sienten ricos de ser pobres. Se creen inexplicablemente privilegiados y libran la batalla intemporal y enterna contra el Mal, con la conciencia de que han sido elegidos. La pobreza no es una novedad para ellos, así que no es extraño que su levantamiento no exija un orden más justo. Tienen su miseria por cosa natural y por ello no pueden demandar un cambio en su condición. En lo que a ello respecta, ni siquiera saben que exista alguna otra forma de vivir, más afortunada.

Luchan, pues, en nombre de Dios, lo que simplifica su conducta y excluya toda posibilidad de confusión.

Todo era transparente. La hambruna, los bombardeos, los despanzurrados, los muertos de inanición. El perro o el Padre, el Anticristo o el Buen Jesús. Sabían al instante qué hecho procedía de uno y otro, si era benéfico o maléfico. ¿No los envidia? Todo resulta fácil si uno es capaz de identificar el mal o el bien detrás de cada cosa que ocurre.¹⁸²

La claridad era aquello que constituía el bien de los yagunzos en la miseria. La capacidad de distinguir, sin duda, lo que les correspondía, era el mayor beneficio de una situación que los hacía sentirse completamente seguros de sus pasos. Eso, como indica Vargas Llosa, es envidiable: la fe resuelve el desconcierto y da sentido. Es por eso que luego indica que, entre los otros, las campanas de la lejana iglesia de Canudos les despertaban la nostalgia de la fe.

Porque el poder hipnótico de la superstición es lo que recubre de horizontes familiares el agobiante mundo de nuestro entorno, que se rehúsa a ser entendido. Vargas Llosa dice que la voz del Consejero, tranquilizadora y consoladora, se parece a los candomblés. Detrás de ellos había una organización de la vida, del tiempo, del espacio, que prescindiendo de la lógica, aliviaba. El motivo de Canudos sólo podía estar allí.

Dice Vargas Llosa que la definición del siglo XX es que *todas las armas valen*. La determinación de eliminar Canudos se funda en una indefinición moral que en nada se parece a esa fe absoluta que delimita la separación entre el Bien y el Mal. El hecho de que no haya restricciones cuando llega la hora de

¹⁸² *Ibidem*, p. 361.

decidir moralmente la muerte de un pueblo, en su totalidad, habla de que una nueva época se ha abierto paso, en la que las decisiones se toman al margen de los valores: lo que importa es favorecer ciertos intereses, afianzar privilegios y abrir el paso a proyectos que distan de ser justos para todos. El problema de la fe y de la ausencia de la fe involucra visiones del mundo prácticamente opuestas, que engendran realidades incompatibles, imposibles de combinar. Es en este sentido que Canudos se vuelve extranjero en su patria, cuando sus valores se vuelven poco apropiados para la época en la que existen.

Porque si todas las armas valen, no es extraño pensar que es el fin del mundo. En una guerra sin reglas ni valores, el desorden anuncia el caos y la catástrofe. De algún modo es cierto que el anticristo camina entre los hombres cuando éstos se quedan sin recursos para distinguir el Bien del Mal. El desconcierto es una amenaza en sí mismo y el Consejero es la luz, cuando propone a los yagunzos un itinerario de vida y una razón.

El libro termina cuando Canudos ha sido exterminado, pero de la mano de la historia de Roberto el Diablo, encarnado en João Abade. Por los sertones, en los días de Feria, se oía narrar a los cantores ambulantes aquella leyenda medieval. Una anciana asegura que a João Abade se lo llevaron los ángeles y entonces otra vez se delimita el desconcertante horizonte de un imaginario popular que en nada coincide con la concepción progresista y pragmática de aquel mundo que vino a contener a Canudos. Entre la devastación se levanta la lectura de esa anciana, que reviste contornos mágicos un escenario calamitoso. Allí están los yagunzos y su concepción del mundo, aparentemente tan peligrosa. Pero la dificultad de justificar los hechos de Canudos sobrevive, a pesar de todo.

¿Puede explicarse Canudos de acuerdo a los conceptos familiares de conjura, rebeldía, subversión, intrigas de los políticos que quieren la restauración monárquica? Hoy, oyendo al empavorecido curita, ha tenido la certidumbre de que no. Se trata de algo más difuso, inactual, desacostumbrado, algo que su escepticismo le impide llamar divino o diabólico o simplemente espiritual. ¿Qué, entonces?¹⁸³

¹⁸³ *Ibidem*, p. 250.

-Sándor Márai. *Veredicto en Canudos*.

El escritor húngaro Sándor Márai, escribió una novela titulada *Veredicto en Canudos* sobre el libro de da Cunha. La obra fue terminada en Salerno, Italia, en 1969.

En una nota que acompaña la primera edición, Márai señala que el libro de Euclides da Cunha "es como mata del sertón: a un tiempo abundante y árida". Señala que procuró contar, sin haber estado nunca en el Brasil, lo que define al país en cuanto a clima, flora y fauna, y que delineó "por detrás de los datos objetivos, un paisaje humano: un mundo en que el hombre vive todavía más en la naturaleza que en la civilización". Márai justifica también el porqué de su interés en el tema de Canudos: propone que "la aventura de Canudos "se repitió medio siglo después en otros espacios" porque "la anarquía se puso, nuevamente, de moda". El autor se refería a los movimientos del 68, a los que encontraba fundamentados, más que en causas económicas o sociales, en la búsqueda de la anarquía pura y simple, por la anarquía misma. Como prueba de su afirmación, recordó los grafitos de entonces: *Soyez raisonnable, demandez l'impossible*. De allí partió su novela, para la que utilizó fechas, datos topográficos y algunos nombres para sus personajes e inventó todo lo demás.¹⁸⁴

El traductor al portugués de *Veredicto en Canudos*, Pualo Schiller, señala que la obra fue escrita originalmente en húngaro y publicada en Canadá en 1970. También, que tuvieron que pasar treinta años para que fuera traducida al portugués. Schiller recupera lo dicho por el traductor de *Los sertones*, Samuel Putnam, en 1944: "el mayor libro producido por un pueblo, el más representativo de su espíritu" y lo afirmado por Carlos Radvány,

¹⁸⁴ Las citas corresponden a Sándor Márai, *Veredicto em Canudos*, Editora Schwarcz Ltda., San Pablo, 2002, pp. 151 y 152 (la traducción de todas las citas es mía).

quien considera a *Veredicto en Canudos* como una de las grandes obras inspiradas por Canudos y por Euclides da Cunha.¹⁸⁵ Al margen, es interesante recordar que Márai menciona varias veces, a lo largo de la novela la presencia de Euclides da Cunha como periodista presente en el lugar.

Veredicto en Canudos es una obra apasionada, preocupada por mostrar, más que los hechos, los sentimientos y las vivencias de los personajes que la habitan. La voz que narra es la de un escribiente, Oliver O'Connell, mestizo que habla inglés, quien acompaña al ejército para hacer el registro escrito de los sucesos. Podría ser la narración de un testigo inmediato de los hechos, pero, desde las primeras páginas, la voz indica que narra lo que ocurrió cincuenta años atrás, entre diciembre de 1896 y octubre de 1897, acosado por la fuerza de sus recuerdos.

La obra, que no está dividida en capítulos y apenas tiene asteriscos que separan períodos de distinta extensión, en general breves -de una página a tres-, temáticamente distingue dos partes: la primera, que termina en la página 72 y la segunda, de allí hasta el final.

La primera describe el espacio físico en el que está el ejército, a la espera de penetrar en Canudos, ese Canudos que no era, para los militares, "más que la rebelión de los incultos".¹⁸⁶ En ella, se habla de los fugitivos de Canudos, "seres escuálidos inútiles que nos entregaban a los vencedores porque deseaban librarse de los que ya no eran capaces de luchar";¹⁸⁷ de los miembros del ejército "ya sin porte militar";¹⁸⁸ de la ideología del jefe rebelde, Antonio Conselheiro, que anunciaba la proximidad de Armagedon mediante "profecías y textos apocalípticos llenos de errores de ortografía" que, sin embargo, demostraban "la fe de esos seres desgraciados (...) en las

¹⁸⁵ *Ibidem*, pp. 153 y 154.

¹⁸⁶ *Ibidem*, p. 52.

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 14.

¹⁸⁸ *Ibidem*, p. 17.

Escrituras, en la verdad de la Palabra dada, en la fuerza bíblica que proclamaba que en el principio existía el Verbo, más poderoso que el Cuerpo";¹⁸⁹ del papel de los periodistas testigos,¹⁹⁰ que procuraban conocer las cifras precisas de las pérdidas humanas, sin lograrlo;¹⁹¹ de las razones de la insurrección -pretensión de restaurar la monarquía, antagonismo hacia la república naciente-;¹⁹² de la sospecha-esperanza de que el Conselheiro hubiera ya muerto, respaldada por la cabeza reducida que mostraba, como prueba, el general Bittencourt.¹⁹³

Durante esta primera parte, casi siempre descriptiva, el narrador hace críticas severas a la institución militar: se señalan las características del exterminio que no podía mostrarse a los corresponsales de guerra, y que "Era como si ya no fuese un combate entre hombres sino entre bestias salvajes, hienas o pumas"¹⁹⁴ porque "todos sospechaban, aunque nebulosamente, que aquello no sería una 'victoria', sino apenas el final de algo que más parecía una infamia incomprensible".¹⁹⁵ Más tarde, el narrador dice: "Porque Canudos -y todo lo acontecido en los meses anteriores- para el ministro de Guerra, no implicaba una explosión humana o un derrumbe social: era un relato lleno de números oficiales, nada más."¹⁹⁶

La segunda parte de la novela tiene una gran unidad y está determinada por la presencia de tres mensajeros de Canudos, dos hombres y una mujer, que traen el mensaje de que Antonio Conselheiro está vivo. Abundan los pasajes líricos, que surgen de la confrontación entre la rudeza de la violencia militar y la realidad de un Canudos, narrada por esa mujer, una extranjera que

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 29.

¹⁹⁰ *Ibidem*, p. 32.

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 45.

¹⁹² *Ibidem*, p. 51.

¹⁹³ *Ibidem*, p. 58.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 20.

¹⁹⁵ *Ibidem*, p. 21.

¹⁹⁶ *Ibidem*, p. 46.

ha venido a Canudos en busca del esposo médico que la había abandonado para entregarse a la causa de Conselheiro. La mensajera, ya viuda e integrada totalmente a la causa de Canudos, trasmite una vida cotidiana señalada por la presencia viva de la utopía realizada: real solidaridad, vida esencial, sin violencia, ni agresión social: un lugar donde no existe el robo. Quienes conviven aquí, se sienten en una especie de paraíso hasta entonces desconocido. Conselheiro podrá crear miles de Canudos, todos marcados por formas de vida plena.

La larga segunda parte, se divide, a su vez, en dos: el mensaje mismo de que esa noche el Conselheiro va a dejar Canudos (pp. 72 a 88) y la narración recién aludida sobre la vida cotidiana de Canudos. Entre ambos segmentos, está la larga escena del baño de la mujer, quien lo reclama como pago de sus servicios de mensajera. El baño le es concedido y el narrador lo utiliza para demostrar el absurdo de la violencia bélica y el valor enorme de las cosas sencillas, la sensualidad del cuerpo, el agua, el jabón; la respuesta sin palabras del batallón que anhela la paz. El relato abarca diez páginas hermosísimas y prepara la narración de la utopía realizada. Viene luego la larga exposición de la mujer sobre Canudos, del que dice: "De Canudos no se puede (...) hablar. Canudos sólo (...) acontece: Como no se puede hablar de amor. O de la religión. Existe o no (...) Si hablamos, no es lo mismo (...) Sólo existe en la realidad".¹⁹⁷ O, también: "No sé si existe el Paraíso. Y si existe, no sé dónde queda... Sólo sé que Canudos está abierto (...) Si lográbamos llegar allá (...) De pronto ya no había más preocupaciones".¹⁹⁸ O "(...) quien venía a Canudos, comprendía que no llegaba a una nueva sociedad, llegaba a una nueva vida".¹⁹⁹

¹⁹⁷ *Ibidem*, p. 117

¹⁹⁸ *Ibidem*, p. 120.

¹⁹⁹ *Ibidem*, p. 123.

La narración de la mujer termina y el narrador, sin dar una clara explicación del destino posterior de los mensajeros, tan importantes como para ser el centro de toda la segunda parte de *Veredicto en Canudos*. Da fin a la obra en forma abrupta y señala que eso fue lo que él vivió: "Fue eso lo que vi y oí en la edificación del Rancho del Vicario, el día 5 de octubre, entre las cinco de la tarde y las nueve de la noche. Conté como pude. No recuerdo nada más de Canudos".²⁰⁰

²⁰⁰ *Ibidem*, p. 149.

3. Recapitulación.

-Heriberto Frías y Euclides da Cunha: vidas paralelas. Breve recuento.

Es curioso observar cómo pueden darse contactos biográficos profundos entre dos hombres tan alejados geográficamente -en México y en Brasil, respectivamente- como lo fueron Frías y da Cunha. La sociología sale al paso para permitirnos comprender la poderosa influencia del medio en la formación y el destino del individuo. Sólo ella lo puede explicar, a través de la visión panorámica de un mismo hecho, que se repite semejante pese a las fracturas espaciales. Este hecho es, naturalmente, el positivismo, que casi no tuvo características propias en los países latinoamericanos en los que floreció. En todos se manifestó por causas semejantes, operó casi del mismo modo, recibió las mismas críticas, determinó los futuros nacionales de la misma manera y produjo hombres parecidos. Heriberto Frías y Euclides da Cunha representan una pareja modélica de la influencia que una corriente de pensamiento puede producir.

Ambos nacieron en la segunda mitad del siglo XIX, cada uno en su respectivo país: Frías nació el 13 de mayo de 1870 en Querétaro, da Cunha lo hizo el 20 de enero de 1866 en Santa Rita de Río Negro. Ambos nacen, entonces, con una diferencia de pocos años y en provincia, ajenos a los movimientos y modos de ser de las grandes capitales.

En ambos pesa la orfandad: Euclides da Cunha pierde a su madre a los tres años de edad y pasa su niñez entre distintas tías que viven en ciudades varias y Heriberto Frías pierde a su padre tempranamente, lo que conduce a la familia a problemas de carácter económico y lo obligan a separarse de ella. Tendrá que

sostenerse a sí mismo en la capital del país, mientras su madre y hermanos vuelven a Querétaro.

Tanto da Cunha como Frías inician estudios en el Colegio Militar: a los diecisiete años, el segundo; a los veintiuno, el primero. Antes, ambos habían pasado, previamente, por estudios diversos, que tuvieron que ser abandonados por razones de tipo económico.

Ya como miembros del ejército, los dos fueron rebeldes; les era difícil acoplarse a la disciplina militar y pagaron su rebeldía con la cárcel: da Cunha fue expulsado del ejército y condenado a prisión; Frías fue arrestado y detenido por faltas menores y estuvo prisionero y al borde del ajusticiamiento por la corte militar a raíz de su *Tomochic*. Tanto Frías como da Cunha desarrollaron actividades civiles: como periodista el primero - entre sus colaboraciones, dedicó muchas a la caída de Tomóchic-, como ingeniero el segundo -aunque éste también participó como periodista para dos distintos periódicos, cubriendo el final de la guerra de Canudos. Ambos observaron y padecieron la violencia y las injusticias de lo ocurrido en Canudos y Tomóchic.

Ambos, y esta es la semejanza principal entre las dos vidas, fueron conscientes de la injusticia social y de los excesos que el ejército cumplía contra los pueblos rebeldes y plasmaron sus puntos de vista, producto de la experiencia presencial de los hechos que relatan, en dos obras literarias que fueron cobrando importancia a medida que el tiempo fue pasando y que son fundamentales para entender la realidad nacional: Frías escribió *Tomochic*; da Cunha escribió *Os sertões*, relatando, respectivamente, las caídas de Tomóchic y de Canudos, que ocurrió en los mismos años. *Tomochic* fue publicada por entregas a partir del 14 de marzo de 1893 y se publicó completa, por primera vez con el nombre real del autor, en 1899. *Os sertões* se publicó en 1902.

Mueren, ambos escritores, en las capitales de sus dos países, pero en distintos años: Euclides da Cunha en 1909, Heriberto Frías en 1925.

En este punto, es necesario establecer las diferencias. Pese a las vidas tan semejantes y a que ambos son periodistas, lo que distingue a los autores está en sus obras: en la perspectiva teórica desde la cual abordaron el problema. *Tomóchic* y *Os sertões* son obras que parten de acontecimientos semejantes pero que resultan al fin muy distintas: es un hecho que ambas comunidades se organizaron bajo místicas milenaristas, en torno a caudillos y como forma de reacción ante el proyecto liberal que intentaba implantarse en América Latina, sin embargo el punto de vista de los autores fue radicalmente distinto. Dice Antonio Candido que, sin serlo, da Cunha se convirtió en sociólogo. Así produjo una novela naturalista, cuya intención era contar la verdad con objetividad y exactitud. Frías, en cambio y como antes señalé, narra sin buscar una explicación y recrea el hecho como un movimiento más bien colectivo: tal vez es por eso que los personajes no se precisan y parecen tan distantes e inalcanzables. Aunque ambos son relatos de carácter histórico y buscan los dos la verosimilitud, los escritores muestran mundo literarios muy diferentes.

-Paralelismo entre los hechos de *Tomóchic* y los de Canudos.

Las coincidencias entre la guerra de Canudos de 1897 y la destrucción del pueblo de *Tomóchic* en 1892 son asombrosas. También lo es el hecho de que las vidas de los dos escritores que dejaron el testimonio de los dos acontecimientos sean tan semejantes. Hay algo deslumbrante en estos paralelismos, que hacen pensar en una identidad latinoamericana, y en la semejanza

que presentan las problemáticas humanas, independientemente del país en el que se radique. Ante circunstancias históricas tan parecidas es imperativo buscar los nexos que unen estos dos acontecimientos, y las diferencias que los separan.

En Tomóchic, el 29 de octubre de 1892 fue la fecha de la destrucción total del pueblo. El ejército mexicano había intervenido en el pueblo chihuahuense de la Sierra Tarahumara para detener la que, en apariencia, era una rebelión contra el gobierno federal. Frías registra los sucesos que ocurrieron en Tomóchic y expone en una novela la situación que vivía el país en los años finales del siglo XIX. Es importante destacar el hecho de que aquellos eran tiempos en que México estaba entendiendo su identidad y en los que la pluralidad era interpretada como un obstáculo en la definición del carácter del país. Había que construir la idea de nación sobre la realidad de que la gente de las ciudades no era la misma que la de los pueblos aislados. Un pueblo diverso intentaba unificarse. El gobierno de Díaz no supo resolver el problema más que destruyendo la población de Tomóchic. No se creía en la reconciliación. Lo cierto es que la única respuesta que el centro hallaba para crear la patria era la eliminación de todos los grupos sociales que estorbaran.

En Brasil, en 1897, ocurría una historia semejante. Allí, como en México lo hizo Heriberto Frías en lo que es un singular paralelismo, Euclides da Cunha asistía a la destrucción del pueblo de Canudos en la región de los sertones. Ambos países veían cómo pueblos del interior reivindicaban una independencia del centro, sobre la base de una revelación religiosa. En Tomóchic, en 1880, se oían ya rumores sobre la Santa de Cabora. No es sino hasta el año de 1888, cuando se dice que resucitó, que su influencia comienza a notarse en la gente de la región. Entretanto, el Consejero caminaba por los sertones creando el

mito de su santidad. Con el tiempo, ambos adquirirían un gran poder de convencimiento entre la gente.

En realidad esas diferencias entre la población rural y la urbana en cuestiones de religión señalaban un abismo más profundo, que hacía muy difícil la creación de una idea de patria. Con mayor razón si se pensaba que estos pueblos aislados no eran útiles para la idea de nación que los gobiernos federales habían contemplado. Aunque en principio el problema se atribuía a la complejidad racial, el factor que determina la principal semejanza entre estos dos acontecimientos está en la marginación social: tanto la población de Canudos como la de Tomóchic vivían al margen de la realidad nacional y no tenían perspectivas de futuro.

Tomóchic, por un lado, y *Os Sertões*, por el otro, son el testimonio de que la realidad latinoamericana es de una enorme semejanza, tanto en historias nacionales como en sus literaturas. Los hechos de Tomóchic y de Canudos guardan similitudes asombrosas: ambos ocurrieron en la última década del siglo XIX, cuando México y Brasil se esforzaban por formar una idea de patria; supusieron el levantamiento de grupos sociales que vivían al margen de la realidad nacional, olvidados por todos; traían aparejada una reivindicación religiosa, que más bien parecía servir a aquellos hombres para sostener que eran diferentes, que no compartían la visión del mundo que el resto del país les quería imponer; significaron el sacrificio de poblaciones enteras que manifestaban justas inconformidades sociales mediante mecanismos políticamente incorrectos; motivaron la unión del país contra un enemigo concreto (curiosamente ese enemigo esta vez no era otro); y provocaron el cuestionamiento dentro de sus propios procesos, dando pie a la creación de dos obras literarias que descubren la dificultad que supone crear la idea de nación en países tan complejos.

En relación con el tema del mestizaje, pienso que es probable que un pueblo cuyo origen es múltiple, batalle contra sí mismo, que sea el terreno de una pelea cruel cuyo final no deseado es la autodestrucción. En el análisis de los hechos de Tomóchic y de Canudos, los paralelismos dan la tentación de asumir que hay respuestas globales que podrían fungir como llaves totalizadoras para explicar ambos problemas en conjunto. Se llega a pensar que esa llave puede ser el mestizaje cultural, que provoca realidades ambiguas en que el hombre, desorientado e incompetente para entender su propio origen, lucha contra sí mismo. De todas formas esta también resulta ser una respuesta simplificadora e inadecuada y el hecho de no contar con testimonios suficientes de ninguno de los dos acontecimientos históricos (debido al paso del tiempo que nos ha alejado inevitablemente de allí), nos encontramos con que es difícil arriesgar una explicación. La diversidad racial ha sido considerada dentro del análisis de los dos procesos. El libro de Frías habla de que los soldados son iguales a aquella población que van a destruir. Sin embargo el autor se preocupa por precisar cómo estaba constituida la población de Tomóchic. Hay quienes dicen que la población era indígena. Otros señalan que eran mestizos con un antecedente español muy fuerte. En el libro de da Cunha la importancia de la variedad étnica es fundamental, y ocupa un muy prolongado análisis antropológico que procura precisar el origen del brasileño y, específicamente, el origen del hombre de la región de los sertones. En este libro, el problema del atraso en el sertón es vislumbrado desde un punto de vista racial, conforme al concepto darwinista-biologista (*Euclides habla de "sub-raça sertaneja"*) y se pierde de vista la cuestión de la marginación. Da Cunha intentaba explicar el fenómeno y recurría a ideas positivistas que atribuían el problema al medio ambiente y al hombre. En el fondo yacía el

prejuicio de que los hombres de ciertos orígenes carecían de lo indispensable para salir adelante en los nuevos países, modernos y democráticos. Pero parte de la simplificación que inclina las interpretaciones de los sucesos y crea ideas equivocadas, está en atribuir a consecuencias tan terribles, motivos que no pueden justificarse plenamente.

En *Nuestra América*, José Martí se refiere a la segregación y al odio entre razas.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas.²⁰¹

En la novela de Mario Vargas Llosa, *La guerra del fin del mundo*, el barón de Cañabrava dice que los idealistas tienen una gran capacidad de simplificación. La simplificación que este personaje intuye en Galileo Gall, el anarquista que viene a hacer la guerra con los de Canudos, en Moreira César, que se ajusta fervorosamente al Brasil progresista, y en el Consejero, que dice que la República encarna al Mal, en el fondo se refiere a la idealización que provocan todos los fanatismos. Estos tres personajes están entregados por entero a una fe, que para ellos representa el motivo fundamental de vivir. Vargas Llosa también

²⁰¹ Martí, José. *Sus mejores páginas*, 3ª. edición. Estudios, notas y selección de textos: Raimundo Lazo, México, Editorial Porrúa, 1976 p. 92

coloca en la escena a un miope, a ese Euclides da Cunha que en el centro de la guerra ha perdido los lentes, y aunque pudiese ser que su capacidad de comprensión le permitiera ver a los yagunzos con claridad, al dejarlo casi ciego esta posibilidad ya no existe. Vargas Llosa se ha dado cuenta de que los héroes no pueden verse. Si se vieran serían falibles.

Eso es lo que ocurre con los héroes de Tomóchic, desde el punto de vista que ha escogido Frías. El autor opta por una idealización que, como señalé antes, implica una gran capacidad de simplicación. Al hacerlo así, Frías escoge no entender realmente la problemática y, como fue el único que pudo dar testimonio de la masacre, dejó para nosotros un Tomóchic inasible. Los historiadores reciben la herencia de este héroe imposible y, en este punto, es posible parafrasear a Borges cuando dice que la teología es una rama de la literatura fantástica. La historia lo es cuando se ve forzada a tratar con un personaje de la literatura que ha penetrado subrepticamente en su territorio. El Cruz Chávez remoto que muere fumando un cigarrillo, oculto por el humo, es el único tomochiteco que queda. Sería preciso romper con toda esta idealización para entender realmente qué y por qué ocurrieron los hechos de Tomóchic. Hace falta traspasar las fronteras de la literatura para descubrir las necesidades que pudieron provocar levantamientos tan semejantes en México y Brasil.

Euclides da Cunha es un positivista, cuyo afán de objetividad científica da origen a un libro muy distinto. Dice Antonio Candido que "la fundamentación científica de *Os Sertões* tiene inicialmente en vista explicar el comportamiento de los fanáticos de Canudos y el perfil de su jefe, Antonio Consejero."²⁰² Agrega que da Cunha se propuso comprender un

²⁰² Antonio Candido, "Euclides da Cunha sociólogo", publicado en *O Estado de São Paulo*, página "O cinqüentenário de 'Os Sertões' ", Sábado, 13 de diciembre

acontecimiento histórico a partir de la sicología de los personajes y de las influencias de la raza y del medio ambiente, hecho, este último, que contribuyó al aislamiento y actuó como factor de segregación). Resalta, sin embargo, que da Cunha no restringió los motivos del aislamiento a la geografía, sino que habló de una vida social que determinó una cultura segregada. Esto es fundamental ya que apunta al asunto más importante: la marginación. Enseguida Candido explica lo que da Cunha percibió:

Euclides analiza el fenómeno, a fin de mostrar su consecuencia lógica: el conflicto. De hecho, cuando una cultura en estado de demora entra bruscamente en contacto con patrones evolucionados, surge una situación de antagonismo, que se resuelve en la lucha por la preservación de los valores antiguos, de un lado, la superimposición de valores nuevos, de otro. El desenlace es casi siempre aceleración del cambio en la cultura dominada, con la difusión mayor o menor de los rasgos de la cultura dominante. Es lo que vemos todos los días en los fastos en la colonización europea; fue lo que Euclides vio, estudió y comprendió en la tragedia de Canudos.²⁰³

De este modo, puede decirse que ciertas circunstancias específicas de la sociedad sertanera, provocadas por el aislamiento, dieron lugar a un tipo de comportamiento uniforme que, en palabras de Candido, funciona "a la manera de un monstruoso individuo".²⁰⁴ Sin embargo, Candido señala una falla en el análisis de da Cunha:

de 1952. Fue incluido en *Estruendo y liberación. Ensayos críticos*. México, Siglo XXI Ed., 2000. p. 37.

²⁰³ *Ibidem*, p. 41

²⁰⁴ *Ibidem*, p. 43.

(...) no percibió que Canudos, en vez de representar apenas un fenómeno patológico, esto es, de desorganización social, significaba también si no principalmente, una desesperada tentativa en el sentido de una nueva organización social, una solución que reforzase la cohesión grupal amenazada por la inferencia de la cultura urbana.²⁰⁵

Candido concluye que da Cunha, más que un sociólogo, fue un iluminado, por el alcance de sus generalizaciones y por la capacidad de comprensión del hombre de los sertones. En este sentido insiste en que para entender la obra es preciso atender a un componente trágico, que percibe las determinantes del comportamiento humano como grandes fuerzas sobrenaturales que llevan a un desenlace fatal y casi previsible. La obra tiene una gran fuerza emotiva que va más allá del sesudo estudio minucioso y detallado. Basta ver el personaje que hace de la tierra. Esa tierra semidesértica es un personaje poderoso, que llega a caracterizarse como un ser casi vivo porque puede alcanzar altísimos niveles de crueldad con los pobres hombres que lo habitan. Vemos así que, mientras Frías crea un héroe y Vargas Llosa reflexiona acerca de los fanatismos y de las manifestaciones de la fe, da Cunha se ubica conscientemente en una posición mediante la cual pretende entender a todas las partes que participaron en la historia. Esa comprensión casi se ve opacada por las poderosas imágenes que crea da Cunha y que capturan la imaginación de los lectores. El personaje colectivo que hace del sertanero y la figura del Consejero son un ejemplo de esto. Sobre el Consejero, da Cunha habla de su vida anterior para descartar su santidad e intenta verlo como un loco. Al fin

²⁰⁵ *Idem.*

aparece ante el lector un personaje contradictorio y carismático, imposible de aprehender. Queda, de todas formas, como elemento fundamental en la obra, esa perspectiva crítica de da Cunha, por la cual explica la geografía, el medio y la raza desde un punto de vista positivista. Llega al fin a una interpretación del fenómeno cuya conclusión parece ser que ese mundo no tiene salvación. Podría decirse que mientras Frías crea una especie de crónica en la que la narración destaca la historia trágica, da Cunha se concentra en la estructura y la composición; Frías habla de la injusticia política y acusa al porfirismo, da Cunha intenta un estudio crítico y concienzudo, que llegue a las causas de los hechos. Comparten el hecho de que el realismo está en ambas obras, aunque da Cunha se incline por el naturalismo y en Frías imperen las imágenes románticas. Sin duda, lo que dice Emile Zola sobre la novela experimental, naturalista, se ajusta al procedimiento que utilizó da Cunha, y a la obra que este procedimiento dio origen:

Pues bien, volviendo a la novela, vemos igualmente que el novelista es, a la vez, observador y experimentador. En él, el observador ofrece los hechos tal como los ha observado, marca el punto de partida, establece el terreno sólido sobre el que van a moverse los personajes y a desarrollarse los fenómenos. Después, aparece el experimentador e instituye la experiencia particular, para mostrar en ella que la sucesión de hechos será la que exige el determinismo de los fenómenos a estudiar. Se trata casi siempre de una experiencia por ver, como la llama Claude Bernard. El novelista sale a la búsqueda de la verdad.²⁰⁶

²⁰⁶ Émile Zola, *El naturalismo*, traducción de Jaume Fuster, Barcelona, Ediciones Península, 1989, p. 4.

1. Bibliografía.

1.1. América Latina:

Gunder Frank, André. *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. 9a. edición. Trad.: Elpidio Pacios. México: Siglo Veintiuno Editores. 1978. 345 pp.

Levine, Robert M. y John J. Crocitty editors. *The Brazil Reader. History, culture, politics*. Duke University Press. Durham. 1999. (The latin America Readers. A series edited by Robin Kirk y Orin Starn).

Ribeiro, Darcy. *El dilema de América Latina. Estructuras del poder y fuerzas insurgentes*. México: Siglo Veintiuno Editores. 1975. 175 pp.

Ribeiro, Darcy. *Las Américas y la civilización*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (Cuadernos latinoamericanos), 1969, 308 pp.

Stanley J. Y Barbara H. Stein. *La herencia colonial de América Latina*. Trad.: Alejandro Licón. 9ª. edición, México, Siglo Veintiuno Editores. 1977. 204 pp.

Zea, Leopoldo. *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*. México: FCE. 1988. 481 pp.

1.2. Religión:

Gutiérrez Zúñiga, Cristina, Ana María González Garza, Alfredo Gutiérrez Gómez, Danièle Hervieu-Léger, Chrstine M. De Bois. Compilador: Enrique Luengo González. *Secularización, Modernidad y cambio religioso*. México: Universidad Iberoamericana. 1991. 111 pp. (Cuadernos de Cultura y Religión, 1).

De la Concha, Gerardo. *El fin de lo sagrado. Modernidad y catolicismo en México*. México: Alebrije Editorial. 1993. 114 pp.

1.3. Modernidad:

Frey, Herbert. *La arqueología negada del nuevo mundo. Europa, América y el surgimiento de la modernidad*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1995. 313 pp.

Paz, Octavio. *Excursiones/Incursiones. Dominio extranjero. Obras Completas*. Edición del autor. Tomo 2. 2a. edición. México: Fondo de Cultura Económica. 1994, pp. 446-451.

Paz, Octavio. *Fundación y disidencia. Dominio hispánico. Obras Completas*. Edición del autor. Tomo 2. 2a. edición. México: Fondo de Cultura Económica. 1994, pp. 15-22, 58-68.

Paz, Octavio. *Ideas y costumbres. La letra y el cetro. Obras Completas*. Edición del autor. Tomo 9. 2a. edición. México: Fondo de Cultura Económica. 1995, p. 73-81, 137-163, 407-421.

Paz, Octavio. *La casa de la presencia. Poesía e historia. Obras Completas*. Edición del autor. Tomo 1. 2a. edición. México: Fondo de Cultura Económica. 1994, pp. 501-517.

Valenti Nigrini, Juana y Fernando Bazúa Silva. *Notas acerca de la modernidad en México*. División de Ciencias Sociales y Humanidades. Departamento de Sociología. Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. México, D.F.

1.4. Novela:

Lazo, Raimundo. *Historia de la Literatura Hispanoamericana. El siglo XIX*. 4a. Edición. México: Editorial Porrúa. 1981, pp. 47-59.

Sánchez, Luis Alberto. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. 3a. Edición. Madrid: Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. 1976, pp. 15-63, 312-358.

Zola, Émile. *El naturalismo*. Trad. Jaume Fuster. Barcelona: Editorial Península, 1989, pp. 31-71.

1.5. Canudos:

Candido, Antonio. "Euclides da Cunha sociólogo". En *O Estado de São Paulo*, página "O cinquentenário de 'Os Sertões'". Sábado 13 de diciembre de 1952. Fue incluido en *Estruendo y liberación. Ensayos críticos*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2000.

Da Cunha, Euclides. *Os sertões*. Edição crítica de Walnice Nogueira Galvão. São Paulo, Ed. Brasiliense, 1985.

Da Cunha, Euclides. *Los sertones*. Trad.: Benjamín de Garay. Madrid: Editorial Fundamentos. 1981. 498 pp.

Del Guerra, Rodolpho José. *Conhecendo Euclides da Cunha. Ano 100 (1898-1998)*. Colecao Municipal. Vol II. 1998. São José do Rio Pardo.

Lambert, Jacques, *Os dois Brasís*, Rio de Janeiro, Ministerio de Educação e Cultura, 1961, S.F.

Le Monde Diplomatique. Mars 1998. "Une épopée brésilienne". *Hautes terres, la guerre de Canudos*. Marie-Claude Dana. Trad.: Jorge Coli et Antoine Seel. Paris: Editions Métaillié, p. 30.

Marcondes, Ayrton. *Canudos- As memórias de Frei João Evangelista Monte Marciano*. São Paulo: Best Seller, 1997. 319 pp.

Nascimento, Noel. "Canudos, contestado e fanatismo religioso", en *ASTROVATES. REVISTA DO NOVO PERÍODO LITERÁRIO*. Sección Teses. À Luz do Humanismo Histórico:
<http://www.astrovates.com.br/index.htm>

Rouanet, Sérgio Paulo. *Retardatários e Degenerados*. Jornal do Brasil, Primeiro Jornal Brasileiro.

Sousa Andrade, Olimpio. *História e Interpretação de Os Sertões*. São Paulo, EDART, 3ª. edición, 1966.

Vargas Llosa, Mario. *La guerra del fin del mundo*. Barcelona: Seix Barral. 1981, pp. 531.

Venancio Filho, Francisco, *Euclides da Cunha a seus amigos*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1938.

Sitios en internet sobre el tema de Canudos y Os Sertões:

<http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

<http://www.portfolium.com.br/artigo-vivanne3.htm>

<http://estadao.com.br/sertoos/olivo/pg001.htm>

1.6. *Tomóchic*:

Domecq, Brianda. *La insólita historia de la Santa de Cabora*. México: Editorial Planeta. 2a. Edición. 1996. 383 pp.

Frías, Heriberto. *Tomóchic*. México: Editorial Porrúa. 1993. 151 pp. Con prólogo y notas de James W. Brown. ("Sepan cuantos...", núm. 92).

López Peimbert, David. *Tomóchic* (Tesis). México, D.F.: UNAM. Facultad de Filosofía y Letras. 1963, 140 pp.

Osorio, Rubén. *Tomóchic en llamas*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1995. 389 pp.

Saborit, Antonio. *Los doblados de Tomóchic*. México: Editorial Cal y Arena. 1994. 229 pp.

Valadés, José C. *Porfirio Díaz contra el gran poder de Dios*. México: Crónica General de México/Leega Jugar. 1985. 101 pp.

1.7. General:

Hugo, Víctor. *Los miserables* (En dos tomos). México: Editorial Bruguera. 1977.

Stendhal. *Rojo y negro*. México: Bruguera Mexicana de Ediciones, 1977.

Mann, Thomas. *La montaña mágica*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1945. (Colección Cóndor).

Rousseau, Juan Jacobo. *Confesiones* (En dos tomos). Trad. Santiago Cunchillos. Argentina: Editorial Sopena. 1947.

Genet, Jean. *Diario del ladrón*. Trad. Ma. Teresa Gallego e Isabel Reverte. México: Seix Barral. 1983. (Biblioteca breve, 492).

Kundera, Milan. *El arte de la novela*. México: Vuelta. 1988.

Martí, José. *Sus mejores páginas*, 3ª. edición. Estudios, notas y selección de textos: Raimundo Lazo, México, Editorial Porrúa, 1976 p. 92.

Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido*. 2. *A la sombra de las muchachas en flor*. Trad. Pedro Salinas. Madrid: Alianza Editorial. 1987. 596 pp. (El libro de bolsillo, 33).

Voltaire. *Cuentos y novelas*. "Cándido o el optimismo". Estudio preliminar y bibliografía: Ángeles Cardona de Gilbert. México: Editorial Bruguera. 1977.

2. Hemerografía.

Bartelt, Dawid Danilo. "Canudos da Alemanha". Prólogo a la edición alemana de *Os Sertões*. Artículo publicado en el periódico "A Tarde", Caderno Cultural, pp.8-9, Salvador-BA em 10-05-1997.

Bolle, Willi. "O Sistema jagunço". Universidade de São Paulo.

<http://www.clacso.edu.ar/libros/anpocs00/gt1722.doc>

Del Guerra, Rodolpho José. "Conhecendo Euclides da Cunha". Ano 100 (1898-1998), Coleção Municipal, vol. II, 1998, São José do Rio Pardo.

De Paula, Everton. "A exclusão social do jagunço e o Loar da classe dominante: sujeitos a exterminar". Universidade de Franca. Participante en la Semana Euclidiana desde 1968.

<http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

F. de Almeida, Cícero Antônio. Especial para a Folha de São Paulo. 21 de setembro de 1997.

Fonseca Aleilton. "Os Sertões: as prédicas de Antônio Conselheiro e a poesia de Canudos", en *Olho da História*. Revista de História Contemporânea, Salvador, Bahia, núm. 3. Reproducido en

<http://www.ufba.br/revistao/03fonsec.html/>

Lara Pardo, Luis. "Heriberto Frías". En *Excelsior*. Año XL. Tomo VI. Núm. 14292. Fundador: Rafael Alducin. Director general: Rodrigo de Llano. México, D.F. Viernes 23 de noviembre de 1956. Gerente general: Gilberto Figueroa. Registrado como artículo de

2a. clase en la Administración de Correos de México (1), D.F. con fecha 18 de marzo de 1917. Página 6A-14A. (Página Editorial).

Lauria, Márcio José. "Ensayos Euclidianos" (Textos del libro). Coleção Atualidade Crítica, editora Presença (Director de la Faculdade de Filosofia, Ciencias e Letras de São José do Rio Pardo).

Lauria, Márcio José. "Euclides da Cunha na visão de um rio-pardense". São José do Rio Pardo. 14 de agosto de 1983.

<http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

Leal, César. "Canudos & Antonio Conselheiro. Casa Grande & Senzala e Os Sertões." En *Diário de Pernambuco*.

Magaña Esquivel, Antonio. "Genio y figura. Tomóchic, de Heriberto Frías". En *El Nacional*. Año XXVI. Tomo IX. 4A. Época. Núm. 12890. Director general: Agustín Arroyo. México, D.F. Jueves 4 de febrero de 1965. Registrado como artículo de 2a. clase en la Administración de Correos el 19 de febrero de 1929, página 3, primera sección.

Marras, Sergio. "América en plural y singular. I. El Baile de los enmascarados". (Entrevista a Octavio Paz, parte del libro *América Latina*. Marca registrada). En *Vuelta*, Año XVII (Número 194), enero de 1993.

Mayrink, Geraldo. "El ingeniero que se convirtió en 'abogado de los sertaneros'." En *O Estado de S. Paulo*, edición especial del Centenario, 31 de julio de 2002, p. 1.

Milward Azebedo, Vivianne. "A viagem narrativa de Os Sertões: o desgastar de um corpo". Doctoranda de la Facultad de Letras de UFF / Río de Janeiro.

Roig, Arturo Andrés. *Consideraciones histórico-críticas sobre el positivismo en Hispanoamérica y el problema de la Construcción identitaria nacional*. Ponencia presentada en el congreso "La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico. Ideas, lenguajes políticos e imaginarios culturales. Valencia, España. 3. 4 y 5 de marzo de 2003.

Sene Egashira, Adriane. "Diciembre de 1902: nace un clásico". En *O Estado de S. Paulo*, edición especial del Centenario, 31 de julio de 2002, p. 2.

S-A. "Genial, simple, ensayo o ficción? Nadie permanece indiferente." ". En *O Estado de S. Paulo*, edición especial del Centenario, 31 de julio de 2002, p. 3.

Venancio da Silva, Ana Cristina, Júlia Schwarcz, Maíra Landulfo, Maria Cecília Winter, Tila Corazza T. Pinto y Ynaê Lopes dos Santos. "Euclides, Os Sertões e Canudos". Segundo Año - Historia / USP. En *Klepsidra*, Revista online de História, Universidade de São Paulo, agosto-septiembre de 2000. Pág. Web:

<http://www.klepsidra.net/klepsidra3/euclides.html>

Ventura, Roberto. "Canudos como Cidade iletrada: Euclides da Cunha na Urbs Monstruosa". Profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada en la Universidade de São Paulo.

<http://www.berrante.hoteldaweb.com/textos/critica/ventura.htm>

Ventura, Roberto. "Do mar se fez o sertão: Euclides da Cunha e Canudos".

<http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

Ventura, Roberto. "Euclides da Cunha: a história como tragédia".

<http://teste.rantac.com.br/euclides/OUTRASOBRAS.HTM>

Ventura, Roberto. "Selva e sertão em Euclides da Cunha". 7 de enero de 2001. Casa de Cultura Euclides da Cunha.

<http://www.casaeuclidiana.org.br/texto/ler.asp?Id=35&Secao=11>

Zilly, Berthold. "A barbarie: antítese ou elemento da civilização? Do Facundo, de Sarmiento, O Sertões, de Euclides da Cunha". Especial para Gramsci e o Brasil.

<http://www.artnet.com.br/gramsci/arquiv157.htm>

Zilly, Berthold. "A guerra como painel e espetáculo. A história encenada em *Os Sertões*". História, Ciências, Saúde-Manguinhos, vol. V (suplemento), XX-XX julho de 1998.

Zilly, Berthold. "A reinvenção do Brasil a partir dos sertões: viagem e literatura em Euclides da Cunha. Universidade Livre de Berlim.

<http://victorian.fortunecity.com/statue/44/zareinvencaobrasilpartirdossertoes.htm>

Zilly, Berthold. "Sertão e nacionalidade: formação étnica e civilizatória do Brasil segundo Euclides da Cunha". Este artículo está basado en las clases dadas en CPDA de UFRRJ en septiembre de 1998. *Simposium Cem Anos de Canudos: A visão de Euclides da Cunha e outras Visões*, promovido por el Instituto Latinoamericano da Universidade Livre de Berlim junto con el Instituto Cultural Brasileiro na Alemanha.

<http://www.redcapa.org/Downloads/esal2zilly.pdf>